

Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

**Nueva
Época**



San Pablo - 2017



Marxismo Vivo - Nueva Época

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional (LIT-CI)

Revista al servicio de la investigación, elaboración y debate de la teoría revolucionaria.
El contenido de los artículos es de entera responsabilidad de sus respectivos autores.

Todos los artículos pueden ser reproducidos citando la fuente.
Los artículos firmados son de responsabilidad de sus autores.
Disponible también en: <https://archivoleontrotsky.org/revista.php>

Editor Responsable: Martín Hernández

Consejo Editorial

Alicia Sagra (Argentina - asagra2@yahoo.com.ar)
Felipe Alegría (Estado español - fealegria1@gmail.com)
Florence Oppen (Estados Unidos - petitmercure@yahoo.fr)
Francesco Ricci (Italia - ricci.francesco2@gmail.com)
João Pascoal (Portugal - jcpascoal@netcabo.pt)
José Welmowicki (Brasil - josweil@ig.com.br)
Marcos Margarido (Brasil - margarido7@gmail.com)
Martín Hernández (Brasil - martinhernandez@terra.com.br)
Nazareno Godeiro (Brasil - jpotyguar@terra.com.br)
Óscar Iván Ángel (Colombia - arqangelo2703@gmail.com)
Ricardo Ayala (Brasil - rayala361@gmail.com)
Ronald León Núñez (Paraguay - ronald.leon.nunez@gmail.com)

Tapa: Peter Mac Hamilton

Proyecto gráfico: Adriana Alvarenga

Traducción: Marta Morales

Revisión y diagramación: Natalia Estrada

Normalización técnica: Iraci Borges - CRB 8-2263

Marxismo Vivo: nueva época. v. 8, n. 9, febrero, 2017. San Pablo: Liga Internacional de los Trabajadores: 2017.

Cuatrimestral

ISSN: 2175-2281

Nota: circuló en el período de setiembre de 2000 hasta setiembre de 2009 con el título Marxismo Vivo
1. Marxismo - teoría revolucionaria



Suscripciones y pedidos de números sueltos: editoralorca@gmail.com

TEMAS CONTENIDOS

05

A nuestros lectores

06

Dossier: Marxismo y Proletariado

07

Notas sobre la evolución del proletariado industrial

27

La evolución del proletariado desde la “globalización”

42

Pero, ¿el proletariado industrial puede ser aún el sujeto social de la revolución?

Eduardo Almeida Neto - Brasil

56

Debate sobre el proletariado

(Publicado en Correo Internacional n.º 24, octubre de 1986)

• Definición marxista de la clase obrera - Polémica

Nahuel Moreno

57

• La posición de los camaradas suecos

Liga Socialista de Suecia

64

• Una definición dinámica

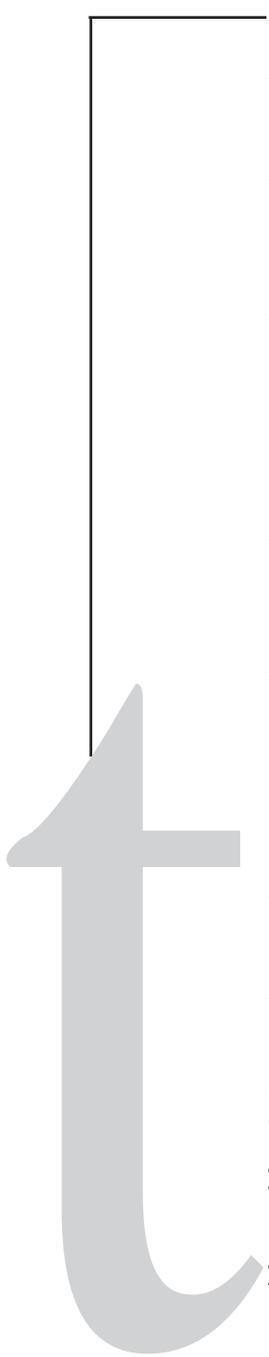
Oswaldo Garmendia - Argentina

86

Clases sociales en *El Capital*:

la centralidad del proletariado industrial (extracto)

Gustavo Henrique Lopes Machado - Brasil



100

Dossier: Raza y Clase

101

Mito de la democracia racial e invisibilización de la cuestión negra

121

Puntos de Encuentro entre las luchas negras y el internacionalismo: La tradición histórica que precisamos recuperar

132

Democracia racial: un mito mantenido a hierro y fuego por el gobierno de frente popular en el Brasil
Hertz da Conceição Dias - Brasil

148

Dossier: Debates - Actualización programática

149

Polémica sobre la definición de etapas en el morenismo
Ricardo Ayala - Brasil
Felipe Alegría y Ángel Luis Parras - Estado español

170

Un siglo de lucha del proletariado mundial: grandes triunfos y conquistas; crisis de dirección y decadencia de la humanidad
(Tesis II - *Actualización del Programa de Transición*)
Nahuel Moreno

175

Notas para un estudio del trotskismo francés (1982-2010).
Roberto Herrera Zúñiga - Costa Rica

195

¿“... antes que nada, un triunfo del trotskismo...”?
Ramiro Cifuentes G. - Colombia

200

Dossier: Todo es Historia

201

Apuntes para una visión marxista de la colonización hispano-lusitana

221

Caio Prado Júnior: su obra, sus críticos, sus límites
Ronald León Núñez - Paraguay

A nuestros lectores

Esta nueva edición de *Marxismo Vivo* - Nueva Época, continuando con las elaboraciones y debates programáticos, aborda dos nuevos temas. Por un lado, incorpora un nuevo Dossier, “Todo es Historia”, en el cual pretendemos analizar –casi seguramente en forma polémica–, desde el punto de vista marxista, los grandes acontecimientos de la historia. Así, abordamos la cuestión de la colonización española y portuguesa de América Latina, un tema sobre el cual existen diferentes interpretaciones y que tiene una importancia crucial a la hora de elaborar el programa en aquellos países que en su momento fueron colonizados por España y Portugal y que, después de conseguir su independencia, continúan colonizados, aunque centralmente por otra potencia.

También en este número abordamos, a partir de tres artículos, un tema que no había sido tratado en ediciones anteriores: “La cuestión negra”. Este fue siempre un tema de gran importancia para el marxismo aunque, lamentablemente, la mayoría de las corrientes de izquierda que se reivindican marxistas, por influencia del estalinismo, menospreciaron esta cuestión y objetivamente cayeron en posiciones muy próximas al racismo. De cualquier manera, hace treinta o cuarenta años, la cuestión negra, siendo muy importante, se centraba en algunos países de mayoría negra (particularmente del continente africano) o en aquellos en donde durante muchos años los negros habían sido esclavizados, como eran –y son– centralmente los casos de Estados Unidos, Brasil y Haití.

Pero actualmente la cuestión negra tiene otra dimensión. Pues, además de los citados, el gran flujo migratorio de las últimas décadas ha hecho que muchos países de composición blanca se transformaran en países con una fuerte composición negra, lo que ya de por sí nos obliga a encontrar una respuesta a esta nueva realidad. Pero, además, es necesario señalar, como no podía ser de otra forma bajo el capitalismo, que estas nuevas camadas negras se incorporan, en sus nuevos países, a los sectores más explotados de la clase obrera.

Esta nueva realidad mundial obliga a los marxistas no solo a dejar de lado los pre-conceptos estalinistas sino a ennegrecer su programa.

Este es uno de los objetivos de nuestra presente revista.

Los editores

Dossier

Marxismo y Proletariado

NOTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN DEL PROLETARIADO INDUSTRIAL

Eduardo Almeida Neto - Brasil

Introducción

La mayoría de las corrientes de izquierda cuestiona la estrategia de la revolución socialista. Como parte de eso, cuestiona también el papel del proletariado industrial como el sujeto social de esa revolución.

Con el terremoto que sacudió a la izquierda después de la caída de las dictaduras estalinistas en el Este europeo, se amplió el cuestionamiento al proletariado y a la revolución socialista.

¿Y nosotros? ¿Continuamos apostando en el proletariado industrial por “globalización”, en lo que llamamos cuarta etapa de la revolución mundial?

Sí, continuamos. En este texto, vamos a asumir esta polémica, reafirmando la centralidad del proletariado industrial como sujeto social de la revolución.

Se trata de una discusión compleja, como veremos luego. Vamos a presentar una hipótesis, no teniendo como objetivo cerrar la discusión sobre este tema. Por el contrario, debemos abrir este debate con paciencia entre todos los que apostamos en la estrategia revolucionaria.

Vamos también a buscar identificar los procesos objetivos que afectaron la evolución del proletariado en estas últimas décadas. Existe una enorme cantidad de cuestiones involucradas en ello, además de las múltiples variaciones nacionales siempre presentes. Aún así, nos parece necesario y posible identificar tendencias generales en la evolución del proletariado industrial.

No buscamos dar respuestas acabadas sino apuntar hipótesis de trabajo que podrán ser o no confirmadas por estudios posteriores.

De una forma u otra, poner el tema en debate nos parece válido para el proceso de elaboración programática que estamos encarando.

I – El abandono por el reformismo y el centrismo del proletariado industrial como sujeto social de la revolución

1. La casi totalidad de las organizaciones reformistas y centristas, al abandonar la estrategia de la revolución socialista, abandonó también la defensa del proletariado como sujeto social, así como el programa de la dictadura del proletariado.

La polémica sobre el sujeto social de la revolución se da entre las corrientes que siguen apostando en la revolución. Y se trata, a nuestro entender, de un tema decisivo.

En particular después de los acontecimientos del Este europeo, la polémica sobre quién es el sujeto social de la revolución prácticamente no existe con la izquierda reformista. Esas corrientes dejaron de lado completamente incluso la perspectiva de llegar al socialismo por vía reformista, contentándose con la defensa de reformas dentro del capitalismo o la gestión del capitalismo incluso sin reformas. Hablan de “transformaciones”, “cambios” en general, más como promesas electorales que como cualquier obligación de establecer un programa revolucionario.

2. No hay nada nuevo en la contestación al proletariado como sujeto social de la revolución. Luego de la Segunda Guerra Mundial surgieron varias posiciones que defendían que el proletariado no era o había dejado de ser el sujeto de la revolución. Esas corrientes se apoyaban en un hecho: las revoluciones de posguerra que expropiaron no habían sido encabezadas por la clase obrera sino por otros sectores sociales.

En China fue el campesinado el que constituyó los batallones revolucionarios que finalmente derrotaron al Japón, y después a Chiang Kai-Shek. El maoísmo creó una teoría que colocaba al campesinado como el centro de las revoluciones socialistas en todo el mundo colonial y semicolonial.

Luego de la experiencia cubana y la toma del poder en 1959 por la guerrilla castrista, surgió la tesis de que el sujeto político era el agrupamiento guerrillero, que hacía la revolución disciplinado a las clases populares, nuevamente despreciando al proletariado. Esa tesis tuvo un peso enorme en América Latina y en todo el mundo.

Existían también las tesis “tercermundistas” que colocaban como sujetos a los ‘pueblos’ del ‘tercer mundo’ en contraposición con los pueblos europeos y norteamericano, posición que partía de la ausencia de procesos victoriosos en los países imperialistas y del freno impuesto por la colaboración de clases que las burocracias y los PS y PC imponían al proletariado europeo.

Ya en mayo de 1968, con el gran ascenso en el que la participación central fue de la juventud estudiantil, surgieron las tesis que colocaban como sujeto social a la juventud y toda una ola de nuevas teorías que justificaban la pérdida por el proletariado industrial de su papel de sujeto revolucionario: fue la época de Cohn Bendit, Marcuse, etc. Según Marcuse, la sociedad capitalista había evolucionado a tal punto que la burguesía y el proletariado, clases responsables por el movimiento de la historia, dejaban ambos de ser agentes transformadores de la sociedad. Ambos se habían transformado en defensores del estatus *quo*. Cabría a los intelectuales y a los profesionales técnicos la tarea de liberar la sociedad de sus trabas.

Los anarquistas muchas veces defendieron los sectores más pauperizados, independiente de la clase social. El Secretariado Unificado presentaba los sectores oprimidos (mujeres, negros, homosexuales) también de forma independiente de la clase social.

3. Después de los acontecimientos del Este europeo, la mayor contestación actual al marxismo es el posmodernismo. De gran peso en las universidades y en gran parte de la juventud, esa ideología influencia directa o indirectamente a buena parte de la izquierda.

La negación de las totalidades, la fragmentación de los sujetos sociales en individuos, se enfrenta abiertamente con la afirmación marxista del proletariado como sujeto social.

El posmodernismo niega la lucha de clases. El concepto de lucha entre las clases es sustituido por la lucha de sectores sociales, que no están separados por intereses de clase sino por identidades alrededor de la opresión, o del abuso de poder. Al negar lo colectivo, niegan también la necesidad de la organización, defendiendo lo coyuntural y espontáneo.

Toni Negri, con su concepto de “multitud” es uno de los más representativos de este pensamiento. Según él, mientras la explotación de la “clase trabajadora” podía ser aún entendida en la época moderna, fordista, la realidad cambia completamente en la época posmoderna:

“Sobre esta base, el pensamiento moderno opera de una manera doble: de un lado abstrae la multiplicidad de las singularidades y la unifica trascendentalmente bajo el concepto de pueblo; de otra parte disuelve el conjunto de las singularidades (que constituyen la multitud) para hacer una masa de individuos. El jusnaturalismo moderno, sea de origen empirista o sea de origen idealista, siempre es un pensamiento de la trascendencia y de la disolución del plano de inmanencia. La teoría de la multitud exige al contrario que los sujetos hablen por su propia cuenta: no se trata de individuos propietarios, sino de singularidades no representables (...)

“La explotación de la multitud es, al contrario, inconmensurable, es un poder que se confronta con el de las singularidades fuera de cualquier medida y más allá de la medida, otra medida” (“Para una definición ontológica de la multitud”, Antonio Negri)^[2].

La “multitud” es un conjunto de singularidades, no una clase definida con intereses inmediatos e históricos. Esa es una de las formas de la ideología posmoderna que penetró profundamente en la izquierda y en el activismo en general. Es el endiosamiento de la individualidad, la negación de todo proceso colectivo.

4. Otra de las expresiones actuales de la negación de clase obrera es el neanarquismo. Los anarquistas clásicos querían llegar al socialismo sin pasar por la dictadura del proletariado. Los anarquistas actuales reducen su ideología a la negación de los sindicatos, de los partidos, de la clase obrera. El horizontalismo, presente y hegemónico en las movilizaciones de los indignados en España, *Occupy*, así como en la vanguardia del junio de 2013 brasileño es otra expresión de la negación de las organizaciones colectivas de los trabajadores.
5. Uno de los cuestionamientos que tuvo más peso apuntó la perspectiva de desaparición física del proletariado. Andre Gorz (*Adiós al proletariado*, 1980) defendió esa posición a partir de la reducción numérica del proletariado ocurrida en los países imperialistas durante la globalización. A partir de ahí, distintas fuerzas fueron aclamadas como alternativas al proletariado. Se comenzó por tratar la “ciencia como la principal fuerza productiva”, y a sus exponentes (intelectuales, profesionales de la tecnología de la información, e incluso los trabajadores de los “call centers”) como candidatos a nuevos sujetos sociales de algún tipo de transformación.
6. Otra parte significativa de las organizaciones de izquierda adoptó la defensa de la ciudadanía como referencia ideológica.

^[2] Artículo publicado en la revista *Multitudes* n° 9, París: 2002, pp. 36-48.

Extraído de: www.redaprenderycambiar.com.ar/wp-content/.../Negri_definOntonMultitud.RTF

El ser colectivo pasó a ser sustituido por el ciudadano sin clase definida, que lucharía por los derechos sociales (salud, educación, transporte) dentro del respeto a la propiedad privada de los medios de producción. Esa era una ideología liberal, reinventada por T. H. Marshall para expresar los intereses de la clase dominante en la pos Segunda Guerra Mundial. Ese fue el período en que se expandieron los derechos sociales como concesiones para frenar la revolución en Europa. Como afirma José Welmowicki:

“No obstante, hay una revalorización reciente de ese concepto a partir de los años ’80 que lo coloca como si fuese una (re)descubierta, que significase una nueva posibilidad, la meta de una sociedad más ‘feliz’, sin las actuales diferencias sociales evidentes, que podría ser alcanzada sin convulsiones ni grandes transformaciones, y aunque fuese mantenido el orden capitalista” (*Cidadania ou classe: o movimento operário da década de 80 – [Cidadanía o clase: el movimiento obrero de la década del ’80]*)^[3]

El retroceso de la conciencia clasista del proletariado brasileño de la década del ’80 fue operada por la dirección del PT a partir de esa ideología ciudadana.

7. La ideología dominante es la ideología de las clases dominantes. El neoliberalismo necesita quebrar la resistencia colectiva de los trabajadores y apuntar una salida individual. Al debilitarse la conciencia y la organización colectiva, se debilitan las luchas.

La ideología de la ciudadanía, del posmodernismo, el neoanarquismo y el horizontalismo niegan no solo la revolución socialista sino cualquier papel del proletariado como sujeto social de la revolución.

El posmodernismo, el neoanarquismo y el horizontalismo tienen innumerables diferencias, pero en un punto apuntan en el mismo sentido de la ideología neoliberal ultra individualista dominante.

Los posmodernistas y los neoanarquistas refuerzan las salidas individuales apoyándose en los propios ejemplos de traiciones de las direcciones sindicales y reformistas para negar los sindicatos y los partidos, así como cualquier estrategia colectiva.

Esa ideología dominante es reforzada por la actuación cotidiana de las direcciones reformistas sindicales y políticas. No se trata solamente de la propagación ideológica sino de la práctica política. La colaboración de clases refuerza la ideología “ciudadana”, las traiciones de las luchas refuerzan la negación de las salidas colectivas.

[3] Todas las traducciones son nuestras, excepto cuando indicadas.

8. No obstante, esa realidad cambia rápidamente cuando las masas entran en acción. Como la tendencia es a haber cada vez más luchas, se recrea en todo momento la conciencia de la necesidad de acción colectiva, que entra en choque con esas concepciones.

De la negación del ser colectivo se pasa a la acción colectiva de forma casi absoluta, muchas veces con la negación de las direcciones.

La desconfianza en los aparatos, producto de la cuarta etapa, se manifiesta en una desconfianza en las direcciones y una exigencia de que todo se haga colectivamente.

Es muy común que en las movilizaciones se imponga una negación de la negociación a través de los dirigentes. Se trata de un avance en la conciencia, aunque sea por la negación.

II. ¿Cuál es nuestra definición sobre qué es el proletariado?

9. Existen polémicas importantes, incluso entre la minoría de la izquierda que sigue defendiendo al proletariado como sujeto social de la revolución. Existen los que defienden que el sujeto social sería el proletariado (asalariados) en general. Y existen aquellos, como nosotros, que defendemos explícitamente el proletariado industrial como sujeto social de la revolución.

No estamos hablando del “proletariado en general” o de los “trabajadores” como un todo. Sino de la clase obrera industrial como sujeto social de la revolución.

10. Nahuel Moreno era un defensor incondicional del proletariado industrial como sujeto social de la revolución. No es por casualidad que nuestra corriente se define como “trotskismo obrero”.

En aquel que es considerado su último libro (*Conversaciones...*), Moreno afirma:

“La clase obrera puede dirigir el proceso aunque sea muy minoritaria. Yo no estoy de acuerdo con esos análisis sociológicos objetivistas que leí últimamente, según los cuales la clase obrera no puede dirigir el proceso histórico mundial por ser minoritaria o porque disminuye su número. El proletariado ruso era una pequeña minoría de la población, no obstante dirigió la Revolución de Octubre.

“Nosotros tratamos de dirigir al proletariado, jamás nos alejamos de él. Esto no es declamación, es una política internacional de clase que se desprende de un análisis teórico profundo. (...) Si la clase obrera no nos sigue, no llegamos a ninguna parte. Nos buro-

cratizamos, capitulamos al campesinado. Es inconcebible hacer la revolución proletaria sin el proletariado.

“A lo largo de mi vida política, después, por ejemplo, de mirar con simpatía el régimen que surgió de la Revolución Cubana, he llegado a la conclusión de que es necesario continuar con la política revolucionaria de clase, aunque postergue la llegada al poder para nosotros en veinte o treinta años, o lo que sea. Nosotros aspiramos a que sea la clase obrera la que verdaderamente llegue al poder, por eso queremos dirigirla” (MORENO, *Conversaciones...* San Pablo: Editora Lorca S. A., 2da. ed., 2017, p. 60).

11. No obstante, Moreno tuvo una interpretación equivocada, a nuestro entender, sobre la definición teórica de qué es la clase obrera:

“Marx y Trotsky han dado definiciones aparentemente distintas de clase obrera y pequeñoburguesía. Trotsky hablaba de una moderna pequeñoburguesía, que eran los empleados de cuello blanco, como se dice en la sociología yanqui. Y para Marx todo el que recibía un salario era miembro de la clase obrera. Nosotros nos inclinamos por la definición de Marx” (intervención en el CEI, 1986).

En este texto vamos a polemizar con esta afirmación de Moreno. Pero es necesario primero localizar los límites de esta afirmación hecha por él. Moreno dijo eso en una discusión teórica, en una reunión del Comité Ejecutivo de la LIT. Pero ese tema no se transformó en ningún documento firmado por él ni tampoco en ninguna resolución de la LIT. Además, como ya mostramos, ella contradice buena parte de las elaboraciones anteriores y posteriores de Moreno.

12. En realidad, no vemos que la posición de Marx sobre este tema sea distinta en esencia de la de Trotsky.

Marx no tiene en su obra una definición directa y precisa de la composición de la clase obrera. Y en *El Capital* presenta posiciones diferentes sobre este mismo tema.

Es fundamental entender por qué se da eso. *El Capital* es genial, la base para la comprensión del capitalismo. Pero es una obra inacabada. Marx tuvo un plan para escribirlo en 1857, con seis libros, y otro en 1866, con cuatro. Escribió el primer libro, y murió antes de finalizar el segundo y el tercero, que fueron editados por Engels. Después de eso, el libro *Teorías sobre la plusvalía*, que era el esbozo de lo que sería el cuarto libro, fue publicado por Kautsky. Y el Capítulo *Inédito* de *El Capital* solo fue publicado en 1933.

La comprensión de qué es el trabajo productivo es fundamental en la definición del proletariado. En el primer libro, en que Marx estudia la produc-

ción del capital centrado en la relación del capitalista con el obrero, Marx define al trabajador asalariado como productivo. Eso significa que el trabajador es “productivo” para su patrón, al posibilitar que él embolse su plus-trabajo. Eso no significa que sea productivo para la sociedad como un todo dentro de los criterios marxistas, sino que es “productivo” para el patrón individualmente.

Ya en el tercer volumen, en que estudia el proceso global de la producción capitalista, afirma que solo es productivo el trabajador asalariado que genera directamente plusvalía. El proletariado industrial es el único sector que genera directamente plusvalía. Es así el único sector de trabajadores productivos para el conjunto de la sociedad:

“... el concepto de trabajo productivo se estrecha. La producción capitalista no es solo producción de mercancía, es esencialmente producción de plusvalía”. Eso significa que apenas “es productivo el trabajador que produce plusvalía para el capitalista o sirve a la auto-valorización del capital”.

En *Teorías sobre la plusvalía*, afirma:

“Trabajo productivo, en el sentido de la producción capitalista, es el trabajo asalariado que, al ser cambiado por la parte variable del capital (la parte del capital invertida en salarios), no solo reproduce esa parte del capital (el valor de su propia fuerza de trabajo) como produce, además, una plusvalía para el capitalista” (p. 68).

En el Capítulo *Inédito* de *El Capital*, aún de forma más explícita, dice:

“Todo trabajador productivo es asalariado, pero no todo asalariado es productivo. Cuando se compra un trabajo para consumirlo como valor de uso, como un servicio, no para colocarlo como factor vivo en el lugar del valor del capital variable e incorporarlo al proceso capitalista de producción, el trabajo no es productivo y el trabajador asalariado no es trabajador productivo” (p. 80).

En esencia, la generación de plusvalía viene de la producción industrial. Todos los otros sectores de la economía dividen esa plusvalía producida en la industria, incluyendo los bancos, el comercio, los servicios públicos. Por eso, el proletariado industrial es el único sector productivo (en términos de la economía marxista) de los trabajadores para el conjunto de la sociedad.

13. Vale la pena rever las definiciones de Marx, discutidas en el texto de Gustavo Lopes Machado.

Primero destaca la importancia de definir con precisión las relaciones de producción como base para cualquier análisis de la realidad:

“Las relaciones económico-sociales o las relaciones de producción expresan un tipo específico y fundamental de relaciones sociales. Las especificidades de estas determinaciones dichas económicas o infraestructurales es que traducen nexos, determinaciones o características **necesarias** en una dada forma de organización social. Diferente de la política, del Estado, de la cultura que, en una misma forma de sociedad, pueden expresarse en formas diversas, las relaciones de producción expresan aquellos nexos fundamentales que hacen de una dada forma de sociedad aquello que es, aquello que ella tiene necesariamente que reproducir para continuar existiendo. Por eso, ellas no determinan unilateralmente las demás esferas de la vida social, sino que constituyen el punto de partida para su adecuada comprensión”.

Eso significa evitar dos errores muy comunes en la izquierda.

“Luego de precisar la noción de trabajo productivo e improductivo en *Teorías sobre la plusvalía*, tal como citamos arriba, dice Marx: “Trabajo productivo e improductivo son siempre vistos ahí desde el ángulo del dueño del dinero, del capitalista” (MARX, 1974, p. 137). Y realmente. Desde el punto de vista de un capitalista individual, poca diferencia hace si su capital es empleado en la industria automotriz, en una universidad privada o en un circo. Lo que interesa es la plusvalía y la ganancia que este consigue obtener por medio de la explotación del trabajo asalariado. De la misma forma, para un trabajador asalariado importa, antes que todo, el salario que este recibe como equivalente por su fuerza de trabajo, sea cual fuere la naturaleza de la actividad que realiza. Esta diferenciación es fundamental, pues refleja la diferencia abismal que existe entre las relaciones sociales que aspiran acumular capital, sean o no productoras de mercancías, y aquellas que apuntan al cambio de equivalentes.

“Ocurre que ser productivo con relación al capitalista individual no corresponde necesariamente con ser productivo con relación a la sociedad. En el comercio, por ejemplo, a pesar de que el capitalista acumula capital con la explotación de los trabajadores que emplea, él no produce un solo átomo de valor y capital, solo se apropia de parte de la plusvalía producida en la esfera de la producción. No sin razón, en el fragmento arriba citado sobre la improductividad del capital comercial, Marx por diversas veces explicita que se está refiriendo a productividad en relación con la sociedad. Por ejemplo, luego de ilustrar con el caso de un agente comercial que trabaja 8 horas para pagar su salario, cediendo 2 horas excedentes a su empleador, dice que “la **sociedad** no paga esas dos horas de trabajo excedente, aun cuando hayan sido gastadas por el individuo que lo ejecuta” (MARX, 1980, p. 135). No obstante, “con eso no se apropia la sociedad de producto excedente ni de valor” (MARX, 1980, p. 135). Claro está, por lo tanto, que Marx se refiere, aquí, a la productividad del trabajo en relación con la sociedad y no al capitalista individual” (*Trabajo Productivo e Improductivo: el centro de la cuestión*).

14. Otro elemento que alimenta esta discusión es que existía una realidad social bien distinta en los tiempos de Marx. En aquella época, el proletariado (los trabajadores asalariados) eran esencialmente los obreros industriales.

Basta leer atentamente *El Manifiesto Comunista* para comprobar esto. En todos los momentos el “proletariado” es sinónimo de “obrero” que trabaja en las industrias. Veamos estas citas muy conocidas de *El Manifiesto* que hablan sobre la evolución del proletariado:

“El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia”.

“Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de todas una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota”.

“Sin embargo, el desarrollo de la industria no solo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas”.

“Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política” (Cap. I, *Burgueses y Proletarios* en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>).

Basta releer *El Manifiesto* con atención sobre este tema para comprobar que, para Marx, “proletariado” es sinónimo de obrero industrial.

En el desarrollo capitalista posterior a la época vivida por Marx, el proletariado no industrial se desarrolló mucho, como veremos. Ahí se produjo una diferenciación entre el proletariado industrial y no industrial que no existía en los tiempos de Marx.

15. Esta polémica no existía entre los distintos sectores de izquierda hasta la Segunda Guerra Mundial. No existían sectores, incluso entre los reformistas, que cuestionasen la centralidad del proletariado industrial.

III – La polémica sobre la definición y la evolución de la pequeñoburguesía

16. Existe otra polémica sobre las definiciones de las clases sociales asociada a esta.

Marx hizo en *El Manifiesto Comunista* una proyección equivocada apuntando hacia la desaparición de la pequeña burguesía. Trotsky, en el texto “A 90 años del Manifiesto Comunista”, hizo una crítica de esa evaluación:

“... los autores del *Manifiesto* se representaron de una manera demasiado unilateral el proceso de liquidación de las clases intermedias, como una completa proletarización de las artesanías, pequeños oficios y el campesinado. De hecho, las fuerzas elementales de la competencia están muy lejos de haber completado esta tarea simultáneamente progresiva y bárbara. El capitalismo ha arruinado a la pequeña burguesía más rápidamente de lo que la ha proletarizado. Más aún, el estado burgués desde hace mucho instrumenta una política consciente dirigida al mantenimiento artificial de estratos pequeñoburgueses. En el polo opuesto el desarrollo de la tecnología y la racionalización de la industria a gran escala, engendra desempleo crónico y obstaculiza la proletarización de la pequeña burguesía. Concurrentemente, el desarrollo del capitalismo ha acelerado en extremo el surgimiento de legiones de técnicos, administradores, empleados de comercio, en resumen, la llamada “nueva clase media”. En consecuencia, las clases intermedias, a las que se refiere el *Manifiesto* en forma tan categórica son, aún en un país tan altamente industrializado como Alemania, alrededor de la mitad de la población” (<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/30-ix-37.htm>).

Así, el capitalismo arruina a la pequeñoburguesía pero no posibilita su absorción en la sociedad en el mismo nivel, llevando a que ella se recree continuamente.

Trotsky señaló también que se desarrollaron sectores medios como “legiones de técnicos, administradores, empleados de comercio, en resumen, la llamada nueva clase media”. Esa evaluación de Trotsky, a nuestro entender, se comprobó en la realidad.

17. Moreno, en esa misma intervención que criticamos arriba (CEI 1986) dice lo siguiente sobre esta polémica:

“La pequeñoburguesía es una expresión muy amplia. Hay gran discusión teórica, que incluso [deben estar haciendo] Marx y Trotsky allá, junto a San Pedro, porque Marx en el siglo pasado [XIX] y Trotsky en este siglo [XX] parecieran dar definiciones distintas del problema de [la] pequeñoburguesía. Trotsky hablaba de una moderna clase media, de una moderna pequeñoburguesía, que eran los empleados de cuello blanco, como se les dice en la sociología yanqui –Wright Mills, etcétera–. Y para Marx todo el que recibía un salario era miembro de la clase obrera. Es decir, para Marx lo que definía al obrero era recibir un sueldo o un salario. [Para] Trotsky no. Justamente en su referencia a los puntos débiles del *Manifiesto Comunista* señala como uno de esos puntos este hecho: que surgió una moderna clase media. Yo me inclino por Marx. Entonces, para mí, [la moderna clase media] es proletariado. Los bancarios son obreros, pertenecen a la clase obrera, para mí. En eso estoy con Marx y no con Trotsky.”

18. Aquí, nos parece que Moreno comete otro error. Esa definición de Moreno apaga la diferencia entre la clase obrera y los otros sectores asalariados. Nos parece que Trotsky tenía razón. Veamos punto por punto.

19. En primer lugar, la evolución de la realidad comprueba la evaluación de Trotsky. La pequeñoburguesía clásica, los pequeños propietarios, no desaparecieron con la evolución del capitalismo.

El avance de las grandes empresas tiende a arrojar crisis sobre los pequeños propietarios urbanos y rurales. Es innegable que las grandes empresas ocupan cada vez más espacio en todo el mundo. Este avance no acaba con las pequeñas empresas, que siguen existiendo, pero en una localización diferente, con un papel complementario, coadyuvante, y no el papel principal. Los pequeños propietarios no desaparecen, siendo destruidos y recreados por las crisis capitalistas. Los pequeños negociantes son de los primeros sectores afectados por las crisis con grandes tasas de quiebra. Pero la limitación del empleo (el “desempleo crónico” descrito por Trotsky) y la ideología de “tener su propio negocio” facilitan el surgimiento de nuevas levas de pequeñas empresas en cada nuevo ascenso económico.

Además, como decía Trotsky:

“el estado burgués ha dirigido por mucho tiempo su política consciente hacia el mantenimiento artificial del estrato pequeñoburgués”.

Eso se manifiesta en las políticas de los Estados, de apoyo al desarrollo de las pequeñas empresas. El Estado burgués sigue volcado a las grandes empresas, pero busca amortiguar el efecto de las crisis económicas.

Existen millones de pequeños comerciantes, profesionales liberales (abogados, médicos, técnicos en electrodomésticos e informática, etc.). Por otro lado, existen cada vez con mayor peso en las grandes ciudades multitudes de vendedores ambulantes como subproducto del desempleo y el subempleo.

Existen, todavía, como subproducto del predominio del capital financiero, camadas importantes de pequeñoburgueses acomodados que viven de rentas financieras. Otros tantos viven de alquilar inmuebles en las grandes ciudades.

20. El crecimiento de las “nuevas clases medias”, descrito por Trotsky fue cada vez mayor.

Los asalariados que no son parte del proletariado industrial, como banqueros, empleados de comercio, profesores, etc., se desarrollaron enormemente con la urbanización y el crecimiento de servicios como la educación, la salud, el comercio y el sector financiero.

En particular después de la Segunda Guerra Mundial este fenómeno creció ampliamente, aún mucho más que en las últimas décadas vividas por Trotsky.

21. En caso de que fuese correcta la definición de Moreno de clase obrera que incluyese esos sectores de la “nueva clase media”, sería correcta la previsión de Marx de un crecimiento gigantesco de la clase obrera, sin la existencia con peso de las clases medias. Esa no es, no obstante, la realidad que vivimos hoy. El peso social y político de esos sectores de las clases medias es muy importante al evaluar la situación de la lucha de clases en cada uno de nuestros países.

Nos parece que Trotsky tenía razón en su crítica a esa proyección errónea de Marx.

IV – El proletariado industrial sigue siendo el sujeto social de la revolución

22. Comencemos por precisar lo que entendemos es el “sujeto social de la revolución”.

Esa es una expresión utilizada por Moreno para expresar la clase social que puede cumplir el papel dirigente en la revolución socialista. Moreno no modificó nada en esa discusión. Solo sistematizó lo que ya era parte de la tradición marxista.

El término “papel dirigente” era la expresión utilizada en las polémicas entre la socialdemocracia rusa en el siglo XIX sobre la dinámica de la revolución (si sería el proletariado o la burguesía la clase dirigente).

Según Perry Anderson, en esta polémica también se utilizaba el concepto de “hegemonía”, que después sería utilizado por Gramsci con otras connotaciones. O sea, se discutía cuál clase tendría la hegemonía en el proceso de la revolución y cuáles serían las consecuencias que eso traería.

El mismo contenido toma otra forma en *El Manifiesto Comunista*, en el cual el proletariado es tratado como la única “clase realmente revolucionaria”. La III Internacional, en las “Resoluciones sobre táctica”, habla del proletariado como “factor determinante de la revolución mundial”.

23. En esa discusión sobre lo que pasó pos Segunda Guerra Mundial, Moreno actualiza esa discusión para mostrar que ni el sujeto social (clase obrera) ni el sujeto político (partido revolucionario) previstos por Trotsky fueron de-

terminantes en las victorias de esas revoluciones. Recordemos esas definiciones:

“¿Por qué Trotsky opina que se transita de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista? ¿Por una combinación objetiva de tareas o por lo que en marxismo y en sociología se llama sujeto histórico? Un hombre se llama sujeto. Histórico se llama un grupo de hombres. La mecánica es cómo funciona el motor, cómo funciona una cosa. ¿Con qué engranaje, con qué gasolina el automóvil transita de la revolución democrática a la revolución socialista? ¿Por el sujeto o por un proceso inevitable en el cual la revolución democrático-burguesa, al ir contra sectores de la burguesía, va a tornarse inevitablemente socialista? Es posible que el automóvil esté en una pendiente y avance solo. Esto quiere decir que solucionar las tareas democrático-burguesas significa comenzar a atacar el capitalismo: poniéndose el automóvil en esa pendiente, él anda solo. ¿O tiene que ver con un factor subjetivo? (Sujeto es aquel que hace las cosas. En la frase “el perro muerde”, el perro es el sujeto, porque es quien muerde). [Para Trotsky, el paso se da] por un sujeto, pero social. La llave, el motor, el mecanismo de la revolución permanente de Trotsky tiene que ver con el sujeto histórico. (...) Lo que se discute (entre Trotsky y Preobrazhensky^[1] es si la revolución se torna socialista por la clase obrera o por una sucesión de acontecimientos – Para que un automóvil se mueva, hay dos maneras: una es que alguien lo ponga en marcha y lo mueva; otra es ponerlo en la cima de una pendiente, y el carro se mueve...

“Quiere decir, los dos sujetos de Trotsky, el social y el político, fallaron al encuentro histórico, no llegaron a tiempo. Y no obstante, a pesar de no haber comparecido al encuentro histórico, nosotros seguimos creyendo que la teoría de la revolución permanente es la mayor contribución del siglo desde el punto de vista teórico”.

En este texto no queremos enfocar la discusión sobre la revolución en la posguerra. Queremos solo retomar la definición de Moreno sobre lo que significa ser el sujeto social de la revolución (clase obrera) y el sujeto político (partido revolucionario). Retomando lo que decía Moreno, sujeto social es la clase que es el “motor” de la revolución.

24. ¿Por qué el proletariado industrial es el sujeto de la revolución y no el “proletariado en general”?

[1] Yevgueni Preobrazhensky, revolucionario y economista ruso, miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, padre de la planificación soviética y, junto a León Trotsky, líder de la Oposición de Izquierda. Fue uno de los creadores del comunismo de guerra y el primero en señalar sus problemas y limitaciones. Dirigió a los economistas soviéticos durante la década de 1920-1930 y elaboró un plan para industrializar el país. Fue también responsable de los primeros escritos marxistas en áreas de economía agraria y rural, la teoría del desarrollo económico capitalista, la regulación económica y la transición al socialismo, especialmente en los países subdesarrollados, como la propia Rusia después de la revolución de 1917.

En primer lugar, como ya dijimos, por su localización en la producción el proletariado industrial es el único trabajador productivo (en términos marxistas), o sea, que genera valor, produce plusvalía.

Por eso, el proletariado industrial tiene un papel central en la sociedad. Una huelga general del proletariado afecta duramente el conjunto de la sociedad.

En segundo lugar, porque el proletariado industrial está concentrado en unidades productivas y realiza un trabajo colectivo. Un obrero sabe que el producto de su trabajo es necesariamente colectivo, al contrario de innumerables otras categorías cuyas tareas en la sociedad capitalista privilegian el desempeño individual.

No es por casualidad que esa clase es la que puede dar una base social a la colectivización de la producción. Esa es la clase que puede generar un Estado que responda a los intereses comunes de los trabajadores. El proletariado es también el que puede dar sustentación social al régimen de democracia obrera, como nos recordaba Moreno.

En tercer lugar, con la globalización se confirmó de manera brutal la tesis del *Manifiesto Comunista* de la tendencia del capitalismo a la pauperización del proletariado, de rebajar el nivel de vida de los trabajadores. Como veremos, el proletariado está sufriendo no solo un rebajamiento de su nivel salarial sino también la pérdida de conquistas importantes de los siglos XIX y XX. La base mayoritaria precarizada del proletariado es la expresión clara en el siglo XXI de los que “no tienen nada que perder”.

25. No es posible que el conjunto de los “asalariados” sea el sujeto social de la revolución.

En primer lugar, porque no son trabajadores productivos en la definición marxista de generar valor.

En segundo lugar, porque en general no tienen un sentido colectivo de lo que producen, como el proletariado industrial.

En tercer lugar, porque incluyen camadas completamente diferentes desde el punto de vista social. No se puede decir del proletariado como un todo lo que Marx decía sobre la clase obrera, de que es la “más homogénea de todas las clases”.

Los gerentes son en general asalariados, pero su nivel de vida los aproxima de la burguesía. Los médicos y abogados son asalariados que tienen rendimientos extremadamente variados, incluyendo sectores altamente privile-

giados y otros más pauperizados. Los profesores universitarios tienen salarios en general muy superiores a los profesores de escuelas secundarias.

Las camadas más enriquecidas no tienen nada que ver con la definición del proletariado de Marx como los que “no tienen nada que perder”.

El comportamiento de esos asalariados (el proletariado no industrial) se asemeja así al de la pequeñoburguesía (pequeños propietarios urbanos y rurales), que también puede dividirse, con el sector más empobrecido siendo atraído para la revolución.

26. La III Internacional tenía el proletariado industrial como apuesta para ser el sujeto social de la revolución, o el “factor determinante de la revolución mundial”. En sus resoluciones, el “proletariado” o la “clase obrera” es el proletariado industrial.

Es ese el contenido de la definición del segundo congreso de la III, cuando habla sobre “Las tareas fundamentales de la Internacional Comunista” y describe cómo el partido revolucionario debe dirigir al proletariado para que dispute las masas, esto es, el conjunto de los trabajadores y explotados:

“4. El éxito de la lucha contra el capitalismo exige una justa relación de fuerzas entre el Partido Comunista como guía, el proletariado, la clase revolucionaria y la masa, es decir el conjunto de los trabajadores y de los explotados. El Partido Comunista, si es realmente la vanguardia de la clase revolucionaria, si asimila a sus mejores representantes, si está compuesta de comunistas conscientes y sacrificados, educados y fogueados por la experiencia de una larga lucha revolucionaria, si ha sabido unirse indisolublemente a toda la existencia de la clase obrera y por su intermedio a la de toda la masa explotada e inspirarles plena confianza, solo ese partido es capaz de dirigir al proletariado en la lucha final, la más encarnizada, contra todas las fuerzas del capitalismo. Y sólo bajo la dirección de semejante partido puede el proletariado aniquilar la apatía y la resistencia de la pequeña aristocracia obrera compuesta por los líderes del movimiento sindical y del corporativo, corrompidos por el capitalismo, y desarrollar todas sus energías, infinitamente más grandes que su fuerza numérica, debido a la estructura económica del propio capitalismo” (<http://grupgerminal.org/?q=system/files/cuatroprimerosICvolumen1.pdf>, p. 69).

En las “Tesis sobre la táctica”, del tercer congreso, existe todo un capítulo, titulado “La actitud con respecto a los sectores medios del proletariado”, en que desarrolla la política del proletariado industrial como sujeto social de la revolución para dividir y ganar para el lado de la revolución a los sectores medios del proletariado, hablando sobre “La conquista de círculos bastante grandes de empleados del comercio y de la industria, de funcionarios inferiores y medios y de intelectuales...” (<http://grupgerminal.org/?q=system/files/cuatroprimerosICvolumen2.pdf>, p. 48).

27. En la parte anterior del texto, polemizamos con Moreno sobre la definición de qué es el proletariado y la pequeñoburguesía. No obstante, esa polémica no se extiende automáticamente a la definición de quién es el sujeto social de la revolución. Eso no está definido con precisión en sus textos.

Existen varios pasajes de la obra de Moreno en que este afirma claramente la centralidad del proletariado industrial para la revolución. La cita abajo, es significativa:

“Las dictaduras revolucionarias del proletariado, la de Lenin y Trotsky, la que originó la Revolución de Octubre, son lo opuesto desde el punto de vista político y del sector social. Antes que nada, se asientan en la democracia revolucionaria y no en el bonapartismo: sus órganos son los soviets revolucionarios y democráticos o cualquier otra organización revolucionaria de masas. Son la expresión de la base obrera y popular, aunque con hegemonía del proletariado industrial. Y, lo que es decisivo, a su frente está un partido revolucionario que tiene como objetivo supremo desarrollar la revolución socialista dentro y fuera de sus fronteras, lograr una movilización permanente, destruir su estado nacional con tal de desarrollar la federación de estados socialistas y extender la revolución a todo el mundo. En una palabra, a su frente estuvo ayer un partido bolchevique y estará en un mañana próximo el único partido que lucha hoy por las banderas del bolchevismo: un partido trotskista.” (*Actualización del Programa de Transición*, p. 67)

28. Hasta ahora, en la cuarta etapa, las revoluciones no tuvieron a su frente ni al proletariado industrial como clase organizada ni partidos revolucionarios.

Algunos de esos procesos revolucionarios obtuvieron victorias importantes, como la caída de gobiernos, la anulación de planes y proyectos imperialistas, y hasta incluso la caída de regímenes dictatoriales.

Pero, al contrario de lo que ocurrió en una parte del siglo pasado (desde la posguerra hasta la victoria en Vietnam en 1975), ninguna de esas revoluciones llegó a expropiar a la burguesía. O sea, aun siendo parte de un proceso de revolución permanente, no avanzaron hacia revoluciones socialistas victoriosas.

29. Gran parte de las revoluciones que expropiaron al capitalismo ocurrieron como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Esa guerra tuvo consecuencias mayores que la Primera, llevando a la destrucción de las fuerzas armadas burguesas en países claves de Europa y abriendo la posibilidad objetiva de caída del capitalismo. El estalinismo hizo una jugada doble, tomando el poder en algunos países menores para poder contener la revolución y reconstruir el Estado burgués en Francia e Italia, salvando al capitalismo. Esa

situación objetiva no se planteó otra vez en la historia. Por otro lado, la utilización de la reacción democrática por el imperialismo, incorporando a las direcciones pequeñoburguesas o reformistas a la democracia burguesa, es parte importante de la explicación de por qué no se repiten las revoluciones que expropiaron al capitalismo. Desde que el imperialismo pasó a utilizar la reacción democrática para enfrentar los procesos revolucionarios ha conseguido desviar las revoluciones.

Eso comenzó a ocurrir aún en la tercera etapa. Fue así en la revolución nicaragüense, así con Angola y Mozambique en el final del siglo pasado, con gran auxilio de la dirección castrista. Incluso cuando la revolución avanzó al punto de derrotar a las Fuerzas Armadas, las direcciones reformistas se negaron a expropiar al capitalismo.

Ocurrió el mismo bloqueo en los procesos revolucionarios de la cuarta etapa en América Latina, en el inicio del siglo, en Ecuador, Bolivia y Argentina. Como consecuencia, desde 1975 aún no volvieron a darse revoluciones que expropiaran al capitalismo. Ni dirigidas por direcciones reformistas ni por partidos revolucionarios.

30. ¿Puede ser que vuelvan a ocurrir revoluciones socialistas victoriosas sin el proletariado industrial y sin el partido revolucionario a su frente como ocurría en la tercera etapa? Puede ser. Pero ahora, en la cuarta etapa, vuelve a ser “altamente improbable”, como preveía Trotsky.

En realidad, en términos históricos, hubo solo un corto período (desde la posguerra hasta 1975) en que esa regla general de las revoluciones no fue seguida. Y ahora, volvimos a la normalidad.

Esa relación entre el proletariado como sujeto social de la revolución y la existencia de un partido revolucionario con influencia de masas no es aleatoria. El programa socialista revolucionario es adecuado al proletariado industrial y no a otra clase.

31. Es verdad que el proletariado industrial no fue el centro de los procesos revolucionarios en la cuarta etapa hasta ahora. Pero el futuro no está determinado. Estamos haciendo apenas una constatación sobre el pasado, no un pronóstico para el futuro.

Al contrario, como veremos, existe una posibilidad importante de que esto se modifique. Comienzan a manifestarse movimientos de importancia en el proletariado chino, así como en Europa (una huelga general de varios países en 2014, la movilización actual en Francia), en América Latina (dos

huelgas generales en Argentina, dos en Paraguay, una en el Perú, huelgas obreras en el Brasil y en otras partes del continente), huelga general en la India y en otras partes del mundo.

La posibilidad de una victoria o no de la revolución socialista está determinada por la entrada en escena del proletariado, que se coloque al frente de un proceso revolucionario.

A esa condición se suma otra, la de la construcción de una dirección revolucionaria con peso de masas en ese proletariado. Esa posibilidad está estrechamente ligada al proceso de reorganización que, como veremos, está sufriendo profundas modificaciones.

32. Esta definición del proletariado industrial como sujeto social de la revolución no tiene solo un contenido teórico de primera importancia. Tiene enormes consecuencias políticas, al orientar nuestra estrategia de que sea ese el “motor”, el sujeto de los procesos revolucionarios.

De la misma forma, tiene enormes consecuencias para la construcción de nuestros partidos, dando coherencia a las políticas de proletarización (sobre sectores del proletariado industrial y no los asalariados como un todo). También tiene profunda consecuencia para la estrategia de construcción de partidos revolucionarios con direcciones obreras.

V – Una hipótesis de sistematización de las clases

33. Nosotros partimos, por lo tanto, de las definiciones de Marx, Lenin, Trotsky, y de la III Internacional. Cuando hablamos del sujeto social de la revolución, hablamos del proletariado industrial.

Además de la discusión de contenido, queremos también, para evitar confusiones, proponer una sistematización, para precisar lo que queremos decir.

34. En primer lugar, proponemos definir con claridad la “clase obrera” como el proletariado industrial.

En el proletariado industrial incluimos a los trabajadores asalariados:

- del departamento I en la economía marxista (producción de bienes de producción), que incluye las fábricas (que producen máquinas, por ejemplo), las minas, las refinerías, las hidroeléctricas, las obras de construcción pesada (represas, rutas, puentes, etc.), la producción de materias primas en la agroindustria.
- del departamento II, que incluye la producción de bienes de consumo

(como las fábricas de automóviles, electrodomésticos, alimentos, juguetes, etc.) y la construcción de casas y apartamentos.

O sea, llamamos de clase obrera o proletariado industrial a los trabajadores asalariados de las fábricas, mineros, petroleros, construcción civil, así como a los obreros rurales de las empresas del agronegocio.

35. Proponemos llamar “camadas medias del proletariado” a los asalariados no industriales. Incorporamos, así, el término utilizado por la III Internacional. Esa definición incluye profesores, bancarios, trabajadores del comercio, empleados públicos, etc.
36. Al hablar de “proletariado”, estaremos hablando del proletariado como un todo, incluyendo el sector industrial y no industrial.
37. Proponemos llamar “pequeñoburguesía” a los pequeños propietarios urbanos y rurales.
38. Proponemos incorporar como parte de la “burguesía” a los gerentes y directores de las empresas, aunque sean asalariados.

*

LA EVOLUCIÓN DEL PROLETARIADO DESDE LA “GLOBALIZACIÓN”

E. A. N.

I – La evolución del proletariado industrial en los países imperialistas

1. La “globalización” de la economía en los últimos 30 años trajo transformaciones profundas. Al contrario de lo que afirman los propagandistas del reformismo, esos cambios no cuestionan el papel del proletariado como sujeto social de la revolución. Por el contrario, puede estar ampliándose objetivamente la potencialidad revolucionaria del proletariado en un nivel nunca visto.
2. Antes de seguir adelante, queremos explicar por qué usamos comillas al hablar de “globalización”. El período englobado por las décadas del '80 y el '90 del siglo pasado trajo muchos e importantes cambios en la economía mundial.

A nuestro ver, las definiciones de Lenin de la época imperialista, al contrario de ser cuestionadas, en ese período fueron ampliadas y agudizadas. Muchas y muchas veces, no obstante, la palabra globalización es usada en términos periodísticos para expresar una negación de las definiciones de Lenin y dar a esas modificaciones una idea de un nuevo imperialismo que no existe.

Para expresar los profundos cambios que ocurrieron en ese período, pero diferenciarnos de esas ideas, usamos entonces “globalización”.

3. Es verdad que con la “globalización”, el proletariado industrial de los países imperialistas tuvo una reducción numérica significativa, acompañando el desplazamiento de la producción industrial hacia los países semicoloniales y dependientes.

Los números en el cuadro siguiente comprueban eso.

En los Estados Unidos, el número cayó de 18,2 millones en 1970 para 12,7 millones en 2010; en Alemania, de 8,2 para 6,2 millones; en Francia, de 5,2 para 2,9 millones; en el Japón, de 10,9 para 7,3 millones.

País	1970	1990	2010
EEUU	18,2	17,5	12,7
Alemania	8,2	7,1	6,2
Francia	5,2	3,2	2,9
Japón	10,9	11,2	7,3

Fuente: UNIDOS, *Industrial Development Report 2013, Sustaining Employment Growth: The Role of Manufacturing and Structural Change*

En algunos países imperialistas, esa desindustrialización fue más importante, como en el Estado español y en Portugal. En otros, fue menos acentuada, como en Alemania. No obstante, esto ocurrió en todos.

4. A pesar de esta reducción, el proletariado industrial en esos países imperialistas sigue teniendo un peso social superior al del proletariado ruso en 1917. En aquella época, los obreros industriales rusos sumaban tres millones en una población total de 150 millones (2%). El mismo cálculo para los países imperialistas en 2010 da 4% en los Estados Unidos; 7% en Alemania; 4,4% en Francia; 5,7% en el Japón.
5. Por otro lado, el ataque brutal al nivel de vida del proletariado de los países imperialistas en estos años de “globalización” llevó a un proceso de pérdida de las conquistas sociales de posguerra. Existe un retroceso de conquistas hasta del siglo XIX, reducción de los salarios y precarización de las condiciones de trabajo (que incluye el trabajo informal, la tercerización, etc.). La realidad actual es que el gran capital desarrolla una guerra social para hacer pagar al proletariado de los países imperialistas el precio de la gran crisis abierta en 2007-2008. Y, digamos claramente, está consiguiendo imponer retrocesos importantes. En el conjunto del proletariado de los países imperialistas, la seguridad con relación al futuro con una perspectiva de ascenso social está claramente cuestionada. Esa era una de las consecuencias del carácter imperialista de esos países para las camadas superiores del proletariado, que tenía gran importancia para asegurar la estabilidad de la democracia burguesa.

Los jóvenes hijos de obreros no consiguen una ubicación que les permita esperar el nivel de vida de sus padres. La juventud enfrenta un desempleo masivo y, cuando consigue un empleo es en su mayoría precario y mal remunerado. La inseguridad en relación con el presente y el futuro es hoy una característica presente en el proletariado de los países imperialistas.

6. La aristocracia obrera es una camada privilegiada, que tiene un papel muy importante como base social de las burocracias sindicales y del reformismo. Fue definida por Lenin como factor de estabilidad social y política del capitalismo.

La aristocracia obrera está siendo debilitada por ese proceso de ataques al proletariado. Eso puede tener gran importancia para el proceso revolucionario.

No estamos diciendo que ese sector privilegiado del proletariado desapareció. Sigue existiendo, aunque con menor estabilidad y peso social. Pero continúa siendo base, dentro del proletariado, para las burocracias sindicales y los partidos reformistas.

7. Un tema de peso en la evolución del proletariado es el de la migración. Los inmigrantes en general ocupan los trabajos más precarizados y con peores salarios de los países imperialistas. Este es un proceso que evolucionó fuertemente durante la globalización, moviendo grandes masas de trabajadores. Según los datos de la *International Organisation for Migration*, existían 214 millones de migrantes en el mundo en 2010, tres por ciento de la población mundial.

El peso de los inmigrantes turcos en Alemania; africanos y árabes en el resto de Europa; latinos en los Estados Unidos; ya está cambiando la realidad del proletariado en esos países. En algunos sectores ya son, incluso, mayoritarios.

8. Esa evolución objetiva se suma al giro a la derecha de las direcciones, para cuestionar las bases sobre las cuales se organizó el proletariado en decenas de años.

El proletariado –con una camada importante de aristocracia obrera– organizado en los grandes sindicatos y dirigido por los partidos socialdemócratas y estalinistas está cambiando aceleradamente. En varios países tal vez ya sea parte del pasado. Nuevos sectores de obreros jóvenes y precarizados tienen una evolución muchas veces por fuera de ese padrón, chocándose con el conjunto de la institucionalidad.

9. Un sector de la intelectualidad caracteriza este sector como algo distinto del proletariado. Guy Standing, por ejemplo, llama “precariado, la nueva clase peligrosa” a esos sectores precarizados.

“El precariado no hace parte de la clase ‘trabajadora’ o del ‘proletariado’... El resultado fue la creación de un ‘precariado global’, que consiste de muchos millones alrededor del mundo sin un ancla de estabilidad. Ellos van tornándose una nueva clase peligrosa. Ellos son propensos a oír voces malas y usar sus votos y dinero para dar a esas voces una plataforma política y aumentar su influencia. El propio éxito de la agenda ‘neoliberal’, abrazada en mayor o menor grado por gobiernos de todos los tipos, creó ese incipiente monstruo político. Es necesaria una acción antes de que este monstruo venga a la vida” (*Precariat, the new dangerous class*, 2011).

El nombre –“precariado”– ya es en sí un error, por apuntar que se trata de una clase social distinta. El “precariado” no es una nueva clase, sino sectores importantes y crecientes del proletariado industrial. En realidad, es el resultado de la combinación explosiva de la precarización violenta con la desorganización del proletariado.

10. La crisis de la socialdemocracia y de los partidos burgueses tradicionales –que tanto asusta a parte de la intelectualidad– es parte de la crisis de la democracia burguesa y del reformismo.

Los tiempos del “estado de bienestar social” se fueron. Los ataques brutales a los salarios y la precarización de las relaciones de trabajo trajeron la polarización y la radicalización al proletariado europeo.

Eso se combina con la profunda crisis de dirección revolucionaria y abre espacio para el ascenso de la ultraderecha e incluso para organizaciones fascistas con base en sectores de la clase obrera.

Pero esa crisis abre también una posibilidad distinta. En el caso de que ella sea fecundada por un ascenso centrado en la clase obrera –que no ocurrió en gran escala hasta ahora–, puede abrir espacio para el fortalecimiento de corrientes revolucionarias.

No estamos diciendo que la evolución objetiva del ascenso, incluso centrado en la clase obrera, determine el crecimiento de corrientes revolucionarias. Eso puede no ocurrir nunca aunque haya ascenso obrero. Solo queremos afirmar que, en caso de que se dé un ascenso obrero, podremos ver nuevamente la ampliación del espacio para corrientes revolucionarias, que pueden aprovecharlo o no.

///

II – La evolución del proletariado industrial en los países semicoloniales y dependientes

11. La división mundial del trabajo impuesta por el imperialismo con la “globalización” de la economía determinó una diferenciación importante entre los países semicoloniales y dependientes.

En una parte de esos países se impuso una reprimarización de la economía, con énfasis en la producción y exportación de *commodities* agrícolas y no agrícolas (minería).

En otra parte, ocurrió el desplazamiento de las industrias de los países imperialistas para los semicoloniales. Eso incluye la cadena de producción mundial de las multinacionales con plantas en varios países que componen partes de los productos para el mercado mundial. O aún países que concentran la producción industrial para todo el mundo (como China), para regiones del mundo o para ocupar grandes mercados nacionales. En algunos de ellos, como en el Brasil, hubo una combinación de los dos elementos: producción para la exportación de *commodities*, producción industrial para exportación hacia América Latina, y consumo en el gran mercado interno.

12. Como consecuencia de esa nueva división mundial del trabajo, en una parte de esos países ocurrió también una reducción del proletariado industrial, como en Bolivia, en que 84% de los mineros fueron despedidos y se debilitó el proletariado como sujeto social de la revolución. Un proceso semejante ocurrió en el Este europeo pos restauración capitalista.

Pero en una parte importante de los países semicoloniales y dependientes existió un fortalecimiento numérico, económico y social del proletariado industrial como producto del desplazamiento de las industrias para esos países. Eso ocurrió en China, Indonesia, Malasia, Tailandia (llamados SEANICs –*South East Asian Newly Industrialized Countries*–), en la India, Vietnam, Bangladesh, en el Brasil, y en varios países sudamericanos.

Este es un hecho de enorme importancia, que hasta ahora no había sido evaluado.

En el cuadro siguiente podemos ver una síntesis de la evolución numérica del proletariado industrial en países claves.

País	1970	1990	2010
China	14,2	42,4	68,8
India	4,7	7,2	11,8
Bangladesh	0,2	1,0	5,1
Indonesia	0,5	2,6	4,2
Vietnam	0,04	0,2	4,4

Fuente: UNIDOS, *Industrial Development Report 2013, Sustaining Employment Growth: The Role of Manufacturing and Structural Change*

13. El ejemplo más impresionante es el de China, que tiene hoy el mayor proletariado de todo el mundo.

La restauración del capitalismo facilitó toda la operación de propaganda de supresión de la idea histórica del proletariado como sujeto social de la revolución. Pero fue también el agente de creación del mayor proletariado industrial de todo el mundo. El proletariado chino es hoy (con 68,8 millones) dos veces y media mayor que el proletariado industrial de la antigua URSS en 1970 (27,1 millones).

Y ahora este proletariado, que aumentó casi cinco veces desde 1970, comienza a moverse contra los ataques del capitalismo contra su nivel de vida.

“Desde el inicio de la década de 1980, cerca de 150 millones de trabajadores migraron de las áreas rurales para las urbanas en busca de empleo... En la medida en que cada vez más trabajadores migrantes se establecen en las ciudades y se consideran asalariados en lugar de campesinos, está emergiendo una nueva generación de trabajadores proletariados con una creciente conciencia de clase. Tantos los documentos gubernamentales oficiales como los grandes medios reconocen ahora el ascenso de la ‘segunda generación de trabajadores migrantes’.

“Según los grandes medios chinos, existen actualmente cerca de cien millones de trabajadores de la segunda generación de migrantes, nacidos luego de 1980. Ellos fueron para las ciudades enseguida después de completar la enseñanza superior o la secundaria. La mayor parte de estas personas no posee experiencia en la producción agraria. Se identifican más con las ciudades que con el campo. Comparada con la ‘primera generación’, la segunda generación de trabajadores migrantes tiende a poseer una educación mejor y mayores expectativas de empleo. Ellos exigen mejores condiciones de vida material y cultural y están menos dispuestos a tolerar condiciones precarias de trabajo” (*El ascenso de la clase trabajadora y el futuro de la revolución china*, Minqi Li).

14. El proletariado vietnamita sufrió la misma evolución, aunque más retardada. El proletariado industrial durante la revolución que derrotó al imperialismo aún era muy pequeño, con 40.000 trabajadores. Hoy cuenta con 4,4 millones de obreros.

La ola de industrialización de Vietnam es parte del mismo proceso de todo el sudeste asiático, que se fortalece después que las industrias comienzan a huir de China. En particular son empresas de baja tecnología (como vestido, zapatos y juguetes) que se desplazaron para otros países del sudeste asiático cuando el proletariado chino comenzó a luchar por mejores salarios.

Los salarios pagados en Vietnam son de los más bajos de todo el mundo, con condiciones de trabajo que se aproximan de la barbarie.

15. El proletariado ruso tuvo una evolución muy diferente. Con la restauración capitalista existió una amplia desindustrialización en Rusia (una de las mayores del mundo en la época), que se extendió a Ucrania, Polonia, Rumania, Hungría y otros Estados. En Rusia, la producción industrial cayó más de la mitad, generando una devastación inédita desde la invasión nazista, afectando ciudades y regiones industriales enteras.

Después de eso, Rusia se relocalizó dentro de la nueva división mundial del trabajo con la globalización en una situación neocolonial, centrada en la producción y exportación de petróleo y gas. La exportación de petróleo más que duplicó, en especial en el inicio de este siglo, cuando los precios del petróleo subieron cinco veces más.

Esa nueva localización generó una nueva configuración de la clase obrera. Después de la destrucción de ramas enteras de producción industrial que empleaban a decenas de millones de obreros hubo una reorganización del empleo, pero sobre una base más primitiva. Para la producción del petróleo y del gas no se necesita mucha mano de obra. Las nuevas fábricas multinacionales aún son muy minoritarias (Datos del texto “Sobre la definición de situación revolucionaria mundial” de I. Razin).

La OIT contabilizó 25,8 millones de obreros industriales en 1991, que fue el máximo alcanzado. Con la restauración, el número fue bajando hasta llegar a 17 millones en 1998. A partir de ahí, ya con la nueva localización en el mercado mundial, el número vuelve a crecer hasta llegar a 21,1 millones en 2007.

Con la crisis mundial de 2007-2008 bajó hasta llegar a 18,4 millones en 2012. A partir de ahí volvió a crecer, llegando a 23,2 millones en 2015.

16. El proletariado brasileño se fortaleció en las décadas de '70 y '80 del siglo pasado, cuando protagonizó un ascenso importantísimo (uno de los mayores del mundo en la década de 1980), que dio base para la formación del PT y la CUT.

En la década del '90, el proletariado tuvo una reducción importante, volviendo a subir en este siglo.

Un estudio fundamental del Ilaese [Instituto Latinoamericano de Estudios Socioeconómicos], "O proletariado brasileiro hoje" [El proletariado brasileño hoy], recién lanzado, apunta en el mismo sentido, al comparar la evolución del proletariado industrial en 1995 (6 millones) y en 2014 (10,2 millones):

"Como podemos percibir, a pesar de la caída en 2015, en función de la crisis económica, el número absoluto de trabajadores industriales (industria de transformación, construcción civil y extracción mineral) alcanzó su más alto nivel en 2014. En este año, el número absoluto de obreros fue 85% mayor que en 1995. Fue superior también al de los años ochenta, cuando el total de obreros industriales jamás superó los 7 millones de trabajadores.

"El primer aspecto importante a ser notado, es que los obreros industriales tienden a crecer en relación con el total de la población del Brasil. En 1995 ellos eran 3,83% de la población. Ya en 2014, alcanzaban 5,64%. Este número es similar a aquel que encontramos en los años '80, cumbre de la industrialización brasileña... Con eso, queda claro que el proletariado industrial brasileño creció en términos absolutos y mantiene, hoy, el mismo nivel porcentual del período de los años '80.

Incluso con la severa crisis económica (recesión de 4% por dos años consecutivos), el número de obreros cayó fuertemente pero aún se mantiene alto.

17. El proletariado argentino también vivió un proceso semejante. En 1973 existían 1,907 millones de obreros industriales. Ese número sufrió una reducción en la década de 1990, creciendo nuevamente en este siglo. En 2011 sumaban ya 2,4 millones.

También ahora existe una caída en esos números, siendo el proletariado afectado por la crisis económica recesiva.

18. El proletariado industrial mexicano vivió una profunda transformación con los tratados del NAFTA y el TPP, que transformaron el país prácticamente en una colonia de los Estados Unidos.

En buena parte del país, en la década de 1990 existió un retroceso por el cierre de las fábricas con el NAFTA. Pero en el Norte, junto a la frontera con los Estados Unidos, existió un desarrollo espectacular de las montadoras de

automóviles, con el crecimiento de un nuevo proletariado industrial joven y precarizado. En estas regiones, la actividad sindical es severamente reprimida.

Hoy existen 12,5 millones de obreros industriales en el país, con una media salarial bajísima (43% de los salarios pagados en China), produciendo en la frontera de los Estados Unidos, con la supresión de tasas aduaneras por los tratados comerciales.

19. El ejemplo haitiano es emblemático. En este país hubo en la década de 1980 la implantación de zonas francas que producen textiles para el mercado de los Estados Unidos, llegando a tener 120.000 obreros industriales. Con la crisis económica y política, ese número bajó drásticamente a 15.000.

Ahora se retoma ese plan, con la implementación de las zonas francas de acuerdo con el Plan Clinton. Se están produciendo textiles para vender en el mercado norteamericano, con salarios dos veces y media más bajos que los de China, a una distancia de los puertos de los Estados Unidos doce veces menor. Las empresas no pagan un salario que corresponda al valor necesario para la reproducción normal de la mano de obra. Los haitianos pueden morir jóvenes, como los esclavos, porque son mano de obra barata y abundante, fácil de ser sustituida. Las empresas tienen a su disposición un ejército industrial de reserva de 80% de desempleados. Si un trabajador se enferma, no gana nada. Si muere, puede ser sustituido de inmediato por otro haitiano hambriento.

Las multinacionales no pagan ninguna de las conquistas de los siglos XIX y XX, como vacaciones, aguinaldo, jubilación. No pagan prácticamente ningún impuesto al Estado que, por su parte, no precisa asegurar salud ni educación al pueblo.

Las fábricas textiles tienen pequeña exigencia de capacitación tecnológica para la mano de obra, lo que hace innecesario invertir en educación pública y formación técnica.

Los trabajadores viven al lado de las empresas, pudiendo ir a pie para el trabajo. Si alguien vive lejos, va también a pie. Los barrios no tienen red de cloacas o agua potable, menos aún energía eléctrica. En Haití se está imponiendo un capitalismo mucho más salvaje, en condiciones que se asemejan a la barbarie.

Ese plan económico siniestro del imperialismo tiene, no obstante, una contrapartida social, por recomponer y fortalecer al proletariado textil como el

más importante sector de los trabajadores del país. Ya son 50.000 obreros industriales, que pueden llegar a 400.000 (Datos de Batay Ouvriyé).

20. Los ataques a los salarios y condiciones de trabajo del proletariado en los países semicoloniales y dependientes es brutal. El imperialismo en tiempos de “globalización” consiguió una movilidad inédita en la producción, que se tradujo en una presión por rebajamiento en los salarios o el cambio en las plantas industriales.

Impuso un retroceso global en los salarios del proletariado al definir un nuevo paradigma con los salarios de China pos restauración del capitalismo. Mientras el salario mínimo en los Estados Unidos es de cerca de 1.200 dólares, y en Alemania 1.600 dólares (2015), en países como España (800) y Portugal (600) es mucho menor. La escala va descendiendo a niveles como el del salario mínimo en el Brasil (290 dólares) y China (240 dólares), hasta llegar a los niveles más bajos con el salario mínimo en Haití (100 dólares), Indonesia (91), Vietnam (87), Camboya (80), Bangladesh (40).

21. Es necesario actualizar la disyuntiva “socialismo o barbarie”. Basta observar la situación del proletariado en Haití, Indonesia, Vietnam y Bangladesh, así como la realidad en buena parte de los sectores más explotados en cada uno de los países semicoloniales, para ver que el imperialismo ya está imponiendo elementos de barbarie en los extremos del sistema.

22. Esos elementos de barbarie ahora van a ampliarse fuertemente. La crisis económica que ya llegó a los países semicoloniales va a implicar en el aumento del desempleo y más rebaja salarial y precarización.

III – La evolución de proletariado no industrial

23. Existe una fuerte ampliación del proletariado no industrial desde la segunda mitad del siglo xx, que se profundizó con la “globalización”. Ese crecimiento del proletariado no industrial es causado por la combinación entre la urbanización creciente del mundo y el avance de las grandes empresas.

24. En los tiempos de la Revolución Rusa, la tasa de urbanización mundial se aproximaba a 20%, Entre 1950 y 2000, la parcela de la población mundial residente en las ciudades pasó de 30% a 47%. En 2005, el mundo se tornó mayoritariamente urbano, esto es, por primera vez posee más personas viviendo en las ciudades que en el campo. En 2015, la población urbana ya era de 54%.

América Latina, por ejemplo, es una de las regiones más urbanizadas del planeta, con más de 80% de la población en las ciudades.

El fenómeno de las ciudades gigantescas se amplió mucho. En los tiempos de la Revolución Rusa solo había en el mundo dieciséis ciudades con población superior a un millón de habitantes (solamente Pekín y Calcuta entre los países semicoloniales). Ya en 1950 había veinte ciudades en el mundo con población superior a 2,5 millones de habitantes. En el año 2000 existían 26 ciudades con más de 10 millones de habitantes. Hoy, Shanghái (con región metropolitana) tiene 25 millones; Deli (India) y Ciudad de México, 21 millones; San Pablo, 20 millones.

25. Por otro lado, existe una centralización cada vez mayor del capital, como subproducto del desarrollo imperialista. Eso se traduce en el avance de las grandes empresas (industriales, comerciales, bancarias, servicios en general) sobre las pequeñas empresas.

26. Hoy el peso del proletariado no industrial urbano (bancarios, empleados de comercio, profesores, empleados públicos, etc.) es cualitativamente mayor que en la época de la Revolución Rusa.

Trotsky ya había evaluado esa dinámica al hablar del peso de las “nuevas clases medias”. Pero el desarrollo de este sector fue todavía mayor en la segunda mitad del siglo XX, teniendo nuevo impulso con la “globalización”. Tanto en los países imperialistas en que hubo una reducción numérica del proletariado industrial como en los países semicoloniales en que el proletariado industrial creció, el peso de los trabajadores asalariados no industriales creció mucho en todo el siglo XX.

27. Es notable el cambio en el comercio de las ciudades, en que las pequeñas tiendas, carnicerías, etc. dieron lugar a grandes cadenas de supermercados, con gran número de trabajadores asalariados en el comercio, que no existían antes.

Las agencias bancarias, en muchas ciudades, cubren hoy los barrios más importantes, con decenas de millares de bancarios. La creciente automatización y los planes neoliberales redujeron ese número, pero no lo retrotrajeron al momento anterior a la Segunda Guerra Mundial.

Los servicios públicos de educación y salud acompañaron la extensión de la urbanización generando millones de profesores y trabajadores de la salud. Después de su expansión en el siglo XX, esos servicios públicos fueron atacados sistemáticamente por todos los planes neoliberales, con degradación

de los servicios y rebaja salarial de los trabajadores. No por casualidad, los profesores, en particular, son muchas veces vanguardia en los procesos de luchas contras esos planes neoliberales.

El transporte público ya tenía importancia en los tiempos de Marx, así como en los de Lenin y Trotsky. Pero, innegablemente, ganó mucho más peso con el desarrollo de las megalópolis en la segunda mitad del siglo xx. En las grandes ciudades, el transporte es hecho por grandes empresas (privadas y estatales), con los ferroviarios, metroviarios y choferes de ómnibus teniendo gran peso sindical y político.

Esa es una base social de gran importancia en los procesos revolucionarios, que también se divide, pudiendo sus sectores más explotados ser polarizados por el proletariado industrial. Se trata de sectores que tienen muchas veces, también, estrechas relaciones familiares y de vivienda con el proletariado industrial.

28. El proletariado no industrial aumentó aún más con la globalización. Los datos de la OIT indican que los trabajadores del sector de servicios prácticamente se duplicaron entre 1991 y 2016:

1991- 763.214
2012- 1.396.938
2016- 1.506.533 (estimativa)

Eso significa una ampliación muy importante de la proporción de los trabajadores asalariados no industriales en todo el mundo sobre el conjunto de la población, que creció 35% en el período.

IV – El proletariado tuvo una ampliación objetiva de su potencial revolucionario

29. Al contrario de lo que afirman los que abandonan el campo de la revolución, el proletariado tuvo –en esta cuarta etapa, con la “globalización”– un refuerzo objetivo de su potencial revolucionario.

30. El primer lugar porque, al contrario de lo que dice la propaganda de los que abandonan la arena de la revolución, el número de obreros industriales aumentó en nivel mundial desde la década de 1990.

Según la OIT, los números son los siguientes:

Obreros industriales en el mundo
1991 - 490 millones
2012 - 714 millones
2016 - 771 millones

OIT - World employment social outlook, 2015

Según la ONU, los datos son un poco diferentes, pero apuntan la misma tendencia. El número de obreros industriales aumentó de 140 millones en 1970 a 470 millones en 2009 (16% de los trabajadores de todo el mundo, crecimiento anual de 1,6%), llegando a más de 500 millones en 2013 (*Industrial Development Report 2013*, UNIDO, ONU).

31. Existe un desarrollo también en el campo, que llevó al desarrollo del proletariado agrícola en detrimento del campesinado. Eso es consecuencia del brutal avance del agronegocio, en detrimento de las pequeñas propiedades campesinas.

La producción para el mercado mundial, en particular de soja, algodón, azúcar, café, cereales, maíz, arroz, trigo y carnes, es hecha de manera creciente en grandes propiedades, muchas de ellas multinacionales. Eso trae el desarrollo del proletariado rural, hermano de clase del proletariado industrial. Evidentemente, estamos hablando de un proceso desigual, que se expresa de manera muy diferente de país en país. Pero se trata de una fuerte tendencia internacional.

Según la OIT, existen 1.100 millones de trabajadores activos en la agricultura, la mitad de ellos asalariados. O sea, tenemos 550 millones de obreros agrícolas.

Se trata, según Trotsky, de la misma clase que el proletariado industrial:

“El obrero agrícola es, en la aldea, el hermano y el compañero del obrero de la industria. Son dos partes de una sola y misma clase. Sus intereses son inseparables. El programa de las reivindicaciones transitorias de los obreros industriales es también, con tales o cuales cambios, el programa del proletariado agrícola” (Programa de Transición).

32. Además de un crecimiento en nivel mundial, el proletariado tuvo su nivel de vida duramente rebajado. El resultado de decenas de años de aplicación de los planes neoliberales llevó a un fuerte empobrecimiento y precarización de las condiciones de trabajo del proletariado.

Hubo un brutal ataque a las conquistas pasadas del proletariado en los países imperialistas y la precarización de las condiciones de trabajo. En los países semicoloniales, los ataques generaron condiciones que se aproximan de la barbarie.

El empobrecimiento viene siendo efectivizado por olas de reducción de los salarios en espiral para abajo, haciendo que con cada crisis el proletariado de un país imperialista descienda al nivel de los países semicoloniales, y el de los países semicoloniales descienda a un nivel aún más bajo.

33. Uno de los elementos centrales del ataque al nivel de vida de los trabajadores es la precarización de las relaciones laborales. Según la OIT, en 2015: “Solo una cuarta parte de los trabajadores del mundo tiene una relación de empleo estable”. O sea, tres cuartas partes de los trabajadores están empleados con contratos temporarios o a corto plazo, en empleos informales, con frecuencia sin ningún contrato, como vendedores ambulantes o en empresas familiares sin remuneración.

El fenómeno de la tercerización y precarización de las relaciones de trabajo determina una fragmentación del proletariado (efectivos versus tercerizados). Eso, por un lado debilita los lazos del proletariado con las estructuras sindicales, y, por otro, también debilita el control reformista de las direcciones sindicales y políticas tradicionales.

34. La mayor educación y calificación del proletariado –resultante de las necesidades de la producción más automatizada– llevaron a un proletariado más joven e instruido.

El acceso a los nuevos medios de comunicación –en particular las redes sociales y la internet– posibilita que ese proletariado más instruido e informado acompañe con más facilidad los procesos políticos de sus países y del mundo. De la misma manera, abre nuevas posibilidades de articulación y organización por fuera de las superestructuras sindicales y partidarias tradicionales.

35. Con la “globalización” hubo un salto en la internacionalización de la producción capitalista. Las multinacionales extendieron su dominio a todas las partes del planeta, unificando en un grado superior el mercado mundial. Además de eso, pasaron a producir partes de sus productos en distintos países, tornando la producción literalmente internacional.

Eso tuvo como contrapartida la expansión del proletariado en nivel internacional. Si hubo una reducción del proletariado industrial en países impe-

rialistas, hubo una ampliación en nivel internacional, en términos absolutos y relativos.

La internacionalización de la producción refuerza objetivamente la interdependencia del proletariado de cada país con los de los otros países para defender sus condiciones de existencia. El internacionalismo pasó a ser una necesidad no solo para la estrategia revolucionaria sino para el día a día de las luchas sindicales.

36. La resultante general de este proceso objetivo es un proletariado industrial más joven, más instruido, más explotado y fragmentado. Se trata de una base objetiva más explosiva, que desestabiliza la perspectiva de ascenso social que muchas veces dio base para una postura conservadora en los estratos más altos del proletariado.

Eso no predetermina ninguna evolución positiva o negativa, en la medida en que puede ser capitalizado por la extrema derecha, nuevos sectores reformistas o anarquistas, así como por las viejas organizaciones burguesas o reformistas.

Lo que afirmamos es que se está abriendo un terreno diferente para las organizaciones revolucionarias. Podemos tener más o menos éxito para ocupar ese espacio.

*

PERO, ¿EL PROLETARIADO INDUSTRIAL PUEDE SER AÚN EL SUJETO SOCIAL DE LA REVOLUCIÓN?

E. A. N.

1. No existe ninguna definición predeterminada sobre quién será el sujeto social de los procesos revolucionarios. En verdad, eso está determinado por la existencia o no de una dirección revolucionaria obrera con influencia de masas. Existió una participación del proletariado que fue sobresaliente en los procesos revolucionarios en todas las etapas.

Fue así en la primera etapa, después de la Revolución Rusa, en las revoluciones en Alemania de 1919-1923, en la insurrección de Cantón en China, en 1924. En la segunda etapa tuvimos los procesos revolucionarios de Francia en 1935-1936 (que comenzó con una oleada de ocupaciones de fábricas) y España (destacándose la insurrección de Cataluña en 1934). En la tercera etapa tuvimos la revolución boliviana de 1952, así como los procesos revolucionarios de mayo del '68 en Francia (con una huelga general), el Cordobazo en Argentina [1969], el ascenso de 1980 en Polonia, y varios otros. En ninguna de ellas, sin embargo, el proletariado fue victorioso como en la Revolución Rusa, por la ausencia del sujeto político, el partido revolucionario.

I- El ejemplo de la Revolución Rusa

2. Como ya dijimos, el proletariado ruso hizo la revolución siendo minoría en la sociedad. Representaba, como vimos, apenas 3% de la población rusa. Pudo ser el sujeto social de la revolución porque se puso al frente de un conjunto de fuerzas sociales en su acción directa revolucionaria, en una situación de crisis brutal del país por los efectos de la guerra. Para eso, fue fundamental la existencia del partido bolchevique.

Un ejemplo claro fue la incorporación del campesinado al proyecto de la revolución. El campesinado ruso, mayoría absoluta de la población en aquel momento, se dividió, y su mayor parte –pauperizada por la explotación y radicalizada por la guerra– adhirió al proyecto bolchevique en la acción.

Los bolcheviques incorporaron el programa del campesinado –la reforma agraria– para ganar la mayoría de la base del campesinado, y así formar el bloque que sostuvo la insurrección.

3. En un proceso revolucionario, la lucha entre las clases sociales es violenta. Las presiones de los sectores intermedios se manifestaron muchas veces entre febrero y octubre dejando a los bolcheviques en minoría absoluta en los sóviets, con los reformistas expresando esa mayoría pequeñoburguesa. Incluso cuando los bolcheviques se aproximaban a la mayoría en los sóviets, como parte de la radicalización del proceso revolucionario, la presión de estos sectores pequeñoburgueses se manifestó dentro del partido bolchevique en un sector de su dirección que defendía un camino hacia la democracia burguesa y no hacia la insurrección.

En setiembre, poco menos de un mes antes de la insurrección de octubre, el Comité Central bolchevique se dividió sobre la política para el Pre-Parlamento. La mayoría del CC se orientaba en dirección al Pre-Parlamento que conduciría el proceso revolucionario hacia la democracia burguesa. Solo la dura lucha establecida por Lenin consiguió revertir esa presión sobre la dirección bolchevique, y forzar a los bolcheviques a abandonar el Pre-Parlamento. Poco más de un mes después, tomaban el poder.

4. Después de la insurrección victoriosa, un nuevo test. Los bolcheviques convocaron a elecciones para la Asamblea Constituyente poco después de tomar el poder. Aún sin haber demostrado en la práctica los resultados del poder soviético, predominó la inercia: los bolcheviques que ya eran mayoría en los sóviets tuvieron 25% de los votos. Los partidos burgueses tenían 13% de los votos, los reformistas (socialistas-revolucionarios y mencheviques), 62%. Los bolcheviques, entonces, llevaron a la sesión inaugural de la Asamblea Constituyente –y exigieron que fuese votada– la “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado”, ya votada por los sóviets. En esa declaración se decía que la Constituyente adheriría sin reservas a la revolución socialista, aprobando la nacionalización de la tierra, el control obrero de la producción, la nacionalización de los bancos, la formación del Ejército Rojo, los decretos de la paz democrática sin anexiones, y que los explotado-

res no podían tener ningún poder. Como la Asamblea Constituyente se rehusó a votar esa resolución fue disuelta por los sóviets. Lenin después haría un balance sobre el tema:

“Las fuerzas del proletariado son, en todos los países capitalistas, infinitamente superiores a su fuerza numérica con relación al conjunto de la población. El proletariado ejerce el dominio económico de los centros y de los nervios de todo el sistema capitalista.” Por lo que se refiere a las masas campesinas, solo después de haberse apropiado del poder le será posible al obrero conseguir sus votos: “El poder político puede y debe ser en manos del proletariado un medio para hacerse con las masas trabajadoras no proletarias, el medio de conquistar esas masas que hoy están con la burguesía y con los partidos pequeñoburgueses”.

La disolución de la Asamblea Constituyente generó enorme polémica en la izquierda, en todo mundo. Evidentemente, los reformistas hicieron coro mundial contra los bolcheviques. Incluso revolucionarios como Rosa Luxemburgo estuvieron en contra. Sin embargo, una vez más, la revolución socialista demostró que solo puede triunfar con la combinación del proletariado como sujeto social y el partido revolucionario como sujeto político, enfrentándose con la democracia burguesa, los reformistas e incluso con las vacilaciones inevitables de los revolucionarios.

5. Así, solo es posible entender cómo el proletariado fue el sujeto social de esa revolución estando en minoría si ubicamos el papel del partido bolchevique como sujeto político de ese proceso. Derrotar al reformismo era también contraponerse a las presiones sociales de la pequeñoburguesía sobre el proceso revolucionario.

II- Los límites actuales

6. En la cuarta etapa, hasta ahora, el proletariado industrial no fue el sujeto social de los numerosos procesos revolucionarios que ocurrieron. Los sujetos sociales fueron las masas urbanas y populares, e incluso campesinas. El proletariado participó de los procesos revolucionarios, pero no fue su sujeto social. Muchas veces tuvo papel importante, en otras fue coadyuvante. En las revoluciones del Norte de África y Medio Oriente, el sujeto social fueron las masas populares. En América Latina, a inicios de este siglo ocurrieron revoluciones contra democracias burguesas. En el Ecuador, el sujeto social fueron los indígenas, una parte del campesinado. En Bolivia fueron

los coccaleros, también parte del campesinado. En la Argentina fueron las masas populares urbanas. En la apertura de la situación prerrevolucionaria en el Brasil, en 2013, fueron las movilizaciones de masas populares urbanas.

7. El gran tema es discutir por qué esto ha ocurrido hasta aquí. La explicación más difundida, como ya vimos, es la simple negación del papel del proletariado como sujeto social de todas las revoluciones. Los motivos para eso son variados y dependen de los diferentes sectores que defienden esta tesis, como ya vimos.

Nosotros defendemos una tesis opuesta. Como ya explicamos, existe un fortalecimiento objetivo del potencial revolucionario del proletariado.

La explicación más importante de la traba sobre el proletariado es el papel de las direcciones sindicales y políticas reformistas, la base de la crisis de dirección revolucionaria.

8. No existe ningún automatismo que asegure al proletariado como sujeto social de la revolución. Existe una lucha durísima y compleja entre sectores sociales y sus representantes políticos, con idas y vueltas, victorias y derrotas, que llevan a un resultado u otro en el tumulto de las situaciones y crisis revolucionarias.

Durante los últimos procesos revolucionarios, la clase obrera no ha acaudillado a las masas empobrecidas. Al contrario, la mayor parte de las veces, el proletariado industrial absorbe la presión política y las ideologías impregnadas en estos otros sectores de clase.

En general, estos sectores intermedios (campesinado, pequeños propietarios urbanos, asalariados no industriales, aristocracia obrera) son más propensos a aceptar las ideologías reformistas de colaboración de clases que dan base a los gobiernos de frente popular. Son también más fácilmente atraídos por la democracia burguesa con la ilusión de la “mayoría popular”, que desvía los procesos revolucionarios.

No es casual que los actuales partidos neorreformistas (como Podemos, PSOL, Syriza) tienen una base social en los sectores más privilegiados de estos sectores medios, como profesores universitarios, médicos, abogados, etc.

Esto no quiere decir que el proletariado no sea también punto de apoyo –a partir de sus direcciones– para ese tipo de política reformista. Tampoco estamos diciendo que estos sectores medios no pueden ser divididos, con su parcela más explotada que puede desplazarse a la izquierda y acompañar al proletariado radicalizado.

Solo afirmamos que el sector más explotado del proletariado, por ser el que “no tiene nada que perder”, tiene más facilidades para responder a una política consecuentemente revolucionaria. Pero que para eso depende de la existencia de una dirección revolucionaria con peso de masas, que no ha existido.

III- Las condiciones objetivas son más propicias que antes

9. El proletariado industrial, incluso siendo el sujeto potencial de la revolución socialista, no puede realizarla solo. Es una minoría en el conjunto de la población. Solo es posible que se efectivice como sujeto de la revolución si es el caudillo de un proceso revolucionario y atrae y/o divide a la grande masa de los trabajadores y del pueblo pobre.

El desarrollo imperialista, un siglo después de la Revolución Rusa, amplió objetivamente también el potencial revolucionario de los posibles aliados del proletariado industrial.

10. Existe, de una cierta manera, una “proletarización” del mundo. No estamos reafirmando la previsión de Marx en el sentido de la reducción y simplificación de la estructura social al binomio burguesía vs. proletariado industrial. Ya precisamos, en la parte anterior del texto, que siguen existiendo sectores de la pequeñoburguesía urbana y rural. Por otro lado, se amplió mucho lo que Trotsky llamaba “nueva clase media”, es decir, los sectores asalariados no industriales. Y es sobre eso que estamos hablando: una generalización de las relaciones asalariadas en todo el planeta.

Tenemos un número aproximado, según los datos de la OIT, de 2.820 millones de proletarios (industriales e no industriales) en el mundo. Contando 770 millones de obreros industriales, 550 millones de obreros rurales y 1.500 millones de proletarios no industriales. Este es el proletariado como un todo (industrial y no industrial), del mundo.

Sobre el conjunto del proletariado se abaten las mismas determinaciones de reducción salarial y precarización que ocurren con el proletariado industrial. La mayoría pauperizada del proletariado no industrial puede ser dividida de la minoría privilegiada y constituir una base objetiva superior para una estrategia revolucionaria.

11. Las grandes ciudades son gigantescos barriles de pólvora que reúnen a millones de obreros industriales, proletarios no industriales, vendedores am-

bulantes, desempleados. Es decir, una enorme masa de población pobre, en condiciones de vida extremadamente precarias. Se juntan los bajos salarios (o el desempleo), con pésimas condiciones de vivienda, transporte, salud y educación que provocan una grave crisis urbana.

Es esa unión de la proletarización del mundo con la crisis urbana de las grandes ciudades la que crea las “masas populares” que han tenido un papel importante en las revoluciones recientes. Estas masas populares urbanas indiferenciadas (con el proletariado industrial disperso entre ellas) fueron los sujetos sociales de revoluciones en la tercera etapa (como el Caracazo en Venezuela) y, en esta cuarta etapa, en Egipto, Siria, Argentina y otros procesos.

12. Esto nos obliga a sacar conclusiones sobre la dinámica de las revoluciones. Es preciso pensar que el proletariado debe tener un programa para dirigir a la parcela más explotada de esa enorme masa hacia un proyecto de revolución socialista. En un proceso revolucionario, esas masas populares se pueden dividir, con los sectores más pauperizados pudiendo girar en dirección al proletariado.

Estos procesos, como sabemos, terminaron siendo conducidos por direcciones burguesas y reformistas que, entre otras cosas, se preocuparon por evitar que el proletariado fuese el sujeto social de esas revoluciones y que tuviese un programa revolucionario.

Existe la necesidad de un programa revolucionario para las ciudades, que responda a las necesidades de vivienda, salud, educación, transporte y la lucha contra la violencia urbana.

Nuestros partidos deben buscar una implantación en los barrios proletarios populares. La inserción en las fábricas –que debe ser nuestra estrategia– no se alcanza solo por la vía de los sindicatos. Es preciso recordar que los bolcheviques tenían en Vyborg (un barrio proletario de Petrogrado) una de sus principales bases para dirigir al proletariado ruso.

13. Muchas y muchas veces, los barrios pobres son ocupados por mafias ligadas al narcotráfico. Es importante incorporar en nuestros análisis esta realidad siempre presente en las grandes ciudades. El lumpen-proletariado, descrito por Marx como una “masa desintegrada” que reúne bandidos, mendigos, vagabundos, puede ir políticamente para cualquier lado. La materialización de este lumpen-proletariado en estas bandas que muchas veces controlan barrios, e incluso ciudades, es una constante en las grandes ciudades. A

veces, ese lumpen proletariado está ligado a sectores lúmpenes de la burguesía, que controlan el narcotráfico y negocios millonarios.

El pueblo, en esos barrios pobres, vive en medio de un choque permanente entre la represión policial y el control de las bandas. Tener un programa contra la violencia urbana también es fundamental.

14. Esta combinación de factores (proletarización del campo, urbanización acelerada que crea grandes ciudades, ampliación del proletariado no industrial) dan bases objetivas más favorables para que el proletariado industrial pueda desempeñar su papel de sujeto social de la revolución.

Evidentemente, la combinación de estos factores es muy desigual de país en país. Pero el proceso internacional general apunta hacia un fortalecimiento objetivo del potencial revolucionario del proletariado industrial y rural, así como del proletariado no industrial y de la pequeñoburguesía arruinada.

IV- La traba de las direcciones reformistas y burguesas favorece la desorganización del movimiento obrero

15. Hubo un giro a la derecha fortísimo de las direcciones sindicales y políticas reformistas con la “globalización” y la restauración en el Este.

Algunas direcciones cambiaron de cualidad con el aburguesamiento de partidos socialdemócratas y estalinistas. En los partidos reformistas que tuvieron acceso al poder, el fenómeno de aburguesamiento es muy fuerte. Fue así con el sandinismo, el FMLN, el chavismo, el MPLA en Angola, el Frelimo en Mozambique, y ahora con el PT en el Brasil.

El grado de desgaste de estos partidos es muy desigual en función de las experiencias concretas de la lucha de clases. Pero el hecho es que el sentimiento antipartido también se generalizó entre las masas.

16. En el movimiento sindical, es preciso localizar un proceso anterior a la propia “globalización” y a los acontecimientos del Este europeo.

Trotsky afirmaba, en el magistral texto “Los sindicatos en la época del imperialismo”^[1], que la tendencia general al bonapartismo se refleja en el movimiento sindical con una tendencia a la dependencia del Estado burgués y a la supresión de la democracia interna:

“En otras palabras, los sindicatos en la época actual no pueden ser simplemente los órganos de la democracia, como lo fueron en la época del capitalismo de la libre empresa

^[1]Luego del asesinato de Trotsky, el texto fue encontrado en su escritorio, en Coyoacán, México. No es un trabajo acabado sino los trazos iniciales de una futura elaboración sobre el tema [N. de T.].

y no pueden, además, seguir siendo por más tiempo políticamente neutrales. Es decir, no se pueden limitar a servir las necesidades cotidianas de la clase obrera, no pueden seguir siendo anarquistas, es decir, no pueden seguir ignorando la influencia decisiva del Estado en la vida de los pueblos y las clases. No pueden seguir siendo reformistas, ya que las condiciones objetivas no dejan ningún lugar para cualquier reforma seria, duradera. El papel de los sindicatos en nuestro tiempo es, pues, o el de servir como instrumento secundario del capitalismo imperialista para la subordinación y el disciplinamiento de los obreros y para obstruir la revolución, o, por el contrario, el sindicato puede convertirse en el instrumento del movimiento revolucionario del proletariado. (...)

“Los sindicatos democráticos, en el viejo sentido de la palabra, o sea, los organismos en el seno de los cuales luchaban más o menos libremente diferentes tendencias, no pueden existir actualmente. Del mismo modo que es imposible restablecer el Estado democrático burgués, es imposible asimismo restaurar la vieja democracia obrera. El destino de uno refleja la suerte de la otra” (<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/sindicat.htm>).

17. La previsión de Trotsky contenida en este texto, sobre el agotamiento de la democracia burguesa no se confirmó. Es un hecho que la democracia burguesa se expandió a nivel mundial y la reacción democrática se transformó en la principal política del imperialismo para desviar las revoluciones. Sin embargo, también es un hecho que, con relación al movimiento obrero y a los sindicatos, estas perspectivas se concretaron. Incluso las democracias burguesas mantienen una postura bonapartista con relación al movimiento obrero. Las burocracias sindicales se adaptan al Estado burgués y su democracia, pero atacan sistemáticamente la democracia obrera. Esta es una característica de los sindicatos en la época imperialista, tanto en la segunda etapa (cuando fue escrito este texto) como en la tercera y cuarta etapas. La democracia burguesa es cada vez más una dictadura en las fábricas. Muchas y muchas veces, esta dictadura en las empresas se suma a la reacción democrática por la integración de las direcciones sindicales, a través de las elecciones, en los parlamentos y gobiernos. Pero, para la base, la política sigue siendo represión en mayor o menor grado.
18. Algunas direcciones sindicales llegaron incluso a integrarse a la burguesía, tornándose grandes accionistas de empresas. La consecuencia es que, en muchos sectores, los trabajadores –en particular los sectores más jóvenes– pasaron a ver los sindicatos como algo ajeno a ellos. Esto es diferente del rechazo a las direcciones burocráticas; es un distanciamiento de la organización sindical tradicional. Una expresión de todos estos procesos es la reducción (en muchos países, drástica) de los índices de sindicalización de los trabajadores. Esto causó desorganización en los sindicatos.

19. La combinación entre la precarización de las relaciones de trabajo y el giro a la derecha de las direcciones llevó a un retroceso en la organización y amplió la fragmentación del proletariado.

La precarización llevó a una diferenciación entre efectivos y tercerizados, con una parte (muchas veces mayoritaria) de estos trabajadores apartados de los sindicatos.

Por otro lado, esta mayor fragmentación entre los trabajadores se contrapone con el desarrollo de regiones obreras en las que se reconcentra el proletariado.

20. Existe, en muchos lugares, una represión brutal de cualquier actividad sindical. Hay regiones en que los sindicatos directamente no existen y la actividad sindical es, en la práctica, prohibida. En Costa Rica, desaparecieron completamente los sindicatos del sector privado. En el norte de México, donde se concentra el nuevo proletariado de las industrias automotrices, la actividad sindical es directamente reprimida. Sucede de la misma manera en las maquilas de América Central y de Haití.

En otros lugares, las ONGs, que ya existían antes –financiadas por la Iglesia, la socialdemocracia o por entidades directamente ligadas al imperialismo– se generalizaron y pasaron a aglutinar una parte importante de los activistas.

21. El hecho es que el proletariado típico de la tercera etapa, que seguía a la dirección burocrática de su sindicato y creía en los partidos reformistas, está comenzando a vivir un profundo cambio.

Este proceso es extremadamente desigual de país en país. En muchos países, la estructura sindical se mantuvo intacta, a pesar de las crisis. En estos casos, la tendencia de cambio viene por un fuerte cuestionamiento antiburocrático en las bases que, en caso de que no sea percibido, puede llevar a numerosas crisis.

En otros lugares, la estructura sindical cambió completamente, las centrales sindicales y los sindicatos pierden importancia, hay crisis fuertes en los sindicatos que se mantienen, y rupturas con partidos reformistas.

22. El repudio a los partidos y la desafiliación a los sindicatos se generalizaron. Los profetas de la impotencia toman estos hechos como un brutal retroceso. ¿Será así? La respuesta depende, como siempre, de precisar cuál es la pregunta: ¿organizado para qué? ¿Para qué servía la organización de antes? El proletariado organizado sindical y políticamente en la tercera etapa con el reformismo tenía mucho más dificultades de avanzar hacia la revolución.

Ahora se abrió una necesidad urgente de reorganización del proletariado para que pueda luchar. Es preciso localizar la necesidad. Esto también abre una posibilidad, nada más que una posibilidad, de que la organización sea diferente.

Como ya dijimos, no existe ninguna predeterminación de que este proceso camine hacia la izquierda y, menos aún, hacia posiciones revolucionarias. Este espacio es disputado por la derecha (y por la ultraderecha) y nuevos sectores reformistas. Pero lo nuevo es que se abrió un proceso de reorganización que no existía antes en esta dimensión.

V- El peso de las opresiones en la actual situación del proletariado

23. La burguesía utiliza la opresión sobre las mujeres, los negros, los homosexuales y los inmigrantes para ampliar la explotación del conjunto de la clase obrera. Esto favorece a la burguesía por varios motivos.

En primer lugar, por la utilización de la división entre los trabajadores promovida por el machismo, el racismo, la xenofobia y la homofobia. Todos los factores que ayuden a dividir la lucha de los trabajadores favorecen en general la dominación burguesa.

En segundo lugar, con la utilización de la opresión es posible rebajar los salarios de esos sectores o dar a ellos los trabajos más degradantes y más precarizados.

En tercer lugar, los oprimidos son los sectores primeramente afectados por las crisis, siendo despedidos con mayor facilidad.

24. Esto nos lleva a dos conclusiones necesarias:

- es preciso unir la lucha contra las opresiones y contra la explotación;
- la lucha contra las opresiones es fundamental para unir a los trabajadores contra la burguesía.

No es posible incorporar a las mujeres trabajadoras en las luchas si los sindicatos son hegemonizados por los hombres. No es posible traer a los trabajadores negros, si el racismo (declarado o disfrazado) impera en las direcciones de las organizaciones de la clase. Es imposible unificar a los trabajadores homosexuales con los heterosexuales si la homofobia es dominante también en las instituciones de los trabajadores. No existe ninguna posibilidad de unificar a los trabajadores de distintos orígenes, si prevalece la xenofobia contra los inmigrantes.

25. La realidad de los trabajadores, después de las transformaciones de la “globalización” y de la cuarta etapa volvieron esta realidad más brutal.

En primer lugar, porque las mujeres se incorporaron masivamente al mercado de trabajo. Este fenómeno que ya venía ocurriendo en el siglo XX (en particular en su segunda mitad) se aceleró con la globalización. Existen sectores en que las mujeres son la mayoría de la clase trabajadora. Eso trae mayor independencia económica para las trabajadoras, mayores crisis familiares y también mayores resistencias machistas entre los hombres.

En segundo lugar, por la gran importancia de los inmigrantes entre los trabajadores de los países de mayor importancia económica. Esto también fue fuertemente acelerado por la globalización. Existen sectores enteros de la economía estadounidense en que los latinos son mayoría entre los trabajadores. Lo mismo sucede en sectores industriales de Alemania, donde las asambleas tienen que ser hechas en alemán y en turco. En el Brasil, es enorme la presencia de haitianos y bolivianos. En Costa Rica, los nicaragüenses son mayoría entre los trabajadores de la construcción civil.

Esto facilita la diseminación de la xenofobia de los sectores de ultraderecha, con el discurso de que “están robando nuestros empleos”. Eso es utilizado cínicamente por la burguesía para dividir a los trabajadores y reducir su conciencia de clase.

26. Por otro lado, la cuarta etapa trajo la diseminación de una conciencia democrática que rápidamente se vuelve contra las injusticias sociales.

La ampliación cualitativa de los medios de comunicación con las TVs y las redes sociales facilitan enormemente la difusión de una conciencia difusa pero progresiva, contra los privilegios y las injusticias.

No es casual que las luchas contra los asesinatos de los negros por parte de los policías generaron nuevamente levantamientos en los EEUU. O que la muerte de un niño sirio inmigrante, ahogado en las playas, conmueva al mundo. O incluso que resurjan movilizaciones gigantescas contra las violaciones en la India o contra el asesinato de mujeres en Argentina.

27. En este sentido, podemos afirmar que el proceso objetivo de la incorporación de las mujeres, los negros, los homosexuales y los inmigrantes en la producción se amplió. Y, por otro lado, la lucha contra las opresiones que dividen a la clase se volvió más necesaria, y también con mayores posibilidades de movilización.

///

VI- Un nuevo y complejo proceso de reorganización

28. Las nuevas bases objetivas del proletariado industrial pos globalización, con precarización y reducción salarial brutal en todos los países, empujan a la lucha. Esto está presente tanto en los países en que existe un fortalecimiento social y numérico del proletariado industrial como en los otros en que hubo un debilitamiento numérico.

Sin embargo, por el papel de las direcciones, existe una desorganización muy importante del proletariado para las luchas cotidianas, que afecta su capacidad de luchar.

Como el repudio a las direcciones reformistas es mucho más amplio que la construcción de alternativas, aún existe mucha desorganización de los trabajadores. Pero esa desorganización también implica rupturas completas o incompletas con las burocracias y las direcciones reformistas.

Un proletariado más joven, más explotado y precarizado, más informado a través de las redes sociales, incorporó un profundo sentimiento antiburocrático con la cuarta etapa y la globalización. Esta es la base más importante para los procesos de reorganización sindical y política.

29. Los aparatos reformistas y burocráticos siguen teniendo enorme importancia en el bloqueo de las luchas del proletariado. Aún determinan que gran parte del repudio gigantesco a los planes neoliberales no se unifique en grandes movilizaciones. Pero existen hoy elementos nuevos de la realidad que pueden o no llevar a una contratendencia importante.

30. El primero es la destrucción del aparato estalinista, que tenía autoridad ante las masas y controlaba un aparato (el de los Estados obreros) que ninguna organización tuvo en la historia. Podía convencer o corromper generaciones y generaciones de lo mejor de la vanguardia en todos los países capitalistas. Ahora, la crisis de dirección revolucionaria tuvo una evolución positiva por la destrucción del más importante aparato contrarrevolucionario. Aún no existe el desarrollo de lo más importante que es la construcción de direcciones revolucionarias con influencia de masas sobre el proletariado industrial. Pero fue dado un paso adelante.

31. El segundo elemento importante es que la crisis del capitalismo y los ataques brutales al nivel de vida del proletariado no permiten las pequeñas conquistas económicas que refuerzan a los reformistas, ni que se establezcan las ideologías reformistas que se apoyan en la expectativa de ascenso social gradual.

32. Existe, después del Este, una fuerte conciencia antiburocrática que está presente con mucha frecuencia en amplios sectores de vanguardia. A pesar de todas las diferencias entre las situaciones objetivas en distintos países y regiones, así como de los sectores sociales en lucha, esta es una característica, en general, muy presente.

Esta combinación de factores potencializa el surgimiento de un proceso de reorganización mucho más heterogéneo, pero que abre más posibilidades de luchas inmediatas.

33. Existen, con enormes desigualdades de país en país, modificaciones importantes en los niveles de organización del conjunto de los sectores proletarios. En general, se da un grado de distanciamiento de las superestructuras tradicionales (sindicatos con direcciones burocráticas y partidos reformistas) con relación al proletariado industrial que dificulta la organización de la clase, por un lado, y posibilita, por el otro, el surgimiento de nuevos procesos de reorganización.

34. El problema de la organización del movimiento de masas es clave para una política revolucionaria. Trotsky decía que:

“Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero como sea, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor” (*Historia de la Revolución Rusa*).

Así, en este momento, es fundamental superar la desorganización de la clase obrera causada por sus direcciones y avanzar en un nuevo proceso de reorganización.

35. Nuevos procesos sindicales se forman, demostrando el espacio que se abrió para la disputa de la dirección de las luchas con el cuestionamiento a las direcciones tradicionales reformistas. La CSP-Conlutas (Brasil), la CCT (Paraguay), No Austeridad (Italia), Cobas (Estado español). Existen procesos iniciales como la Coordinadora de Cartagena (Colombia), la formación del SITRASEP (sindicato de los trabajadores privados) a partir de la huelga en Los Chiles, Costa Rica; la Coordinadora con 30 sindicatos en El Salvador. En estos lugares existe una combinación de enorme importancia con presencia de una organización revolucionaria y una organización sindical (o sindical y popular) de frente único.

Esta es una combinación de dos factores imprescindibles. Si no hubiera una dirección revolucionaria, esos procesos se perderían por las presiones buro-

cratizantes de los aparatos sindicales y la adaptación a la democracia burguesa de las corrientes centristas y reformistas. Si no se constituyen organismos reales de frente único, con respeto a la convivencia con otras corrientes, la iniciativa se esteriliza.

36. Todas estas iniciativas de reorganización sindical deben tener un objetivo explícito: estimular la construcción de partidos revolucionarios en las bases del proletariado industrial.

Para ser más precisos, es necesario orientarse en dirección a los sectores más jóvenes (que tienen menos adhesión a los aparatos reformistas) y más precarizados del proletariado industrial. Y tener así una política para la proletarización de nuestros partidos y nuestras direcciones.

37. La conclusión de esta discusión presenta una clara disyuntiva. Puede ser que el proletariado, ante este ataque brutal, retome una ruta de ascenso que cambie las características de la cuarta etapa. Para avanzar en este camino tendrá que andar nuevos caminos de reorganización.

O puede ser que el capital consiga avanzar en esas derrotas que está imponiendo al proletariado y que este pare de luchar. En ese caso, puede abrirse un nuevo período de crecimiento económico que ya asimile elementos de barbarie al capitalismo más moderno.

Este texto viene a poner sobre el tapete algunas características de la evolución del proletariado durante la llamada “globalización” de la economía y en la cuarta etapa, que evidencian esa posibilidad de retorno del ascenso obrero y de su reorganización.

38. Esas definiciones sirven para sacar una conclusión fundamental.

El proletariado industrial vio reforzado su peso objetivo en la realidad y su potencial para ser el sujeto social de la revolución. Mas nada asegura que eso se dé, a no ser que se desarrolle una dirección revolucionaria con influencia de masas sobre el proletariado industrial.

POLÉMICA SOBRE LA DEFINICIÓN MARXISTA DE LA CLASE OBRERA (*Correo Internacional*)

Nahuel Moreno (en una reunión del Comité Ejecutivo de la Liga Internacional de los Trabajadores, abril de 1986).

“La pequeñoburguesía es una expresión muy amplia. Hay gran discusión teórica, que inclusive [deben estar haciendo] Marx y Trotsky allá, junto a San Pedro, porque Marx en el siglo pasado y Trotsky en este siglo [xx] parecieran dar definiciones distintas del problema de [la] pequeñoburguesía. Trotsky hablaba de una moderna clase media, de una moderna pequeñoburguesía, que eran los empleados de cuello blanco, como se les dice en la sociología yanqui –Wright Mills, etcétera–. Y para Marx todo el que recibía un salario era miembro de la clase obrera. Es decir, para Marx lo que definía al obrero era recibir un sueldo o un salario. [Para] Trotsky no. Justamente en su referencia a los puntos débiles del *Manifiesto Comunista* señala como uno de esos puntos este hecho: que surgió una moderna clase media. Yo me inclino por Marx. Entonces, para mí, [la moderna clase media] es proletariado. Los bancarios son obreros, pertenecen a la clase obrera, para mí. En eso estoy con Marx y no con Trotsky”.

*

“Marx y Trotsky han dado definiciones aparentemente distintas de clase obrera y pequeñoburguesía. Trotsky hablaba de una moderna pequeñoburguesía, que eran los empleados de cuello blanco, como se dice en la sociología yanqui. Y para Marx todo el que recibía un salario era miembro de la clase obrera. Nosotros nos inclinamos por la definición de Marx”.

*

* Los textos de Moreno, de la sección sueca y de Garmendia son de *Correo Internacional* n.º 24, de octubre de 1986 y fueron tomados del Archivo León Trotsky: www.archivoleontrotsky.org

Carta de los suecos contra la posición del SI

(Publicada en *Correo Internacional* n.º 24, octubre de 1986)

Hemos recibido una carta enviada por el Buró Político de la Liga Socialista, sección sueca de la LIT-CI, que abre una interesante polémica sobre la definición marxista de clase obrera. Publicamos dicha carta junto con una respuesta elaborada por el compañero Osvaldo Garmendia.

Estocolmo, 1 de agosto de 1986

Queridos compañeros,

Es con alegría y curiosidad que saludamos el hecho de que la *Correo Internacional* haga también referencia a las discusiones de conceptos más fundamentales que se hacen en el SI [Secretariado Internacional]. Vemos esas discusiones como un elemento indispensable que lleva a cabo el SI en el campo de la teoría y que ya ha enriquecido a las secciones nacionales en una serie de terrenos. Solo necesitamos recordar las discusiones acerca de la revolución democrática, la relación gobiernos-regímenes, la teoría de la época de la revolución inminente y generalizada, la teoría acerca del frente único revolucionario, etc., para hacer esta constatación.

Justamente por eso tomamos cada coma, incluso cuando esté en un paréntesis, con mucha seriedad. El último ejemplo es la fuerte impresión que nos dio el SI a través de su posición muy general en lo que respecta a los puntos de partida para el análisis de clases, entre otras cosas, a través de plantear que es preferible la concepción de Marx antes que la de Trotsky –bajo el entendido de que los planteamientos de Trotsky durante las décadas del '20 y del '30, por ejemplo, son equivocados. Quizá esta determinación de posición nos afecta justamente a nosotros, al BP [Buró Político] de la LS [Liga Socialista] particularmente fuerte porque la DN [Dirección Nacional] de la LS adoptó en mayo del '86 una resolución sindical: "*SF och kampen om arbetsplatserna*" (la LS, la LO (central sindical) y la lucha por los lugares de trabajo), que toma como punto de partida un comprimido análisis de clase, en el que las definiciones y las clasificaciones van mucho más lejos que la toma de posición que se publica en la referencia de *Correo Internacional*.

Para motivar al SI a dar más detalles exhaustivos sobre su posición mencionamos aquí algunos aspectos que estuvieron presentes en la discusión de la dirección sueca durante el análisis de la moderna estructura de clases. Se trata

particularmente de los puntos de partida para las delimitaciones a las que llegamos con respecto a la composición de la clase obrera. Es lo relevante en este contexto (nuestro objetivo es, más adelante, cuando otras tareas más urgentes estén solucionadas, presentar al SI todo nuestro análisis tal como fue presentado en la resolución sindical).

1) El tomar posición en relación al análisis de clase de Marx ante el de Trotsky (o Lenin) es más fácil decirlo que hacerlo. Fundamentalmente, porque Marx jamás concluyó ningún análisis de clases global e incluso es extremadamente ahorrativo, cuando no completamente silencioso, en la cuestión sobre las delimitaciones directas de la composición de la clase obrera. Pero también porque el razonamiento de Marx alrededor de la cuestión –las posiciones que aparecen durante el curso de la crítica de la economía política y que pueden servir como herramienta para delimitaciones y clasificaciones ante el análisis de clase– es muy general e incluso opuesto, si no se toman en cuenta los contextos dentro de los cuales están escritos.

El Capital sigue una descripción que se extiende fundamentalmente a través de dos niveles. Los primeros tomos giran al nivel *del capital en general* (el análisis del valor), mientras que el tercer tomo gira al nivel *de los muchos capitales* (la competencia, los precios, la ganancia, la renta, etc.). Entre estos dos niveles existe el famoso *problema de transformación*. El clásico paso en falso entre los “economistas marxistas” ha sido el de poner inmediatamente en práctica el análisis del valor, sin tomar en cuenta el problema de transformación en la marcha de la economía y de la sociedad.

Esto tiene entre otras cosas el significado de que no se pueden apilar los tres tomos de *El Capital*, uno encima del otro, y leerlos de tapa a tapa. Pero también tiene otro significado en este aspecto del estudio, esto es, que no se puede arrancar pasajes de uno u otro tomo sin primero asegurarse del nivel que trata el texto. Cuando citamos *El Capital* y particularmente el primero y el segundo tomos (ya que giran al nivel de valor que es esencial), tenemos, por consiguiente, que practicar un cuidado completamente distinto del que usamos cuando citamos por ejemplo a Lenin y Trotsky, los que llevan a la práctica la teoría marxista sobre los fenómenos actuales. Los escritos de Marx, independientemente de cuán categóricos aparezcan en su forma, jamás son palabras definitivas, finales, sino que siempre tienen que referirse al nivel determinado y ligarse con los planteamientos *de la misma cuestión que se hace en otros niveles* de la descripción. Si Marx hubiese alcanzado a concluir sus planes, con un cuarto o incluso un quinto y

sexto tomos (ver, por ejemplo, *Zur Entstehungsgeschichte des markschen "kapital" Europäische Verlagsanstalt GmbH, Frankfurt Am Main*) –aproximadamente, *La historia de la Creación de El Capital*, de Roman Rosdolsky– la cosa hubiese sido distinta. Sin embargo, ahora tenemos que tomar en consideración el hecho de que *El Capital* no llegó más allá que a la investigación básica.

Aun en su estado inconcluso, *El Capital* es un punto de partida extraordinario y fuente inagotable para analizar problemas sociales concretos. Pero, como ya se ha dicho, eso supone claridad sobre la disposición de la obra. Si usamos el primero y el segundo tomos para apoyar nuestras posiciones en una determinada cuestión, tenemos que abarcar primero el significado del nivel del capital en general. Luego, tenemos que diferenciar el primer tomo de *El Capital*, que analiza el capital en general en su particularidad, del segundo tomo, que analiza el capital en general en su totalidad. Porque sin esa comprensión podemos cometer el error de extraer citas que para su significado completo exigen relaciones hacia otros niveles en la presentación de *El Capital*.

Uno de los tantos ejemplos de esto es la indagación del trabajo productivo e improductivo, que, por encima de todo lo otro, también conforma una línea de orientación para el análisis de clases. Si no se toma en consideración el nivel del capital en general en su particularidad, se puede sacar la impresión de que Marx cuenta el quehacer del profesor entre el trabajo productivo cuando en el primer tomo dice:

Si se nos permite poner un ejemplo ajeno a la órbita de la producción material, diremos que un maestro de escuela es obrero improductivo si, además de moldear las cabezas de los niños, moldea su propio trabajo para enriquecer al patrono. El hecho de que este invierta su capital en una fábrica de enseñanza en vez de invertirlo en una fábrica de salchichas, no altera en lo más mínimo los términos del problema (capítulo catorce de la sección quinta).

Una consideración más cercana, que apropiadamente aparece en el resto de la presentación de Marx, muestra que esta clasificación se refiere exclusivamente a *cuáles son las consecuencias que tiene la producción de valor para el capitalista particular* (a nivel del capital en general en su particularidad). Desde su punto de vista, es decir, de cómo la producción del valor repercute sobre él, tiene poca importancia si él invierte su dinero en una fábrica de salchichas o en una fábrica de enseñanza. Lo principal es que él se enriquece a través de arrancarles a los productores (los empleados) un sobretrabajo [plustrabajo], que es la diferencia entre los ingresos y los costos de la explotación. En la me-

dida en que el maestro, a través de su adquisición, trae ingresos que sobrepasan los costos sopesados, el capitalista ha alcanzado un dividendo –una ganancia– a través del mismo trabajo impago del maestro.

Pero cuando trasladamos el análisis a un nivel más externo, que toca el estado del modo de producción y la reproducción en general, surgen inmediatamente dos suplementos esenciales, que delimitan aún más el trabajo productivo.

El primero es que el trabajo productor de plusvalía está ligado a la creación de mayor producto, expresado en el valor de uso al que está ligado el valor de cambio (dentro del cual también se esconde la plusvalía). De modo que se crea un superávit social que mantiene el desarrollo de la formación social. Un trabajo que no participa de la creación de más producto no es productivo.

Segundo, y sigue a lo dicho anteriormente, hay una serie de factores o esferas que ciertamente son necesarios para el capital, pero juegan este rol necesario de un modo improductivo (compárese el tratamiento de Marx a la renta y al surgimiento de la ganancia comercial en el tercer tomo de *El Capital*). Es toda la esfera de circulación y las actividades que se financian a través de *reveny*^[1] (por ejemplo, el poder judicial, la salud, la educación, etc.). En estas esferas no se produce –para decirlo con Marx– ni una pizca de nuevo valor. Allí solo recircula el valor ya producido (en forma de dinero), aun si el *reparto* entre el dueño del capital y el asalariado depende del grado de trabajo no remunerado. Ese trabajo puede ser productivo para el capitalista particular, en tanto lo enriquezca a él, sin por ello traspasar su carácter *improductivo* fundamental con relación al modo de producción y a la producción propiamente tal.

A esto hay que agregar después la discusión de Marx sobre la *subordinación formal y real* del trabajo bajo el capital. Esto constituye una importante delimitación más. Como ejemplo puede mencionarse al empleado economista de la empresa, que gana su sustento vendiendo su trabajo en forma de cálculos sobre partes de las áreas de la explotación. Él está formalmente subordinado al capital, sin estar por él subordinado e integrado realmente a la producción de plusvalía. Para llegar a esta comprensión del problema que hemos desarrollado, nos hemos inspirado en los siguientes textos:

Introducción al *Grundrisse* (Rasgo Fundamental) y el capítulo “Plusvalía y fuerza productiva. La relación cuando ellas aumentan. – Resultado – Fuerza productiva de trabajo. – En la medida en que disminuye el trabajo necesario

[1] Reveny: un ingreso que se basa en el uso improductivo de la plusvalía, es decir, para el consumo y no para la acumulación.

se hace más difícil la realización del capital”, el esquema de reproducción en el segundo tomo de *El Capital*, cuarta y quinta secciones del tercer tomo de *El Capital*, el capítulo catorce de “*Teorías sobre la plusvalía*”, el apéndice especial a “*Teorías sobre la plusvalía*” que trata la cuestión del trabajo productivo e improductivo así como el artículo incompleto, “*El resultado inmediato del proceso de producción*” (Ante el estudio de las últimas obras mencionadas, queremos destacar especialmente la diferencia entre los lugares donde Marx menciona la posición de los economistas clásicos frente a, por ejemplo, los fisiócratas, de los lugares en donde él da su propia visión del problema).

La dificultad de tomar posición por Marx antes de la posición de Trotsky (o Lenin) no se hace menos problemática por el hecho de que hay varios ejemplos de planteamientos que contradicen el carácter proletario del maestro (y de las capas medias en general). Ya en el primer tomo, Marx se anticipa a la futura presentación del problema a través de la siguiente apreciación sobre el colectivo de los empleados de fábricas:

*(...) La distinción esencial es la que se establece entre los obreros que trabajan efectivamente en las máquinas-herramientas (incluyendo también en esta categoría a los obreros que vigilan o alimentan las máquinas motrices) y los **simples peones** que ayudan a estos obreros mecánicos (y que son casi exclusivamente niños). Entre los peones se cuentan sobre o poco más o menos todos los **feeders** (que se limitan a suministrar a las máquinas los materiales trabajados por ellas). Además de estas clases, que son las principales, hay el personal, poco importante numéricamente, encargado del control de toda la maquinaria y de las reparaciones continuas: ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Trátase de una categoría de trabajadores de nivel superior, que en parte tienen una cultura científica y en parte son simplemente artesanos, y que se mueve al margen de la órbita de los obreros fabriles, como elementos agregados a ellos.*

En una nota, Marx agrega además el siguiente comentario lacónico a su propio razonamiento:

Esta categoría a que nos referimos sirve de punto característico de apoyo al fraude estadístico, fraude que podría analizarse en detalle, si interesase: de una parte, la legislación fabril inglesa excluye expresamente de su radio de acción, como elementos que no son obreros fabriles, a estos que acabamos de enumerar en el texto; de otra parte, los Returns publicados por el parlamento incluyen no menos expresamente en la categoría de obreros fabriles, no solo a los ingenieros, mecánicos, etc., sino también a los directores de fábrica, viajantes de comercio, comisionistas vigilantes de almacenes, embaladores, etc., en una palabra, a todo el personal, con la única excepción del patrono.

Obsérvese bien: los ingenieros de entonces “controlan y reparan la maquinaria”. Actuaban como médicos descalzos en la vida de la fábrica. Hoy tienen un

lugar completamente distinto en la división del trabajo y se han separado de la producción de plusvalía. Por lo demás, el razonamiento es muy elocuente según nosotros.

Para resumir este punto: si vamos a usar el trabajo productivo como *una de las líneas de orientación* para el análisis de clase –y esa es nuestra posición– tenemos primero que hacernos de todo el tratamiento de Marx del problema y no detenernos en un planteamiento que se contradice por varios otros.

2) En la resolución sindical de la LS se hace referencia a varias exposiciones tanto de Lenin como de Trotsky, que excluyen a grandes sectores asalariados de la clase obrera. Estas observaciones están hechas en la *época imperialista* que, por encima de cualquier otra cosa, también crea su propia división especial del trabajo sobre la influencia general de la producción capitalista en el trabajo –una división del trabajo que surge de la acumulación monopolista, del parasitismo y del proceso de putrefacción en general–.

Antes de que abandonemos esta forma de ver el problema, antes de que desarrollemos otro punto de vista para el análisis del desarrollo de la estructura de clases durante la época imperialista, tenemos que sopesar cuidadosamente la forma de nuestros maestros de acercarse al problema. Sería hacerle un flaco favor a nuestro movimiento el descuidarlos con un sencillo rasgo de pluma. Todas las rupturas con la tradición deberían convenientemente pasar por la vía de la crítica a las deficiencias de las tradiciones.

3) La LS eligió seguir el orden de ideas de Lenin y Trotsky, no solo por mantener la tradición, sino también porque lo vemos congruente con las indicaciones de Marx y correcto atendiendo a las repercusiones del sistema imperialista sobre la estructura de clases. La LS parte de la *subyacente* tendencia a la proletarización que se da bajo el imperialismo y que formalmente comprende a más y más sectores en el trabajo asalariado. Pero nosotros seguimos mostrando la *posición contradictoria* que la mayoría de esas capas asalariadas han obtenido a través de su empleo en actividades que están indisolublemente ligadas con el sistema imperialista –con el parasitismo y la putrefacción–. Después de haber introducido este *reparto del trabajo imperialista*, nos hemos acercado a una comprensión de categoría real, *las capas medias asalariadas*, que separamos de la clase obrera pero que no comparamos con la pequeña burguesía.

Aun si constatamos que ya durante la sociedad de transición la abrumadora parte de esas capas serán incorporadas fácil y flexiblemente a la masa proletaria, a través de la disolución de la división del trabajo imperialista y la ejecución del

trabajo de construcción socialista, ellas *no* pueden, por su actual posición social, por su dinámica estratégica e histórica, incorporarse a la clase obrera. Que ellas, a pesar de eso pertenecen a la base social de la revolución socialista se desprende de nuestro análisis general de la contradicción entre el trabajo y el capital y las formas que adquiere en el período de la revolución inminente y generalizada.

Frente a esas y otras cuestiones cercanas a ellas, esperamos más aclaraciones por parte del SI.

Buró Político de la Liga Socialista

UNA DEFINICIÓN DINÁMICA

Osvaldo Garmendia - Argentina

La carta de los compañeros de la LS de Suecia plantea interesantes problemas teóricos, que están siendo ampliamente debatidos en la actualidad por los marxistas. Los mismos se refieren a la propia definición de clase obrera –y podríamos extenderla a la definición de clase en Marx–, al papel que cumplen los conceptos de trabajo productivo e improductivo en la delimitación de la clase obrera, y aun al propio concepto de trabajo productivo.

A pesar de que la carta de los compañeros no es del todo clara, de su lectura se desprende que utilizan un criterio muy restringido para delimitar lo que es la clase obrera, en él juega un papel muy importante el concepto de trabajo productivo. Aunque luego discutiremos más a fondo este concepto, aclaremos desde ahora que Marx llama trabajador productivo a todo trabajador asalariado productor de plusvalía.

En principio, los compañeros consideran que son clase obrera aquellos sectores que son trabajadores productivos. Pero en seguida nos aclaran que el concepto de trabajo productivo debe restringirse aún más. Según ellos, hay que considerar el nivel de análisis en el que se coloca la definición de Marx en el primer tomo de *El Capital*; al considerarse niveles más concretos de análisis, habría que considerar mayores restricciones a la definición de trabajo productivo, so pena de terminar considerando al maestro que trabaja bajo una relación asalariada, como trabajador productivo tal como lo considera Marx en el primer tomo de *El Capital*.

De esta manera, los compañeros agregan: *“dos suplementos esenciales, que delimitan aún más el trabajo productivo. Lo primero es que el trabajo productor de plusvalía está ligado a la creación de mayor producto, expresado en el valor de*

uso al que está ligado el valor de cambio (dentro del cual también se esconde la plusvalía). De modo que crea un superávit social que mantiene el desarrollo de la formación social. Un trabajo que no participa en la creación de más producto no es productivo”.

En segundo lugar, excluyen de la definición de trabajo productivo las esferas en las que se realiza la circulación del capital, y además toda la esfera que “*se financia a través del reventy (aclaran que reventy es un ingreso que ‘se basa en el uso improductivo de la plusvalía, es decir, para el consumo y no para la acumulación’), por ejemplo, el poder judicial, la salud, la educación, etc.*”.

A estas restricciones se le agregan “*la discusión de Marx sobre la subordinación formal y real del trabajo bajo el capital*”, por el cual se excluye también, por ejemplo, al empleado economista de la empresa, “*que gana su sustento vendiendo su trabajo en forma de cálculos sobre partes de las áreas de la explotación. El está formalmente subordinado al capital, sin estar por ello subordinado e integrado realmente a la producción de plusvalía*”.

Luego nos proponen tomar el concepto de trabajo productivo como “***una de las líneas de orientación para el análisis de clase***” (destacado por ellos), para finalizar la carta diciendo que separan a las “*capas medias asalariadas*” de la clase obrera, pero “*que no comparamos con la pequeña burguesía*”, y, más taxativamente, todavía aclaran que “*... ellas no pueden, por su actual posición social, por su dinámica estratégica e histórica incorporarse a la clase obrera*”.

La aplicación de la definición

Antes de entrar en la discusión teórica acerca de los problemas planteados, creo que es conveniente poner a prueba la definición de los compañeros sobre lo que apuntan a considerar como clase obrera, luego de haber excluido a todos los trabajadores que no sean productivos, cuyo trabajo no se plasme en un producto, y que este ingrese en la acumulación capitalista, sea como reproductor de la fuerza de trabajo, o del capital constante (recordemos que hablan del trabajo que “*crea un superávit social que mantiene el desarrollo de la formación social*”).

Para empezar, los compañeros no nos aclaran si las esposas, los hijos de los obreros y los obreros jubilados entran dentro de su definición de clase obrera, ya que no están trabajando directamente en la producción. Volveremos luego sobre este problema, pero sigamos ahora ateniéndonos a la definición. Habría que excluir a todos los empleados de comercio y bancarios, a los oficinistas en

general –por lo menos en su amplia mayoría–, y al conjunto de los empleados asalariados del Estado. Entre estos, no entrarían en la definición de clase obrera los trabajadores que arreglan calles, o los que construyen puentes o puertos, ya que su trabajo no es directamente productor de plusvalía, sino que es pagado con ingresos del Estado.

Pero el criterio se restringe aún más, ya que deben producir productos que entren en el superávit social. Es sabido que Marx excluyó de las industrias que producen para la reproducción social las industrias que producen artículos de lujo, o sea, productos consumidos por la burguesía. Por lo tanto, habría que excluir además a los trabajadores de las industrias armamentistas, amén de todos aquellos que están empleados por el capitalismo produciendo cosas absolutamente inservibles desde el punto de vista del superávit social. Más aún, entraríamos en intrincados problemas al tratar de definir, por ejemplo, a los trabajadores de la industria automotriz. Por ejemplo, si un trabajador construye un automóvil que va a ser vendido a un capitalista para su uso personal, es improductivo, si construye un automóvil que va a ser utilizado en una empresa, es productivo. Nos encontraríamos con trabajadores incluidos por momentos en la clase obrera, y excluidos en otros momentos.

En lo que hace al conjunto social, estas restricciones nos llevarían a la conclusión de que aun en el país capitalista más adelantado, los Estados Unidos, la clase obrera sería una ínfima minoría de la población económicamente activa.

Una polémica parecida a la que plantean los compañeros la planteó Nicos Poulantzas, quien definió a la clase obrera como los asalariados manuales, no supervisores, que pertenecen al sector productivo –englobando dentro del sector productivo a los trabajadores que están empleados en las empresas productoras de artículos de lujo–. De acuerdo con este criterio, E. O. Wright^[1]–muestra que la clase obrera constituye menos de 20% de la fuerza de trabajo norteamericana. Recordemos que la definición de los compañeros es aún más restrictiva que la que da Poulantzas, con lo que aún habría que excluir posiblemente a la mitad de los trabajadores manuales incluidos en esa cifra.

Por el otro extremo, y dejando en la indefinición los trabajadores manuales que no son productivos, según la definición que dan los compañeros sobre trabajo productivo y considerando solo el amplio sector de asalariados empleados en el sector mercantil, bancario, oficinas de empresas, estatales, vendedores,

[1] WRIGHT, E. O. *Clase, Crisis y Estado*. España: Editorial Siglo XXI, 1983.

técnicos, etc., tendríamos que este sector –al que Poulantzas define como nueva pequeña burguesía, y los compañeros como capas medias– se hipertrofia hasta llegar a 70% de la población económicamente activa.

De esta manera, llegaríamos a la conclusión de que el capitalismo, lejos de provocar la proletarización creciente, tiende a generar sectores medios. Y en los compañeros el problema se complica aún más, ya que ni siquiera dan una definición de clase rigurosa, ya que hablan de “capas”.

Sacamos como conclusión de la definición de clase de los compañeros que ya no se dan las leyes de la acumulación del capitalismo planteadas por Marx. El capitalismo no ha generado clase obrera, sino que ha generado un producto social bastante raro, llamado “capa media”, cuya definición de clase permanece en el limbo. No quiero entrar ahora en una discusión acerca del concepto marxista de capa o estrato, pero señalo que mientras Marx planteó en *El Manifiesto* que el desarrollo capitalista tendía a la eliminación de las capas o estratos que existieron históricamente en las sociedades precapitalistas, para simplificar la lucha de clases en el enfrentamiento entre obreros y burgueses, los compañeros de la LS nos llevan a la conclusión de que ha sucedido exactamente lo opuesto: proliferan los asalariados pertenecientes a las capas medias, mientras la clase obrera se ve más y más reducida, aun en el país de mayor desarrollo capitalista, los Estados Unidos. Los compañeros, que poseen un conocimiento de Marx profundo, deberían tratar de explicar por qué no se cumplió la ley planteada en *El Manifiesto*, y retomada por Marx en sus obras posteriores. Se debe tomar en cuenta que no se trata de un problema menor, sino precisamente de la tendencia histórica del desarrollo de la acumulación capitalista, lo que tiene fundamental importancia luego desde el punto de vista del análisis social y de la actividad política del partido.

Estas contradicciones son consecuencia, en realidad, de las definiciones y de los criterios adoptados por los compañeros. Empezaremos analizando la determinación más general de clase obrera, para después pasar a analizar otras categorías que utilizan los compañeros.

Trabajo asalariado

Es sabido que para el marxismo, y para Marx, una clase no se compone de personas que necesariamente tengan iguales ingresos. Ya en *La Sagrada Familia* escribió que “*el grosero buen sentido transforma la distinción de clases en la am-*

plitud del portamonedas”, posición esta que va a mantener hasta el fin de sus obras. Como tampoco puede unificar él un grupo por la misma fuente de ingresos –ver al respecto la breve indicación de Marx en su capítulo inconcluso sobre clases, del tomo III de *El Capital*–.

Para el marxismo lo fundamental es la relación que tiene el grupo con el proceso social de producción. Como es sabido, en toda sociedad en la que existe explotación, existe una apropiación del excedente producido por los productores por parte de los explotadores. Los distintos modos de producción se distinguen por la forma específica en que este excedente es arrancado, y, por lo tanto, esta forma y este modo de producción van a determinar a su vez las clases sociales.

Dice Marx en el tercer tomo de *El Capital* que *“la forma económica específica en que se arranca al productor directo el trabajo sobrante no retribuido determina la relación señor y servidumbre”*, o sea, determina una relación entre dos clases, una explotada y otra explotadora; esta forma específica determinará también a la clase obrera.

Generalizando, Marx agrega que *“la relación directa existente entre los propietarios de las condiciones de producción y los productores directos es siempre... la que nos revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda construcción social”*.

Para llevarlo a la historia, el feudalismo es un modo de producción en el cual el productor directo se halla en posesión de sus propios medios de producción, por lo que, como dice Marx, solo la *“coacción extraeconómica, cualquiera que sea la forma que la revista, puede arrancar a estos productores –los siervos– el trabajo sobrante para el terrateniente nominal”*. El esclavismo, en cambio, es un modo de producción en el que el productor no solo no es dueño de las condiciones de su trabajo, sino ni siquiera de su propia persona.

Por oposición a estos modos de explotación, el capitalismo es el primero en la historia en que la explotación adquiere una forma puramente económica. El productor está despojado de las condiciones, de los medios de producción –a diferencia del siervo feudal– y establece una relación libre, contractual, a través del mercado, vendiendo su fuerza de trabajo al capital.

Por este motivo la forma asalariada es una forma *específica* al modo de producción capitalista. He aquí la primera diferencia importante con los compañeros. Ellos hablan directamente de la distinción entre trabajo productivo e improductivo para determinar qué es clase obrera, sin detenerse a analizar primero la determinación más general que es la de la **forma asalariada** que tiene la **explotación** bajo este modo de producción. Problema importante, y también

extraño en compañeros que han hecho un punto importante al situar correctamente los niveles de análisis en los que se mueve Marx. Aquí tenemos la determinación más general y señalada por el compañero Moreno, en su informe, como central en la discusión.^[2] La extensión y el predominio de la forma de la explotación del trabajo asalariado por el capital, es la característica primera y distintiva –tanto a partir del punto de vista histórico como teórico– del modo de producción capitalista.

Esto no quiere decir que todo trabajo asalariado implique la existencia de un obrero. Marx sostuvo que así como se convertían en mercancía productos que en sí no eran mercancías –por no encerrar trabajo necesario para producirlas–, de la misma manera la forma de trabajo asalariado podía abarcar a personajes que en sí no son obreros, “desde prostitutas hasta reyes”, pasando por soldados, funcionarios, etc. Pero solo bajo el capitalismo la extracción del trabajo excedente a través de la relación salarial se convierte en la forma general. Por lo tanto, en su determinación más general, capital implica trabajo asalariado, y viceversa.

Así como la producción de mercancías se extiende cada vez más a más amplias ramas de la producción, de la misma manera lo hace el trabajo asalariado, lo que constituye el índice más seguro de la extensión de la relación capitalista de explotación, o sea, de la extensión del proceso de proletarización.

Dicho esto, debemos señalar que esta relación salarial de explotación implica la producción de plusvalía, de la que se apropia el capitalista. Para analizar de qué manera se extiende este proceso de producción de plusvalía –y, por ende la reproducción ampliada de la relación trabajo asalariado-capital– es esencial discutir la categoría de trabajo productivo.

Trabajo productivo e improductivo

Marx define trabajo productivo bajo el capitalismo como el trabajo que produce plusvalía para el capitalista, lo que hace rentable al capital. Sus definiciones son explícitas:

Dentro del capitalismo, solo es productivo el obrero que produce plusvalía para el capitalista o que trabaja para hacer rentable el capital”^[3]

^[2] Ver *Correo Internacional* n.º 20, junio de 1986.

^[3] MARX, Karl. *El Capital*, tomo I, F.C.E., p. 246.

A la inversa, trabajo improductivo es aquel que no se cambia por capital sino por renta, es decir, por salarios o ganancias. En “*Teorías sobre la plusvalía*”, y en “*Resultados del proceso inmediato de producción*”, Marx vuelve a dar las mismas definiciones.

Esto implica que para Marx el carácter del trabajo productivo o improductivo no tiene que ver en absoluto con el carácter material del trabajo o del producto, sino que está definido por su **carácter social**, por la **relación social** bajo la cual se realiza. Dice Marx:

Por lo tanto estas definiciones (se refiere a las del trabajo productivo e improductivo) no derivan de las características materiales del trabajo (ni de la naturaleza de su producto ni del carácter especial del trabajo como trabajo concreto) sino de la forma social definida, las relaciones sociales del productor en que se realiza el trabajo. Un actor, por ejemplo, o inclusive un payaso, según esta definición, es un trabajador productivo si trabaja al servicio de un capitalista (un empresario) a quien devuelve más trabajo del que recibe de él en forma de salarios; en tanto que un sastre que trabaja a domicilio, acude a la casa del capitalista y le remienda los pantalones, con lo cual produce un simple valor de uso, es un trabajador improductivo^[4]

Con lo que tenemos aquí la segunda diferencia muy grande con los compañeros de la LS. A pesar de que poseen un conocimiento muy grande de Marx, no han visto que Marx constantemente define el trabajo productivo como aquel que produce plusvalía, y en todos los niveles de análisis –siempre que se trate de producción capitalista– mantiene esta definición de trabajo productivo y, por lo tanto, de lo que es un trabajador productivo. Más aún, Marx plantea explícitamente que los trabajadores que están empleados en las empresas que producen artículos de lujo son **también** obreros productivos.

“... es completamente lógico... que según los economistas consecuentes aquellos que trabajan en fábricas de artículos suntuarios, por ejemplo, sean trabajadores productivos, aunque a los tipos que consumen tales objetos se les tache expresamente de derrochadores improductivos. El hecho es que estos trabajadores verdaderamente son productivos en la medida en que incrementan el capital de su patrón, improductivos en lo que concierne al resultado material de su trabajo. De hecho este trabajador “productivo” está tan poco interesado en la mierda que tiene que fabricar, como el propio capitalista que lo emplea^[5]...”

Y en el capítulo sobre “Resultados inmediatos...”, resume así las fuentes de este error tan frecuente entre los economistas:

^[4] *Teorías sobre la plusvalía*, tomo I. Editorial Cartago, p. 133

^[5] *Grundrisse...*, tomo I. Editorial Siglo XXI, p. 214.

“La manía de definir el trabajo **productivo** y el **improductivo** con arreglo a su contenido **material** reconoce tres fuentes:

- 1) la concepción fetichista, peculiar al modo de producción capitalista y derivada de la esencia del mismo, según la cual las determinaciones formales económicas tales como ser **mercancía**, ser trabajo **productivo**, etc., constituyen una cualidad inherente en y para sí a los depositarios materiales de estas determinaciones formales o categorías.
- 2) Que si se considera en cuanto tal al proceso laboral, solo es productivo el trabajo que desemboca en un **producto** (producto material, ya que aquí se trata únicamente de la riqueza material).
- 3) Que en el proceso real de la reproducción –considerando sus verdaderos elementos– con respecto a la formación de la riqueza, existe una gran diferencia entre el trabajo que se manifiesta en artículos reproductivos y el que lo hace en meros artículos suntuarios (luxuries).^[6]

La importancia de esta definición

Esa definición tiene gran importancia en el análisis de Marx. A medida que el capitalismo avanza, más y más trabajos que anteriormente se realizaban por trabajadores improductivos, caen en las garras del capital y pasan a ser realizados por trabajadores productivos. Los ejemplos abundan, empezando por los de la producción de artículos de consumo masivo. Es una tendencia general del capitalismo, que los estudios marxistas más serios no dejan de confirmar. Por ejemplo, en los Estados Unidos, hasta principios de siglo [XX], gran parte de la reproducción de la fuerza de trabajo obrera era abastecida por las pequeñas huertas; el trabajo de la mujer del obrero abarcaba múltiples tareas, como la de hacer pan, vino, jabón, etc., en la casa. Progresivamente, estas tareas pasaron a ser hechas por obreros productivos, que trabajan para empresas capitalistas. Actualmente, ya se llega a la propia elaboración de las comidas, y la mujer del obrero va a trabajar para el capital; así aumenta la proletarización, ya que se convierte en proletaria la mujer del obrero, y son proletarios productivos los que fabrican bienes de consumo –a muchos de los cuales la estadística burguesa engloba incorrectamente bajo el rótulo de trabajadores del sector de servicios–. Insistimos que esta definición de trabajador productivo es independiente del carácter material del producto, es decir, así fabriquen biblias, calefones, libros, óperas o programas de computadoras.

Como vemos, esta categoría tiene mucha importancia en el estudio de cuáles son las tendencias en la formación de la clase obrera. A fin de profundizar

^[6] Capítulo VI (inédito). Editorial Siglo XXI. pp. 86-87.

en este análisis, Marx introduce el concepto de subordinación formal y real del trabajo al capital. Esta distinción es importante para analizar las tendencias hacia la creciente proletarización de trabajadores tales como los maestros, los de sanidad, etc. Veámoslo más de cerca.

Las formas transitorias y la proletarización

Debemos señalar que para Marx la clase obrera no es una “cosa”, sino una relación social –“se define al obrero por relación al capitalista”, escribe en los *Grundrisse*– y, como toda relación social, sufre un proceso de formación y consolidación, en la que puede haber formas transitorias, a las que debemos definir por su *dinámica*.

Creemos esencial entender este aspecto del pensamiento de Marx, porque hace a la esencia de su método. No es casual que en *El Capital*, cuando habla de la supeditación del obrero al capital, la presente como un *proceso histórico*, en el que existen formas intermedias previas de explotación por parte del capitalista: el trabajador a domicilio no está subsumido^[7] aún al capital, pero es explotado por el capital comercial y en muchos casos deja de ser un pequeñoburgués dueño de sus medios de producción, es decir, es una *forma social* intermedia, en camino hacia la proletarización.

Esta definición dinámica de la clase obrera no solo se desprende del estudio de la obra de Marx, sino que también ha sido formulada explícitamente por este. Así como el carácter del trabajo en cuanto trabajo abstracto está socialmente determinado –no existe el trabajo abstracto en cuanto tal en sociedades precapitalistas– de la misma manera se determina más y más el carácter del obrero en la medida en que su trabajo pasa a ser trabajo abstracto, general, productor de plusvalía para el capitalista.

“... el trabajador mismo es absolutamente indiferente respecto al carácter determinado de su trabajo; para él este carece en cuanto tal de interés, salvo por ser trabajo en general, y como tal, valor de uso para el capital– constituye, pues, la característica económica del obrero: es obrero en oposición al capitalista. No es esta la característica del artesano, del miembro de una corporación... Esta relación económica –la característica que el capitalista

^[7] Subsumición: traducción dada por P. Scaron, traductor de “Resultados inmediatos...” (Capítulo VI de *El Capital*), de las palabras inglesa o alemana *subsumtion* o *subsumieren*. Los compañeros de la LS traducen subordinar, pero también tiene el sentido de incluir, por lo que el traductor prefiere utilizar los neologismos subsumir y subsumición, que mantenemos nosotros.

*y el obrero presentan ante extremos de una relación de producción– se desarrolla por consiguiente con tanta más pureza y adecuación cuanto más pierde el trabajo todo carácter artesanal; su destreza particular se convierte cada vez en algo abstracto, indiferente, y se vuelve más y más una **actividad puramente abstracta**, puramente mecánica, y, por ende indiferente a su forma particular.^[8]*

Vemos aquí cómo Marx define al obrero en **relación** con el capitalista, y cómo plantea que esta relación **se desarrolla**, en la medida en que el trabajo se convierte en abstracto.

De aquí la importancia de los conceptos de subsunción formal y real para entender el proceso de formación de la clase obrera, y el propio concepto de clase obrera. Para Marx, subsunción formal del obrero al capital significa que el capital incorpora al trabajador bajo su relación, arrancándole directamente la plusvalía, aunque sin modificar su forma de trabajo; esta relación ya implica la existencia del trabajo asalariado.

Por último, la subsunción real del trabajo al capital implica que este último determina y modifica totalmente las formas de trabajo del obrero. Este ya no solo no es más dueño de sus condiciones de trabajo, sino que además se ve totalmente subordinado, subsumido al capital; los ritmos de trabajo le son impuestos por la máquina y por la división del trabajo dentro del taller; estamos así en presencia del modo de producción específicamente capitalista.

En base a estas categorías es que Marx incluye a trabajadores como el maestro de escuela, o el escritor que trabaja para el capitalista, como **formas transitorias**, aún manteniendo la definición de trabajador productivo. Esto es importante, porque no es, como lo dejan entender los compañeros de la LS, que Marx modifica su definición de trabajo productivo, añadiéndole restricciones. Nada de esto, la mantiene, pero agrega determinaciones que permiten avanzar en el estudio de formas intermedias, y no para fijarlas en categorías estáticas –a la que es tan afecto un marxismo teñido de escolástica– sino para que nos permita definir dinámica, dialécticamente, las categorías sociales.

Así, un gran escritor que produce un libro para un capitalista, se acerca al pequeñoburgués dueño de sus condiciones de trabajo, que vende su producto a un capitalista, pero un literato que trabaja por encargo se acerca al obrero productivo, y aquel que escribe en serie –como los que hacen trabajos colectivos, como guías o enciclopedias– se lo puede considerar totalmente subordinado al capital. Veamos lo que dice Marx al respecto:

^[8] *Grundrisse*, tomo I. ob. cit., p. 237.

“Milton, pongamos por caso, que escribió El Paraíso Perdido, era un trabajador improductivo. Al contrario, el escritor que proporciona trabajo como de fábrica a un librero, es un trabajador productivo. Milton produjo el Paradise lost como un gusano produce seda, como manifestación de su naturaleza. Más adelante vendió el producto por 5 libras y de esa suerte se convirtió en comerciante. Pero el literato proletario de Leipzig que produce libros... por encargo de su librero, está cerca de ser trabajador productivo, por cuanto su producción está subsumida en el capital y no se lleva a cabo sino para valorizarlo”.

Luego de aludir a la cantante y al maestro de escuela que trabajan para el capitalista como a trabajadores productivos, Marx agrega:

“Aún así, la mayor parte de estos trabajadores, desde el punto de vista de la forma, apenas se subsumen formalmente en el capital: pertenecen a las formas de transición”.^[9]

Debemos notar con especial atención, cómo Marx habla de “**literato proletario**”, que realiza un trabajo productivo y “**está cerca de ser un trabajador productivo**”; así nos está marcando lo contradictorio de la forma que analiza, y también cuál es la tendencia a que apunta, y cómo existe una graduación de formas sociales que van desde las formas más contradictorias hasta las que se subsuman totalmente en la relación capitalista.

El problema en la actualidad

Ahora bien, no habría peor error que pretender dejar tal como está la definición de Marx sobre estos tipos de trabajo, sin tratar de aplicarla a lo que sucede actualmente. En el apéndice 12 del tomo I de *Teorías...*, Marx no solo señala el carácter transitorio de estas formas, sino que también señala –luego de hacer alusión al maestro de escuela, precisamente– que “*todas estas manifestaciones de la producción capitalista en esta esfera son tan insignificantes en comparación con el total de la producción, que se puede prescindir por completo de ellas*”.^[10]

Actualmente, sin embargo, estas formas se han desarrollado en grado incomparable con el siglo pasado [XIX], y ya no son insignificantes. Y debemos analizar en qué dirección lo han hecho, continuando el análisis y en especial el método dialéctico que Marx sugiere en las citas que dimos.

^[9] Capítulo VI, ob. cit., pp. 84-85.

^[10] *Teorías...*, tomo I, ob. cit., p. 347.

Creemos que no hay dudas de que estos trabajadores productivos hoy están más y más subsumidos en el capital, no solo formal sino también realmente. Las relaciones capitalistas se han extendido al punto de dictarles las condiciones de trabajo a millones de maestros, enfermeros y trabajadores de la sanidad –y aún a médicos, aunque estos pertenezcan, todavía, a formas transitorias en cuanto asalariados bajo relación capitalista, subsumidos “apenas formalmente” en el capital–.

Se nos podría objetar el problema de los trabajadores de la educación o de la sanidad bajo relación salarial, pero pagados por el Estado. Luego trataremos este tema, el de los trabajadores subsumidos en el capital de manera indirecta, a través del Estado, pero lo dicho hasta aquí creemos que permite ampliar muchísimo la definición de clase obrera que dieron los compañeros.

Esta discusión sobre la creciente subsunción bajo las relaciones capitalistas de todos estos trabajadores productivos es la **base social** que permite comprender por qué han avanzado tanto la sindicalización y la lucha de amplias capas de estos trabajadores. No son dueños de sus medios de trabajo, no son dueños de fijar sus condiciones de trabajo, venden su fuerza de trabajo al capital, están subsumidos a este, crean plusvalía, ¿qué más se necesita para englobarlos en la clase obrera?

Por otro lado, las formas transitorias a las que hemos aludido son muy importantes en el análisis de las tendencias del capitalismo. Hay proletarios que poseen una pequeña parcela, que ayuda a su mantenimiento, pero lo determinante es su relación asalariada bajo el capital. Esta forma, que ha sido analizada con extensión en los últimos años, ya había sido planteada por Engels con relación a los obreros alemanes en el siglo pasado [XIX].^[11]

Otras formas son más claramente transitorias, por ejemplo, insistimos, la relación de explotación a través del comerciante. En todas ellas, es importante señalar no solo que son transicionales, sino también su dinámica, que es la de creciente subsunción en la relación capitalista, o la creciente explotación por vías indirectas. Así, Lenin, posteriormente englobará a los obreros que trabajan para el mercader dentro del conjunto de la clase obrera explotada por el capitalismo. Agreguemos que Lenin también extiende el concepto de clase obrera al conjunto de los trabajadores explotados por el capital.^[12]

^[11] Engels los engloba directamente dentro del proletariado. Ver: *El problema de la vivienda en Alemania*.

^[12] Ver: “¿Quiénes son los amigos del Pueblo?...” *Obras Completas*, tomo I. Editorial Cartago.

El problema de los trabajadores de comercio y bancos

Hemos visto la importancia que tiene la distinción entre trabajo productivo e improductivo para analizar las tendencias en el capitalismo. Pero hemos dejado de lado el problema de los trabajadores que están subsumidos en la relación capitalista, pero que no producen directamente plusvalía porque ayudan al capitalista a la realización de la misma en la esfera de la circulación de mercancías o del capital dinero.

En general, Marx nunca utilizó las categorías de trabajo productivo e improductivo para separar de la clase obrera a este tipo de trabajadores.

Ya hemos visto que estas categorías le sirven para analizar la tendencia general de muchos trabajos a convertirse en trabajos realizados “capitalísticamente”. Pero los empleados de comercio, si bien planteó que no producen plusvalía, sí los englobó en la clase obrera. Para Marx existía la misma relación que existe entre un capitalista industrial y un capitalista comercial. A pesar de que solo el primero está al frente del sector en el que se produce plusvalía, ambos pertenecen a la clase capitalista. Y si bien en la época en que escribió Marx, los empleados del comercio no estaban totalmente subsumidos a la relación capitalista –como tampoco lo estaban en general los empleados de la oficina de la fábrica, como luego veremos–, Marx no dudó en marcar la tendencia a la creciente subsumición en el capital de estos trabajadores.

Para demostrar lo que afirmamos, nos vemos en la obligación de citar de nuevo textos de Marx:

“En cierta medida, un trabajador del comercio no difiere de los demás asalariados. Ante todo porque su trabajo es comprado por el capital variable del comerciante, y no por el dinero que este invierte como renta... Luego, porque el valor de la fuerza de trabajo del empleado del comercio... se determina como en el caso de todos los demás asalariados...” (...) “... entre él y los obreros empleados de manera directa por el capital industrial tiene que existir la misma diferencia que entre este último y el capital mercantil, y, por lo tanto, entre el capitalista industrial y el comerciante.”^[13]

Más aún, como también lo plantea Marx, estos trabajadores realizan plus-trabajo para el capitalista, aunque este trabajo no se materialice en plusvalía. Podemos ahora generalizar lo que desarrollamos anteriormente sobre la especificidad del modo de producción capitalista. Habíamos dicho que este se caracterizaba por la explotación a través de la relación salarial. Esta apropiación

^[13] *El Capital*, tomo III. Ed. Cartago, p. 309.

del plustrabajo puede darse a través de la apropiación de la plusvalía producida por el obrero productivo o puede haber plustrabajo entregado gratuitamente por el obrero al capitalismo, plustrabajo este que no se objetiva en plusvalía pero permite al capitalismo realizarla, y de esta manera producir sus gastos falsos (“faux-frais”), como decía Marx. Más aún, cobra una significación nueva la definición de Marx de trabajo productivo del primer tomo de *El Capital*, que ya citamos, en la que el concepto de trabajo productivo incluye también el que trabaja “para hacer rentable al capital”.

Vemos así que todos esos trabajadores están sometidos a la relación salarial de explotación bajo el capital, lo que autoriza a Marx a englobarlos en la misma clase, produzcan o no plusvalía. Y a medida que avanza el capitalismo, avanza la proletarización y por ende la explotación de todos estos sectores. Con relación a esta tendencia, Marx es igualmente claro:

“El trabajador comercial propiamente dicho pertenece a la categoría de los asalariados mejor pagados, de aquellos cuyo trabajo calificado se encuentra por encima del trabajo medio. Ello, no obstante, con el progreso del modo de producción capitalista, su salario tiende a disminuir inclusive respecto del trabajo medio. Ello se debe, ante todo, a la división del trabajo en la oficina...”

Con pocas excepciones, la fuerza de trabajo de estas personas resulta devaluada con el progreso de la producción capitalista”.^[14]

Y en nota al pie, Engels agrega:

“Estas previsiones respecto de la suerte del proletariado comercial, escritas en 1865, resultaron confirmadas más adelante”.

Vemos que aunque Marx no llegue a hablar de proletariado, veinte años más tarde Engels ve el proceso de subsunción real al capital tan avanzado como para hablar de “proletariado comercial”.

Lo dicho sobre el análisis con relación a los trabajadores comerciales, se extiende a los bancarios.

Análisis de los empleados de oficina luego de Marx

Como vimos, Marx no hablaba de clase media sino que, por el contrario, la incluía dentro de la clase obrera, y marcaba la tendencia a la creciente proletarización de esta fuerza de trabajo.

[14] Ídem, pp. 315-316.

Creemos que fue en la Segunda Internacional en donde se comenzó a hablar de las nuevas clases medias. Según Gurvitch^[15], Bernstein identificaba las clases sociales con los agrupamientos de afinidad económica, y sobre todo por la identidad de salario o renta, a partir de lo cual trató de demostrar que el capitalismo engendraba cada vez más clase media –lo que le venía muy bien a su propósito de tratar de demostrar que el desarrollo del capitalismo permite una mejora general y el refuerzo de la democracia–.

Kautsky, por su lado, sostenía contra Bernstein que el carácter de clase estaba dado por el papel que jugaba un grupo en la producción, pero coincidía con Bernstein en el crecimiento de la importancia de las clases medias (también en Gurvitch). H. Braverman^[16] sostiene también que en las discusiones en la Segunda Internacional que se dieron antes de la Primera Guerra, sobre el carácter de clase de los empleados de oficina, se los consideró en general como clases medias.

Finalmente, Trotsky, desde una perspectiva opuesta a la II Internacional, sostiene en su comentario “A noventa años del *Manifiesto*”, escrito en 1937, que “... el desarrollo del capitalismo ha acelerado en extremo el surgimiento de legiones de técnicos, administradores, empleados de comercio, en resumen, la llamada ‘nueva clase media’”.

Ahora bien, dejando de lado el problema de supervisores y personal de niveles de dirección intermedia –que deben ser tratados aparte– es necesario preguntarse si el desarrollo del capitalismo confirmó la predicción de Marx, y que Engels ratificara, o si por el contrario, tenían razón los dirigentes de la Segunda Internacional, y Trotsky. Para ello, hay que analizar el desarrollo real de estos sectores.

Los empleados de oficina, vendedores, etcétera, en la actualidad

De acuerdo con los estudios de Braverman, que ha tratado el tema extensamente, el desarrollo capitalista ha confirmado plenamente lo que predijo Marx, desmintiendo a la Segunda Internacional y a Trotsky.

Para empezar, el propio trabajo de oficina ha cambiado radicalmente. En el siglo XIX aún era posible catalogar a los empleados de oficina como sectores me-

[15] GURVITCH, G. *El concepto de clases sociales*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 1970.

[16] BRAVERMAN, H. *Trabajo y capital monopolista*. México: Ed. Nuestro Tiempo, 1984.

dios, aunque ya hemos visto que Marx –si bien consideraba que no eran “simples obreros” como sostiene en los *Grundrisse*– los asimilaba a la clase obrera. Pero aún podía discutirse el problema. Efectivamente, dice Braverman que:

“... en los siglos dieciocho y principios del diecinueve, ‘oficinista’ o ‘jefe de oficina’ era el título del gerente en algunas industrias británicas: ferrocarriles y servicios públicos. Era común que los oficinistas fueran pagados por el gerente de su propio salario, acorde con su posición de subgerentes o al menos asistentes del gerente, y algunos eran favorecidos con utilidades al terminar algunos trabajos o con herencias después de la muerte del dueño...”
 (...) *“... en un sentido amplio, en términos de función, autoridad, pago, categoría del empleo (un puesto de oficina era generalmente de por vida), perspectivas, para no mencionar ‘status’ e incluso ropa, los oficinistas estaban más cerca del patrón que del trabajo en la fábrica”.*^[17]

Esto ha cambiado radicalmente, empezando por el número de oficinistas. Si aún a fines de siglo [XIX] el trabajo de oficinas era despreciable numéricamente, su importancia crece con el correr del siglo [XX], a la par, como veremos, con el proceso de proletarización.

“El censo de 1870 en los Estados Unidos clasificaba solamente a 82.000 –0,6% de ‘todos los trabajadores con ingresos’– en ocupaciones de oficina. En Inglaterra, el censo de 1851 contaba entre 70.000 a 80.000 oficinistas o sea 0,8% de los empleados con ingresos. Al final del siglo la proporción de oficinistas en la población trabajadora había subido al 4% en Inglaterra y al 3% en los Estados Unidos ... Para el censo de 1961 había en Inglaterra cerca de 3 millones de oficinistas, casi el 13% de la población empleada; y en los Estados Unidos en 1970, la clasificación de oficinistas se había elevado a más de 14 millones de trabajadores, casi el 18% de los empleados con ingresos, siendo igual en tamaño, entre las grandes clasificaciones de la escala ocupacional, al grupo de operadores de todo tipo”.^[18]

En lo que hace al salario, dice:

“... en datos reunidos por la Oficina de Estadísticas del Trabajo en mayo de 1971 ... el salario semanal para un oficinista de tiempo completo era más bajo que el de cualquier tipo de trabajo de los llamados ‘cuello azul’”.^[19]

En lo que hace a las condiciones generales de trabajo –además de recordar una vez más que son asalariados subsumidos formalmente al capital, ha aumentado brutalmente la subsunción **real** del trabajo de oficina al capital, incorporándose los métodos de la división del trabajo y la mecanización.

[17] Op. cit. pp. 338-339.

[18] Ídem, p. 339.

[19] Ídem, p. 341.

“Los procesos del trabajo en la mayoría de las oficinas son fácilmente reconocibles en términos industriales, como procesos de flujo continuo. Principalmente consisten en el flujo de documentos requeridos para efectuar y registrar transacciones comerciales, arreglos contractuales”.^[20]

Los trabajos de mecanografiado, operar máquinas de calcular, ensobrar, archivar, o aun los trabajos modernos como los de operador de computadoras se hacen cada vez más en serie, de forma monótona y alienante, donde el trabajador se ve amputado de sus cualidades integrales para ser aplicadas unilateralmente a un trabajo que detesta.

“Las funciones de pensamiento y planeación se concentraron en un grupo cada vez más pequeño dentro de la oficina y para la masa de los empleados ahí, la oficina se convirtió en un lugar de trabajo manual al igual que la fábrica misma”^[21]

En lo que hace a los empleados en ventas, podemos ver el mismo proceso. Todo esto no quita el hecho de que sean trabajadores improductivos desde el punto de vista de que no producen directamente plusvalía –¡aunque los empleados de oficina ligados al departamento productivo sí la producen!–, pero pertenecen a la clase obrera, formal y realmente, para usar las categorías de Marx, y cada vez en mayor medida, porque su dinámica es de creciente proletarización.

El personal intermedio de las empresas

Los compañeros de la LS nos citan a Marx, cuando se refiere a las estratificaciones dentro de la empresa. En esa cita, Marx habla de la distinción entre los operarios de las máquinas-herramientas, de los peones que alimentan las máquinas, y de los “trabajadores de categoría superior” como ingenieros, mecánicos, carpinteros, etc. Marx dice que esta categoría de trabajadores “se mueve al margen de la órbita de los obreros fabriles, como elementos agregados a ellos”. ¿Se puede pensar en base a esta cita, que se trata de una capa distinta **socialmente** a la del resto de los obreros, es decir, no perteneciente a la clase obrera? El propio Marx se apresura a aclararnos que no es así, puesto que agrega: “Como se ve, esta división del trabajo es **puramente técnica**” (subrayado por Marx). Los compañeros de la LS, que tan bien conocen a Marx, no han citado sin embargo esta frase, que está a continuación de la cita que presentan en la carta y que cierra el

^[20] Ídem, p. 358.

^[21] Ídem, p. 362.

concepto que está desarrollando. Con lo que Marx nos está diciendo que la división que introdujo se refiere a las capas dentro del proletariado, es decir, **dentro de una misma clase**. Por lo demás, la nota de Marx que citan los compañeros no hace más que confirmar lo que decimos.

Esto no significa que se deba considerar a los capataces, supervisores y demás personal jerárquico como clase obrera. Aquí la diferencia es significativa. Estos sectores cumplen una función en parte productiva, en cuanto sus funciones derivan de las necesidades del propio proceso de producción; en toda sociedad será necesario coordinar el proceso productivo. Pero, además, cumplen una función de vigilancia y de control, de **explotación de la clase obrera**, y en la medida en que lo hacen se oponen a la clase obrera. Este carácter contradictorio está subrayado en la actualidad por el hecho de que casi todos estos sectores no solo reciben en pago el valor de una fuerza de trabajo calificada, sino que también participan en parte de la plusvalía que se extrae a la clase obrera. Desde este punto de vista, aquí sí podemos hablar de modernas clases medias. Su propio trabajo, las modalidades generales bajo las que se desarrolla, no están totalmente subsumidas al capital. El calificativo de “modernas” se justifica, por otra parte, porque son un producto del capitalismo –a diferencia de la antigua pequeño-burguesía que tiende a ser barrida por el desarrollo capitalista.

En lo que hace a la categoría de gerentes, ya Marx había señalado que el hecho de que reciban un salario no debe ocultar que cumplen la función de representar al capital en cuanto explotador de la fuerza de trabajo, en oposición a la simple propiedad del capital, que encarnan los accionistas y demás parásitos. Desde este punto de vista, estos altos gerentes se incorporan a la clase capitalista. Agreguemos que en la actualidad, estos sectores se integran más y más a la parte de la clase capitalista propietaria del capital, ya que muchas veces se los remunera con participaciones en los paquetes accionarios de las empresas.

Este carácter de clase distinto al de la clase obrera de los supervisores se manifiesta a nivel de los intereses de clase que defienden.

Así como los empleados llanos de oficina, vendedores, trabajadores productivos como maestros, sanidad, etc., en fin todas las categorías que estuvimos viendo hasta ahora, se identifican más y más con los intereses de clase del conjunto del proletariado, los intereses de clase del capataz o del supervisor oscilan, se enfrentan a los del capitalista en cuanto son productores de plusvalía, se enfrentan al obrero en cuanto representan los intereses del capital en la producción y cumplen tareas de vigilancia que los hacen partícipes en parte de la plusvalía.

Esta posición contradictoria puede llevar a que en momentos de crisis estos sectores se alineen con la clase obrera, y, más aún, que sectores intermedios lleguen a encabezar reclamos sindicales enfrentando al capital.

Los trabajadores estatales

Debemos analizar a qué clase pertenecen los millones de empleados estatales. Es evidente que estos trabajadores no están incluidos directamente en la relación trabajo asalariado-capital (Dejamos al margen a los obreros de empresas estatales, que son trabajadores productivos, ya que producen plusvalía bajo la forma material de electricidad, agua, etc.).

Es evidente que no los podemos asimilar a la clase obrera por la magnitud de sus ingresos ni por la fuente de los mismos. Con relación a esto último, si tomamos un ministerio, por ejemplo, no podemos plantear que el portero del mismo, el funcionario intermedio y el ministro pertenecen a la misma clase porque todos tienen como fuente de renta la parte del presupuesto estatal que financia al Ministerio.

Pero también es cierto que la relación trabajo asalariado-capital no abarca completamente la determinación de las clases sociales. Constituye su fundamento, su base material, determina el núcleo de la clase, pero esta no se limita solo a los grupos incluidos en la relación económica específica. Gurvitch, que ha señalado esto, señala también que Marx no habló nunca de clases económicas, sino de clases sociales. Por ejemplo, al ministro o al alto funcionario lo asimilamos a la clase burguesa, aunque él personalmente no sea dueño de medios de producción y no esté incluido personalmente en la relación de producción. De la misma manera, Marx se refiere a la clase obrera en su conjunto incluyendo a la mujer y a los hijos del obrero, aunque no participen directamente en la producción. Podemos decir que están incluidos indirectamente, a través de la relación social que mantienen con el obrero.

Volviendo ahora al caso de los trabajadores estatales, debemos analizar qué relación mantienen estos con el modo de producción-explotación capitalista.

Aunque Marx no ha tratado el tema con extensión, nos ha dejado algunas indicaciones valiosas que nos ayudarán en nuestra investigación. En el tomo II de los *Grundrisse* se refiere a los obreros que construyen caminos pagados por el Estado. Sostiene que son trabajadores improductivos porque no están subsumidos bajo una relación capitalista y porque no producen plusvalía (aclara-

mos, siempre y cuando el camino no se venda como una mercancía); son obreros que producen las condiciones generales necesarias para la producción de plusvalía. Marx nos dice explícitamente que son trabajadores que están en otra relación económica que el resto de los asalariados por el capital, pero no deja de aclarar que “*es un asalariado libre como cualquier otro*” y, muy importante, como cualquier otro rinde plustrabajo, aunque este tiempo de plustrabajo, contenido en el producto “*sea imposible de intercambiar. Para el obrero mismo, comparado con los demás asalariados, se trata de plustrabajo*”.^[22]

Tenemos entonces que son obreros que producen las condiciones generales del capital, asalariados que rinden plustrabajo, por lo tanto, explotados por el capital, aunque indirectamente. Esto los lleva a tener **intereses de clase** idénticos a los de cualquier otro trabajador empleado directamente por el capital.

Aunque Marx no desarrolló estas ideas, posteriormente Lenin también se refirió a los trabajadores estatales, y distinguió con cuidado a la capa de funcionarios medios –provenientes de las capas medias, con privilegios y prebendas– de la masa de trabajadores oprimidos, con salarios de hambre. Los funcionarios medios y altos pertenecen a las clases medias y a la burguesía, y constituyen propiamente la burocracia del Estado burgués que “*administra y controla*”, y que participa en mayor medida de la explotación de la clase obrera. Por debajo de ellos existe una inmensa masa de trabajadores que solo venden el valor de su fuerza de trabajo, y que si bien no realizan trabajo productivo –no nos referimos a los obreros de empresas estatales, que son obreros productivos lisa y llanamente– son necesarios a la reproducción del capital. Por este motivo, Lenin habla de los empleados de correos como pertenecientes a la clase obrera.^[23]

Así, tendríamos que hay obreros estatales que crean las condiciones generales para la producción capitalista –podemos decir que crean el capital constante “*social*”, como caminos, puertos, etc.–, otros trabajan en las condiciones generales de mantenimiento del aparato estatal capitalista, y por último, los trabajadores de la educación y de la sanidad del Estado permiten al capital la reproducción de la fuerza de trabajo a bajo costo. Todos ellos rinden plustrabajo, a pesar de no producir plusvalía, y son explotados indirectamente por el capital.

^[22] *Grundrisse...*, tomo II. pp. 22-23.

^[23] Ver: *El Estado y la Revolución*.

Para ser más claro, ¿en qué se diferencian los intereses de clase de una maestra asalariada por un capitalista de la educación, de una maestra asalariada por el Estado?

Más en general, los trabajadores estatales pasan al sector privado, e inversamente, sin que cambien sus formas generales de trabajo. La relación fundamental sigue siendo la de compra y venta de la fuerza de trabajo, en ambos ámbitos rinden plustrabajo, con la diferencia de que en el sector privado, bajo la relación capitalista, este se materializa en plusvalía, mientras que bajo la relación estatal permite al capital ahorrar los “faux frais” a los que siempre está obligado el modo de producción capitalista. De conjunto, todos los trabajadores son explotados entonces por el capital, algunos de forma directa, otros indirecta.

Esto explica la profunda solidaridad entre trabajadores estatales y privados. Dos intereses comunes que los hermanan en la lucha de clases –que no se manifiestan entre diferentes clases sociales– y la sindicalización creciente de estos sectores. Más aún, algunos de los sectores de trabajadores estatales tanto de los países atrasados como de los países imperialistas han estado a la vanguardia de las luchas salariales y reivindicativas en los últimos años, en que ha entrado en crisis toda la administración estatal.

Posiblemente, los máximos ejemplos son los de los trabajadores de la educación de Colombia y del Perú, que desde hace décadas constituyen la vanguardia indiscutible de sus respectivos movimientos sindicales nacionales. Nótese que no hablamos de un fenómeno pasajero, de una vanguardia circunstancial de la lucha de clases.

Los compañeros de la LS deberían dar una explicación estructural de por qué una capa media puede jugar este rol de vanguardia durante tanto tiempo. Es evidente que se necesita para esto una explicación que arranque de la posición que ocupan estos sectores en la producción capitalista. Creemos que el análisis de los compañeros es incapaz de explicar esto.

A modo de resumen

No pretendemos con lo escrito agotar la discusión sino simplemente aportar algunos elementos al debate y plantear las conclusiones a las que ha llegado nuestro estudio del tema. Estas conclusiones son necesariamente provisionarias, y esperamos que los compañeros nos aporten más elementos y argumentos de sus posiciones, que estamos seguros, nos ayudarán a avanzar.

Al finalizar su carta, los compañeros nos dicen que las capas medias “*no pueden, por su actual posición social, por su dinámica estratégica e histórica incorporarse a la clase obrera*”. Nosotros, en cambio, terminaremos resumiendo la posición desarrollada en este artículo diciendo que, por su posición social, estos trabajadores están **subsumidos al capital**, que su dinámica ha sido marcada por una **creciente proletarización**, y que esta abarca cada vez más sectores que por su dinámica histórica tienen una creciente **identidad de intereses** con los obreros productivos manuales, porque pasan a integrar una misma clase, y debemos agregar que su dinámica política, respondiendo a esta condición social, es la de la **creciente fusión de todas las capas del proletariado en la lucha de una sola clase** que deviene progresivamente en “*clase para sí*”.

CLASES SOCIALES EN *EL CAPITAL* DE MARX: LA CENTRALIDAD DEL PROLETARIADO INDUSTRIAL (Extracto)

Gustavo Henrique Lopes Machado - Brasil

La tarea de la ciencia consiste precisamente en explicar cómo opera la ley del valor. Consecuentemente, si pretendemos explicar de una sola vez todos los fenómenos que parecen contradecir esta ley, sería necesario hacer ciencia antes de la ciencia.
Karl Marx

En el presente artículo pretendemos desarrollar la concepción de clases sociales presente en las obras de *crítica de la economía política* de Marx, o sea *El Capital* y sus manuscritos preparatorios. El tema es demasiado amplio para ser tratado de manera consistente y rigurosa en apenas un artículo. Motivo por el cual nos centraremos en apenas dos aspectos:

- 1) el papel central desempeñado por el proletariado industrial en la sociedad capitalista;
- 2) la dimensión improductiva del trabajo asalariado en el productor de mercancías, comúnmente designado de servicios.

La importancia de retomar *El Capital* de Marx

Es inútil buscar cualquier fundamentación consistente sobre las clases sociales en la sociedad capitalista en *El Manifiesto Comunista*. *El Manifiesto* es, sin duda, un texto fundamental e imprescindible. No obstante, la fundamentación teórica de las tesis allí expuestas se encuentra siempre en otro lugar. Particularmente en la obra principal de Marx: *El Capital*.

Lamentablemente, en las últimas décadas, *El Capital* fue olvidado en el interior de las organizaciones marxistas, sustituido por manuales rellenos de problemas y relegado para los guetos académicos que buscan en él, comúnmente, cuestiones abstractas y completamente despegadas de la lucha de clases y de la transformación revolucionaria de la sociedad. A pesar de no ser un programa, *El Capital* es la piedra angular a partir de la cual floreció toda la elaboración marxista que siguió. Se trata del mayor patrimonio teórico del movimiento obrero. Es urgente rescatarlo.

Con todo, ¿cuál es la importancia de reexaminar el papel del proletariado industrial en la sociedad capitalista sobre la base de una obra escrita 150 años atrás? ¿Serían meros apuntes teóricos sin ninguna implicancia mayor en los embates reales que se desarrollan diariamente? ¿Conceptos abstractos alejados de las “tareas políticas concretas”?

Ora, es evidente que en la lucha cotidiana entre las clases sociales interfieren innumerables aspectos de órdenes diversos: políticos, ideológicos, históricos, coyunturales, y así sucesivamente. El análisis emprendido por Marx en *El Capital* no pretende, bajo ningún aspecto, eliminar ese conjunto siempre variable y presente de influencias. No se trata de eso.

Como se sabe, Marx repitió y repitió hasta el cansancio la necesidad de comprender primero las determinaciones contenidas en aquel dominio que la tradición consagró bajo el nombre de “infraestructura”, es decir, aquellas determinaciones relacionadas con la forma de relacionamiento entre los hombres teniendo en vista apropiarse de la naturaleza. La vulgata estalinista, es sabido, colocó esta piedra angular del pensamiento marxista en términos de causalidad o determinismo. Así concebido, todos los demás aspectos de la sociedad serían deducidos o causados por el factor económico. Ahora, para negar esa acepción estalinista –mecánica, etapista y fatalista– la mayor parte de los teóricos marxistas cometieron el error opuesto: trataron otros dominios de la realidad como la política, la cultura o la conciencia, de forma completamente autónoma y separada de su base económico-social. Por eso, es necesario, aquí, [hacer] algunas aclaraciones en el intento de restituir a *El Capital* de Marx su debido lugar.

En realidad, el término *economía* no era tomado por Marx en el sentido autónomo y restringido actualmente de moda. Economía significa, para él, la forma social a través de la cual se efectivizan las relaciones entre las personas en el proceso de producción. No se trata, por lo tanto, de reducir las relaciones sociales a la categorías económicas, por el contrario, se trata de mostrar que las

categorías económicas son relaciones sociales. Pero si paramos por aquí no explicamos absolutamente nada.

Las relaciones económico-sociales o las relaciones de producción expresan un tipo específico y fundamental de relaciones sociales. Las especificidades de estas determinaciones dichas económicas o infraestructurales es que traducen nexos, determinaciones o características **necesarias** en una dada forma de organización social. Diferente de la política, del Estado, de la cultura que, en una misma forma de sociedad pueden expresarse en formas diversas, las relaciones de producción expresan aquellos nexos fundamentales que hacen de una dada forma de sociedad aquello que es, aquello que ella tiene necesariamente que reproducir para continuar existiendo. Por eso, ellas no determinan unilateralmente las demás esferas de la vida social, sino que constituyen el punto de partida para su adecuada comprensión.

Seamos más precisos. Las categorías expuestas en *El Capital*, si se quiere estructurales, como mercancía, valor, trabajo abstracto, dinero, plusvalía absoluta y relativa, cooperación industrial, clase trabajadora y capitalista, y así en adelante, expresan relaciones necesarias en ese modo de producción. Son ellas que deben ser destruidas por la revolución socialista y es a partir de ellas que las formas superestructurales ganan su efectividad, sea que actúen en el sentido de la mantención de esa forma social, sea que lo hagan para su disolución. Es esa base fundamental que Marx analiza en *El Capital*.

Explicar, por lo tanto, la naturaleza de las clases sociales, un período o etapa histórica a partir de elementos puramente subjetivos, políticos o ideológicos constituye, y siempre constituyó, la matriz de las concepciones burguesas y marxistas vulgares. Como en la cita de Marx que usamos como epígrafe, los que así proceden, buscan “hacer ciencia antes de la ciencia”.

Comprender de este modo el papel social de los distintos sectores del proletariado en la producción de la riqueza capitalista, no asegura de antemano cómo tales sectores se comportarán en ese o en aquel escenario. No obstante, indica su papel social, esto es, cómo necesariamente se articulan en el interior del modo de producción capitalista y, consecuentemente, su mayor o menor importancia estratégica para un partido revolucionario que tiene en mira exactamente revolucionar ese modo de producción. Motivo por el cual pretendemos continuar con el método de Marx y, antes de buscar explicar todos los fenómenos que pasan frente a nuestros ojos yuxtaponiendo artificialmente elementos superestructurales, es necesario capturar el papel social de cada uno de los es-

tratos que componen el proletariado en el interior del proceso global de producción de capital.

Por fin, caben, todavía, algunos comentarios previos sobre la noción de trabajo productivo e improductivo en Marx. Como se sabe, es uno de los temas más polémicos de su obra. Y esto tiene su razón de ser. No existe un tratamiento “sistemático” de esa cuestión en lugar alguno del conjunto de sus escritos. Ella aparece de manera más desarrollada y ocupando un espacio significativo en el primer volumen de las *Teorías sobre la plusvalía* y en el llamado Capítulo *Inédito* de *El Capital*.

En ambos casos, la cuestión del trabajo productivo e improductivo aparece siempre a partir del diálogo con otros economistas y, como no podía dejar de ser, la argumentación se basa en la contraposición de Marx frente a las posiciones de estos. En los *Grundrisse*, el tema es tratado aquí y allí de manera dispersa y siempre remitiendo a algún aspecto muy particular del problema. Siempre es bueno recordar que todos estos textos son anotaciones personales no destinadas a la publicación. Este cuadro justifica, en gran medida, la ausencia de claridad en algunos aspectos en el tratamiento de esta cuestión por Marx.

Ya en los tres libros de *El Capital*, en que el centro no es la polémica con otros autores sino la exposición crítica de la sociedad burguesa, no existe un solo capítulo o incluso un ítem separado destinado a este tema, que aparece apenas en lo que podemos llamar de breves digresiones de Marx referentes al trabajo productivo e improductivo.

Pensamos que el modo ideal de aclarar tales cuestiones es recorrer los tres volúmenes de *El Capital* explicitando el papel de los distintos estratos de los trabajadores asalariados concomitantemente con el desdoblamiento de las propias categorías del modo de producción capitalista. Evidentemente, en este artículo, lejos estamos de querer recorrer ese camino. Nos proponemos entonces, examinar algunas nociones y categorías que, pensamos, están en el centro de toda la confusión alrededor de este tema.

Servicios: ¿productivos o improductivos?

¿Es correcto decir que solo el proletariado industrial, productor de mercancías, es productivo? Y, consecuentemente, ¿todos los servicios son indistintamente improductivos? Depende. Dos son los abordajes absolutamente equivocados que buscan sostener esa posición.

1. En el primero de ellos, se argumenta que solamente el trabajo productor de mercancías es productivo porque, en Marx, trabajo envolvería metabolismo entre hombre y naturaleza, apropiación de los recursos naturales y transformación en algo material. Ese abordaje, común entre ciertos lukacsianos, no propiamente en Lukács, es un disparate. El trabajo entendido como metabolismo entre hombre y naturaleza no es fundamento de las sociedades humanas en general, sino el trabajo tomado en su forma más abstracta, común a todas formas sociales. Con esa acepción de trabajo no conseguimos siquiera diferenciar el trabajo asalariado de aquellos de los siervos, de los esclavos y del trabajo colectivo primitivo. Lo que fundamenta una forma de sociedad, para Marx, son sus trazos específicos en relación con otras formas de sociedad y no los genéricos. La confusión reposa en el hecho de que Marx siempre partió de las determinaciones comunes a todas formas sociales – como producto, valor de uso, trabajo concreto, cooperación simple, apropiación del trabajo excedente– y, solamente después, para aquellas más específicas, históricas y fundamentales – como mercancía, valor, trabajo abstracto, cooperación industrial, plusvalía–.

Según Marx, ya en el libro primero de *El Capital*, esta “determinación de trabajo productivo, tal como resulta desde el punto de vista del proceso simple de trabajo, no basta, de modo alguno, para el proceso de producción capitalista” (MARX, 1996, p. 310). Si no fuese ese el caso, sería productivo para el capital el trabajo de un campesino que produce para su consumo propio y el de su familia.

2. Otro abordaje dice que para ser productivo basta producir mercancías. Siendo improductivo aquellos que no producen mercancías. Ora, esa perspectiva, semejante a la de Adam Smith, también es inadecuada. Para que la producción sea capitalista no basta producir mercancías, lo que existe hace milenios; es necesario la producción de mercancías bajo el comando de un capitalista, lo que incluye la forma trabajo asalariado. Si fuese productivo únicamente el trabajo productor de mercancías, el trabajo de un campesino o artesano, que vende su producto en el mercado, sería productivo para el capital, lo que es falso.

Dicho esto, veamos, entonces, cómo la cuestión es analizada por Marx.

En primer lugar, en el modo de producción capitalista, la noción de trabajo productivo puede ser vista bajo una doble perspectiva: de su ampliación y, al mismo tiempo, de su restricción.

De inicio, el capitalismo aumenta la noción de trabajo productivo en relación con los modos de producción anteriores. Al final, en ese modo de producción, “el carácter cooperativo del propio proceso de trabajo amplía [...] necesariamente el concepto de trabajo productivo y de su portador, del trabajador productivo” (MARX, 1996b, p. 136). Ahora, para “trabajar productivamente, ya no es necesario [...] poner personalmente la mano de obra; basta ser órgano del trabajador colectivo, ejecutando cualquiera de sus subfunciones” (MARX, 1996b, p. 136). Como se nota, en el capitalismo, en la “categoría de trabajadores productivos figuran naturalmente los que, sea como fuere, contribuyen para producir la mercancía, desde el verdadero trabajador manual hasta el gerente, el ingeniero (distintos del capitalista)” (MARX, 1974, p. 136). Aquí tenemos claramente una ampliación de la noción de trabajo productivo. Desde el punto de vista histórico, esa ampliación es de la más alta relevancia, al final, en sociedades como la de la Grecia antigua, el pensamiento y la ciencia permanecían, por regla general, al margen del proceso de trabajo, siendo, por lo tanto, improductivos. Ahora, un trabajador intelectual, desde que esté inmerso en el trabajo colectivo de una empresa capitalista productora de mercancías, es un trabajador productivo.

A continuación, Marx explica que, por “otro lado, [...] el concepto de trabajo productivo se estrecha. La producción capitalista no es apenas producción de mercancía, es esencialmente producción de plusvalía” (MARX, 1996b, p. 136). Ora, lo que garantiza la acumulación de capital por parte de un capitalista no es el tipo específico de valor de uso que este ofrece a los consumidores en el mercado, tampoco la naturaleza específica del trabajo que comanda, sino la extracción de plusvalía de aquel que vende su fuerza de trabajo como mercancía. De eso se desprende que apenas “es productivo el trabajador que produce plusvalía para el capitalista o sirve a la auto-valorización del capital” (MARX, 1996, p. 136).

Tenemos claramente un estrechamiento de la noción de trabajo productivo, ya que, ahora, no basta existir metabolismo entre hombre y naturaleza, no basta tampoco producir mercancías, sino que es necesario producir mercancías bajo la forma capitalista. No obstante, ¿qué decir de aquellas actividades bajo la forma capitalista, pero que, todavía, no producen mercancías?

En *Teorías sobre la plusvalía* esta cuestión es desarrollada de forma precisa. Según Marx, “solo el trabajo que produce capital es trabajo productivo” (MARX, 1974, p. 136). “Así, también queda absolutamente establecido lo que

es el trabajo improductivo. Es trabajo que no se cambia por capital, sino directamente por renta, o sea, por salario o ganancia” (MARX, 1974, p. 136).

En otras palabras, las definiciones de trabajo improductivo y productivo “no devienen de la calificación material del trabajo (ni de la naturaleza del producto ni de la destinación del trabajo como trabajo concreto), sino de la forma social determinada, de las relaciones sociales de producción en que él se realiza” (MARX, 1974, p. 136). Al final, es “una definición del trabajo, la cual no deriva de su contenido o resultado sino de su forma social específica” (MARX, 1974, p. 138). Así considerado, “un actor, por ejemplo, o inclusive un payaso, según esta definición, es un trabajador productivo si trabaja al servicio de un capitalista (un empresario) a quien devuelve más trabajo del que recibe de él en forma de salarios; en tanto que un sastre que trabaja a domicilio, acude a la casa del capitalista y le remienda los pantalones, con lo cual produce un simple valor de uso, es un trabajador improductivo” (MARX, 1974, p. 137).

En este punto, la mayor parte de los comentaristas encierra la cuestión. Trabajo productivo es aquel productor de plusvalía para una capitalista, de donde se desprende que no existe diferencia social alguna entre el trabajo productor de mercancías y el trabajo no productor de mercancías, en tanto produzcan, ambos, plusvalía. No perciben, por ejemplo que al considerar que apenas el trabajo productor de plusvalía es productivo, Marx dice, en el Libro Primero de *El Capital*, que la acepción de trabajo productivo “se estrecha”, antes de ampliarse. O sea, para ser productivo, además de producir mercancía, tiene, también, que producirla bajo el comando de un capitalista. Ahora, ¿cómo explicar entonces, las afirmaciones taxativas de Marx de que un profesor, cantor o payaso, desde que productores de plusvalía, son trabajadores productivos? ¿Cómo salir de esa desconcertante paradoja?

Ocurre que la mayor parte de los autores que trataron de la presente cuestión se olvidaron de una pregunta fundamental: **¿productivo con relación a qué?** Solamente una razón metafísica puede hablar de algo productivo en sí mismo, productivo en general, así como absolutizar cualquier otra noción o categoría. Antes de responder a la cuestión de si tal o cual trabajo es productivo, es necesario aclarar a qué se refiere tal productividad.

Veamos un ejemplo. En las *Teorías sobre la plusvalía*, Marx observa que todo “servicio es productivo para quien lo vende. Jurar falso es productivo para quien lo hace por dinero vivo. Falsificar documentos es productivo para quien es pago por eso. Asesinar es productivo para quien es pago por el homicidio. El negocio

de sicofante, delator, malandra, parásito, adulator es productivo, desde que tales ‘servicios’ sean remunerados” (MARX, 1974, p. 275). Ora, en la exacta medida en que tales actividades rinden dinero para aquel que las vende, ellas son productivas con relación al vendedor, aun cuando no produzcan absolutamente nada para la sociedad y, en ese sentido, sean, en relación con la sociedad, improductivas. Ora, para un campesino que produce para su consumo propio, su trabajo es ciertamente productivo con relación a él, pero no lo es para la sociedad que nada recibe, menos aún para el capital, pues no hay acumulación del trabajo no pago en la forma de plusvalía.

En ese sentido, la cuestión es la siguiente: en los fragmentos en que trata de las actividades no productoras de mercancías como productivas, Marx se refiere a la productividad del trabajo con relación al capitalista individual que lo emplea, no en relación con la sociedad en su conjunto, al capital total por ella producido. Veamos la cuestión detalladamente.

Luego de precisar la noción de trabajo productivo e improductivo en *Teorías sobre la plusvalía*, dice Marx: “Trabajo productivo e improductivo son siempre vistos ahí desde el ángulo del dueño del dinero, del capitalista” (MARX, 1974, p. 137). Y realmente, desde el punto de vista de un capitalista individual, poca diferencia hace si su capital es empleado en la industria automotriz, en una universidad privada o en un circo. Lo que interesa es la plusvalía y la ganancia que este consigue obtener por medio de la explotación del trabajo asalariado. No obstante, la riqueza se adentra en la esfera del servicio en la medida en que es redistribuida por medio de la circulación de mercancías, o sea, en la medida en que tales servicios son consumidos por capitalistas y trabajadores.

En ese sentido, ser productivo con relación al capitalista individual no coincide necesariamente con ser productivo con relación a la sociedad. En el comercio, por ejemplo, a pesar de que el comerciante-capitalista acumula capital con la explotación de los trabajadores que emplea, él no produce un solo átomo de valor y capital, solo se apropia de parte de la plusvalía producida en la esfera de la producción. No sin razón, al tratar del capital comercial como improductivo, Marx por diversas veces explicita que se está refiriendo a productividad en relación con la sociedad. Por ejemplo, en el Libro Segundo, luego de ilustrar con el caso de un agente comercial que trabaja 8 horas para pagar su salario, cediendo 2 horas excedentes a su empleador, dice que “la **sociedad** no paga esas dos horas de trabajo excedente, aun cuando hayan sido gastadas por el individuo que lo ejecuta” (MARX, 1980, p. 135). Claro está, por lo tanto, que Marx

se refiere, aquí, a la productividad del trabajo en relación con la sociedad y no al capitalista individual.

Lo mismo ocurre en relación con los trabajadores no productores de mercancía, aunque esa redistribución se opere por medio del consumo de los servicios por trabajadores y capitalistas y no en la transacción entre dos ramas distintas del capital, como es el caso del capital comercial.

Esto queda claro en el Capítulo *Inédito* de *El Capital*, cuando Marx dice que: “un maestro de escuela que es contratado con otros para valorizar, mediante su trabajo, el dinero del empresario de la institución que trafica con el conocimiento es un trabajador productivo”.

No obstante, complementa luego en seguida: incluso “así, la mayor parte de esos trabajadores, desde el punto de vista de la forma, apenas **se someten formalmente al capital**: pertenecen a las formas de transición” (MARX, 1975, p. 99). O sea, desde el punto de vista de la sociedad, desde el punto de vista de la relación entre universidad privada y los demás capitales individuales, tenemos apenas cambio simple de mercancía. Motivo por el cual la “fábrica de enseñanza” no produce valor, pero recibe valor de la sociedad por el servicio que ella ofrece.

En suma, las actividades no productoras de mercancías, los dichos servicios, a pesar de productivas para el capitalista individual, **apenas consumen en la forma de renta el capital producido por la sociedad**. Por este motivo están fuera de aquello que Marx denomina capital productivo. Su forma evanescente, en que el “valor” producido es inmediatamente consumido, en que se vende el trabajo en la calidad de valor de uso y no su producto, impide que los servicios expresen su propiedad social de ser valor, consistiendo, desde el punto de vista de la sociedad, tan solamente en el consumo de renta o, incluso, en el consumo de los valores existentes a cambio del servicio ofrecido. Esto es así incluso cuando esta renta sea apropiada de manera desigual en el interior de una dada rama, proveyendo plusvalía para un capitalista individual.

El Capital Productivo como Capital Industrial

Por fin, trataremos en este último ítem, del capital productivo, tema desarrollado por Marx en el Libro Tercero de *El Capital* y, en menor medida, en el Libro Segundo. Es solamente en el Libro Tercero que los distintos estratos de la case capitalista y de la clase trabajadora serán analizados, así como la conexión

entre ellos. Ora, ¿por qué motivo eso ocurre apenas en el Libro Tercero? Para responder la presente pregunta, se hacen necesarias algunas consideraciones sobre el método empleado por Marx en su obra principal. Tales consideraciones son imprescindibles para comprender el tema aquí en debate.

- **Libro Primero:** En este libro Marx estudia el proceso de producción de plusvalía o incluso, desde el punto de vista del capital, el capital en general. Esto significa que está abstraída la competencia y los diversos tipos particulares de capital. Incluso la circulación es estudiada apenas como soporte necesario para que comprendamos el proceso de producción de plusvalía y la acumulación de capital. En este libro, el objetivo es entender el capital como una forma histórica particular en relación con todas aquellas que lo precedieron, sin preocuparse, todavía, en estudiar las diferencias internas entre los múltiples tipos de capital. Aquí, en función de la abstracción empleada por Marx, existe apenas el capital industrial y, por eso, capitalistas industriales y obreros industriales.
- **Libro Segundo:** Estudia la realización de la plusvalía o el proceso de circulación del capital. En el primer libro se presupone que toda plusvalía producida sería realizada por medio de la venta de la totalidad de las mercancías en el mercado. Ora, ese proceso de realización de la plusvalía será analizado en sus pormenores, haciendo emerger los primeros estratos particulares del capital, como el capital comercial, además de la división del capital constante (medios de producción) en capital fijo y circulante.
- **Libro Tercero:** Estudia la distribución de la plusvalía entre los distintos capitales individuales; solamente ahora se estudia el proceso global de producción capitalista. Entran en escena, por primera vez de forma más determinada y concreta la competencia y la disputa entre los diversos tipos particulares en torno a la plusvalía producida. En el Primer Libro se trató de mostrar el secreto de la producción de plusvalía, que ocurre en el interior de la fábrica; ahora, se trata de desvendar los secretos de su distribución. Emerge, así, una serie de nuevos estratos del proletariado, correspondientes a los tipos particulares de capital, como analizaremos en seguida.

Lo que queremos acentuar en el presente contexto es que ese método de abstracciones utilizado por Marx no es casual. El Libro Primero tiene en mira alcanzar las determinaciones más fundamentales del modo de producción capitalista, más allá de las oscilaciones particulares que nos harían hundirnos en un océano indomable de contingencias, decisiones individuales y arbitrarie-

dades. No es casual, por lo tanto, que ese libro trate apenas del capital industrial, con los respectivos obreros industriales, por ser estos últimos los responsables por la producción de toda la plusvalía de la sociedad. Marx señala, así, el sector clave de la economía capitalista: el capital industrial o capital productivo.

No obstante, incluso en el interior del Libro Primero, Marx está lejos de suprimir todas las diferencias entre los trabajadores empleados por el capital industrial.

Según Marx, la “distribución esencial es entre trabajadores que efectivamente están ocupados con las máquinas-herramientas” (MARX, 1996b, p. 53) y, al “lado **de esas clases principales**, surge un personal numéricamente insignificante que se ocupa con el control del conjunto de la maquinaria y con su constante reparación, como ingenieros, mecánicos”.

Y agrega: es “una clase más elevada de trabajadores, en parte con formación científica, en parte artesanal, externa al círculo de obreros de fábrica y solo agregada a ellos” (MARX, 1996b, p. 54).

En cuanto es una camada del proletariado más calificada, de trabajo individualizado, numéricamente poco significativa en el interior de cada unidad productiva y, sobre todo, externa al círculo de obreros, este sector del proletariado no expresa la misma forma social que los primeros. Su conciencia está propensa a oscilar entre los intereses del capitalista y de la masa del proletariado.

Ya en los libros restantes, al analizar cómo la plusvalía se realiza y redistribuye, el capital productivo aparece contrapuesto al capital improductivo. Más particularmente, una de las cuestiones centrales es justamente cómo la plusvalía producida por el primero es apropiada por el segundo. Analicemos en primer lugar, entonces, el capital productivo.

Capital productivo: según Marx, en los “estadios de circulación, el valor-capital asume dos formas: la de *capital-dinero* y la de *capital-mercancía*; en el estadio de producción, la forma de *capital productivo*. El capital que en el curso de todo su ciclo ora asume ora abandona esas formas, ejecutando a través de cada una de ellas la función correspondiente, es el *capital industrial*” (MARX, 1980, p. 53). En ese sentido, no es el hecho de participar de la esfera de la circulación que hace improductiva una dada rama del capital, sino el hecho de estar excluido de la esfera de la producción. El capital-industrial, por su parte, es el único que participa de todos los momentos del proceso de reproducción de capital, presentándose ora en la forma de capital-mercancía, ora en la forma de capital-dinero, y ora como capital de producción.

Solo actividades productoras de capital-mercancía son expuestas como siendo capital industrial y, por consiguiente, capital productivo: la minería, la agricultura, la pecuaria, la manufactura e, incluso, la industria de transporte que, en la acepción de Marx, altera espacialmente el producto conforme veremos más adelante.

Conclusión

Claro está que el análisis encerrado en *El Capital* bajo ninguna hipótesis aclara de antemano la correlación de fuerzas entre las clases en un dado período histórico o en un dado país. No obstante, tales análisis particulares y coyunturales, si no se quiere hacer ciencia antes de la ciencia, deben presuponer la anterior comprensión de los elementos tocados tangencialmente por estos artículos: la articulación total del modo de producción capitalista tomado, de inicio, en su forma pura, con el papel social de las clases y sectores de clase que lo componen.

Procediendo así, queda explícito, por ejemplo, más allá de las turbulencias coyunturales, el papel central ocupado por todos aquellos sectores del proletariado que integran el capital productivo o industrial. Aunque, por hipótesis, en un dado escenario, este sector se muestre, por razones diversas, con el nivel más rebajado de conciencia, con poca tradición de lucha o en menor número, su posición central, si se quisiera desmoronar el capital, continúa la misma. El proletariado industrial gana, por lo tanto, papel estratégico para el movimiento socialista. No solo por constituir el centro y la base de la valorización global del capital, sino también por ser el único sector que puede contraponer eficazmente las tendencias burocratizantes, resultantes de la expropiación de la propiedad privada, ya que [está] asociado directamente a la producción y control de la riqueza, al mismo tiempo que directamente afectado por los mecanismos de su redistribución.

Queda explícito así, que, para un marxista, los análisis políticos e ideológicos se desprenden siempre del análisis previo de su respectiva base social. Esto no significa que ellos son unilateralmente causados por esta base social, sino que solamente a través de ella pueden ser efectivamente comprendidos. Ese es el motivo que llevó a Marx a escribir *El Capital* antes de cualquier otra cosa.

Como se ve, cualquier organización que quiera influir en la historia en el sentido de la revolución socialista debe, antes que nada, asentarse firmemente

en las bases sociales que la posibilitan, antes y más acá de cualquier elección o impresión. Debe influir en el océano caótico de los fenómenos inmediatos en consideración con su unidad más profunda. Debe buscar las bases sociales de los fenómenos ideológicos y políticos, antes de dar una formulación teórica autónoma para esos dominios. Hacer ciencia, por lo tanto, no es, para Marx, enumerar acontecimientos históricos a modo de un periodista, tampoco crear conceptos autónomos a modo de un académico, sino encontrar siempre la base social de los fenómenos, para, solamente entonces, extraer de ella una política revolucionaria.

*

REFERENCIAS

- MARX, Karl. *O Capital: Crítica da Economia Política*. Livro primeiro, Tomo 1 [*El Capital: Crítica de la Economía Política*. Libro primero, Tomo 1]. São Paulo: Abril Cultural, 1996.
- _____. *O Capital: Crítica da Economia Política*. Livro primeiro, Tomo 2 [*El Capital: Crítica de la Economía Política*. Libro primero, Tomo 2]. São Paulo: Abril Cultural, 1996b.
- _____. *O Capital*. Livro 2: O Processo de Circulação do Capital [*El Capital*. Libro 2: El Proceso de Circulación del Capital]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1980b.
- _____. *O Capital*. Livro 3, Volume 5 [*El Capital*. Libro 3. Volumen 5]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1981.
- _____. *O Capital*. Livro 3, Volume 6 [*El Capital*. Libro 3. Volumen 6]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1981b.
- _____. *Teorias da Mais Valia*. História crítica do pensamento econômico [*Teorías sobre la plusvalía*. Historia crítica del pensamiento económico]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1974. v. 1.

- MARX, Karl. *Teorias da Mais Valia*. História crítica do pensamento econômico [*Teorías sobre la plusvalía*. Historia crítica del pensamiento económico]. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1980. v. 2.
- _____. *Grundrisse* [*Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie – Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*]. Rio de Janeiro: Boitempo Editorial, 2011.
- _____. *Capítulo Inédito D'o Capital*. Porto: Escorpião, 1975.
- _____. *Para a crítica da economia política. Manuscrito de 1861-1863 (Cadernos I a V). Terceiro Capítulo – O capital em geral* [(*Cuadernos I a V*). *Terceiro Capítulo - El capital en general*]. Belo Horizonte: Autêntica Editora, 2010.
- MORENO, NAHUEL. *Conversando com Moreno* [*Conversaciones con Nahuel Moreno*]. São Paulo: José Luis e Rosa Sundermann, 2005. Entrevista realizada por Daniel Acosta, Marco Trogo y Raúl Tuny.
- _____. *Balço de Atividades* [*Balance de Actividades*]. Ediciones Marxismo Vivo. São Paulo: Editora Lorca S. A., 2012
- PREOBRAZHENSKY, Eugênio. *A Nova Econômica* [*La Nueva Economía*], Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1979.
- RUBIN, Isaak Illich. *A teoria marxista do valor* [*La teoría marxista del valor*]. São Paulo: Brasiliense, 1980.

Dossier

Raza y Clase

MITO DE LA DEMOCRACIA RACIAL E INVISIBILIZACIÓN DE LA CUESTIÓN NEGRA

Hertz da Conceição Dias - Brasil

Introducción

Pretendemos con este artículo mostrar la fuerza que emana del mito de la “democracia racial”, ideología que de tan bien elaborada y enraizada en la sociedad brasileña trajo serias implicaciones para el proletariado brasileño, manifestándose también con mucha fuerza en el conjunto de su intelectualidad y de las organizaciones marxistas.

Para tal empresa, sentimos la necesidad de hacer un breve rescate histórico de la lucha de clase en el régimen esclavista brasileño que perduró por más de 350 años, cuyos principales polos opuestos eran los señores y los esclavos, siendo la clase de esclavos la más dinámica debido a su deseo de liberación.

Eso se hace necesario porque las elaboraciones que tuvieron por base el “mito de la democracia racial” presentaron una versión romántica de la relación entre señores y esclavos en el Brasil. Muchos intelectuales brasileños, incluidos marxistas, cayeron prisioneros de la tesis de “cordialidad” del esclavo africano y benevolencia del señor portugués. Despareciendo los conflictos de clases desaparece también el negro como sujeto sociopolítico.

Para que se entienda la importancia que este debate continúa teniendo, basta constatar el menosprecio con que casi todas las organizaciones de la izquierda brasileña han tratado las luchas negras que ganaron el Brasil en los últimos años. Para estas organizaciones, el Brasil está viviendo una “ola reaccionaria”, justamente en el momento en que el escenario de luchas negras es uno de los mayores en la historia del país.

Pretendemos también levantar el siguiente cuestionamiento: ¿ese “mito” o sus ideologías correlativas (superioridad blanca, cordialidad, emblanquecimiento, mestizaje) no se desarrollan también en países en que el elemento negro tiene peso por los menos relativo en el seno del proletariado pero que es invisibilizado como sujeto sociopolítico incluso dentro de la izquierda revolucionaria?

Un mito elaborado para desarticular aquellos que deberían ser eliminados

Antes de entrar en el tema que tiene como centralidad un problema racial es importante resaltar que para nosotros “Raza” debe ser entendida como categoría psicológica y el racismo como una ideología que manipula el concepto de raza a favor del proyecto de dominación burguesa sobre el conjunto del proletariado. Racismo también entendido como una forma de agresión y el movimiento antirracista o negro como movimientos de autodefensa racial que en muchos casos puede ganar dimensión antisistémica.

Así, no basta, como muchos piensan, apuntar una bayoneta teórica contra el concepto de “raza” para que el racismo desaparezca. Es para el racismo, como forma de dominación, opresión y humillación, que debemos apuntar todas nuestras armas políticas, pues fue él que, creado por el capitalismo, creó las razas, y no su opuesto. Así, las razas solo podrán desaparecer definitivamente cuando el racismo y el capitalismo sean transformados en piezas de un mismo museo: el de la sociedad sin clases.

Hecha esta aclaración, volvamos al tema.

La burguesía brasileña ya nació dependiente del capitalismo internacional. En el Brasil coexistieron durante décadas formas de trabajo libre y esclavo, o sea, en un período denominado por Moura (1999) “esclavismo tardío”^[1] que se

[1] Para Moura (1994), el esclavismo en el Brasil se divide en dos fases: la del esclavismo pleno que va de aproximadamente 1550 a 1850, y el esclavismo tardío, de 1851 a 1888. En la primera fase, según el autor, se estructura en toda su plenitud la esclavitud (modo de producción esclavista) la cual configuraría el comportamiento de las clases fundamentales de esa sociedad, los señores y los esclavos. El esclavismo tardío por su parte, representa la fase de la *modernización sin cambio*, o sea, en que el Brasil entra en el nuevo orden mundial imperialista como una nación dependiente que mezclará en toda la fase del segundo imperio relaciones capitalistas con trabajo esclavo y que las antiguas clases señoriales se transformarán en latifundistas e industriales capitalistas. (cont. en pág. siguiente)...

extiende desde 1850, año de la aprobación de la Ley Euzébio de Queiroz y de la Ley de la Tierra^[2], hasta 1888 cuando fue aprobada la Ley Áurea, que abolió definitivamente la esclavitud.

Esa burguesía nacional siquiera arriesgó hacer revolución, en un período en que la burguesía europea barría de aquel continente lo que aún restaba de feudalismo. La burguesía brasileña tal como la vemos hoy es una extensión de la clase social del interior de la clase de señores de esclavos. Su génesis histórica es marcadamente contrarrevolucionaria y su conservadurismo se profundiza a medida que la historia avanza. Defendió la esclavitud hasta el final del siglo XIX cuando todos los demás países de América ya la habían abolido. Hizo del Brasil un país “inconcluso” que conquistó su independencia manteniendo la esclavitud y abolió la esclavitud manteniendo el latifundio. En las palabras de Freitas:

“La gran burguesía comercial y la naciente burguesía industrial no se mostraron partidarias de la abolición. En manifiesto lanzado en 1881, la Asociación Industrial –‘compuesta por industriales y extranjeros domiciliados en el Brasil’– reclamó medidas proteccionistas pero nada dijo sobre la abolición. El presidente de la entidad, Antônio Felício dos Santos, declaró en 1882 que el esclavo era ‘una absoluta necesidad’. Otro tanto dijo la Asociación Comercial de Rio de Janeiro, que en 1884 denunció a los abolicionistas como ‘irresponsables’. En el mismo año, la congénere de Minas Gerais exhortó al gobierno a adoptar medidas ‘fuertes’ contra el movimiento abolicionista” (1983, p. 152).

En esa transición, la mantención de la estructura latifundista-oligárquica encajaba perfectamente en el papel que le cabría cumplir al Brasil en el nuevo orden económico mundial de continuar como país agroexportador. Y para conservar el antiguo orden sería necesario mantener los antiguos aparatos. Por eso es muy importante entender que desigualdad racial en el Brasil y los mecanismos adoptados para mantenerla tienen relación directa con la dependencia de nuestro país a las fuerzas imperialistas.

(De pág. anterior)... De esta forma, si, de un lado, la sociedad acumula, asimila y dinamiza aquello que el desarrollo industrial, científico y tecnológico creó y perfeccionó, del otro lado, las relaciones entre los hombres en el proceso del trabajo continuarán atrasadas y correspondientes a un estadio anterior e inferior al de la estructura que avanzó. Todo el soporte fundamental de la sociedad queda de esta forma, inarmónico con el desarrollo de la otra parte que se modernizó.

^[2] Mientras la Ley Euzébio de Queiroz golpeaba de muerte el tráfico de esclavos para el Brasil, la Ley de la Tierra cumplió la función de consolidar el latifundio en la medida que permitiría el acceso a la tierra exclusivamente mediante la compra y no más mediante requisición al Estado en razón de los servicios prestados a la nación brasileña. De esta forma, el negro ex esclavo fue siendo gradualmente transformado en “sin tierra”. Caso esa ley no fuese alterada, la abolición traería en su interior la reforma agraria.

Racismo, capitalismo e imperialismo actuaron como fuerzas conjuntas en este proceso.

Disminuidos frente al imperialismo inglés y amedrentados por la inminencia de una explosión esclava en el Brasil a los moldes de lo que ocurriera en Haití, se consolidaron como burgueses manteniendo todos los mecanismos de dominación política e ideológica que fueran elaborados en más de 350 años de esclavitud.

Reelaboraron teorías e ideologías del período esclavista, mezclándolas con las teorías eugénicas que la burguesía europea elaboraba en ese mismo período para garantizar la dominación imperialista sobre África y Asia.

Así, a finales del siglo XIX e inicios del XX, o sea, en la transición del Brasil esclavista para el Brasil dependiente, las elites precisaban responder a una cuestión: ¿qué hacer con el negro ex esclavo?

En este mismo contexto, la inmigración europea aparece como una fuente de ganancia producto de un nuevo tráfico de carne humana, esta vez blanca. La conjugación de esos factores desagua en la tesis de que el subdesarrollo del Brasil resultaba de su enorme población negra, vista como la “borra social” de la esclavitud.

O sea, al decidirse por la importación del trabajador europeo era necesario justificar la no utilización del negro. Y esa justificación fue su supuesta “inferioridad”.

Para parte de la intelectualidad de la época, el problema del Brasil estaba en su mestizaje, marcadamente influenciado por el elemento negro. Era necesario blanquear el país para que el mismo alcanzase estatus de nación desarrollada. ¿Cómo, entonces, transformar esa pluralidad étnica y cultural en una única colectividad, en una única nación? La respuesta fue prontamente dada por la elite intelectual brasileña: ¡tornando al blanco raza predominante!

La defensa del mestizaje en el pensamiento de esos intelectuales no era para valorizar la pluralidad sino para purificar la sociedad y librarla de sus componentes tenidos como “degenerados”.

Para el escritor Silvio Romero (1851-1914), el mestizaje sería el puente para llegar al blanqueamiento de la nación, sin embargo, pasado algún tiempo revió esa posición afirmando que “el desaparecimiento total del indio, del negro y del mestizo podría ocurrir, apenas, si todo el mestizaje [el cruzamiento de razas y etnias diferentes] futuro incluyera una pareja extremadamente clara (si no blanca)” (MUNANGA, 1999, p. 53).

Para Nina Rodrigues (1862-1906) la mezcla de culturas “inferiores” (india y negra) con la “superior” (blanca) provocaría perturbaciones psíquicas. La especie incapaz degeneraría a la especie civilizada. Con base en esto, propone un “contrato social” en que los individuos no fuesen considerados “iguales frente a la ley”, ya que unos eran inferiores y otros superiores. Negros e indios deberían ser ajustados a la sociedad a través de la represión y de leyes separatistas.

En la obra *Rediscutando a Mestiçagem no Brasil* [Rediscutiendo el Mestizaje en el Brasil] (MUNANGA, 1999, p. 56) afirma que “si las elites brasileñas hubiesen llevado a la práctica las ideas de Nina Rodrigues, tal vez el Brasil hubiese construido una especie de *apartheid*, cuya dinámica habría llevado a consecuencias y resultados imprevisibles”.

El escritor Monteiro Lobato (1882-1948) que también veía en el mestizaje un factor de ennegrecimiento de la nación, defendía una salida muy parecida con la de Nina Rodrigues. En una de sus cartas, que fueron reveladas en 2011, él afirma que “País de mestizo donde blanco no tiene fuerza para organizar un KuKluxKlan, es un país perdido” (Revista *Bravo*, 2011).

Euclides da Cunha (1866-1909) expresaba también ese pensamiento. Para él, el mestizo es un “intruso”. Y retoma la misma idea presente en Nina Rodrigues. En el mestizo siempre prevalecerían las características de las razas tenidas como inferiores. El mestizo sería un ser degenerado, sin identidad propia, frustrado en la búsqueda de sus raíces.

Esa inestabilidad emocional del mestizo habría sido la causa de la Guerra de Canudos (1896-1897) ocurrida en el interior de Bahía, nordeste brasileño, y su mayor dirigente, Antônio Conselheiro, sería la mayor prueba de esto, un mestizo desequilibrado, conforme relata en su obra *Os Sertões*^[*]. ¿Cómo, entonces, promover la unidad política y económica del Brasil frente a la amenaza “mestiza”? Una vez más, la respuesta está en la inmigración europea.

Oliveira Viana (1883-1951) también creía que el comportamiento de los individuos era determinado por su apariencia física. Sin embargo, para él, el mestizaje contribuye para garantizar la igualdad de oportunidades entre todos los segmentos étnico-raciales de la sociedad brasileña. Una especie de democracia racial.

Así, el problema de la exclusión de los negros estaría en su origen racial. De esta forma, consigue transferir para el plano biológico problemas oriundos de la forma en cómo el capitalismo se estructuró en nuestro país.

^[*] Sertão es la zona árida y pobre del interior de los Estados de la región del Nordeste brasileño.

En esa visión darwinista-social, los blancos, por su ascendencia racial, tendrían una tendencia a dominar las relaciones sociales. En general, lo que todos esos intelectuales defendían era el blanqueamiento del país.

¿Por qué, entonces, ese proyecto no triunfó? Esa política fracasó con las dos guerras mundiales y la crisis capitalista de la década de 1920, que mostraron que “Europa civilizada” había hundido al mundo en una guerra que acabó con la vida de millones de personas e inviabilizó la migración de europeos para el Brasil.

Eso también habría acelerado la industrialización del Brasil y la necesidad de incorporar al negro en el mundo del trabajo. Ahora, la burguesía precisaba de nuevas bases ideológicas para justificar su dominación racial. Es en ese contexto que el escritor Gilberto Freyre (1900-1987)^[3] aparece para atender esa nueva demanda. La ideología de la democracia racial sería el principal soporte de su pensamiento, en perspectiva diferente de los anteriores. El autor consigue superar el arianismo dogmático presente en las obras anteriores, exaltando una especie de cultura nacional gestada en la esclavitud, que el tiempo no superó.

Llega a exaltar el mestizaje como algo extremadamente positivo, símbolo de nuestra nacionalidad y vientre de nuestra democracia racial. El portugués, según Freyre, era el más benevolente de los europeos y el negro un esclavo dócil. La junción de esas características habría generado la gran cordialidad del hombre brasileño.

No obstante, más de 350 años de conflictos entre señores y esclavos habrían sido amortiguados por las predisposiciones sexuales del portugués para con las mujeres negras e indígenas. De ese doble mestizaje, el biológico y el cultural, nacería nuestra democracia racial, la mayor del mundo. Al analizar ese fenómeno, Freyre no esconde sus raíces señoriales.

“(…) todo lo que es expresión sincera de vida, traemos la marca de la influencia negra. De la esclava o de la “sinhama” [ama de cría] que nos abrigó. Que nos dio de mamar. Que nos dio de comer, ella misma ablandando en la mano el bollo de comida. De la negra

^[3] Gilberto Freyre (1900-1987) fue un sociólogo y ensayista brasileño. Su obra *Casa Grande & Senzala* es la más conocida de todas. Pero, para tener una visión totalizadora del autor es necesario comprender el conjunto de sus obras, que contiene más de cincuenta títulos. Pinto (2009) levanta la hipótesis de que las obras de Freyre obedecen a tres rutas internas, la regional, la nacional y la internacional, todas desdobladas del libro *Casa Grande & Senzala*. Freyre recibió varios premios y condecoraciones en el mundo, y en el Brasil. El premio Anisfield-Wolf, USA (1957), el Premio Internacional La Madonnina, Italia (1969), “Sir - Caballero Comandante del Imperio Británico”, distinción conferida por la reina de Inglaterra (1971). Llegó a viajar a la India y a África portuguesa, escribiendo enseguida el libro *Aventura y Rutina*.

vieja que nos contó las primeras historias de ogros y cucos. De la mulata que nos sacó la primera pulga de buena picazón. **De la que nos inició en el amor físico y nos transmitió, en el crujir de un catre, la primera sensación completa de hombre.** Del niño que fue nuestro primer compañero” (Moura, p. 88, apud. Freyre, p. 441).

Esa ideología, en la que la “raza nacional” sustituye a todas las demás, funciona como factor de desmovilización política del negro, que no se percibe en cuanto tal, dificultando su autodefensa colectiva de la agresión racista. Además, invisibiliza la historia de resistencia de las mujeres negras como Luíza Mahin, que lideró el levante de los Malês, que ocurrió en Bahía en 1835 y que unificó en un solo movimiento a esclavos y libertos islamizados. Además, también las mujeres negras organizaron quilombos, guerrillas, emboscadas, etc.

Lo que Gilberto Freyre exaltaba era nada más que la transformación de la mujer negra en objeto sexual del señor, y el “mestizo”, que él coloca como símbolo de la “democracia racial”, fue fruto de violaciones practicadas mientras perduró la esclavitud en el Brasil.

Más adelante intentaremos mostrar cómo el pensamiento freyriano cruzó el Atlántico para servir de soporte al imperio portugués en el África.

Mientras tanto queremos mostrar cómo esas ideologías pasan la idea de que el capitalismo es democrático, de que las relaciones raciales son armónicas, pero que por el hecho de una raza ser superior y la otra inferior estarían así determinados los espacios sociales que cada una debería ocupar. El poder de la burguesía estaría justificado por su “blanquitud”, mientras la pobreza de los negros estaría explicada por su origen racial.

Por otro lado, cuanto más próximo del blanco fuese el “mestizo”, más respetado sería, y cuanto más ennegrecido fuese el color de su piel, más despreciado estaría. Esa ideología divide a los trabajadores mientras el patrón blanco pasa a ser el tipo racial ideal. Al contrario de eso, durante la esclavitud, el mestizo, que también era un esclavo, sentía la necesidad de luchar al lado de los demás esclavos, ya que el mestizaje biológico (permutación genética) no significaba de manera alguna “mestizaje social” (permutación de bienes materiales).

En el capitalismo, el mito de la democracia racial hace que el “mestizo” se sienta como trabajador privilegiado en relación con el negro de piel más oscura. El negro, por su parte, procura innumerables mecanismos psicológicos para huir de su origen racial. En la década de 1980, los censos demográficos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE) llegaron a identificar más de 150 declaraciones de colores principalmente entre los negros.

Consciente de eso, la burguesía manipula esas ideologías al punto de hacer que el negro “bien sucedido” [exitoso] en las empresas se autoidentificase por décadas como “negro de alma blanca”, estampando en el nivel de su propia conciencia una especie de “complejo de inferioridad racial”. De esas ideologías, por lo que nos parece, casi toda la izquierda cayó prisionera.

¿Habría el mito de la democracia racial invadido el marxismo y atravesado el Atlántico?

Muchos marxistas elaboran sobre el tema de la esclavitud y de las opresiones raciales en el Brasil, pero la mayor parte limitados a entender las raíces de su subdesarrollo. Florestan Fernandes, que tiene el mérito de ser uno de los que más avanzó en el tema de la cuestión negra, lamentablemente se alineó con la idea de que el racismo era resquicio del esclavismo y que con el desarrollo del capitalismo y la inserción del negro en el mercado de trabajo ese mismo racismo tendería a desaparecer.

En su obra *A Integração do Negro na Sociedade de Classes* [La Integración del Negro en la Sociedad de Clases], Florestan Fernandes llega a considerar la abolición como una especie de revolución burguesa inconclusa y aunque reconozca que en determinado momento de la lucha abolicionista “la participación del negro en el proceso revolucionario llegó a ser actuante”, concluye que “por la naturaleza de su condición, no pasaba de una especie de ariete, usado como masa de percusión por los blancos que combatían el antiguo régimen (p. 55).

La Escuela de San Pablo creada a mediados del siglo pasado y que tendrá al frente a Florestan Fernandes, Fernando Henrique Cardoso [FHC] y, posteriormente, Otávio Ianni, encontró sus límites en esa misma idea de que el racismo desaparecería con el desarrollo industrial. “En realidad, esos intelectuales pueden haber sido más influenciados por el mito de la democracia racial de lo que gustarían de admitir” (SKIDMORE, 1991, p. 11).

Obviamente que esas conclusiones eran fuertemente influenciadas por la tesis de que habría de ocurrir en el Brasil una revolución democrático-burguesa para destrabar las fuerzas productivas de sus elementos semif feudales o semiesclavistas.

No obstante, poca atención fue dispensada para entender siglos de lucha de clase envolviendo dos polos principales: los esclavos y los señores de esclavos. Ni mucho menos hubo preocupación por ligar ese pasado a la actual situación

del negro brasileño. En la mayoría de esos estudios, el negro aparece únicamente como capital constante o mercancía humana del lucrativo tráfico negrero que, innegablemente, fue determinante en el proceso de acumulación de capital en Europa.

Olvidaron, sin embargo, que la condición jurídico-política del negro como “objeto hablante”, “los pies y las manos de la colonia”, “ser de humanidad vaciada”, no quiere decir de manera alguna que la historia pasó a sus ojos de manera “pasiva”. Por el contrario, el esclavo fue el sujeto social más dinámico del Brasil colonial. Eran los únicos deseosos de cambios estructurales, mientras en la otra punta los señores no deseaban cambio alguno, eran una clase social sin devenir histórico.

Así, la situación del esclavo cambiaba radicalmente cuando él se rebelaba contra la esclavitud, pues era en ese acto de rebeldía que su humanidad perdida era reencontrada (Moura, 1983).

Más limitados aún son los esfuerzos para comprender el vínculo internacionalista de muchos levantamientos de las insurrecciones negras, lo que en nuestra opinión aún es una gran laguna existente, incluso entre los marxistas. Muchos de los autores antes citados tenían la excusa de estar orgánicamente ligados a organizaciones estalinistas.

Florestan, que llegó a ser militante por más de una década del Partido Socialista Revolucionario, ligado a la IV Internacional, como vimos, tampoco escapó ileso de esta forma de ver al negro en su pasado histórico y las tareas planteadas para el mismo en la pos abolición. Incluso parece que la democracia racial sería posible de ser alcanzada por dentro del capitalismo, siendo el racismo un residuo presto a desaparecer en la medida en que el capitalismo fuese modernizado y el negro fuese insertado en él.

“el atraso del orden racial quedó, así, como un residuo del antiguo régimen y solo podrá ser eliminado, en el futuro, por los efectos indirectos de la normalización progresiva del estilo democrático de vida y del orden social correspondiente. Mientras eso no se dé, no habrá sincronización posible entre el orden racial y el orden social existente” (Fernandes, 1978, pp. 267-268).

Clóvis Moura, que intentó comprender la formación histórica del Brasil y las condiciones de vida del negro tomando como base las contradicciones de la lucha de clases del Brasil colonial, o sea, en términos históricos, y relacionarlos con la lucha de clases en el contexto del “Brasil moderno”, tuvo que enfrentar resistencias de la intelectualidad de dentro de su propio partido (Partido Co-

munista Brasileño – PCB). Sus obras fueron rechazadas por la Editora Brasileira, del respetadísimo Caio Prado Júnior, así como por la Editora Vitória, controlada por el propio PCB. “Militante del PCB, el joven sociólogo tuvo la edición de su trabajo rechazada por Caio Prado Júnior y no incentivada por Édison Carneiro, sus compañeros de partido” (FIABANI, 2005, p. 85).

Aún sobre la persistencia de Clóvis Moura y la resistencia tenaz del PCB en admitir la existencia de la problemática racial en el Brasil, Ferreira (2000 apud MOURA, 2000, pp. 12-13) relata que:

Para ilustrar la dificultades de los PCs frente a la cuestión, el autor de *Rebeliões da Senzala* cuenta que, durante el proceso constituyente pos Estado Nuevo, el diputado Hamilton Nogueira (UDN) presentó un proyecto contra el racismo a ser incluido en la nueva Constitución. No obstante, la bancada del PCB vota contra el proyecto, con el argumento de que en el Brasil no existe lucha de razas, sino de clases (!).

Sería casi imposible avanzar en el debate racial por dentro de los PCs, presos a la tesis de la revolución en un solo país y de la coexistencia pacífica, sin contar la tesis del Brasil semifeudal que perduró mucho tiempo en el interior de esos partidos. Para los estalinistas, la lucha contra las opresiones también dividiría a la clase.

No obstante, si el PCB se posicionó contra un proyecto antirracista, por más limitado que pudiera ser, no adoptó la misma posición cuando el propio Gilberto Freyre (UDN-Pernambuco) se lanzó como candidato a miembro del Congreso Constituyente de 1946. Por el contrario, Freyre fue electo con amplio apoyo del PCB. Pinto (2009) recuerda todavía que Gilberto Freyre fue “refrenado como uno de los principales interlocutores de la *intelligentsia* nacional frente a los debates sobre los destinos de la Revolución Brasileña” (p. 03).

Tal vez en función de esa gama de contradicciones, Moura y muchos otros intelectuales rompieron con el PCB en 1962 y crearon la pequeña Editora Zumbi, donde, con mucha dificultad, consiguieron publicar sus obras. Hasta su muerte en 2003, Moura no se alineó en ninguna otra organización marxista internacionalista. Y es ese, en nuestra opinión, el límite de este gran intelectual.

La izquierda trotskista, por otro lado, elaboró muy poco sobre las raíces históricas del racismo y la función que esto pasó a ejercer en aquel contexto. Pocos entendieron que el fin de la esclavitud no significó el fin del racismo.

Si los estalinistas cumplieron el nefasto papel de perseguir a los movimientos de lucha contra las opresiones por considerarlos desvíos “pequeñoburgueses”, el trotskismo pos Trotsky tampoco dio la atención necesaria al tema. Ni siquiera

tomó en serio las preocupaciones planteadas por el propio Trotsky en su exilio en México, cuando alertaba al *Socialist Workers Party* (SWP) sobre la necesidad de tener un programa para el sector más oprimido y explotado del proletariado norteamericano, o incluso el rico debate sobre el tema racial que la III Internacional produjo antes de su estalinización^[4].

En realidad, el tema de las opresiones siempre fue muy polémico entre los revolucionarios. Prevalece aún la separación mecánica entre lucha de clase y lucha contra la opresión. Y esa separación dificulta cualquier caracterización más seria.

Trotsky (2007) recuerda la importancia que tuvo la perspicacia de Lenin en entender la fuerza que tenía la lucha por la liberación de las nacionalidades oprimidas en el imperio ruso, como componente fundamental para que la Revolución de Octubre fuese victoriosa.

Rusia era un Estado constituido de nacionalidades, no fue formada como un Estado Nacional. Los gran rusos, nacionalidad dominante, conformaban apenas 43% de la población. El restante 57% eran nacionalidades privadas de derechos. Los bolcheviques, sobre todo Lenin, dieron una atención especial a este tema.

Rosa Luxemburgo llegó a defender contra Lenin que las luchas de esos pueblos dividían al proletariado. Lenin pensaba lo contrario, para él la cuestión de las nacionalidades oprimidas era un elemento decisivo para la revolución rusa; y lo fue, ya que ni la burguesía ni la aristocracia tendrían condiciones de atender sus demandas democráticas. El derecho a la autodeterminación no significaba de manera alguna derecho a la separación nacional.

“En esto el partido bolchevique de modo alguno hacía propaganda por la separación. Apenas asumía la obligación de luchar implacablemente contra toda forma de opresión nacional, incluso la de retener por la fuerza esta o aquella nacionalidad dentro de una frontera del Estado General. Solo de este modo el proletariado ruso pudo ganar gradualmente la confianza de las nacionalidades oprimidas” (TROTSKY, 2007, p. 816).

La situación de las opresiones es una situación política concreta que exige respuesta en el tiempo presente. La mente del oprimido es dominada permanentemente por el deseo de librarse de la opresión, así como un detenido en la

^[4] Es justo recordar que hacia finales de la década de 1970 la Convergencia Socialista, hoy PSTU, fue fundamental en la tarea de insertar el tema racial en la pauta de lucha por la redemocratización del país, en particular la cuestión racial, con las tareas de la revolución socialista en el Brasil. Así surgió en 1978 el Movimiento Unificado Contra la Discriminación Racial (MUCDR), más tarde Movimiento Negro Unificado (MNU), uno de los más importantes de la historia reciente del país.

prisión. Sin incluir las demandas de los grupos oprimidos en el programa transicional, corremos el riesgo de quedarnos presos de un “clasismo” pequeñoburgués y académico que no dialoga con la realidad objetiva sino solo con su propia conciencia.

Contribuir para que la lucha contra las opresiones ayude al proletariado a llegar al poder es tarea del elemento consciente –el partido internacional, y a él también es dado la tarea de hacer que la revolución nacional no quede limitada a las fronteras del propio país.

¿Qué nos obliga a hacer eso? ¿La genialidad de nuestros teóricos y de nuestras teorías? ¡No necesariamente! Lo que nos mueve es la necesidad de liberar al proletariado mundial justamente con todos sus segmentos oprimidos, sofocados por la burguesía nacional e internacional. Siempre es bueno recordar que la época que vivimos es la imperialista.

En Rusia, la evolución de las nacionalidades oprimidas rumbo “a la consigna dictadura del proletariado procedía no de una agitación ‘demagógica’, no de esquemas preconcebidos, no de la Teoría de la revolución permanente, como los liberales y conciliadores pensaban, sino de la estructura social de Rusia y de las condiciones de la revolución mundial. La revolución permanente solo formuló el proceso combinado del desarrollo” (TROTSKY, 2007, p. 830).

La máxima “clase contra clase” o la idea de que las opresiones son resquicios de sociedades precapitalistas tienen como resultado el total menosprecio al tema de las opresiones. La primera idea tira el tema de las opresiones para la futura sociedad socialista y la segunda para el desarrollo del propio capitalismo. Los estalinistas se amparaban en ambas tesis, pero este también ejerce fuerza entre nosotros.

En esa línea de razonamiento, la necesidad concreta del negro oprimido queda exprimida entre la herencia maldita del pasado esclavista y el paraíso racial del futuro socialista. Sin interpretación, programa y acción transformadora, para los negros restaría creer en un utópico socialismo a los moldes de aquel propuesto por Simon, Fourier y Owen, que Marx y Engels tanto criticaran justamente por ser incapaz de presentar una praxis transformadora.

Por otro lado, también acostumbramos mirar con desconfianza para los movimientos de lucha contra las opresiones. Si no son marxistas, obreros o socialistas son contrarrevolucionarios. Según Moreno (1977), esa postura deviene de una visión sectaria, ultraizquierdista, y co-hermana del maoísmo, que acostumbraba a dividir los movimientos en revolucionarios y contrarrevolucionarios.

Esa caracterización esconde los objetivos y las contradicciones de los movimientos que luchan por banderas democráticas. Esas banderas deslizaron hace mucho tiempo de las manos de la burguesía y pasaron a ser una tarea del proletariado, pero eso no significa que los revolucionarios deberán tratarlas apenas luego de la consumación de la revolución, muy por el contrario, es una bandera que se mueve cada vez más en dirección a la revolución. En la época actual, la imperialista, luchar contra el racismo es luchar contra el poder existente, es luchar por el poder.

Y eso precisa manifestarse, antes que todo, en un programa, en la cabeza de un programa transicional, jamás como un apéndice ennegrecido. El combate al racismo no puede estar prisionero de la retórica antirracista y humanista.

El Frente Popular del Brasil y hasta el imperialismo tienen retóricas antirracistas, a pesar de que adoptan políticas esencialmente racistas. Dos años después de asumir el poder, el PT por mandato de los Estados Unidos lideró las tropas de la ONU que invadieron Haití en 2004. Toda la izquierda revolucionaria denunció la invasión, pero pocos se fijaron en el carácter racista de la misma. Trotsky y Moreno no ahorrarían palabras para hacer esa caracterización y convocar a los negros de todas partes del mundo a luchar contra esa agresión racial, tal como hizo Moreno en relación con la política vacilante del SWP y de la mayoría de la Cuarta Internacional en relación con la revolución negra de Angola, incluso de sus cuadros negros. Moreno (1977) entendía, antes que todo, la importancia de la lucha contra la opresión racial en un contexto de lucha antiimperialista.

Es necesario llamar a la razón. Los movimientos negros y los militantes de la Cuarta Internacional tienen la obligación de exigir de Tony Thomas y del SWP una explicación completa del porqué el dirigente negro renegó de su raza y, en segundo lugar, olvidó por completo el trotskismo, al negarse a defender el MPLA negro de las “agresiones militares” del ejército racista (p. 03).

La Cuarta Internacional y el SWP se limitaron a describir el conflicto y no considerar el elemento racial en su interior. Moreno llegó a preguntar por qué el SWP no adoptó para Angola la misma política que había adoptado correctamente durante la Guerra de Vietnam, o sea, el llamado a la solidaridad internacional.

En el caso de Angola y del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), la respuesta para esta pregunta se encuentra en las propias entrelíneas que Moreno escribió: para él, los negros de la Cuarta Internacional habían re-

negado de su propio origen racial, un hecho importante que les impidió convocar a la solidaridad del movimiento negro internacional para con el MPLA y el pueblo angoleño.

Moreno (1977) entendía que dentro del proletariado mundial había un sector muy importante con demandas específicas que crecía en todo el mundo, pero que el SWP y la Cuarta Internacional desconsideraron: “La errónea falta de una política internacional para enfrentar al imperialismo en Angola tuvo su máxima expresión en el desconocimiento total, de parte del *Socialist Workers Party*, del movimiento negro a nivel mundial” (p. 18).

El documento es de 1977, quien escribe es un argentino blanco; entonces, ¿por qué los negros del SWP no consiguieron estar atentos a la existencia de un movimiento de tal envergadura que ganará fuerza no solo en los países africanos, sino dentro del propio Estados Unidos?

El “dirigente negro renegó de su propia raza”, ¿qué quiere decir? ¿Qué lleva a un trotskista negro a renegar de su propia identidad racial? Este problema solo puede existir como consecuencia de la fuerza que las teorías de superioridad blanca o incluso el mito de la democracia racial ejercen en una determinada sociedad o hasta en las filas de las organizaciones revolucionarias.

En el Brasil son muy comunes los casos de figuras públicas negras que militan en la izquierda que, sin embargo, no se asumen como tales. En una palabra, ser marxista no es una precondition para ser antirracista, así como ser negro tampoco lo es.

Hay indicios de que el mito de la democracia racial ejerce aún hoy mucha fuerza en Portugal, país que colonizó al Brasil. El sociólogo Gilberto Freyre era simplemente socio teórico de Celso Caetano, uno de los últimos jefes de Estado de la dictadura salazarista en Portugal. Moura (1983) muestra cómo la teoría del lusotropicalismo –la nueva civilización nacida de la relación armónica entre el portugués y los pueblos del trópico– servirá a los intereses de la dominación imperialista de Portugal sobre algunos países del continente africano: “Esa teoría fue creada para justificar el colonialismo de Portugal y presentar como idílica la esclavitud que existió, que, para Gilberto Freyre, fue mucho más benigna, paternal, protectora, comprensiva y humanitaria que el trabajo libre que la sustituyó” (MOURA, 1983, p. 93).

Así, la benevolencia del portugués habría servido, antes que todo, como justificación para la colonización europea sobre el África, que, a diferencia de América, solo ocurrió a finales del siglo XIX, en la fase imperialista del capitalismo.

La Conferencia de Berlín (1884-1885) fue el palco donde los países europeos decidieron, de forma despótica, dividirse el África entre sí.

Gilberto Freyre no estaba solo preocupado en ofrecer respuestas sofisticadas a las inquietudes de las ciencias sociales. Por el contrario, los intelectuales de gran importancia deben ser entendidos por el contexto en el que viven y por lo que en él desempeñan. Gilberto Freyre era un hombre político que transitaba entre la dictadura de Portugal, las oligarquías agrarias del nordeste brasileño y hasta incluso el imperialismo estadounidense. Su carrera y sus teorías ganaron repercusión internacional, lo que facilitó la creación de Instituto Joaquim Nabuco de Pesquisas Sociais, su “feudo institucional”, aprobado por la cámara federal. Además, el modelo “freyriano” dio amparo ideológico al golpe militar de 1964 en el Brasil.

En el final de la década de 1950, ese Instituto ya obtenía repercusión internacional –junto a las instituciones ideológicas salazaristas y al gobierno norteamericano, por ejemplo– y, con eso, se vio reconocido, garantizándose como una institución regional fundamental en los marcos institucionales del Estado nacional, agregado al Ministerio de Educación y Cultura. Las relaciones políticas de la teoría lusotropicalista sumarían al “feudo institucional” la proyección y el reconocimiento intelectual internacional del modelo freyriano, incluso mucho más allá de los cuadros del Estado salazarista. Es el caso de varios intelectuales norteamericanos, de la Fundación Ford, de la Comisión Fullbright, además de los programas de gobierno del presidente John Kennedy, los cuales organizaban el movimiento por la *Alianza para el Progreso* en el comienzo de la década de 1960. Tales programas obtuvieron gran repercusión en el Brasil y estuvieron directamente relacionados con las articulaciones del golpe militar del 31 de marzo de 1964 (Pinto, 2009, p. 04).

Freyre gana notoriedad escribiendo “desde el balcón de su casa señorial” (Moura 1983), en un país sometido a una dictadura –la varguista– para atender también a los designios de la dictadura de Salazar (1933-1974) que enfrentaba movilizaciones de peso en Portugal, y a la resistencia negro-popular en Angola y otras naciones africanas.

Delante de la mayor depresión del capitalismo mundial, de los destrozos de la Segunda Guerra Mundial, y de la fuerza que los movimientos nacionales de lucha anticolonialista ganaban en el África y en Asia, Salazar necesitaba de una *intelligentsia* que pudiese construir un ideario que imprimiese en la histórica Portugal la marca del “buen colonizador”.

Mientras los ideólogos nazistas defendían abiertamente el exterminio de pueblos no blancos, Gilberto Freyre cubría el exterminio negro en las colonias africanas bajo el manto de la armonía racial. Solo en Luanda el lusotropicalismo del

imperialismo portugués acabó con la vida de decenas de negros. Es importante destacar que la mayoría de la población portuguesa repudió la dominación imperialista de Salazar sobre los países africanos. Aunque el gobierno portugués haya alterado la retórica frente a las colonias (que pasaron a llamarse provincias), aumentaba la explotación económica sobre sus pueblos. Esa contradicción desmoronó al imperio portugués, que había contado antes con la ayuda de Freyre.

El gobierno de Salazar movilizó gigantesco esfuerzo de propaganda para justificar internacionalmente una nación de extensas fronteras, que del Minho a Timor hacían de Portugal un solo territorio. Es en ese momento crucial que la obra y el pensamiento de Gilberto Freyre se tornan instrumentos de la máquina de propaganda salazarista. Y eso no ocurrió por contumacia de Freyre, muy por el contrario, él aceptó de buen grado el papel de ideólogo salazarista y en algunos momentos fue visto como uno de los más eficientes *perros de guardia* del Imperio (Pinto, 2009, p. 06).

Las intenciones de Salazar eran mostrar a través de las tesis y por la autoridad intelectual mundialmente reconocida de Gilberto Freyre, que el portugués era un colonizador benevolente, con predisposición a establecer buenas relaciones con la “raza de color”, bien diferente de todos los demás pueblos colonizadores.

Cabe aún emprender un estudio más profundo sobre los probables impactos de esas teorías entre los portugueses, y no solamente en sus colonias; sin embargo, queremos resaltar que una forma de esconder las desigualdades raciales existentes en un país es la omisión de informaciones sobre raza y etnias en los datos censarios. Ese es el caso flagrante en casi todos los países de la Unión Europea, como veremos un poco más adelante.

En el Brasil, durante la dictadura militar, el IBGE excluyó el ítem color de sus censos para mantener la verbalización de que el país, a pesar de vivir bajo una dictadura cívico-militar, continuaba gozando de privilegiada democracia racial.

En casi todos los países europeos prevalecen censos sin identificación étnico-racial, a pesar del pasado esclavista y colonialista de los mismos, así como del flujo de descendientes de africanos que cruzaron sus fronteras en las últimas décadas.

Entre los países de la Unión Europea (UE), el Reino Unido^[1] es el único con registro adecuado sobre violencia racista. En los demás registros son insuficientes o simplemente prohibidos. Es casi imposible comparar datos de por lo menos dos países miembros de la UE (Pries; Becass, 2015).

[1] El referendo conocido como Brexit, realizado el 23 de junio 2016, concluyó con el resultado en el que 52% de la población de Gran Bretaña votó por la salida del Reino Unido de la Unión Europea.

En nuestra opinión, esa misión no es por mero descuido. En 2001, cuando se realizó en Durban, África del Sur, la **III Conferencia Mundial contra el Racismo, Discriminación Racial, Xenofobia e Intolerancia Recíproca**, las delegaciones representantes de las potencias europeas cuestionaron el término “raza” bajo la alegación simplista de que solo existe una raza, la humana, aunque todos los participantes de esa Conferencia supiesen que la categoría “raza” es una construcción social y que sirvió incluso como base para la unificación de países europeos con Alemania. La cuestión es simple: “raza” remite a colonialismo y colonialismo remite a dominación que las potencias europeas ejercieron y aún ejercen sobre decenas de países africanos.

Las investigaciones existentes en la Unión Europea sobre racismo inciden principalmente sobre los grupos que son considerados “mayoría” en detrimento de las “minorías” que son los migrantes. Incluso si estas pesquisas fuesen realizadas junto con las instituciones policiales serían igualmente insuficientes, teniendo en cuenta que la mayoría de los casos de violencia racial no es notificada. Así, incluso en términos absolutos, las pocas investigaciones que existen son insuficientes y prisioneras de la subjetividad de los entrevistados, que no son migrantes y muchos menos negros. Esa laguna, que puede parecer apenas metodológica, tiene un objetivo político implícito: esconder la fractura social expuesta en el corazón del capitalismo europeo.

Hay muchos teóricos que insisten en argumentar que las tensiones raciales crecieron en Europa como consecuencia de la inmigración en masa. Esa tesis precisa ser rebatida por los revolucionarios. Lo que torna una situación tensa es el racismo, que es un producto del capitalismo, que es un modelo de sociabilidad que transforma una de las más sublimes condiciones humanas, la diversidad, en un factor de inestabilidad social.

Una investigación un poco más seria, del grupo FRA (*European Union Agency for Fundamental Rights* – [Agencia de Derechos Fundamentales, de la Unión Europea]) centrada prioritariamente en los llamados grupos minoritarios, demostró que 18% de los entrevistados descendientes de Rumania (gitanos) o africanos ya sufrieron racismo por lo menos una vez en los últimos doce meses antes de la realización de la investigación. Esta demostró que en Europa prevalece también la ideología de la jerarquía cromática, o sea, cuanto más negro más discriminado se torna el individuo, ya que las estadísticas comprobaron que agresiones racistas contra los africanos subsaharianos son mucho más frecuentes que contra los africanos del norte, 41% y 36%, respectivamente.

Eso resulta de la ideología que impone al blanco europeo como biotipo ideal, induciendo a los grupos no blancos a renegar de su ancestro, lo que dificulta la articulación colectiva de esos grupos para la lucha contra la agresión racista.

Ya entre los miembros de los grupos autodeclarados, la percepción de la agresión racista es mucho mayor.

Los entrevistados que dicen pertenecer a una minoría son también más tendientes que la media de los europeos a informar que vivenciaron personalmente episodios de discriminación. El grado de diversidad del círculo social de un entrevistado tiene una influencia notoria sobre su conciencia de la discriminación, así como cuán comfortable él o ella se sienten en relación con las minorías (European Commission, 2012, p. 119).

Esta constatación demuestra que la izquierda revolucionaria no puede encerrar el debate de la autoidentificación como un elemento meramente cultural. Aquí la comparación también es importante. Como vimos, en el Brasil hay vastos ejemplos de que la autodefensa del grupo humillado aumenta en la medida en que se autoidentifica en cuanto tal, contribuyendo significativamente a impulsar su movilización colectiva. Creemos, con sus proporciones debidamente guardadas, que en Europa la cosa no es muy diferente.

Para nosotros, la cuestión de la identidad debe ser comprendida como una categoría marxista abierta, que necesita ser urgentemente desarrollada. Por otro lado, a medida que grupos no discriminados aguzan sus percepciones en relación con las agresiones racistas o xenofóbicas sufridas por las “minorías”, aumenta la posibilidad de construcción de lazos de solidaridad en el interior del proletariado. Diferente de lo que el estalinismo propagandó, la lucha contra el racismo no divide sino, por el contrario, ayuda a unir a los explotados y oprimidos.

Las actitudes que emocionaron al mundo cuando en 2015 millares de familias de países como Alemania, Islandia y España ofrecieron sus casas para abrigar a refugiados provenientes del África y de Asia, son ejemplos de ese rico proceso de solidaridad que camina a contramano de aquello que pretenden las burguesías de la Unión Europea en medio de las tensiones étnico-raciales, o sea, descuidar [en el sentido de ser negligentes con ellos, *ndt*] su existencia. Debemos aprender que no se puede luchar contra aquello que no se ve, por eso debemos denunciar implacablemente el racismo como una ideología nefasta a los trabajadores y exigir que la UE pare de ser indolente en las estadísticas oficiales sobre agresión racista. Europa nunca estuvo tan ennegrecida y esa constatación no escapa a nuestros ojos ni a nuestra política.

Levantamientos de negros y de inmigrantes como los que ocurrieron en Francia en mayo de 2005 o en 2011 en Inglaterra no pueden ser indiferentes. Es importante saber de qué forma las burguesías de ese continente reaccionarán frente a nuestra situación. Como vimos, hay indicios de que el mito de la democracia racial o ideologías similares atravesaron el Atlántico.

Reginald Daniel, profesor de sociología de la Universidad de California (Santa Bárbara), afirmó recientemente en una entrevista concedida a la BBC Brasil en Washington, que mientras en el Brasil crece el orgullo negro, las elites estadounidenses están importante el mito de la democracia racial para suavizar la polarización racial que ha incendiado aquel país.

*

REFERENCIAS

- NIGRI, André. *Monteiro Lobato e o racismo. Bravo!*, ed. 165, mayo de 2011. Disponible en bravonline.abril.com.br/materia/monteiro-lobato-e-o-racismo#image=165-capa-racismo-1-g
- FERNANDES, Florestan. *A integração do Negro na Sociedade de Classes*, 3° ed. San Pablo: Ática, 1978.
- FIABANI, Adelmir. *Mato, palhoça e pilão: o quilombismo, da escravidão às comunidades remanescentes [Mata, choza y pilón: el quilombismo, de la esclavitud a las comunidades remanentes]*. San Pablo: Expressão Popular, 2005.
- FREITASA, Décio. *Escravos e Senhores e Escravos [Esclavos y Señores y Esclavos]*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1983.
- FREYRE, Gilberto. *Casa-Grande e Senzala*. 50° edición. Global Editora, 2005.
- Informe de la Unión Europea, 2012.
- MORENO, Nahuel. *Angola: la revolución negra en marcha*, 1977.
- MOURA, Clóvis. *Dialética radical do Brasil negro*. San Pablo: Editora Anita, 1994.
- _____. *Sociologia política da guerra camponesa de Canudos: de la destruição do Belo Monte ao aparecimento do MST [Sociología política de la guerra campesina de Canudos: de la destrucción de Belo Monte a la aparición del MST – Movimiento Sin Tierra]*. San Pablo: Expressão Popular, 2000.
- _____. *Raízes do Protesto Negro [Raíces de la Protesta Negra]*. San Pablo: Global Ed., 1983.
- _____. *Rebeliões e senzalas [Rebeliones y senzalas]*. 4° ed. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1988.

- MUNANGA, Kabengele. *Rediscutindo a mestiçagem no Brasil: Identidade nacional versus identidade negra* [*Rediscutiendo el mestizaje en el Brasil: Identidad nacional versus identidad negra*]. Petrópolis, RJ: Vozes, 1999.
- PINTO, J. A. C. (2009). *Gilberto Freyre e a Intelligentsia Salazarista em Defesa do Império Colonial Português* [*Gilberto Freyre y la Intelligentsia Salazarista en Defensa del Imperio Colonial Português*] (1951–1974). *Historia*, 28 (1), 445-482. Disponible en <http://tinyurl.com/82ungj4>. Acceso em 4/4/2012.
- ROMERO, Silvio. *História da Literatura Brasileira* [*Historia de la Literatura Brasileña*]. 29ª Ed. San Pablo: Cultrix, 1975.
- SANTOS, Ivair Augusto Alves dos. *O movimento negro e o Estado (1983- 1987): o caso do Conselho de participação e desenvolvimento da comunidade negra no governo de São Paulo* [*El movimiento negro y el Estado: el caso del Consejo de participación y desarrollo de la comunidade negra en el gobierno de San Pablo*]. 2002. 183 f. Disertación (Master en Ciencias Políticas) – Departamento de Ciencia Política del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, Universidad Estadual de Campinas, Campinas- SP, 2001.
- SKIDMORE, Thomas E. “Fato e mito: descobrindo um problema racial no Brasil” [“Hecho y mito: descubriendo un problema racial en el Brasil”]. *Cadernos de pesquisa* [*Cuadernos de investigación*], San Pablo: n.º 79, nov. 1991, pp. 5-16.
- TROTSKY, León. *História da Revolução Russa* [*Historia de la Revolución Rusa*]. Trad. Diego de Siqueira. San Pablo: Sundermann, 2007.
- _____. “Teoria da Revolução Permanente” [“Teoría de la Revolución Permanente”]. Trad. Oliveira Sá. San Pablo: Kairós Livraria Ed, 1985.

[¹] Todas las traducciones son nuestras, excepto cuando indicado.

PUNTOS DE ENCUENTRO ENTRE LAS LUCHAS NEGRAS Y EL INTERNACIONALISMO OBRERO

La tradición histórica que precisamos recuperar

H. C. D.

Introducción

Nuestra intención en las líneas que siguen es mostrar, por un lado, las limitaciones teóricas y políticas de lo que se ha dado en llamar racialismo, o sea, de los análisis que pautan el tema racial completamente dissociado de la lucha de clase y, por otro, rescatar algunas experiencias históricas de convergencias entre las luchas de los negros en la América esclavista como la del proletariado europeo, ya que nuestra tentativa es también llamar la atención de la izquierda revolucionaria para un tema con el cual tenemos una deuda histórica a superar.

Al final, ¿a quién sirve el racismo?

Una tendencia muy común en el seno del movimiento negro intelectualizado tiene que ver con las acusaciones en relación con el racismo practicado por los trabajadores blancos contra los negros. De hecho ocurrieron acontecimientos de sobre en nuestro pasado histórico y en la actualidad sobre este tipo de relación discriminatoria.

También es verdad que las acusaciones que muchos activistas negros hacen en relación con las prácticas racistas reproducidas en el interior de la izquierda, especialmente entre los estalinistas, no son mentiras ni absurdos.

Abdias do Nascimento, uno de los más polémicos y respetados miembros de la inteligencia afro-brasileña del siglo pasado escribe los libros *Genocidio do Negro Brasileiro* (1979) y *Quilombismo* (1980), que denuncian el proceso de exterminio de la población negra en el Brasil y el racismo históricamente impreg-

nado en las instituciones brasileñas y mundiales. Ni la *derecha* ni la *izquierda* connivente con el racismo escaparon a sus críticas. Sobre los últimos escribió de la siguiente forma:

En el Brasil, varios exponentes de la llamada izquierda han participado, activamente o por omisión, en el proceso de liquidación de la raza negra que viene desde 1500 hasta nuestros días. Parece que cierto segmento de los adeptos del marxismo –tal vez de la llamada ala derecha– quiere dar seguimiento en el tiempo y en el espacio a ciertos planteos hechos por Marx y por Engels en su tiempo (NASCIMENTO, 1980, p. 169).

Para el autor, Marx, al tratar al africano esclavizado como “categoría económica”, esto es, como capital constante, estaría desconsiderando su lado humano y, por otro lado, al juzgar la esclavitud como imprescindible para el desarrollo del capitalismo industrial estaría naturalizando el sufrimiento de todo los pueblos colonizados del mundo.

Por la carga de su eurocentrismo, afirma Nascimento (1980, p. 170), el marxismo no tendría legitimidad científica para analizar la realidad de la población negra:

La razón y la lógica de los negros tiene otros fundamentos. Adoptar el análisis marxista a nuestros problemas significa una contradicción fatal: nosotros los negro-africanos fuimos las víctimas del proceso capitalista y fuimos nuevamente víctimas de aquellos que supuestamente combaten el capitalismo en el área industrializada del euro-norte-americanismo. El análisis de Marx fue inducido de la realidad socioeconómica de la Inglaterra de la época en que los africanos estaban siendo cazados como fieras en sus continentes y traídos para la plantación de algodón de Louisiana, del Maranhão, o para los cañaverales de Cuba, de Bahía, o de Jamaica.

Abdias se esfuerza para mostrar que el racismo es una práctica que se reproduce también dentro de las organizaciones de izquierda y del pensamiento marxista, no ahorrando para eso ni en Marx ni en Engels.

La línea de razonamiento del autor es permeada pro la idea de que la omisión del proletariado blanco en relación con el sufrimiento de los africanos y asiáticos era consecuencia de los beneficios naturales que el racismo y el colonialismo les ofrecían.

Mientras los obreros europeos, no importa la existencia o no de la contradicción de clases, tenían sus padrones de vida elevados a la medida que la explotación industrial-capitalista se expandía media a costa de la opresión y de la destrucción completa de los africanos [...] y en la medida en que el industrial-capitalismo se desarrollaba adobado por el racismo y la explotación económica de África y de Asia, los obreros europeos iban

tonándose socios y parte del sistema, lo mismo que ocurría con los Estados Unidos, cuya clase obrera es notoria por el conservadurismo y las posiciones más reaccionarias en relación con la clase obrera de la periferia subdesarrollada (NASCIMENTO, 1980, p. 169).

El mismo proceso, de este modo, ocurría en el Brasil en la relación entre descendientes africanos e inmigrantes europeos luego de la abolición:

En el Brasil el fenómeno se repitió. A finales del siglo pasado [el autor se refiere al siglo XIX], los inmigrantes europeos que llegaron al país inmediatamente pasaron a usufructuar las bondades del racismo: tomaron los lugares de trabajo del negro recién liberto de la esclavitud y rápidamente ascendieron en la escala social, mientras los descendientes africanos, que edificaron la estructura económica de la nación fueron excluidos del mercado del trabajo y permanecen hasta hoy vegetando en la zona rural o marginados en los *ghetos* urbanos de las grandes ciudades (NASCIMENTO, 1980, p. 170).

De la forma como la cuestión es puesta, somos llevados a creer que el racismo es una condición psíquico-estructural intrínseca al hombre blanco. Y, por estar intrínsecamente enraizada en el individuo blanco, consecuentemente toda organización marxista tendería a reproducirlo, teniendo en cuenta que sus maestros fundadores son todos de origen blanco-europeos y beneficiarios, según el autor, del colonialismo.

A este tipo de argumento *racialista*, los propios intelectuales *panafricanistas*^[1] se contrapusieron, debido su carácter a-histórico manipulado expertamente por los países imperialistas para justificar la dominación colonial afro-asiática.

La historia de sesgo eurocéntrico pretende hacernos creer que el racismo es un fenómeno que a través de los tiempos ha victimado a “pueblos de color”. Aceptar eso sería considerar el racismo como a-histórico y atemporal. Diría un ingenuo: ‘siempre existió, siempre existirá’. Senghor recuerda que ‘el racismo –etnocéntrico cargado de diferencias raciales, reales o imaginarias– no tiene más de cuatro siglos. Nace con la expansión europea, de la cual deriva el tráfico de esclavos. La noción de raza –imprecisa e inoperante– es, por lo tanto, una noción moderna. Se puede afirmar que modo general que el preconcepto *racialante* del siglo XV, una vez que hasta esa época las ideologías de dominación no to-

[1] Panafricanismo es un movimiento político, filosófico y social, surgido en la segunda mitad del siglo XIX a partir de un sentimiento de solidaridad entre negros del Caribe y de los Estados Unidos. El término fue acuñado en 1990 por el abogado negro de Trinidad, Sylvester Williams, que participaba de una conferencia de intelectuales negros realizada en Londres. En 1919 el sociólogo e historiador afroamericano Du Bois lideró el I Congreso Panafricano, organizado en París, donde alertó que el racismo sería un problema central en el siglo XX. El movimiento panafricanista defendía la descolonización del África, pero incurrió en el error de defender la formación de un Estado que unificase a todos los africanos del mundo. Más adelante veremos los límites de este tipo de ideología.

maban como justificativas la raza (o el mito racial), sino divergencias culturales ligadas sobre todo a las diferencias de religión, ‘fieles’ contra ‘paganos’, ‘cristianos’ contra ‘musulmanes’, o contra ‘judíos’, por ejemplo (PEREIRA, 1978, p. 16).

Como ya fue dicho, el racismo es una construcción sociocultural que solo puede ser entendida en los marcos de la historia y de las contradicciones entre las clases sociales y no en los grupos aisladamente, a final de cuentas, como dice Marx (2007, p. 45): “[...] no es la conciencia de los hombres que determina su ser; al contrario, es el ser social que determina su conciencia”.

En relación con la bondades del trabajador blanco en relación con el negro, es una afirmación que merece ser matizada. Si entendemos el racismo dentro de una visión fenomenológica y pasiva tal como se manifiesta a nuestros ojos, el autor, de hecho, tiene razón.

Con todo, en esencia, no es el trabajador de origen europeo que se beneficia de su condición racial, sino es la ideología del blanqueamiento que posibilita o justifica la súper explotación y exclusión del trabajador negro en relación con el trabajador de origen europeo. Quien se beneficia, de hecho, desde el punto de vista racial y clasista, son las elites blanco-europeas propietarias de los medios de producción de riquezas.

Hasta porque si tomamos en cuenta la cuestión de la explotación, tanto el inmigrante europeo como los afro-brasileños aparecerán como piezas fundamentales en el proceso de acumulación de capital. Sería justo afirmar que el trabajador blanco se beneficia con relación al negro si la *plusvalía* apropiada por la burguesía fuese redistribuida equitativamente entre los trabajadores euro-brasileños, lo que significaría un suicidio de clase. Lo que hay en realidad es una súper explotación o desvalorización de la fuerza de trabajo negra.

De esta forma, incluso habiendo identidad étnico-racial entre las elites brasileñas y los trabajadores inmigrantes sería un equívoco grotesco hablar de beneficio de los trabajadores inmigrantes, visto que la contradicción fundamental, la de clase, no cesa ni se cierra en el nivel de la identidad epidérmica.

El racismo es un arma teórica que el dominador blanco tiene en sus manos para garantizar la súper explotación de los pueblos no blancos y la dominación sobre el conjunto del proletariado, dividiéndolos.

Así, en una sociedad ideológicamente racializada, como la brasileña, las personas son llevadas a creer que la localización de los individuos en la estructura social es determinada por su origen racial, lo que llamamos de determinismo biológico.

Por ese camino, o sea, cuando sustituimos lo social por el exclusivismo racial en la tentativa de combatir la opresión racial, caemos prisioneros de la armadilla teórica del dominador. En este caso, la categoría raza, despreciada por el economicismo y por el estalinismo, retorna como un bumerán étnico contra el concepto de clase social.

Fue eso lo que ocurrió con el Movimiento de la negritud^[2] a partir de la segunda mitad del siglo XX, en muchas ex colonias negras. En ellas, el exclusivismo racial abandonó la correcta caracterización del Estado y de la correlación entre clases para transformarse en ideología al servicio de los intereses de las “castas negras” y del imperialismo europeo.

Erguida sobre la bandera de dictadores como Duvalier, en Haití, ella fue utilizada para encubrir el verdadero origen del problema de los negros (hambre, miseria, analfabetismo-arbitrio y la explotación extranjera), atribuyéndolos a los orígenes raciales (BERND, 1987, p.33).

Así, la negritud dejó de ser un movimiento antisistémico para institucionalizarse como una ideología al servicio de la dominación interna y externa, de modo que “Hay razones para no aceptar una negritud que, apoyada en la creencia de especificidades innatas entre los individuos pertenecientes a determinados grupos étnicos, termina por institucionalizarse y servir a grupos dominantes interesados en enmascarar la realidad” (BERND, 1987, p. 35).

En este caso, la categoría “Raza” fue utilizada para renunciar a las desigualdades entre las clases, incluso en el interior de un mismo agrupamiento étnico. El concepto de proletariado sucumbe teórico-metodológicamente al concepto cerrado y *racializado* de “Raza”. Según Casa Nova:

En la interpretación *eticista* del colonialismo interno las etnias meas débiles no son convocadas expresamente a unirse entre sí ni a luchar al lado de la etnia meas amplia y de sus fuerzas libertadoras, o dentro del movimiento de todo o pueblo o de todos los pueblos. No se apoyan las etnias en las luchas contra sus ‘mandantes’, ‘caciques’, o contra los grupos de poder e interés, muchos de ellos ligados a las clases dominantes del Estado-

^[2] Bernd (1987) muestra que para muchos estudiosos desde que el primer africano esclavizado se rebela contra la esclavitud tenemos entonces la negritud. Mientras tanto, desde el punto de vista histórico y orgánico, el movimiento de la negritud surgió en Francia, teniendo una fuerte influencia de las teorías marxistas. Para eso contribuyó el contexto de fortalecimiento de este movimiento que se da justamente en la conturbada década de 1930, cuando el capitalismo enfrentaba la mayor crisis económica de su historia, el crecimiento de la influencia del pensamiento socialista luego de la “Revolución de Octubre, influenciando diversos sectores del proletariado mundial, tal como el ascenso del nazi-fascismo.

nación y de las potencias imperialistas. **La versión conservadora del colonialismo interno niega u oculta la lucha de clases y la lucha antiimperialista, aísla cada etnia y exalta su identidad como una forma de aumentar el aislamiento** (CASA NOVA, 2007, p. 402-403, destacados nuestros).

Intentamos mostrar hasta aquí que el racismo no brota de la condición genética del blanco, así como la situación de penuria social del negro no tiene absolutamente nada que ver con su condición racial. Sin embargo, creemos que no basta rebatir esos argumentos solo desde el punto de vista teórico. La experiencia es la principal de las fuentes históricas y a través de ella intentaremos mostrar que hay intersecciones importantes entre la formación de la clase obrera europea, especialmente la inglesa, y las luchas esclavas en América.

Quilombos, insurrecciones y huelgas: un pie blanco en América y otro negro en Europa

Un dictado muy popular en el Brasil esclavista (1530-1888) recordaba que “si dios es grande, la mata es mayor”, pues fue en medio de las matas cerradas que los negros construyeron los quilombos, la forma de organización social más importante construida en América durante el período.

Los Quilombos eran territorios negros de resistencia popular, donde prevalecía una relación armónica entre las tres razas (negros, blancos pobres e indios), donde la propiedad de la tierra era privada, donde las mujeres negras, que en las *senzalas* no pasaban de objetos sexuales del señor, podrían ser líderes y hasta incluso tener derecho a poliandria^[3].

Mientras la producción colonial era monocultora y volcada a complementar las necesidades del mercado europeo, en los quilombos prevalecía la policultura volcada a las necesidades internas a los propios quilombos y, lo más importante de todo, era el principal espacio social en que los negros tenían condiciones de rescatar su humanidad, que la esclavitud había destruido. El Quilombo de Palmares, localizado en la provincia de Recife, fue más tarde “considerado el

* *senzalas*: habitaciones de esclavos negros [N. de T.].

[3] Poliandria es un tipo de relación en que una mujer puede tener hijos con más de una pareja. Ese tipo de relación constatada en el Quilombo de Palmares se debía al desequilibrio entre los sexos dentro de la comunidad, que en realidad reflejaba el perfil de la población esclava en todas las provincias, ya que los señores preferían esclavos más jóvenes y del sexo masculino. La reproducción social estaba estrictamente ligada también a la necesidad de tener más hombres para garantizar la defensa militar del quilombo.

mayor, más importante y duradero *mocambo* de América” (Reis y Gomes, 1996, p. 26). Por eso mismo, fue el que más desafió el poder estatal portugués.

Palmares llegó a contar con algo alrededor de 20.000 personas y resistió 16 embestidas de tropas oficiales desde la invasión holandesa en Recife, en 1624 hasta 1695, cuando fue definitivamente derrotado.

Hay controversia sobre su tiempo de existencia, pero hay registros que comprueban la existencia de quilombos en la región desde 1580, año en que España invade Portugal e impone la unión de las coronas ibéricas (1580-1640).

De manera general, los quilombos representaban no solo una lucha contra la esclavitud, sino también contra el capitalismo, ya que la acumulación de capital solo fue posible gracias a la esclavitud africana y al tráfico negrero. En épocas de mayor estabilidad social en el Brasil colonial se especula que por lo menos 10% de los esclavos habían huido para los quilombos.

En esos quilombos se registra la presencia no solo de negros sino de blancos pobres y degradados, indios y mestizos que se oponían o eran perseguidos por las instituciones responsables por el mantenimiento del régimen. En muchos de los casos el degradado era un “violador de las leyes” que se juntaba a los negros y a los indios en los quilombos. Esos, sí, eran los únicos espacios posibles de vislumbrar algún tipo de democracia racial, jamás en la relación entre la *Casa Grande* y la *Senzala**.

En el arraial de Canudos, comunidad que reunió 25.000 habitantes después de la llegada, en 1893, de su principal dirigente, Antônio Conselheiro, puede ser también considerado un espacio donde la diversidad étnica prevalecía entre explotados y exprimidos. En este aspecto, Moura (1893) identificaba que “de la misma forma que en Palmares, en el interior del *sertão baiano* se formaba una **democracia pluriétnica**, con participación, según Euclides da Cunha, de *crioulas** y africanas”.

* *mocambo*: quilombo, lugar en que se abrigan los esclavos cuando huían [N. de T.].

* Casa Grande era la casa de la familia del propietario de las grandes propiedades rurales en el sistema colonial del Brasil; la *senzala* funcionaba como complemento político, económico y social. En literatura, el libro de Gilberto Freyre, titulado *Casa-Grande & Senzala*, publicado en 1933, estudia la sociedad colonial brasileña, a partir de investigaciones en archivos nacionales y extranjeros [N. de T.].

* Arraial de Canudos, aldea fundada en 1893 en el interior de Bahía, que se enfrentó al gobierno federal por la cobranza de impuestos, lo que derivó en la Guerra de Canudos (1896-1897) en la que los habitantes fueron derrotados luego de cuatro incursiones militares [N. de T.].

* *sertão baiano*: lugar agreste y poco poblado del interior del Estado de Bahía [N. de T.].

* *crioulas*: criollas, descendiente de europeos, nacida en América [N. de T.].

Si profundizásemos los estudios sobre este tema (democracia racial en el Brasil colonial), ciertamente encontraríamos vastos ejemplos de que tal democracia jamás brotará de las entrañas de las clases dominantes, sino que es perfectamente posible de existir entre aquellos que luchaban contra la dominación, la opresión y la humillación. Por eso mismo, que tales experiencias tuvieron que ser sofocadas por el Estado y extirpadas de los anales de la historia oficial.

De aquí en adelante, avanzaremos un poco más en nuestras reflexiones, dando a ellas una dimensión más continental e incluso transatlántica.

En este sentido, es importante recordar que la mayoría de los trabajos se limitó a entender mecánicamente la esclavitud en América como parte de la acumulación de capital en Europa que contribuyó para a Revolución Industrial y la abolición de la esclavitud como consecuencia de la presión ejercida por la burguesía industrial europea que veía en el exclusivismo comercial y en la esclavitud una traba para la expansión de sus negocios. ¡Todo eso es verdad! No obstante, no podemos reducir más de 350 años de historia en choques de estructuras sin dar la atención necesaria a la dinámica de la lucha de clase dentro de cada una de esas estructuras y sus interconexiones.

Conforme ya recordamos, muchos de los europeos exiliados en América, los degradados, eran, en muchos casos, individuos que se levantaban contra el orden en Europa y que en América perfeccionaban sus métodos de luchas y forma de organización.

Obviamente que ni todos los inmigrantes transatlánticos, ingleses, irlandeses y escoceses, eran sectarios revolucionarios y cismáticos. Sin embargo, algunos eran y otros habían sido. La forma organizativa y coherencia ideológica que habían desabrochado en formas históricas específicas en Inglaterra durante la revolución (o antes de esto) no podrían ser mantenidas de la misma forma en los ‘Mundos Nuevos’ (LINEBAUGH, 1983, p. 27).

Este autor muestra todavía la reciprocidad existente entre los métodos de lucha del proletariado inglés y los esclavos de América.

Las tradiciones opuestas a sujeciones internas de la ética de trabajo protestante y también a las sujeciones externas del trabajo asalariado, dispersándose del otro lado del Atlántico con una cara blanca, así como un siglo después, transformada por experiencia nueva, ellas retornarían con una cara negra para ayudar a reavivar el movimiento en Inglaterra (LINEBAUGH, 1983, p. 23).

Mirando específicamente para la ruta que envolvía el comercio triangular y en él la circulación de hombres y mujeres (libres y esclavos), es posible entender la función de “fábrica” que los navíos cumplían para la lucha de clase en esta

fase de desarrollo del capitalismo. Por detrás del fetiche de las mercancías había sentimientos humanos libertarios.

El navío cargaba trabajo cristalizado; y también llevaba trabajo vivo; navío de criminales desterrados e *indenturedservantes*^{*} y sobre todo de esclavos africanos. El navío no era solo el medio de comunicación entre continentes, era en primer lugar donde los trabajadores se comunicaban. Todas las contradicciones de los antagonismos sociales se concentraban en su interior. El imperialismo era el principal. [...] Forzados por la magnitud de sus negocios a juntar grandes y heterogéneas masas de hombres y mujeres a bordo de los navíos para un viaje de muerte a un destino cruel, el imperialismo europeo también creó las condiciones para circulación de experiencias en el interior de las grandes multitudes de trabajadores que pusiera en movimiento. Las personas conversan, al final (LI-NEBAUGH, 1983, p. 33).

¿Qué más decir del impacto internacional que la revolución negra de Haití (1791-1804) provocó en toda América, acelerando la abolición de la esclavitud en casi todos los países recelosos de su “haitianización”, a ejemplo del Brasil? Los levantamientos ocurridos en el Brasil regencial (1831-1840)[†], sobre todo, el de los Malês (1835) fue fuertemente influenciado por el iluminismo burgués dando a él su contenido antiesclavista, ya que la mayoría de los intelectuales de las “luces” eran declaradamente racistas.

Por otro lado, la burguesía europea en su fase revolucionaria, se apropiaba de los métodos de insurrecciones esclavas que tuvieron como centro difusor la Isla de Santo Domingo.

En el horizonte de la lucha de clases, el comercio triangular era mucho más que puntos de intercambios comerciales, un verdadero triángulo de insurrecciones abolicionistas. Además de la burguesía, la pequeña burguesía también bebió del agua revolucionaria de la América negra e indígena.

Godeiro y Soares (2016) informan que solo en el período entre 1638 y 1837 ocurrieron 75 grandes levantamientos negros en América Latina y destacan uno en especial que habría influenciado el movimiento obrero inglés; el que estalló en Jamaica en 1832 reuniendo a 20.000 esclavizados en huelga que:

^{*} *indentured servant*, sirviente por contrato, incluidas víctimas de persecución religiosa o política, personas secuestradas para ese fin, convictos y pobres [N. de T.].

[†] Brasil regencial (1831-1840), período comprendido entre la abdicación de Don Pedro I y la posesión de Don Pedro II, en el trono del Brasil [N. de T.].

^{*} Revuelta de los Malês (1835), sublevación de carácter racial, de esclavos de las etnias de religión islámica, organizados para la liberación de los demás esclavos africanos. Malê deriva del yoruba, y designa al musulmán [N. de T.].

Durante una semana (...) asumieron el control de Jamaica, exigiendo el fin de la esclavitud y el derecho de voto para todos. Esa lucha influenció el movimiento obrero inglés y apuró la lucha por el fin de la esclavitud negra.

Linebaugh (1983) presenta cuatro fases de la historia de lucha del negro en Londres para mostrar la reciprocidad de métodos de lucha existentes entre los obreros europeos y ex esclavos. El navío, “la fábrica del mundo”, sería el espacio de encuentro entre esos individuos, el lugar de enseñar disciplina, pero también de los sabotajes y de los motines que ocurrían por centenas.

Es de ese rico contexto de insurrecciones esclavas por tierra y por mar y de los motines ocurridos en los navíos que se extendió hasta la década de 1920, pasando por el Acorazado Potemkim en Rusia (1905) y por la Revuelta da Chibata en el Brasil (1910) que brotó del movimiento panafricanista de Du Bois que más tarde contara con total apoyo de Lenin en carta enviada a Marcus Garvey.

Esos acontecimientos muestran que el racismo es una ideología que tiene origen, dinámica y función social, o sea, ella no brota de la condición racial de los individuos, pues caso contrario, esas interconexiones serían imposibles de realización.

Las ideologías en realidad vienen de afuera –de las clases dominantes– para adentro –de los grupos oprimidos y explotados– en el sentido de dividirlo. En la punta de los grupos oprimidos y explotados movidos por la necesidad objetiva de luchar por liberación puede llevarlos, conforme vimos, a forjar experiencias, métodos e ideologías de solidaridad de clase independiente del origen étnico-racial de los grupos involucrados.

*

* Revuelta da Chibata en el Brasil (1910): Revuelta naval del Látigo –en español–, protagonizada por negros y mulatos contra los castigos corporales que sufrían y las agotadoras jornadas que les eran impuestas, entre otras demandas [N. de T.].

* Todas las traducciones son nuestras, excepto cuando indicado.

REFERENCIAS

- CASANOVA, Pablo González. *Colonialismo Interno* [una redefinición]. En: La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas. BORÓN, Atílio; AMADEO, Javier; GONZÁLEZ, Sabrina. (Organizadores). 1. ed. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales- CLACSO, Bibliotecas Virtuales. São Paulo: Expressão Popular, 2007.
- GODEIRO, SOARES. *Neodesenvolvimentismo ou Neocolonialismo: sobre o mito do Brasil imperialista* [*Neodesarrollo o Neocolonialismo: sobre el mito del Brasil imperialista*]. São Paulo: Sundermann, 2016.
- LINEBAUGH, Peter. “Todas as Montanhas Atlânticas Estremeceram” [“Todas las Montañas Temblaron”]. Revista Brasileira de História. São Paulo: ANPUH; Editora Marco Zero, año 3, n.º 6, setiembre de 1983, pp. 07-46.
- MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. *A ideologia alemã* [*La ideología alemana*] (Tesis sobre Feuerbach). 9.º ed. São Paulo: Hucitec, 2007.
- MORENO, Nahuel. *Angola: la revolución negra en marcha*, 1977.
- MOURA, Clóvis. *Dialética radical do Brasil negro* [*Dialéctica radical del Brasil negro*]. São Paulo: Editora Anita, 1994.
- _____. *Raízes do Protesto Negro* [*Raíces de la Protesta Negra*]. São Paulo: Global Ed., 1983.
- NASCIMENTO, Abdias. *O quilombismo* [*El quilombismo*]. São Paulo: Vozes, 1980.
- PEREIRA, José Maria Nunes. “Colonialismo, Racismo e Descolonização” [“Colonialismo, Racismo y Descolonización”]. Estudos Afro-asiáticos. Rio de Janeiro, mayo-agosto 1978, pp. 16-29.
- REIS, GOMES (1996). *Liberdade por um fio: história dos quilombos no Brasil*. [*Libertad en un hilo: historia de los quilombos en el Brasil*] São Paulo: Companhia das Letras, 1996.

DEMOCRACIA RACIAL

un mito mantenido a hierro y fuego

por el gobierno de frente popular en el Brasil

H. C. D.

Dividimos este artículo en dos partes. En la primera buscamos demostrar que durante el período en que estuvo en el poder en el Brasil (2002-2015), el Frente Popular (PT-PMDB) se presentó, a nivel del discurso, como el gobierno de la “democracia racial” que finalmente elevaría a los afro-brasileños a la condición de “clase media”, mientras, en el otro extremo, mantuvo el control social sobre esa camada importante del proletariado brasileño no solo con políticas asistencia-listas, como ya fue analizado por muchos, sino también con mucha represión.

En la segunda parte sostenemos la hipótesis de que fue durante ese mismo gobierno que, contradictoriamente, el mito de la democracia racial entró en un proceso de crisis, factor que ha contribuido para el proceso de reorganización negra en el Brasil.

La mano que ahogó a los movimientos sociales fue la misma que desangró a la comunidad negra

Durante las décadas de 1980 y 1990, el Movimiento Negro entabló una gran lucha para intentar desmitificar la idea de que en el Brasil existía una democracia racial. Con la llegada del PT al poder en 2002, la mayoría de estas organizaciones fue cooptada a cambio de cargos y pequeñas concesiones que el PT hizo al proletariado brasileño.

Las entidades negras que mantuvieron autonomía en relación con el gobierno de Frente Popular en el Brasil fueron, principalmente, aquellas que sur-

gieron durante la propia gestión petista como parte del proceso de reorganización negra, consecuencia de la ruptura con el lulismo.

El Movimiento Nacional Quilombo Raça e Classe [Quilombo Raza y Clase], el Movimiento Quilombola del Maranhão (Moquibom) [del Estado de Maranhão, en el Norte del Brasil, *ndt*], el Movimiento Hip Hop Quilombo Brasil, que congrega y organiza a jóvenes negros de los barrios de la periferia de diversos Estados del Brasil, y el Movimento Luta Popular [Movimiento Lucha Popular], que no es una entidad del movimiento negro propiamente dicho pero que trata la cuestión negra como prioridad, son ejemplos de este proceso, así como el grupo “Mães de Maio” [“Madres de Mayo”], y centenas de colectivos negros extendidos por todo el país.

Como parte del proceso de cooptación, la iniciativa más festejada por las entidades negras que apoyaron el petismo fue la creación de la SEPPIR (Secretaría de Políticas de Promoción de la Igualdad Racial) en 2003.

Contrariando las reivindicaciones históricas del propio Movimiento Negro, el PT abandonó la retórica de combate al racismo para vender la ilusión de que la “igualdad racial” sería posible de ser alcanzada en un país de capitalismo periférico a través de políticas neoliberales. El gobierno Temer redujo en 56,3% el presupuesto de la SEPPIR para 2017, quedando en apenas 0,1% del presupuesto general de la Unión, lo que significa que en el gobierno petista era poco más de 0,2%. No bastando eso, en 2015 la presidente Dilma resolvió rebajar el estatus de Ministerio de la SEPPIR incorporándola al “Ministerio de la Ciudadanía”.

Además de eso, el PT vació de contenido las principales banderas históricas de los negros brasileños. El Estatuto de la Igualdad Racial [EIR] que tramitó en el Congreso durante 20 años, fue aprobado por el gobierno Lula en 2010, completamente desfigurado debido a un acuerdo que el PT hizo con el ultraconservador Partido Demócrata (DEM). Hasta el término “Raza” fue cuestionado por la derecha y retirado del EIR, tal como fue en la Conferencia de Durban, lo que muestra la tendencia mundial de esta política de desatender esta categoría.

Decenas de entidades del Movimiento Negro brasileño lanzaron un manifiesto repudiando la “desconfiguración” del Estatuto de la Igualdad Racial, pero enseguida la mayoría resolvió apoyarlo.

No obstante, lo que pretendemos mostrar de aquí para adelante es que el Frente Popular usó y abusó de la represión contra la comunidad afro-brasileña, al mismo tiempo que creaba la ilusión de que el país estaba avanzando hacia una verdadera democracia racial.

Luego, en 2004, el gobierno Lula creó la Fuerza Nacional de Seguridad Pública (FNSP) en la época muy cuestionada por la Orden de los Abogados del Brasil (OAB) por poseer características similares a la Guardia Nacional, que fue creada por los señores de esclavos durante el período de la Regencia (1831-1840) para sofocar los levantamientos negros que explotaron en aquel que fue uno de los períodos más tensos de la historia del Brasil.

La FNSP está formada por batallones de varios Estados, y pueden desplazarse para cualquier región del país si el gobernador lo solicitara. En marzo de 2013, pocos meses antes de que explotaran las “Jornadas de Junio”, la presidente Dilma publicó el Decreto n.º 7957 que alteraba el funcionamiento de la FNSP atribuyendo al Distrito Federal y al Ministerio de Estado el poder de autorizar a la FNSP para intervenir en cualquier Estado del país, independiente de la solicitud de los gobernadores.

Nuestra hipótesis es que la FNSP surge como respuesta a las huelgas que la Policía Militar (PM) protagonizó en los últimos 20 años, siendo la primera y más impactante de todas la que explotó en 1997 en el Estado de Minas Gerais, y que se expandió como reguero de pólvora por todo el país, dejando a la burguesía y a los gobiernos horrorizados.

Con el PT, el ejército también ocupó decenas de morros^[1] y barrios de periferias, cuyos moradores en su gran mayoría son negros. El alegato para la militarización de esos territorios negros fue el combate al tráfico de drogas. Esas “ocupaciones” se intensificaron con la aproximación de los megaeventos que el Brasil sedearía en el período que se extendió de 2007 (Panamericanos) a 2016 (Olimpiadas), pasando por la Copa del Mundo de 2014.

Tomando como base los datos de la propia prefectura de Rio de Janeiro, el sociólogo Alexandre Magalhães concluyó que solo en esa ciudad entre 2009 y el inicio de 2014, 20,3 mil familias fueron removidas. Paralelo a esas remociones, ocurrió en 2008 la implantación de las Unidades de Policía Pacificadora (UPP’s) en favelas y villas próximas a puntos turísticos o de regiones con elevadísimo IDH [Índice de Desarrollo Humano] (Borges, D; Ribeiro, E; Cano, 2012).

A pesar de que han disminuido los homicidios en 75% y los robos en 50%, las desapariciones de personas aumentaron 92% en esas mismas localidades. Con la desaparición en 2013 del ayudante de albañil, Amarildo Dias de Souza,

³ Morro es un monte poco elevado y es la denominación que se le da en Brasil al lugar de asiento de muchas favelas que se encuentran en la ladera de los cerros o colinas que se juntan con el mar [N. de T.].

detenido y muerto por policías militares de la UPP en la Rocinha^[2] y el asesinato del bailarín Douglas Rafael da Silva, DG, también practicado por policías de la UPP, esta vez en la comunidad de Pavão-Pavãozinho^[3], ese proyecto de militarización pasó a ser fuertemente cuestionado.

Antes de eso, en 2010, el diputado estadual Alessandro Molon (PT) había presentado en la Asamblea Legislativa de Rio (Alerj) un proyecto de ley que intentaba garantizar la permanencia de las UPPs en esas comunidades por lo menos por 25 años más.

Las Jornadas de Junio, con sus movilizaciones multitudinarias, que sacudieron y cambiaron completamente la situación política del país, ocurrieron justamente durante la Copa de las Confederaciones de 2013. La FNSP y el ejército fueron fundamentales en el proceso de represión a las manifestaciones, así como lo fueron para garantizar las subastas de las zonas de Presal en Rio de Janeiro.

En el año de la creación de la FNSP (2004) el PT también dirigió la ocupación militar en Haití, considerado el símbolo más importante de resistencia para el movimiento negro mundial. En esa ocupación, lo que no faltó fue la falta de respeto a los derechos humanos, violaciones de mujeres y menores, asesinatos y hasta epidemia de cólera provocada por soldados nepaleses contaminados que arrojaron sus heces en el río Artibonite, conforme fue constatado por el propio Ministerio de la Salud de Haití. Seiscientos ochenta mil personas fueron contaminadas, ocho mil trescientas murieron. Un crimen típico de guerra. Al retornar de Haití muchos de esos soldados fueron a reforzar las represiones morro adentro.

Casi todas las entidades del Movimiento Negro hicieron silencio frente a la invasión de la Minustah [Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití]. La ONU y el gobierno brasileño alegaban que la “misión de paz” era necesaria para contener la violencia de las *gangs* de calle, cuando datos de la propia ONU demostraron que la tasa de homicidios en Haití era de solo 6,9 asesinatos por cada 100.000 personas en 2010, casi cuatro veces menor que la brasileña.

^[2] Rocinha, la favela más grande de Rio de Janeiro, ubicada en el sur de la ciudad, alberga alrededor de 120.000 habitantes. La misma es emblemática desde que se filmó allí la película “Ciudad de Dios”. En la actualidad se realizan *tours* para los visitantes locales y extranjeros que quieren adentrarse en los barrios de favelas, donde vive un 20% de la población carioca (más de un millón personas), la más pobre, negra y marginada de la sociedad [N. de T.].

^[3] Pavão-Pavãozinho forma parte de un conjunto de favelas ubicadas en el sur del municipio de Rio de Janeiro, en la frontera entre los barrios de Ipanema y Copacabana. El contraste de esta con los llamados barrios nobles, está dado por la pobreza, la violencia, el tráfico de drogas y otros graves problemas sociales y su ubicación próxima al mar, lo que le otorga una de las vistas más privilegiadas y hermosas de la ciudad [N. de T.].

Tal como hizo Salazar con su lusotropicalismo imperialista en el continente africano, el PT se amparó en las tesis del brasileño como “hombre cordial”, del Brasil como “el país de todas las razas” y hasta incluso en el prestigio internacional de la selección brasileña de fútbol masculino para servir de “guardacosta” del imperialismo estadounidense en la recolonización de Haití. Cuatro meses después de la ocupación de la Minustah, el gobierno Lula promovía el “juego de la paz” entre la selección brasileña y la selección haitiana. El país paró.

Las denuncias contra las atrocidades practicadas por Lula, Dilma y Obama en Haití se limitó a pocas organizaciones como la CSP-Conlutas, Jubileu Sul y la LIT.

El PT movió una vasta *intelligentsia* de las cátedras y del movimiento social para crear innumerables tesis de que el “gobierno popular” estaba gobernando para los más pobres y para los negros, que una nueva clase media estaba naciendo en la gestión petista. Por cuestiones obvias, la derecha evitó cuestionar la tesis presentada por la Secretaría de Asuntos Estratégicos de la Presidencia de la República (SAE) en 2012, de que para ser de clase media bastaba con que la familia tuviese una renta *per cápita* entre R\$ 291 y R\$ 1.019 [US\$ 95 y US\$ 332, aprox.] por mes.

De esta forma, transformaron a grupos de individuos en situación de completa miseria, en grupos de extrema pobreza; a los extremadamente pobres, en pobres; y a los pobres, en clase media. Con esa fórmula, un país con 70 millones de pobres (en los criterios del DIESSE [Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos]), pasó a tener apenas 30 millones (en la lente de aumento del petismo). Siendo negros 80% de esos pobres de “clase media”, fácil sería concluir que el segundo país más negro del mundo estaba en vía de acabar con la pobreza y, por lo tanto, con las desigualdades entre las razas. Una hipocresía desmedida, ya que en la época 113 millones de brasileños vivían con carencias sociales (Revista ILAESE [Instituto Latinoamericano de Estudios Socioeconómicos], 2010).

Las entidades del movimiento negro que capitularon al Frente Popular aprovecharon ese mismo malabarismo teórico para decir que en el Brasil finalmente había surgido una “clase media negra”. Mientras tanto, la fuerza del lulismo en el movimiento sindical, popular y negro impuso un silencio agonizante a los gritos de aquellos que estaban siendo golpeados por su “guante de acero”.

En mayo de 2006, más de 600 jóvenes de las periferias de San Pablo fueron

asesinados en apenas una semana por la Policía Militar del PSDB, como respuesta a los supuestos ataques de la facción criminal PCC (Primer Comando Capital)^[4] a puestos policiales. La mayoría de los muertos eran negros. La PM justificó la masacre con el argumento de auto de resistencia o resistencia seguida de muerte.

De esa masacre surgió el grupo “Mães de Maio”, formado por genitoras de muchos de los jóvenes muertos. Años después el grupo solicitó una reunión con el gobierno Dilma, que fue prontamente rechazada. En reciente polémica con Mano Brown, el rapper más importante del país, que dijo en un show que la periferia había traicionado al PT, el grupo “Mães de Maio” lanzó una nota afirmando que:

[...] hasta ayer mismo esta escoria –Temer, Cunha, Kassab y esa caterva– eran los aliados prioritarios de los gobiernos Lula y Dilma. Un gobierno que, al mismo tiempo, siquiera recibía para una conversación protocolar a las madres de víctimas del genocidio policial. Un país que convivió, en la más tranquila “legalidad y orden democrático” hace más de una década, con índices escandalosos de más de 60.000 asesinatos por año –en su mayoría jóvenes negros; más de 750.000 personas encarceladas hoy en el país– sobre todo jóvenes negros primarios; y un sinnúmero de violaciones de Derechos Humanos fundamentales, cotidianamente, contra nuestro pueblo negro, indígena, pobre y periférico (abril, 2016).

En 2007, el rapper MV Bill y su empresario Celso Athayde lanzaron el documental “Falcão –Meninos do Tráfico–” [Halcón –Jóvenes del Tráfico–] que también chocó al país. El documental es un acompañamiento a la trayectoria de 16 jóvenes involucrados con el tráfico de drogas, de los cuales apenas uno sobrevivió. Al hablar en el Consejo de Desarrollo Económico y Social (CDES) sobre la repercusión del documental, el ex presidente Lula afirmó que, “En el Brasil, últimamente, las personas prefieren no dar buenas noticias. [...] No es solo la pobreza que lleva a las personas a aquel nivel de situación. Si fuese así, yo estaría”.

Lamentablemente, algún tiempo después el mismo MV Bill fue convidado por el gobierno para visitar Haití, de donde retornó vendiendo la ilusión de que la invasión militar en aquel país era “pacificadora”. El silencio del genocidio no podía ser quebrado.

En febrero de 2015, la policía del Estado de Bahia asesinó a 12 jóvenes negros en el barrio Cabula. El gobernador Rui Costa (PT) en lugar de pedir disculpas a los familiares de los muertos, prefirió discursar para un batallón de

^[4]El PCC es hoy la mayor organización criminal del Brasil, que así como el Comando Vermelho fueron formadas por prisioneros para autodefenderse en brutal sistema penitenciario [N. de T.].

policías donde fue calurosamente aplaudido. Reproducimos abajo parte del discurso donde compara la decisión de un policía con la frialdad de un artillero de fútbol frente al gol.

“La policía, así como manda la Constitución y la ley, tiene que definir a cada momento y no siempre es fácil hacer eso (...) tener la frialdad y la calma necesarias para tomar la decisión correcta (...) Es como un artillero frente al gol, que intenta decidir, en algunos segundos, como es que él va a patear la pelota dentro del arco, para hacer el gol (...) Después que la jugada termina, si fue un golazo, todos los seguidores desde las tribunas van a aplaudir, y la escena va a ser repetida varias veces en la televisión. Si el gol no fue convertido, el artillero va a ser condenado, porque si hubiese pateado de aquella forma o jugado de aquella otra, la pelota habría entrado”.

En el margen derecho del “mar de sangre negra” se encuentran los grandes medios, el agronegocio, el imperialismo estadounidense, el DEM, el PMDB, la militarización de los barrios negros y el crecimiento astronómico de la población carcelaria, que pasó a ser la cuarta mayor del mundo aún en el gobierno petista.

En su margen izquierdo, un “batallón” de intelectuales institucionalizados, ex marxistas y liberales, elaborando tesis y más tesis para vender al mundo las ilusiones del lulismo, como una especie de Gilberto Freyre de la nueva izquierda brasileña.

Las tropas brasileñas no se limitaron a ocupar Haití. Existen nueve países más en los que el Brasil mantiene regimientos armados, casi todos países de mayoría no blanca y localizados principalmente en el continente africano. Son ellos: Chipre, Colombia, Sáhara Occidental, Liberia, Costa de Marfil, Líbano, Sudán, Sudán del Sur, República Democrática del Congo.

En nuestra opinión, no se trata de imperialismo o subimperialismo sino de una neocolonia que actúa como capitán de la selva del imperialismo (Godeiro y Soares), o sea, como submetrópoli que abusa de la idea de “cordialidad de su pueblo” para servir a los intereses de los Estados Unidos.

Esta invasión criminal en Haití garantizó al Brasil un asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU en octubre de 2009. O sea, mientras la revolución negra haitiana sirvió como punto de apoyo para el fortalecimiento de las luchas por independencia política y por la abolición en América, el liderazgo del Brasil en la ocupación militar de Haití sirvió como punto de apoyo para que el propio Brasil, al servicio del imperialismo, ocupase militarmente varios países africanos. Sin embargo, por debajo de las espumas del tropicalismo del lulismo se escondía un mar de sangre.

Los datos del Mapa de la Violencia publicados en los últimos años del gobierno petista alarmaron al país y al mundo. Solo en 2012, 41.127 negros fueron muertos, contra 14.928 blancos. Considerando los años entre 2002 y 2012, que coinciden con el auge del gobierno petista, mientras los asesinatos de blancos disminuyeron, pasando de 19.846 en 2002 a 14.928 en 2012, entre los negros aumentaron de 29.656 para 41.127 en el mismo período.

Datos del Mapa de la Violencia –Homicidios de Mujeres en el Brasil– compilados entre 2003 y 2013 revelan que el número general de asesinatos de mujeres blancas cayó 9,7%, mientras los homicidios de mujeres negras aumentaron 54,2%. Esos datos muestran la “selectividad racial” del gobierno petista.

Las policías de San Pablo y Rio de Janeiro juntas, en el período 2003 a 2009, ejecutaron a más de 11.000 personas con el argumento de violencia seguida de muerte. Con una población casi ocho veces menor a la de los Estados Unidos, el Estado de San Pablo registró 6,3% más muertes cometidas por policías militares que todas las fuerzas policiales de los Estados Unidos en cinco años.

En un estudio publicado en 2013 por el profesor Rodrigo Leandro Moura para el IPEA [Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada], titulado “Vidas Perdidas e Racismo no Brasil”, 80% de las muertes en el Brasil tienen como causa el racismo.

El PT y el PMDB, juntos con la burguesía y el imperialismo, transformaron el Estado Penal brasileño en uno de los más importantes mecanismos de control social del país, así como de justificación del genocidio de la juventud negra, antes citada, ya que las justificaciones sobre los homicidios practicados por las fuerzas policiales contra negros y pobres recaen casi siempre en los antecedentes de las víctimas.

Ora, en diciembre de 2014 la masa carcelaria brasileña era formada por un batallón de 622.202 personas, conforme el informe del Levantamiento Nacional de Informaciones Penitenciarias (Infopen). De estos, 55% era jóvenes y 61,1% de ellos, negros. Contando entradas, salidas y permanencia en el sistema penitenciario brasileño, este mismo informe constató que solo en el año 2014 cerca de un millón de personas vivenciaron la experiencia del encarcelamiento.

No es muy difícil encontrar las conexiones entre el asistencialismo y la represión que el petismo impuso a los negros brasileños. Esa es una práctica muy común de gobiernos que aplican políticas neoliberales. El PT se apegó al discurso de la “oportunidad”, al lema del “Brasil es un país de todos” o el país de la “igualdad racial” para los negros. Así, si las oportunidades son iguales para todos y si

existen políticas enfocadas para los negros, entonces la razón del fracaso de los que “no aprovecharon las oportunidades” está en su estructura interna. Siendo la estructura de la sociedad capitalista y racista un problema interno al individuo y no externo, solamente el aparato represor estatal podría ajustar a esos individuos incapaces de aprovechar las oportunidades ofrecidas.

El PT consiguió aumentar la dependencia del Brasil al imperialismo, ahogando a la juventud afro-brasileña en su propia sangre, teniendo como aparato ideológico el mito de la democracia racial, y, en tanto práctica política, el darwinismo social con nuevo ropaje, el del Frente Popular.

Por estas cuestiones objetivas y la crisis mundial que obligó al PT a atacar con mucha más fuerza al conjunto de la clase trabajadora y a los negros en especial, el tampón compresor de la dominación de clase y de raza comenzó a liberar sus energías reprimidas, conforme veremos a continuación.

2 – Un mito en crisis en medio de una ruptura de masas

Todos los intelectuales serios y preocupados en estudiar las formas de manifestación del racismo en el Brasil, pese a sus diferencias llegaron a una conclusión común: la de que la fuga del negro de su identidad étnico-racial fue siempre un gran obstáculo para su proceso de movilización colectiva para enfrentar el racismo.

Munanga (1999, p. 16) afirma que: “Las dificultades de los movimientos negros en movilizar a todos los negros y mestizos alrededor de una única identidad ‘negra’ vendría del hecho de que no consiguieron destruir hasta hoy el ideal de blanqueamiento”.

Moura (2001) al comparar los procesos de movilización del afro-brasileño con los del afro-americano llegó a la siguiente conclusión:

Los movimientos negros de masa en los Estados Unidos, como el de Malcom X y Luther King, consiguieron movilizar a millones de negros americanos por los Derechos Civiles. En el Brasil esto no ocurrió por una serie de razones que desarticulaban el pensamiento radical del negro, entre ellos la falaz ideología de la democracia racial.

Con todo, lo que queremos demostrar a partir de ahora es que en los últimos años ocurrió una inflexión importante en la conciencia de los negros brasileños. Diríamos que de importancia cualitativa. Por primera vez desde la abolición de la esclavitud (1888) los negros comenzaron a luchar asumiéndose como negros, como ser social colectivo y en gran escala.

La creciente autodeclaración de afro-brasileños solo puede ser entendida como resultado de una crisis del mito de la democracia racial. En qué proporciones ella ocurre, no es posible mensurarla. Sin embargo, más importante que eso es entender que si el mito de la democracia racial es parte fundamental de la democracia burguesa como forma de dominación político-ideológica, entonces es posible concluir que su crisis sea parte de la crisis del régimen o puede incluso incidir sobre la crisis de régimen que atraviesa el Brasil.

El período en que los institutos de investigaciones como el IBGE identifican ese cambio cualitativo, de 2010^[5] hacia acá, coincide con el crecimiento de las denuncias del genocidio de la juventud negra brasileña y con el inicio de la ruptura del proletariado brasileño con el Partido de los Trabajadores (PT).

Pero fue durante las Jornadas de Junio de 2013 que las movilizaciones negras y antirracistas ganaron más visibilidad, rompiendo con el silencio agonizante del cual hablamos antes. Eso fue posible porque ocurrió justamente por fuera de los aparatos que el petismo controlaba. Un ejemplo de eso fueron las movilizaciones que decían “¿Cadê Amarildo?” [“¿Dónde está Amarildo?”], en alusión al caso ya citado del ayudante de albañil Amarildo de Souza. Esas movilizaciones ganaron el país.

Luego enseguida explotaron nuevas movilizaciones contra la violencia policial y el feminicidio negro, sobre todo después de que la policía hubo baleado y arrastrado por el asfalto, por más de 250 metros, a la mujer negra Cláudia Ferreira da Silva, de 38 años, en marzo de 2014. En aquella misma ciudad, luego de la muerte del bailarín DG, en 2015, los habitantes de la comunidad Pavão-Pavãozinho ocuparon y pararon el barrio burgués de Copacabana por más de 48 horas. Aún en 2015, sintomáticamente el 20 de Noviembre, fecha en que se conmemora el Día de la Conciencia Negra en el Brasil, en homenaje a Zumbi dos Palmares^[6], el ex presidente Lula fue fervorosamente silbado en un acto or-

^[5] Por primera vez en la historia del Brasil, el censo del IBGE indicó que la población negra y parda (el movimiento negro considera ambas como negra) es la mayoría en el país: 50,7% de un total de 190.732.694 personas. En nuestro entendimiento, ese porcentaje es muy superior, pues tiene que ver incluso con un proceso de creciente autodeclaración en curso.

^[6] Zumbi dos Palmares (1655-1695) nació libre, en Palmares (hoy Pernambuco) y fue capturado por esclavistas portugueses cuando tenía seis años. Escapa a los quince años y regresa a su lugar de origen convirtiéndose en el líder guerrero de los esclavos negros del nordeste del Brasil, famoso por haber resistido la autoridad de la Corona Portuguesa en el Quilombo de Palmares (Alagoas) con notable destreza y audacia. Tras haber sido traicionado por un ex esclavo, fue capturado y muerto en una emboscada el 20 de noviembre de 1695, y su cabeza fue cortada y expuesta en una plaza pública del actual Recife para amedrentar a los negros que lo consideraban inmortal. En 1995 se adoptó el día de su muerte como Día de la Conciencia Negra en el Brasil [N. de T.].

ganizado por entidades del movimiento negro de Bahia, el Estado más negro del Brasil. Solo para refrescar la memoria, fue en ese mismo año que ocurrió la masacre del Cabula.

Colectivos negros y movimientos populares de varios Estados realizan actos por sus “Amarildos”, por sus “Ana Cláudia” o sus “DGs”, haciendo que el proceso de exterminio deje de ser naturalizado e invisibilizado.

Hacia finales de 2013 explotaba el fenómeno de los “rolezinhos”⁷ en la capital más rica del Brasil [San Pablo]. Sin alternativa de recreación en sus barrios periféricos, centenas de adolescentes negros resolvieron marcar encuentros, vía las redes sociales, en los *shoppings* de San Pablo. La “broma” se extendió por todo el país, provocando una reacción furiosa de los propietarios de estos espacios e instalando un gran polémica en los medios y en el seno de la clase media.

Un año después, esos mismos jóvenes ocuparon decenas de escuelas también en San Pablo, y consiguieron impedir que el gobernador Alckmin (PSDB) las cerrase. Una vez más, el fenómeno se extendió por todo el país y la ocupación de escuelas públicas se transformó en un método de lucha muy común entre estudiantes secundarios brasileños, donde los negros son mayoría absoluta.

Fue en medio de estos acontecimientos que los proyectos de Reducción de Mayoría Penal y “Escuela Sin Partido” vinieron a la luz, o sea, como parte de una reacción en cadena de la burguesía, en la tentativa de recuperar parte de la hegemonía que había perdido en instituciones que históricamente funcionaron como aparatos de control social de los hijos de los trabajadores.

La escuela es un espacio por excelencia de reproducción del machismo, del racismo y de la homofobia. En el interior de las escuelas que fueron ocupadas, los temas debatidos giraban especialmente alrededor de la cuestión de las opresiones.

Combinado con ese rico proceso explotaban varias huelgas en el Complejo Petroquímico de Rio de Janeiro (Comperj). En pleno carnaval carioca de 2014, los garis [recolectores de residuos], de mayoría negra, realizaron una histórica y victoriosa huelga.

^[7] Rolezinhos es el nombre con que se designa el fenómeno que vincula a jóvenes pobres con los centros comerciales. Estas irrupciones de grupos de jóvenes adolescentes de clase baja en los *shoppings* de todo el país, convocados en general por las redes sociales, desató una ola de preocupación y represión contra ellos, en virtud de “preservar dichos centros de compra de los posibles perjuicios” que pudieran ocasionar, toda vez que “alteraban el orden e incomodaban al público” con sus cánticos, ruidos y demostraciones afectuosas [N. de T.].

En 2012, el Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos (DIEESE) divulgaría que a partir de 2010 las huelgas en el Brasil ya habían superado las huelgas de la década de 1980, cuando la clase trabajadora vivió el mayor ascenso de toda su historia. Sin embargo, a diferencia de aquel contexto, las actuales huelgas acontecieron muchas veces contra la voluntad de la burocracia petista, lo que no disminuye, sino por el contrario, aumenta su importancia.

Estas luchas combinadas ayudan a explicar mucho sobre la situación política de nuestro país y por qué ocurrió una importante inflexión en el nivel de conciencia de los negros y de las negras. Según Lenin: “(...) Solo la acción educa a la clase explotada, solo ella le da la medida de sus fuerzas, amplía su horizonte, aumenta sus capacidades, aclara su inteligencia y temple su voluntad” (Informe sobre la revolución de 1905, 1974).

En el campo, los quilombolas e indígenas resolvieron adoptar la recuperación de territorios como método de lucha para recuperar sus tierras de las manos del latifundio y del agronegocio, ya que la legislación no garantiza más nada, a no ser enterrar a sus muertos.

El Movimiento Quilombola del Maranhão –Moquibom–, que dirige centenas de comunidades en el Maranhão, es uno de los más importantes movimientos en ese rico proceso de reorganización negra del campo, en un país que tiene la mayor concentración de tierra del planeta. La cuestión de la identidad étnico-cultural ha sido fundamental en este proceso.

Los involucrados en las luchas avanzan en sus movilizaciones cuando identifican su antecedencia quilombola. Las áreas por donde los conflictos entre quilombolas y el agronegocio aumentaron tienen que ver fundamentalmente con las regiones donde el Moquibom está organizado.

En los centros urbanos, millares de colectivos negros también emergieron en las periferias y universidades brasileñas. La mayoría de sus dirigentes son mujeres negras y jóvenes. Ese proceso ocurre paralelo a la bancarrota de las organizaciones más antiguas del Movimiento Negro, que fueron cooptadas por el gobierno de Frente Popular.

Es obvio que aún no existe en el Brasil un canal de articulación de todas esas organizaciones. De todo este proceso, la construcción de la CSP-Conlutas es el más avanzado de todos.

Es importante recordar que cupo al PT la tarea de desarticular casi todas las acciones de solidaridad entre el campo y la ciudad, entre el movimiento obrero, estudiantil y social que fueron construidos en los últimos 30 años.

No obstante, basta dar una pequeña mirada para ese rico proceso de reorganización aún en curso que la tesis de “ola conservadora” en el Brasil se convierte en peso muerto, en hilo podrido, simplemente por tratarse de acciones protagonizadas por aquellos que representan a más de la mitad de la población brasileña, el sector más oprimido y explotado y el segundo mayor proletariado negro del mundo. Pero, antes que todo, se da en medio de una ruptura de masas del conjunto de la clase trabajadora con el petismo.

No es por mera coincidencia que las organizaciones y los intelectuales que antes hacían silencio frente al genocidio negro, ahora sean aquellos que precisan negar las movilizaciones negras y la ruptura de los mismos con el petismo para decir que todo fue hecho por las manos de la derecha y de la clase media.

Los que no ignoran la ruptura de las masas con el petismo, acusan a los habitantes de la periferia, donde la mayoría es negra, de estar con la conciencia enfocada hacia la derecha reaccionaria. Ese fue el caso de la Revista *Carta Capital* y del diario *Le Monde* que publicaron, casi concomitantemente, artículos preconceptuosos y racistas al respecto, para arrojar la responsabilidad de la derrota histórica que el PT sufrió en las elecciones municipales de 2016 en las espaldas de quienes fueron durante golpeados por el PT, los moradores de las periferias.

Para esos grupos, la tarea principal pasó a ser caracterizar cuáles gobiernos o partidos están más o menos a la derecha o a la izquierda y no la situación concreta de los negros y pobres frente a todos esos gobiernos y partidos. De ahí, la única política que extraen es la de la unidad urgente entre los más a la izquierda para combatir una “ola reaccionaria” que emana de aquellos que están más a la derecha. Así, el propio genocidio pasa a ser una consecuencia de la “ola reaccionaria” de uno de los dos grupos sin que se establezca cualquier relación entre ellos, ni mucho menos con el Frente Popular (PT-PMDB).

La ausencia visible del proletariado negro en los actos tanto pro como contra el *impeachment* de la presidente Dilma desmienten esa versión. Tanto el PT como el PSDB captaron mucho más rápidamente la ausencia de esos sectores en sus actos. Luego del acto del día 18 de marzo de 2015, el PSDB anunció públicamente un giro a la periferia para los actos siguientes, obviamente que con remuneración a sus participantes, mientras el Directorio Nacional del PT, en documento interno que se tornó público, también orientaba a su militancia que “(...) convoquen **en la periferia, de preferencia a negros y pardos**, siendo que fue autorizado el transporte, alimentación y tickets de R\$ 30 [US\$ 10, aprox.]

para auxilio a esos militantes” (Em Defesa da Democracia [En defensa de la Democracia], 2015).

En las elecciones municipales, los más pobres y, sobre todo, los negros, votaron principalmente en “nadie”, o sea, anularon sus votos o se abstuvieron de votar, por todo el país.

La polarización que dividió a los sectores medios, intelectualizados, pequeñoburgueses y de la propia burguesía no se expresó con la misma fuerza en la periferia, donde prevalece un profundo descrédito en relación con las instituciones del régimen, conforme declaró la propia ministro Carmen Lúcia.

De hecho, encuestas de la Fundación Getúlio Vargas, divulgadas en octubre de 2016, muestran el bajo nivel de confiabilidad de casi todas las instituciones del régimen. Según esa encuesta, el nivel de confiabilidad de la prensa escrita y de las emisoras de TV, que muchos intelectuales apuntan como grandes responsables por ganar la conciencia de los más pobres para la “ola conservadora”, tenían la confianza de menos de 35% de la población (33% y 34%, respectivamente).

Michael Temer (PMDB) llegó a asumir la presidencia de la República con poco más de 10% de aprobación popular, y luego enseguida la juventud brasileña inició un espectacular proceso de ocupación de escuelas públicas por todo el país.

En San Pablo, luego del asesinato de cinco jóvenes de la Zona Leste [Este] de la ciudad, militantes de algunas entidades del movimiento negro, teniendo al frente el grupo “Mães de Maio”, ocuparon la Secretaría de Seguridad Pública del Estado. Sí, estamos hablando de la institución represora más poderosa de América Latina.

Los ataques contra los negros y el conjunto del proletariado siguen con mucha fuerza en el Brasil, pero alertamos que no se trata más de ataques a una camada social inmovilizada por un mito histórico. Es cierto que ese mito no está muerto, pero es cierto también que hay mucho fuego prendido por detrás de aquello que el petismo y el neorreformismo tratan como simple humareda.

Hay enormes ponderaciones en los medios intelectualizados de la izquierda brasileña sobre si de hecho esa conciencia racial puede avanzar hacia una conciencia socialista. Seamos sinceros, ¡no avanzará! Ni los negros ni ninguna camada social del proletariado alcanzará una conciencia universal, científica y abstracta como la socialista, en una sociedad capitalista.

Veamos lo que Trotsky (1985) nos dice al respecto:

Si el socialismo tuviese por fin crear una nueva naturaleza humana en los límites de la antigua sociedad, no sería nada más que una nueva edición de las viejas utopías moralizantes. El socialismo no tiene por fin crear una sicología socialista como premisa del socialismo, sino crear las condiciones de vida socialista como premisas de una psicología socialista (Teoría de la revolución permanente).

Una sicología socialista solo puede ser alcanzada en una sociedad socialista. Pero, hay otra pregunta más coherente: ¿es posible que esa conciencia avance hacia una sicología de clase? ¡Sí, es posible! En realidad ella ya es parte de ese proceso. No obstante, ese tipo de pregunta que envuelve un programa transicional, nos la debemos hacer a nosotros mismos y no al proletariado y sus camadas oprimidas. Es preciso preguntar si tenemos programa para presentar a esos grupos oprimidos y cuál es la relación que establecemos con ellos.

Trotsky recordaba que el mayor mérito de los bolcheviques estaba en su relación con el proletariado ruso y la lealtad de ellos adquirida. Era eso lo que diferenciaba a los bolcheviques de la burguesía de aquel país que ni siquiera vivía en Rusia. Sin ese tipo de relación, cualquier programa, por correcto que sea, se vuelve meramente académico.

*

[¹] Todas las traducciones son nuestras, excepto cuando indicado.

REFERENCIAS

- NIGRI, André. *Monteiro Lobato e o racismo. Bravo!*, ed. 165, maio de 2011. Disponible en: bravonline.abril.com.br/materia/monteiro-lobato-e-o-racismo#image=165-capa-racismo-1-g
- BORGES, D; Ribeiro, E; Cano, I. *Os donos do morro: uma avaliação exploratória do impacto das Unidades de Polícia Pacificadora (UPPs) no Rio de Janeiro, São Paulo, Rio de Janeiro, Fórum Brasileiro de Segurança Pública, LAV/UERJ, 2012. [Los dueños del cerro: una evaluación exploratoria del impacto de las Unidades de Policía Pacificadora (UPPs) en Rio de Janeiro, San Pablo, Rio de Janeiro, Foro Brasileño de Seguridad Pública, LAV/UERJ, 2012].*
- LENIN, Vladimir. “Informe sobre la Revolución de 1905 - 22 de enero de 1917”. Informe leído por Lenin el 22 de enero de 1917, en la Casa del Pueblo, en Zurich, en una reunión de jóvenes obreros suizos.
- MOURA, Clóvis. *Dialética radical do Brasil negro*. San Pablo: Editora Anita, 1994.
- MUNANGA, Kabengele. *Rediscutindo a mestiçagem no Brasil: Identidade nacional versus identidade negra*. Petrópolis, RJ: Vozes, 1999.
- PINTO, J. A. C. (2009). *Gilberto Freyre e a Intelligentsia Salazarista em Defesa do Império Colonial Português (1951 - 1974)*. *História*, 28 (1), 445-482. Disponible en: <http://tinyurl.com/82ungj4>. Acesso em 4/4/2012.
- TROTSKY, León. *História da Revolução Russa*. Trad. Diego de Siqueira. San Pablo: Sundermann, 2007.
- _____ . “Teoria da Revolução Permanente”. Trad. Oliveira Sá. San Pablo: Kairós Livraria Ed, 1985.

D debates

Sobre actualización
programática de la LIT-CI

SOBRE LAS ETAPAS

Ricardo Ayala - Brasil

Felipe Alegría, Ángel Luis Parras - Estado español

Presentación

Los objetivos de este trabajo son varios. Uno de ellos es evaluar errores que datan de las Tesis de 1985 y que nos han acompañado a lo largo de nuestra historia. Otro es cuestionar, a través de un análisis histórico, una *IIIª etapa* en la que supuestamente se habría mantenido una relación de fuerzas estable en escala mundial desde 1943 hasta los años 89/90. Un tercer aspecto es cuestionar la categoría de “etapa” en cuanto tal, como instrumento teórico válido, al tiempo que reivindicamos la metodología que utilizó la *IIIª Internacional*.

I. Las Tesis de 1985

La “crisis sin salida”

Queremos poner el acento en la metodología que utilizó el congreso de 1985 para caracterizar la situación como *crisis sin salida*. El criterio era una combinación entre los factores económicos (la crisis de las viejas industrias y monopolios dominantes) y los factores políticos, concretamente una pujanza colosal del ascenso revolucionario en escala mundial que condenaba fatalmente al fracaso la contraofensiva imperialista que encabezaba Reagan. Lo hacíamos, además, sin pronósticos alternativos.

Más allá de los textos congresuales, es ilustrativa la respuesta que dio Moreno a las dudas sobre los efectos reales de la contraofensiva imperialista:

“No hay que asustarse con las coyunturas. Hay una contraofensiva imperialista y hay una recuperación de la economía yanqui. Para nosotros, la contraofensiva por ahora es débil... Logra éxitos, es una contraofensiva, pero es débil.

No logra quebrarle la cabeza a ningún sector fundamental del movimiento obrero. Logra reventar al proletariado reformista controlado por los aparatos burocráticos de Europa y EEUU, que no están en luchas revolucionarias (y donde) hay un gran atraso.

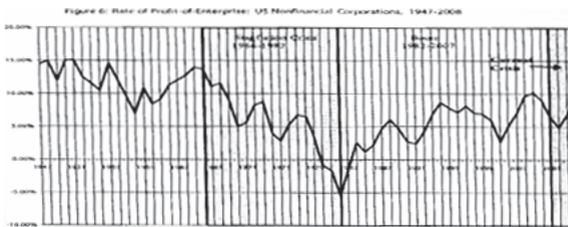
Pero acá viene lo que tenemos que definir por dinámica. [Con relación a] la recuperación económica yanqui, ¿hacia dónde vamos? Nosotros opinamos que esto es coyuntural, porque creemos que vamos a una crisis mucho peor.

Nos preparamos para eso. No nos preparamos para este mes; lo hacemos para dos, tres, cuatro años. En nuestra perspectiva entra la crisis económica del imperialismo yanqui, que paraliza la contraofensiva; no queda nada, ni de contraofensiva ni de nada. Esta es la dinámica que vemos nosotros.

Entonces hay dos factores para definir la situación como revolucionaria: crisis colosal y ascenso revolucionario. Y en un continente entero, que es toda Latinoamérica –con excepción de México– hay una revolución total, completa, en curso. Y el tercer factor es la crisis de los aparatos contrarrevolucionarios...”^[1]

Esta respuesta concentraba los problemas. Uno de ellos era la subvaloración de la fuerte derrota de la huelga minera británica a manos del gobierno Thatcher, que tenía lugar el 3 de marzo de 1985, cuatro días antes del inicio del congreso. Esta derrota golpeaba profundamente a una de las clases obreras más importantes de Europa e incidía con fuerza en todo el continente. Venía, además, tras la grave derrota de los controladores aéreos de 1981 en los EEUU, en el inicio del mandato de Reagan. No podía ser que estas derrotas, que impactaban en dos proletariados decisivos, no afectaran al ascenso mundial.

También, como un pescado que se muerde la cola, fijamos que la contraofensiva imperialista estaba condenada al fracaso como consecuencia de la propia crisis económica, sin que para ello se necesitara que fuese derrotada por la acción de masas. La realidad, como luego veremos, desmintió esta hipótesis: los datos facilitados por la OCDE y las tablas construidas por economistas marxistas como Shaikh, Duménil y Lévy, muestran una recuperación de la tasa de ganancia capitalista desde la primera mitad de la década de los '80, que iba a durar hasta el año 2005, dos años antes del estallido de la gran crisis actual.



Tasa de ganancia de las sociedades no financieras de EEUU (Awnar Sahikh, La I gran depresión del siglo XXI. www.sinpermiso.info)

[1] *Primer Congreso LIT-CI*. San Pablo: Ed. Lorca S. A. Ediciones Marxismo Vivo, 2012.

Pero lo más negativo de todo fue no considerar el factor clave de la crisis de dirección revolucionaria^[2]. Aunque la situación fuera revolucionaria en América Latina, los resultados de la lucha siempre deben estar sujetos a pronósticos alternativos, ya que dependen de manera decisiva de la dirección política de las clases en pugna. Desde este punto de vista, el rol de la burocracia, en particular la estalinista, fue determinante en el desenlace del período.

Restauración capitalista y ofensiva imperialista

Hay un aspecto del que no fuimos conscientes hasta bastante tiempo después y que tuvo una importancia decisiva en el desarrollo de los acontecimientos: el giro restauracionista de la burocracia estalinista, primero en China, a partir 1978 (las Cuatro Modernizaciones), y luego en la URSS, desde 1986, con la Perestroika.

A partir del momento en que la burocracia puso en marcha un plan consciente de restauración del capitalismo, su política exterior dejó de basarse en el mantenimiento de la coexistencia pacífica, pactada al final de la II Guerra Mundial, para pasar a buscar directamente un pacto de integración, sin tapujos, en el sistema mundial de Estados y en la división mundial del trabajo dominados por el imperialismo.

Así, tras el viaje de Deng Xiaoping a Washington en 1979 se produjeron dos hechos fundamentales: las inversiones de Coca-Cola y Boeing en China, abriendo paso a una ola generalizada de inversiones de las grandes transnacionales, y la invasión de Vietnam por el ejército chino, actuando como apoyo directo del imperialismo norteamericano para *estabilizar* el Sureste de Asia. He aquí lo que escribía el biógrafo de Deng:

[Deng] quería convencer a Washington de que no podría tener aliado más leal en la Guerra Fría que la República Popular China bajo su dirección. Mao había visto su entente con Nixon como otro Pacto Hitler-Stalin –en la formulación de uno de sus generales– con Kissinger actuando como un Ribbentrop: un acuerdo táctico con un enemigo para alejar los peligros de otro. Deng, sin embargo, buscaba más que eso. Su objetivo era la aceptación estratégica en el sistema imperial americano, para tener acceso

[2] En el congreso de 1985 definimos: “Este frente [de las masas en lucha] destruye sistemáticamente lo que construye y arma el otro frente, cuestiona los acuerdos y las treguas que desarmen a los pueblos y las democracias que sobreexplotan [a] los trabajadores [...] lo que decimos no es declamatorio, sino una realidad”.

a la tecnología y al capital necesarios para su esfuerzo de modernización de la economía china. Esta fue la verdadera y oculta razón de ser para su asalto a Vietnam. Los EEUU todavía sufrían con su derrota en Indochina. ¿Qué mejor manera de ganar su confianza que ofrecerles una venganza por poderes? La guerra falló, pero procuró algo más valioso para Deng que el coste de 60.000 vidas: un billete de entrada de China en el orden capitalista mundial, en el que iría a florecer^[3].

Lo que el autor define como “esfuerzo de modernización de la economía china” no era sino un plan consciente de destrucción de los pilares económicos del Estado obrero burocratizado. Ya no estábamos ante un Estado obrero sino ante un Estado burgués al servicio directo de la restauración capitalista (*El Verdicto de la Historia*, Martín Hernández). “El billete de entrada de China en el orden capitalista mundial”, que tuvo su pacto de sangre en la invasión de Vietnam, tomó asimismo otras expresiones como la colaboración militar con el imperialismo en África (Angola) o el reconocimiento de la dictadura de Marcos en Filipinas y la de Pinochet en Chile.

El plan de restauración capitalista en la URSS, puesto en marcha con la Perestroika en 1986, pronto tuvo también su reflejo en la política exterior de la burocracia soviética, que emprendió una línea activa de *normalización* de las relaciones internacionales con el imperialismo norteamericano, que culminaría en los Acuerdos de Washington de 1987. La firma del Acuerdo de Esquípulas ese mismo año, liquidando la revolución nicaragüense y centroamericana, fue una importante pieza de esta política. Del mismo modo, al año siguiente, Gorbachov sacaba las tropas soviéticas de África y abandonaba desastrosamente Afganistán.

El aumento de la explotación de la clase obrera en los EEUU, como consecuencia de la ofensiva de Reagan, y los ataques al nivel de vida de los trabajadores europeos (Acta Única de la Unión Europea) se combinaron con el proceso de restauración capitalista en China, que entregó a las grandes transnacionales una masa ingente de mano de obra semiesclava, férreamente controlada por el Estado totalitario. La plena incorporación de millones de trabajadores chinos al mercado mundial no solo permitió a las grandes corporaciones imperialistas abaratar sensiblemente el coste de sus productos e incrementar sus ganancias, sino que presionó decisivamente a la baja los salarios de los trabajadores de todo el mundo, en los países imperialistas y en los países semicoloniales.

^[3] F. Voguel. *Deng Xiaoping and the Transformation of China*. The Belknap press of Harvard University Press, 2011. Citado por Perry Anderson en *Sinomania*, London Review of Books. <http://www.lrb.co.uk/v34/n03/perry-anderson/sino-americana>.

Era el inicio de la *globalización*, que inauguraba una nueva división mundial del trabajo, integrando a China y a su enorme clase obrera en el mercado mundial. El decálogo de la globalización quedaría sacralizado en 1988 en el conocido “Consenso de Washington”, que unificó a los organismos multilaterales imperialistas (FMI, Banco Mundial...) definiendo las medidas del programa neoliberal: liberalización del comercio y de las trabas para la inversión extranjera; recorte de los gastos públicos; garantía de superávit primario para asegurar el pago de la deuda; privatizaciones generalizadas y desregulación del sistema financiero.

Algunas consideraciones sobre la III Etapa

En continuidad con la tradición marxista revolucionaria, Moreno proclamó la necesidad de comprender cada uno de los procesos revolucionarios nacionales como parte del proceso revolucionario mundial. La realidad mundial de la lucha de clases no es una suma de realidades nacionales inconexas sino una totalidad que las supera e integra. Este criterio, imprescindible desde el advenimiento del imperialismo, exige determinar la correlación de fuerzas, no solo en escala de un país o una región, sino en el marco mundial.

En base a estas premisas, nuestra corriente definió las determinaciones fundamentales del período que se abrió en 1943 con la derrota nazi en la II Guerra Mundial. Estas determinaciones pueden encontrarse en la tesis VII de la *Actualización del Programa de Transición (Treinta años de grandes triunfos revolucionarios)* y ser resumidas esquemáticamente así: 1/ el proletariado y las masas del mundo obtuvieron triunfos espectaculares, comenzando por la derrota nazi y la expropiación del capitalismo en una tercera parte del mundo y en particular en el país más poblado, China; 2/ se abrió la mayor crisis del imperialismo de su historia; 3/ el triunfo norteamericano en la guerra liquidó el problema del dominio del mundo capitalista, estableciendo su hegemonía indiscutida; 4/ el pacto contrarrevolucionario entre la burocracia del Kremlin y el imperialismo, a la salida de la II Guerra Mundial, basado en el reparto de las “zonas de influencia” de los acuerdos de Yalta, marcó en lo sucesivo la política mundial; 5/ gracias a este acuerdo, el imperialismo norteamericano logró estabilizar el capitalismo en Europa Occidental y Japón (Plan Marshall), permitiendo un *boom* económico extraordinario a lo largo de más de dos décadas; 6/ se dio un gran fortalecimiento de los aparatos contrarrevolucionarios del movimiento

de masas, que acentuó la crisis de la dirección revolucionaria, agravada como consecuencia de la propia crisis de la IV Internacional (pablismo).

Era una excelente definición, pero el problema vino después, porque las situaciones mundiales que se fueron sucediendo quedaron prisioneras de una categoría que habíamos construido, la “etapa”, entendida como un “período prolongado en el que se mantiene constante la relación de fuerzas entre las clases en lucha”, que tiene un “*signo*” que la sobredetermina, aunque puedan darse “contradicciones entre la etapa que se vive a nivel mundial y las etapas por las que atraviesan los diferentes países” (MORENO, “*Revoluciones del Siglo XX*”, 1984). Así pues, definimos una IIIª etapa, entendida como:

“una nueva etapa revolucionaria, que se inicia con la derrota en Stalingrado del ejército nazi [1943] y abre un período de revoluciones triunfantes que se extiende hasta el presente [...] A esta etapa la hemos denominado de la ‘revolución inminente’ porque, a diferencia de la etapa abierta por la revolución rusa, que redujo sus efectos a algunos países de Europa y Oriente, en esta la revolución estalla, y en ocasiones triunfa, en cualquier parte del globo” (*Revoluciones del Siglo XX*, 1984).

Sin duda alguna, el período que se abrió en 1943 tiene unas características generales comunes que se mantuvieron hasta la restauración del capitalismo en los Estados obreros burocratizados: la hegemonía mundial del imperialismo yanqui, los pactos contrarrevolucionarios entre el imperialismo y la burocracia estalinista, una lucha de clases reñida y la crisis de dirección revolucionaria. Sin embargo, la combinación de estos elementos entre sí y con la “curva de desarrollo económico capitalista” ha sido muy distinta a lo largo del período que definimos como IIIª etapa, dando lugar a situaciones que no podían ser definidas solo como cambios de cantidad dentro de una totalidad –la III etapa– que supuestamente se mantenía.

El intervalo de la lucha de clases entre 1943 y 1949 se ajustaba perfectamente a la “revolución inminente” definida en *Revoluciones del Siglo XX*: con la excepción de EEUU y la URSS, la revolución pudo estallar en cualquier parte del globo. En aquel entonces, el alzamiento revolucionario en Italia, Francia, Bélgica, Grecia o Yugoslavia, se combinaba con el desmoronamiento de los imperios coloniales francés, británico y holandés y abría un proceso revolucionario en escala mundial de proporciones inéditas. Se agregaba, además, el vacío de poder dejado por la retirada del imperialismo británico, que no podía ser rellenado de golpe por los Estados Unidos.

En este marco excepcional, la colaboración del aparato estalinista fue abso-

lutamente decisiva para salvar al imperialismo, ahogando el proceso revolucionario en Europa Occidental y permitiendo el largo *boom* económico de posguerra, iniciado con el Plan Marshall. De esta manera, a partir de 1950, ya no solo eran los EEUU y la URSS los que quedaban marginados del proceso revolucionario mundial, sino también toda Europa Occidental. La revolución dejó de estar ya planteada “en cualquier parte del globo” y el ascenso se trasladó y quedó concentrado en la revolución colonial, contra la que el imperialismo pudo concentrar sus fuerzas a partir de la estabilización europea.

Unos años que no fueron “dorados”: la posguerra hasta el fin del *boom*

Si la revolución hubiera triunfado en Europa Occidental nos habríamos ahorrado muchos golpes militares y los veinte millones de muertos que contabiliza la ONU entre 1945 y 1983 como resultado de la saña imperialista contra los movimientos de liberación nacional de las colonias.

La traición estalinista es corresponsable de este verdadero genocidio, que es la otra cara del *boom*, que los franceses conocen como los *años dorados*. Cualquier calificativo para describir ese proceso se queda corto, pues los métodos que utilizaron las potencias imperialistas no guardan apenas distancia con la barbarie nazi: en África exterminaron a tres millones y medio de personas, medio millón en Oriente Medio, dos millones y medio en el Sur de Asia, entre tres y cuatro millones en Corea, y al menos dos millones en Vietnam^[4].

Las de Cuba y Vietnam del Norte fueron las únicas expropiaciones del capital de este colosal proceso revolucionario, resultado de circunstancias excepcionales en las que el imperialismo dejó sin ningún margen de maniobra a la dirección de los ejércitos guerrilleros. Estas expropiaciones constituyeron una clara excepción a la regla de la burocracia estalinista y de las direcciones pequeñoburguesas bajo su influencia, que arrojaron el movimiento revolucionario en brazos de las cobardes burguesías criollas.

Pero esta situación mundial que produjeron la revolución cubana y vietnamita era ya muy distinta de la que llevó a la expropiación en el Este de Europa así como en Yugoslavia y China en la inmediata posguerra mundial. Es un error considerar simplemente como una diferencia de cantidad el paso a la nueva si-

^[4] Sin contar, ya en un período posterior (1980-1988), 1,5 millones de muertos y 12 millones de desplazados a causa de las guerrillas contrarrevolucionarias en Angola y Mozambique.

tuación que se abrió desde 1950. Tampoco estábamos ya ante la “crisis crónica del imperialismo” sino ante el “boom”. El imperialismo, apoyándose en la burocracia estalinista, había superado temporalmente la crisis y se mostraba a la ofensiva, desde la economía (plan Marshall) hasta la intervención militar en el mundo colonial, combinando guerras contrarrevolucionarias (Corea) y golpes militares (como en Indonesia, con un saldo de un millón de muertos).

La ola revolucionaria que siguió al fin del boom

Pero este período que comenzó en 1950 también tuvo su fin. Desde la segunda mitad de los años '60 se operó un cambio profundo, causado por el fin del *boom* económico. Moreno lo sintetizó perfectamente en la tesis VIII de la *Actualización....*

La nueva situación no podía ser ya considerada como parte de la misma “etapa”. No estábamos ante una “cantidad superior” de ascenso revolucionario sino ante una distinta combinación de elementos, ensamblada con un factor clave que antes no existía: el fin del *boom*, que dio inicio a una curva económica descendente a escala mundial, que provocó la ruptura de los viejos equilibrios entre las clases, y que iba a durar hasta la primera mitad de los '80. La crisis económica, el retorno de la revolución a Europa (Portugal) y la enorme derrota militar y política del imperialismo norteamericano en Vietnam crearon una situación mundial cualitativamente distinta.

Desde finales de los años '60 se fue combinando un gran ascenso obrero en las metrópolis y procesos revolucionarios en los países dominados, a los que se añadió un movimiento juvenil generalizado en escala mundial y la revolución política en Checoslovaquia (la “Primavera de Praga”). En Inglaterra hubo en 1969 cerca de 3.000 conflictos laborales y un millón y medio de huelguistas. En Italia, en 1969 el número de huelgas era cuatro veces superior al de 1968 y, como en el caso británico, una amplia vanguardia imponía, con el apoyo de las bases, las huelgas a los aparatos sindicales. Algo parecido sucedía en Bélgica. Francia vivió el punto más elevado con la huelga general de mayo de 1968.

Pero fueron los procesos de 1974-1979 los que asestaron los golpes más profundos al imperialismo. La derrota político-militar en Vietnam fue acompañada por un fuerte ascenso proletario en los centros imperialistas. La cima, la revolución portuguesa en 1974, fue seguida de un impetuoso movimiento en el Estado español, que puso abiertamente en jaque al franquismo, y por el fin de la dictadura de los coroneles en Grecia. En los tres procesos la clase

obrero fue protagonista indiscutible. Entre 1976 y 1979 el Estado español fue recorrido por numerosas huelgas generales. La revolución portuguesa conoció experiencias incipientes de organismos de doble poder, vivió la nacionalización de sus bancos y grandes empresas y fue la expresión más desarrollada de la unidad de la revolución entre las colonias (Angola y Mozambique) y la metrópoli. El ascenso afectó también a países centrales como Gran Bretaña, con la huelga de los mineros y estibadores (1972-1974) que provocó la caída del gobierno conservador y, en su segunda oleada (1978-1979), la del gobierno laborista. A lo que hay que añadir dos grandes triunfos: el derrocamiento de la dictadura de Somoza en Nicaragua y de la del Sha en Irán.

Estos años decisivos fueron testimonio, una vez más, de la continuidad de la crisis de dirección y del rol contrarrevolucionario de la burocracia estalinista que, al igual que durante 1943-1949, fue determinante para liquidar los procesos revolucionarios y salvar al imperialismo de una de sus crisis más agudas.

Entre 1974 y 1979 el único lugar que resultó en expropiación de la burguesía (por métodos burocrático-militares), fue Vietnam del Sur, debido a que el imperialismo norteamericano no ofreció ningún margen de negociación a la burocracia norvietnamita y a la propia necesidad de esta de “hacer concordar” el régimen del Sur conquistado con el del Norte (algo similar a lo que sucedió en los territorios conquistados por Stalin a raíz del pacto germano-soviético y, más tarde, en los países del Este ocupados por el Ejército Rojo en la II Guerra Mundial^[5]).

Esa expropiación fue una clara excepción a la regla por la cual la burocracia y sus aliados locales (en Congo, Guinea, Argelia, Yemen del Sur, Etiopía, Mozambique, Granada o Afganistán) mantuvieron la propiedad capitalista, constituyendo lo que en su momento definimos como regímenes “estalinista-burgueses”. En Nicaragua, el papel de la dirección cubana fue decisivo para “evitar otra Cuba”. En Angola, en 1977, la dirección del MPLA y las tropas cubanas no dudaron en masacrar en Luanda a entre 15.000 y 80.000 personas^[6], en un baño de sangre que exterminó a la vanguardia de la revolución. El proceso culminaría unos años más tarde cuando los dirigentes de estos antaño aparatos guerrilleros

^[5] “En la medida en que la dictadura bonapartista de Stalin se basa en la propiedad estatal y no en la privada, la invasión de Polonia por el Ejército Rojo llevará, por la naturaleza del hecho, a la abolición de la propiedad privada capitalista, así como hará concordar el régimen de los territorios ocupados con el régimen de la URSS” (Trotsky, L. “La URSS en guerra (1939)”, *En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, dic. 1977, p. 40).

^[6] Cristina Portella. “El 27 de mayo fue un largo y trágico día”. www.litci.org/es/mundo/africa/angola/el-27-de-mayo-fue-un-largo-y-tragico-dia/ y “Nascimento e morte do Poder Popular em Angola (1974-1977)”. Universidade Federal Fluminense (UFF), 2015.

se integraron en el núcleo de las burguesías “nacionales” a través de la utilización del Estado como instrumento de acumulación primitiva (los sandinistas, el MPLA angoleño...).

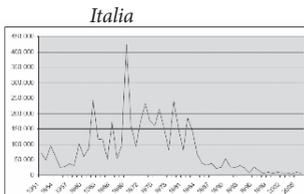
Las desigualdades del proceso mundial: América Latina

En el cuadro general descrito, la situación latinoamericana presentó un desarrollo desigual, ya que, a diferencia de Europa o los EEUU, el ascenso en el Cono Sur fue respondido con sangrientos golpes militares en Chile y Uruguay (1973) y tres años más tarde en Argentina. No obstante, al calor del fin del *boom* y de la crisis económica, a partir de 1977 los regímenes bonapartistas latinoamericanos comenzaron a entrar en crisis. A los dos años del inicio de las huelgas obreras y movilizaciones juveniles en el Brasil, era derrocada la dictadura de Somoza en Nicaragua (1979). Por su parte, ante la crisis de las dictaduras, el imperialismo norteamericano daba ya paso a su política de “reacción democrática”.

El ascenso latinoamericano cobró mucha fuerza en los ‘80, con la caída de los regímenes bonapartistas y un poderoso ascenso obrero en el Cono Sur. Este ascenso, sin embargo, iba ya a contramano de la situación mundial, que había sufrido un fuerte retroceso. A pesar de esto, para las tesis de 1985, Latinoamérica era la vanguardia de una situación mundial que se seguía manteniendo desde 1974 y cuya “característica más sobresaliente” era “la exacerbación de la lucha de clases a nivel internacional, en una escala nunca vista en anteriores etapas, salvo la de la inmediata posguerra”.

El retroceso de la ola revolucionaria en los ‘80

La combinación que se tejió desde finales de los ‘60 y que culminó en 1974-1979, no continuó hasta 1985. La revolución portuguesa fue contenida, la situación prerrevolucionaria del Estado español estabilizada, y el movimiento huelguístico europeo sufrió un fuerte retroceso. Los gráficos sobre las huelgas en Italia y Estado español son ilustrativos:



Ilario Salucci, *Un secolo di scioperi*.
Note di lettura, Maggio 2008



Rosa Carbó, *Las movilizaciones durante la Transición*

Sin embargo, la *Actualización...* (y las tesis de 1985) seguía definiendo la situación europea por una realidad que ya no existía. Hubo la posibilidad de que el proceso abierto con la revolución portuguesa se extendiera, al menos, al Estado español y a Grecia. No obstante, la traición del PC portugués, junto a la operación de *reacción democrática*, cambiaron cualitativamente la realidad de 1975. Asimismo, la traición del PCE-CCOO en el Estado español desmovilizó y desmoralizó al movimiento obrero y permitió la transición del franquismo a un régimen monárquico-bonapartista que fue consolidado en 1982 con la entrada del PSOE al gobierno. Algo similar sucedió en Grecia, donde el movimiento fue controlado, desviado e institucionalizado. El mismo papel desempeñó Mitterrand en Francia, derrotando un movimiento que venía desde 1968.

En correspondencia, la burguesía europea resolvía su “crisis de conducción”. Un hito de gran alcance fue la victoria electoral de Thatcher, seguida de una ola de gobiernos “conservadores” en el Norte de Europa que, combinada con gobiernos de la socialdemocracia en el Sur, lanzaron una dura contraofensiva al movimiento obrero.

Una de las primeras medidas de Thatcher fue una ley “anti-huelgas salvajes”, todavía en vigor, que entrega mucho más poder a la burocracia para controlar el movimiento. El punto álgido fue la huelga minera que empezó en 1984 y fue considerada por Thatcher como “el principal desafío del gobierno británico desde la II Guerra”. Su coste económico fue superior al de la guerra de las Malvinas. La huelga tuvo la solidaridad de la clase obrera inglesa, pero solo los estibadores desbordaron a la burocracia sindical.^[7] La huelga, aislada, en lugar de tumbar al gobierno conservador como en 1974, fue derrotada.

Es posible que la derrota minera de 1984 fuera el punto de inflexión para el conjunto del continente. Se añadía a la derrota en Altos Hornos de Sagunto en el Estado español, en 1983, que abrió las puertas a la salvaje reconversión industrial de Felipe González (PSOE). En 1986 sería el emblemático astillero Lisnave de Lisboa, bastión obrero de la revolución, el que no logró derrotar los despidos.

Tampoco el paisaje de los EEUU a inicios de los '80 estaba ya dominado por las grandes movilizaciones antiguerra. Es muy posible, por el contrario, que la militarización de la huelga de los controladores aéreos de 1981 y el despido de 11.345 de ellos fuera el equivalente norteamericano a la derrota minera británica de 1985.

[7] “Quien triunfó en la huelga minera”. *Correo Internacional*, 1985.

Así, la contraofensiva liderada por Reagan y Thatcher, iniciada en los '80, fue cosechando victorias por puntos que, combinadas con el giro restauracionista de la burocracia china (y, más tarde, de la rusa), lograron importantes victorias del imperialismo que cambiaron la situación. Esto comenzó a invertir la curva descendente del fin del *boom*, dio paso a una recuperación de la tasa de ganancia y preparó el despegue de los '90 (que incluyó la semicolonización –vía la Unión Europea– de los países del Este donde el capitalismo había sido restaurado).

No queremos acabar este apartado sin hacer notar un hecho de gran relevancia: una vez que la burocracia puso en marcha los planes de restauración capitalista, su acción cambió de naturaleza. Ya no se trataba de la continuidad de la vieja política contrarrevolucionaria para cumplir los pactos con el imperialismo, sino de una política directamente al servicio de su plena inserción en el mercado mundial imperialista. Si China ya no era un Estado obrero desde 1978^[8], la invasión del Vietnam y el apoyo militar a la guerrilla contrarrevolucionaria angoleña eran ya actuaciones de un Estado burgués restauracionista. A partir de 1986, la actuación de la burocracia rusa en los “conflictos regionales” de la “guerra fría” obedeció al mismo patrón. Uno de los pilares del período abierto en 1943, el pacto contrarrevolucionario entre el imperialismo y la burocracia, era sustituido por un “nuevo pacto” de sumisión, que afectó de lleno a todos los aparatos burocráticos oportunistas que estaban a la cabeza de los principales enfrentamientos en América Latina, África y Asia.

II. Cuestionando el concepto de Etapa

Vamos a poner ahora el foco sobre la Etapa como categoría teórica. Creemos haber demostrado, en relación a la III etapa, que un período tan prolongado de lucha de clases (de 1943 a 1989), sometido a cambios tan profundos, no puede ser clasificado como una etapa cuyos elementos clave permanecen uniformes. No se trata ya de que las desigualdades entre países o regiones del globo se contradigan con las características asignadas a la etapa. El problema general es que la combinación de elementos que definen la relación entre las clases (el ascenso o

^{-12 [8]} “El salto cualitativo ocurrido en la URSS a partir del Congreso del PCUS de febrero-marzo de 1986, ocurrió en China en diciembre de 1978, en el III Pleno del XI Comité Central del Partido Comunista. Fue después de esa reunión que entran en práctica las Cuatro Modernizaciones, una especie de Perestroika anticipada. A partir de 1978, en China, no estaban siendo hechas concesiones al capitalismo; por el contrario, él estaba siendo restaurado, lo que es bien diferente” (Martín Hernández, *O Veredicto da Historia*. Ed. Sundermann, 2007, p. 227).

retroceso de la movilización, la crisis de dirección y la curva del desarrollo capitalista, asociada a la división mundial del trabajo) y sus efectos en los distintos países y regiones, producen situaciones diferentes y cambiantes que no se corresponden con las características uniformes atribuidas a la etapa.

El segundo problema, no menos importante, es el del “signo de la etapa”, que determina su dinámica. Así, grandes victorias o derrotas abrirían una etapa con un signo positivo o negativo, revolucionario o reaccionario, que expresaría una relación de fuerzas mundial que se mantendría estable durante un período prolongado. Volviendo a la III etapa, no es que sus contradicciones no fueran abordadas, particularmente por Moreno, el problema es que a la hora de interpretar la dinámica, todas ellas se resolvían por el “signo de la etapa”, sintetizado en dos componentes: 1/ una crisis económica colosal; y, 2/ un ascenso revolucionario que hace estallar los pactos contrarrevolucionarios de la burocracia con el imperialismo (Congreso de 1985).

Pero el signo de la etapa no se sostiene como criterio para acercarse a la realidad y tira, además, por la ventana una de los aportes fundamentales de Moreno al marxismo: la ley que “invierte las relaciones causales” de los acontecimientos históricos en la época imperialista, “transformando el más subjetivo de los factores –la dirección revolucionaria– en la causa fundamental de todos los otros fenómenos, incluso los económicos”^[9]. El problema de la dirección codetermina la relación de fuerzas.

El advenimiento de la I Guerra Mundial en 1914 fue la más profunda derrota conocida del proletariado internacional, pero no definió una etapa con un signo contrarrevolucionario, sino que tres años después los soviets tomaban el poder en Rusia. Tampoco la traición del estalinismo que puso fin a la revolución en Francia e Italia en los años 1943-1949, frenó el proceso revolucionario en el mundo colonial. De estos hechos históricos no se deducen signos que sobreterminan el curso posterior de los acontecimientos aprisionándolos en un campo de fuerza. Por el contrario, nos obligan a estudiar en profundidad en qué momento nos hallamos de la curva de desarrollo capitalista, las relaciones entre las clases que se derivan, el papel de la superestructura política y, en particular, cómo incide la crisis de dirección, así como las relaciones internacionales entre los Estados. El estudio a fondo de la forma como se combinan estos factores no puede ser sustituido por el signo de una etapa.

^[9] MORENO, Nahuel. *Actualización del Programa de Transición*, Tesis II.

La metodología de la III Internacional

La tradición marxista revolucionaria analiza los procesos revolucionarios nacionales como parte de un conjunto superior, que es la revolución mundial, en la cual opera una combinación entre los polos avanzados y los retrasados, donde la capacidad de los primeros de arrastrar a los segundos define la dinámica. Este criterio, válido y necesario para analizar las situaciones mundiales, no sirve, en cambio, para definir períodos tan largos, que casi se confunden con una época histórica, como es el caso de las etapas.

No conocemos otras fundamentaciones de Moreno sobre las etapas más que las citadas, y tampoco hemos logrado encontrar en la tradición del marxismo revolucionario un criterio similar. Hay, sin embargo, una referencia metodológica en nuestra tradición que merece toda nuestra atención y es la que se plasma en los debates y resoluciones de la III Internacional entre 1921 y 1926, en los que Trotsky tuvo un especial protagonismo.

El informe y las tesis sobre la situación mundial presentadas por Trotsky en el III Congreso de la Internacional Comunista (1921) enfrentaron la oposición de los delegados alemanes, que planteaban que la recesión entonces iniciada conduciría necesariamente a una nueva ola revolucionaria en Europa.^[10] Los debates del congreso cuestionaron este automatismo entre crisis económica y ascenso revolucionario, y profundizaron en la relación entre la lucha de clases, la curva de desarrollo capitalista y el problema de la dirección revolucionaria.

En 1921, a pesar de la impresionante ola revolucionaria que siguió a la Revolución de Octubre, solo se había conseguido tomar el poder en Rusia. Por el contrario, la situación había sido estabilizada y se hallaba marcada por la contraofensiva del capital. La pregunta que se hacían los delegados era si la nueva situación respondía a las relaciones de fuerza profundas entre las clases y si la burguesía estaba en condiciones de restablecer el equilibrio y dar paso a un nuevo período prolongado de crecimiento, como el que tuvo lugar los veinte años anteriores a la I Guerra Mundial. Es a esto que responde Trotsky en su informe^[11], señalando los factores estructurales necesarios para restablecer un nuevo equilibrio capitalista:

^[10] El informe y los debates pueden ser consultados en John Riddell: *To the masses: proceedings of the Third Congress of the Communist International*, 1921, pp. 101-135. Las *Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista* pueden consultarse en www.marxists.org.

^[11] TROTSKY, León. "A situação mundial, junio 1921", en: *O Imperialismo e a crise da economia mundial*. Ed. Sundermann, 2008.

“El equilibrio de clases se apoya en el equilibrio económico [...] Ese equilibrio fue igualmente roto por la guerra y fue eso que llevó al colosal movimiento huelguístico por todo el mundo.

¿Una nueva división mundial del trabajo fue establecida?

“El equilibrio de clases está estrechamente vinculado al equilibrio político. Durante la guerra, e incluso antes de ella, la burguesía mantenía su mecanismo en equilibrio –aunque no lo percibiéramos en su momento– por medio de los socialdemócratas, los social-patriotas, que eran la agencia más importante de la burguesía y que mantenía a la clase obrera dentro de los límites del equilibrio burgués [...] ¿En qué medida los socialdemócratas conservan o dilapidaron su influencia sobre las masas y por cuánto tiempo más pueden jugar su papel como guardianes de la burguesía?...

“Luego viene la cuestión de equilibrio internacional, es decir, la coexistencia mundial de Estados capitalistas separados [...] ¿El equilibrio en esta esfera se ha logrado o no?”

El texto y el informe mencionados señalan cómo la I Guerra Mundial había cambiado el eje central de la política mundial del antagonismo entre Gran Bretaña y Alemania (origen de la I Guerra) al antagonismo entre el imperialismo británico en decadencia y la gran potencia emergente, EEUU. Este antagonismo era el origen de la futura guerra en gestación, “verdaderamente mundial, que decidirá la dominación imperialista exclusiva”, como así fue la II Guerra Mundial

Todos los acontecimientos mundiales giraban en torno a esta cuestión. Este antagonismo operaba en una situación marcada por la destrucción del antiguo equilibrio europeo y la desorganización del mercado mundial, elementos sobre los que se sustentaba la curva descendente iniciada en 1914, caracterizada por ciclos de ascenso pequeños, breves y especulativos y ciclos recesivos profundos y largos. El inestable equilibrio del sistema de Estados surgido de la I Guerra era un obstáculo central para establecer una nueva división mundial del trabajo, condición necesaria, a su vez, para invertir la curva de desarrollo capitalista y dar paso a una nueva onda ascendente.

El III Congreso integró en este cuadro general la confrontación de la URSS y la III Internacional con el mundo imperialista y la lucha por la revolución mundial. No fijaron ninguna *etapa* y menos aún le pusieron un *signo*, sino que establecieron hipótesis alternativas:

“... el problema de saber si el capitalismo puede regenerarse se convierte en un problema de lucha entre fuerzas vivas: las de las clases y las de los partidos. Si de las dos clases fundamentales, la burguesía y el proletariado, una de ellas, la última, renunciara a la lucha revolucionaria, la otra, la burguesía, lograría indudablemente un nuevo equilibrio capitalista - equilibrio de descomposición material y moral –en medio de nuevas crisis, de nuevas guerras, del empobrecimiento de países enteros y de la muerte de decenas de millones de trabajadores-”.^[12]

[12] *Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista*; III Congreso.

Trotsky y la III Internacional se equivocaron al prever la guerra entre los EEUU y Reino Unido, pues esta, como consecuencia de la evolución europea, tuvo lugar finalmente entre los EEUU y Alemania (y Japón). Pero acertaron en lo fundamental, al identificar el antagonismo interimperialista por la dominación del globo como el problema fundamental de la política mundial y la fuente de las crisis y las situaciones revolucionarias, en un período marcado por una curva capitalista descendente. Fue sobre este cuadro de fondo que se fueron expresando las distintas situaciones:

“El desarrollo político tiene también sus ciclos, sus alzas y sus bajas. El enemigo no es pasivo sino que también combate. Si el ataque del proletariado no es coronado por el éxito, la burguesía pasa en la primera ocasión al contraataque.” Y añadían: “La pérdida por parte del proletariado de algunas posiciones conquistadas provoca una cierta decepción en sus filas. Pero sigue siendo incuestionable que en el período actual la curva de desarrollo del capitalismo es, de manera general, descendente con movimientos pasajeros de alza, y la curva de la revolución es ascendente con algunos repliegues.”^[13]

La III Internacional señalaba que las situaciones revolucionarias no vienen determinadas mecánicamente por la crisis económica, sino por los desequilibrios que esta provoca en el organismo económico mundial capitalista, desestabilizando el equilibrio entre los países y las clases.

“Muchos camaradas preguntan de una manera bastante abstracta si es el empobrecimiento o la prosperidad lo que conduce a la revolución. Planteada de esta manera, la pregunta está muy equivocada [...]. Un compañero español me dijo en privado que era la prosperidad de la industria española producida por la guerra que desarrolló el movimiento revolucionario en gran escala, ya que anteriormente se había producido un estancamiento en España. Por lo tanto, no es un ejemplo de Rusia sino en España, en el extremo opuesto de Europa. Camaradas, lo que conduce a la revolución no es ni el empobrecimiento ni la prosperidad en sí mismas, sino más bien, la alternancia entre la prosperidad y el empobrecimiento y la crisis. Es la inestabilidad, la falta de constancia que alimenta a la revolución.”^[14]

Los conflictos pueden llegar a adquirir proporciones extremas, particularmente en los períodos de transición en que la curva de desarrollo se invierte y cambia de signo. Una nueva división mundial del trabajo debe necesariamente apoyarse en los movimientos de la superestructura política, que tiene una autonomía relativa ante los fenómenos *puramente económicos*. Así, al abrirse una ola de conflictividad revolucionaria en escala mundial, su resultado va a depender del Estado Mayor de las dos clases fundamentales, burguesía y clase obrera. Y si no se impone

^[13] *Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista*; III Congreso.

^[14] RIDDELL, J. op. cit., p. 165.

la revolución obrera, la burguesía imperialista acabará logrando una nueva fase de “equilibrio desequilibrado”.

“La revolución –decía Trotsky en su informe de 1921– tiene tres fuentes que están interconectadas. La primera fuente de la revolución es la decadencia de Europa. El equilibrio de clase en Europa fue mantenido ante todo por la posición dominante de Inglaterra en el mercado mundial. Hoy esa posición dominante de Europa se perdió por completo y también de forma irreparable. De ahí la inevitabilidad de poderosos paroxismos revolucionarios que pueden terminar o en la victoria del proletariado o en la completa caída de Europa.

“La segunda fuente de la lucha revolucionaria está en los severos espasmos de todo el organismo económico de EEUU: un *boom* sin precedentes, extraído de la guerra europea, y una cruel crisis engendrada por las consecuencias de esta guerra. El movimiento revolucionario del proletariado norteamericano puede, bajo estas condiciones, adquirir el mismo ritmo, único en la historia, que el desarrollo económico de EEUU en los últimos años.

“La tercera fuente de la lucha revolucionaria es la industrialización de las colonias, sobre todo la India.”^[15]

Los cambios en la correlación de fuerzas no están definidos para toda una “etapa”. De forma similar a como sucedió con la tremenda derrota que significó la I Guerra Mundial, la derrota histórica que representó la victoria nazi azuzó la contienda por la hegemonía en el seno del imperialismo, fuente de nuevas crisis y situaciones revolucionarias en Europa y los países dependientes.

A partir de 1943-1945, con la derrota nazi, la época imperialista tomó otra “forma histórica”, otra configuración de sus elementos más estructurales: hegemonía indiscutida de los EEUU como imperialismo dominante y eje de la contrarrevolución mundial; pacto contrarrevolucionario entre la burocracia y el imperialismo para mantener las esferas de influencia y sofocar la revolución mundial; continuidad de la crisis de dirección del proletariado. Esta configuración de fondo se mantuvo durante el *boom* y también tras su agotamiento a partir de la segunda mitad de los ‘60. Y duró hasta la restauración capitalista (primero en China y luego en el Este europeo) y el fin del aparato estalinista mundial.

No queremos acabar este apartado sin hacer notar una evidencia empírica que caracteriza las olas revolucionarias de la posguerra: solo en situaciones históricamente excepcionales como la de 1943-1949 o la de 1974-1979 (que marcan periodos de transición en escala mundial) las olas revolucionarias abarcan simultáneamente diferentes continentes y alcanzan una dimensión directamente *mundial*. Fuera de estos períodos, las olas revolucionarias tienen un alcance regional o nacional. De ahí la necesidad de tratar con prudencia categorías como “situación revolucionaria mundial”.

[15] TROTSKY, León. op. cit. Ed. Sudermann, 2008, p. 58.

La inversión de la curva del desarrollo capitalista y el problema de la dirección

El fin del *boom* cambió la fuente de las situaciones revolucionarias del período anterior, concentradas en la revolución colonial, y condujo al desequilibrio entre las clases en los países metropolitanos (con su primer gran reflejo en el Mayo francés de 1968 y su cénit en la revolución portuguesa de 1974) y a la derrota político-militar del imperialismo yanqui en Vietnam, uno de cuyos pilares fue el movimiento antiguerra en los EEUU. Las nuevas condiciones arrastraron también a los Estados obreros burocratizados al estancamiento y la decadencia, al calor de un endeudamiento externo disparado. Las burocracias del Este respondieron a la crisis imponiendo severos programas de ajuste, al dictado del FMI, que Moreno identificaba como un proceso de semicolonización.

Para restaurar el equilibrio económico, el imperialismo necesitaba derrotar los procesos revolucionarios y para ello le resultaba imprescindible la colaboración activa de la burocracia estalinista, que a estas alturas abandonaba la “coexistencia pacífica” para integrarse directamente en la división mundial del trabajo imperialista.

La definición perentoria de las Tesis de 1985 de que “las masas en lucha destruyen sistemáticamente [...] los acuerdos y las treguas” no se plasmó en la realidad. Hubo una combinación que incluyó la participación de las guerrillas contrarrevolucionarias financiadas por el imperialismo (Nicaragua, África, Afganistán), pero los dos factores determinantes fueron, de un lado, los pactos contrarrevolucionarios que incorporaron a la democracia burguesa la resistencia obrera y los procesos revolucionarios en curso y, de otro, el giro restauracionista de la burocracia china. En cuanto al primero, si el imperialismo utilizó el recurso a la *reacción democrática* en lugar de los golpes militares y salidas nazi-fascistas fue porque contaba con la colaboración abierta de la burocracia de la URSS y de China. El “aluvión oportunista”^[16] que se abrió paso en la izquierda mundial tuvo su epicentro en los años '80.

Ambos factores fueron decisivos para que la recuperación imperialista, basada en un nuevo grado de explotación y en el desarrollo de nuevas ramas productivas (las “tecnologías de la información y comunicación”, TIC), abriera paso a un nuevo ciclo de inversiones, asociado a una nueva división mundial del trabajo

[16] HERNÁNDEZ, Martín. “Un aluvión oportunista recorre el mundo. Acerca de los caminos de la izquierda”. *Marxismo Vivo* n.º 9, 2004.

bajo la dirección de los EEUU. Esta curva ascendente no logró alcanzar los niveles del *boom*, ni en intensidad ni en duración.

La restauración capitalista en los Estado obreros burocratizados y la crisis de dirección

Antes decíamos que la fuente de las situaciones revolucionarias son los desequilibrios de clase asociados a la ubicación de los países y regiones en la nueva división mundial del trabajo correspondiente a la nueva fase de acumulación del capitalismo imperialista. Este fenómeno se expresó de manera diferenciada en los ex Estados obreros.

La inversión extranjera directa (IED) en China se inició en 1980; en estas fechas las inversiones imperialistas equivalían a 27,8% del PIB chino. En 1985, China ya absorbía 6,5% del flujo total mundial de IED (\$11.700 millones); 70% iba destinado a factorías de equipos electrónicos y comunicación.^[17] La inversión imperialista transformó el país, cuya fuerza de trabajo se concentraba en la agricultura, hacia la industrialización alrededor de las nuevas ramas industriales. Y mientras el PIB chino se disparaba, la catástrofe se abatía sobre la ex URSS, con la caída en picada del PIB, una enorme deuda pública, un déficit público descontrolado, y un tremendo retroceso de la producción de cereales, sin reserva de divisas para importarlos. Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania se ofrecían a la UE como parias semicoloniales y reserva de mano de obra calificada y barata para la industria alemana.

En este contexto, mientras el joven proletariado chino se estrenaba en las cadenas de producción, sin acompañar como clase la rebelión de la juventud contra el régimen, masacrada en Tiananmen, la clase obrera del Este de Europa protagonizó una de las más poderosas olas revolucionarias del siglo XX contra los profundos cambios en sus condiciones de existencia producto de la restauración.

Mientras China mantenía a raya a la clase obrera con el látigo de la dictadura, el intento de la burocracia soviética de hacer lo propio, endureciendo el régimen bonapartista, encontró la respuesta de una clase obrera numerosa, concentrada, y harta de las desigualdades sociales, que dio el máximo de lo que una clase es capaz de dar en una situación revolucionaria, sin una dirección revolucionaria.

Pero hay quienes miran “la crisis definitiva del estalinismo” de la que habló Moreno como un esquema y se niegan a reconocer el “sacrilegio” de que la clase

[17] Anuario Económico Geopolítico Mundial 2006. AKAL Ediciones.

obrero saliera a la palestra sin contar con una dirección revolucionaria. Para los que se niegan a ver los hechos, la irrupción de la clase obrera derrocando a las burocracias estalinistas fue el gran impulso a la restauración capitalista, que inauguraba, a su vez, una “etapa de signo reaccionario”. Este criterio suplanta la realidad viva con sus contradicciones, la juzga por los pronósticos y la sustituye por categorías que aprisionan los hechos en un campo magnético del que no hay manera de escapar.

Sin embargo, la dirección revolucionaria no se improvisa. He aquí lo que decía Trotsky en “*Clase, partido, dirección*”:

“Al igual que los liberales, nuestros sabios admiten tácitamente el axioma según el cual cada clase tiene la dirección que merece. En realidad, la dirección no es, en absoluto, el simple reflejo de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases y de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada... El proletariado puede “tolerar” durante bastante tiempo una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna... es necesario un gran choque histórico para revelar de forma aguda la contradicción que existe entre la dirección y la clase... Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre todo si no ha heredado del periodo precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente.”

El desmantelamiento de los procesos revolucionarios en los países semicoloniales (Centroamérica...) y antes en Europa Occidental hizo que cuando el proletariado soviético entró en escena no hallara un punto de apoyo en la revolución mundial ni organizaciones revolucionarias que hubieran logrado superar la barrera del estalinismo.

El desequilibrio económico provocado por la restauración capitalista en el Este habría exigido un aplastamiento de la clase obrera al estilo chino, pero no fue así. No se equivoca Martín Hernández en *El Veredicto de la Historia* cuando afirma que “el derrumbe del aparato estalinista es una inmensa victoria de la clase obrera mundial, tan grande o incluso mayor que la derrota del fascismo durante la II Guerra”.

A modo de conclusión

Durante muchos años nuestra internacional, y especialmente Moreno, fue intentando elaborar un tratado general de las revoluciones y las reformas en escala mundial y en escala del siglo.

Como el propio Moreno señalaba en 1984, la pretensión era poder “*dar a los compañeros las herramientas conceptuales para poder entender*”.^[18]

Pero el propio Moreno hacía una alerta: “*Me da la impresión de que obligados por las circunstancias, estamos comenzando a codificar –incluso a esquematizar, lo que posiblemente sea peligroso–...*”.

Categorías, “códigos”, como el de *etapa*, seguirán siendo a buen seguro una herramienta útil para “periodificar” históricamente los hechos ocurridos en la lucha de clases. Pero se vuelven una traba, un instrumento de confusión, cuando se pretende utilizarlos para definir la correlación de fuerzas entre las clases y su dinámica, como lamentablemente ha venido sucediendo. Y digamos, además, que enreda, en no pocas ocasiones, en interminables debates escolásticos y estériles acerca del número de etapas y el signo de las mismas.

Volviendo al propio Moreno, es muy saludable recordar un consejo suyo: “*Nosotros también somos científicos serios, que vamos avanzando con la realidad. Lo malo es la generalización*”.

Decía el viejo Trotsky que la inteligencia *a posteriori* es la menos brillante de todas las inteligencias. Repasar los acontecimientos ocurridos, como hemos hecho en este artículo, corrobora la afirmación de Trotsky, porque en esencia jugamos con evaluar los hechos *a posteriori*. Digamos, en nuestro propio descargo, aquello de que *rectificar es de sabios*.

[18] Escuela de cuadros. Argentina, 1981. Crux ediciones.

UN SIGLO DE LUCHA DEL PROLETARIADO MUNDIAL:

Grandes triunfos y conquistas

Crisis de dirección y decadencia de la humanidad

(Tesis II, *Actualización del Programa de Transición*)

Nahuel Moreno

Antes de los años '80 del siglo pasado el proletariado solo apareció en la escena histórica en forma esporádica, en momentos cruciales como la revolución de 1848 y en la organización de la Primera Internacional, que culminó con la Comuna de París. Pero es apenas durante las tres últimas décadas del siglo XIX que el proletariado con sus aliados, los pueblos y sectores oprimidos, pasa a ocupar el lugar de principal protagonista del proceso histórico. Solo a partir de ese momento sus luchas adquieren un carácter continuado y sistemático. Durante el presente siglo no ha dejado de luchar ni por un minuto contra los explotadores, específicamente contra el capitalismo y el imperialismo. Gracias a sus luchas, el proletariado y los trabajadores lograron conquistas mínimas fundamentales como las grandes organizaciones sindicales, los partidos obreros, los derechos sociales y, a partir de la Revolución de Octubre, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, conquistas revo-

lucionarias como la expropiación de la burguesía en numerosos países a los que transformaron en Estados obreros.

A su vez, los aliados del proletariado – los pueblos atrasados, las nacionalidades oprimidas, los campesinos, las razas y sectores oprimidos– lograron también grandes conquistas. Por ejemplo, casi todas las colonias de los viejos imperios han obtenido su independencia política; los campesinos de muchos países atrasados consiguieron una mayor participación en la tenencia de la tierra; el pueblo vietnamita hizo sufrir su primera derrota militar al imperialismo norteamericano; las mujeres obtuvieron el derecho al voto, al aborto y al divorcio; en muchos países, y en aquellos en los que se expropió a la burguesía también se expropió de raíz a los terratenientes; los negros de Estados Unidos avanzaron considerablemente en su lucha contra la discriminación, etcétera.

Esta lucha de más de un siglo de la clase obrera mundial contra el imperialismo está

dividida en dos épocas claramente delimitadas por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Hasta la Primera Guerra Mundial el proletariado logró conquista tras conquista pero dentro del régimen capitalista e imperialista, sin cuestionarlo y sin plantearse la toma revolucionaria del poder. Es la época reformista. A partir del año 1914 y de la Revolución Rusa, se abre la época que hoy vivimos, de crisis y decadencia crónica del imperialismo y el capitalismo y de enfrentamiento de la revolución con la contrarrevolución mundial. Es la época de la revolución socialista internacional.

A pesar de estas grandes conquistas del movimiento obrero y popular, en estos cien años la humanidad y los trabajadores del mundo entero ven aumentar la miseria, las guerras, la posibilidad de un holocausto nuclear, incluso en los países que se reclaman del socialismo, es decir, los Estados obreros burocratizados. Esto es consecuencia de que el imperialismo –a pesar del siglo de lucha contra él– sigue dominando la economía mundial, y este dominio es fuente creciente de miseria, de represión, de guerras y sufrimientos inauditos para los trabajadores. La existencia de los Estados obreros, de las coloradas organizaciones sindicales y de los grandes partidos obreros no ha significado ninguna solución para esos terribles flagelos, sino por el contrario, su agudización, su agravamiento, como lo demuestran varios hechos contemporáneos: que los planes de explotación y miseria que llevan a cabo el imperialismo y los gobiernos de los Estados obreros son apoyados por las direcciones de los grandes partidos obreros

y de los sindicatos; que la humanidad ha sufrido dos guerras mundiales e infinidad de guerras locales; que vivimos bajo la amenaza presente de una nueva guerra nuclear que liquidaría toda expresión viviente en el planeta; que la invasión a Hungría y Checoslovaquia, como hoy día a Afganistán por la URSS, como la de Camboya por Vietnam, y la de este por China, demuestran que la existencia de los actuales Estados obreros no es una garantía contra la guerra sino que, por el contrario, acrecienta su peligro.

Este fenómeno altamente contradictorio –que el logro de grandes conquistas debidas a la heroicidad y fuerza de las luchas obreras y de los oprimidos hayan agravado la crisis de la humanidad– tiene una sola explicación: la crisis de dirección del proletariado mundial, que ha hecho que este no haya podido hasta ahora derrotar al imperialismo, a pesar de que podría haberlo hecho desde hace décadas. Esta crisis es consecuencia de que todas las organizaciones reconocidas del movimiento obrero –sindicatos, partidos y Estados– hoy día son controladas sin excepción por la burocracia y otras direcciones contrarrevolucionarias al servicio directo o indirecto del imperialismo, principalmente la burocracia estalinista de la URSS.

La crisis de dirección del proletariado mundial, dicho de otra forma, la traición de las direcciones burocráticas reconocidas del movimiento obrero y de masas, son el factor decisivo de las derrotas históricas que se producen, de que todo triunfo o conquista sea congelado, frenado, y de que no haya sido derrotado el imperialismo.

Los grandes partidos obreros, los sin-

dicatos y los Estados obreros han quedado distorsionados en la camisa de fuerza de la burocracia: todos ellos son burocráticos, ninguno revolucionario. Todas las direcciones reconocidas sirven a la contrarrevolución.

Hay una diferencia en lo que a los aparatos contrarrevolucionarios se refiere: el aparato formado por las direcciones oficiales socialdemócratas sigue cumpliendo su papel contrarrevolucionario, y en la primera posguerra cumplió el papel decisivo; pero, para frenar y entregar revoluciones, el estalinismo no tiene parangón. Es un producto de la época revolucionaria, el más gigantesco aparato burocrático contrarrevolucionario que ha conocido la historia. Estamos hablando de utilidad contrarrevolucionaria y no de aptitudes. Nadie es más agente de la burguesía que una dirección socialdemócrata, pero su utilidad frente a un ascenso revolucionario para esa misma burguesía es mucho menor que la del estalinismo en escala mundial.

Debido a las direcciones socialdemócratas, las conquistas del proletariado bajo la época reformista terminaron en una derrota histórica: la guerra imperialista y la crisis de la Segunda Internacional. Gracias a los socialdemócratas, la revolución socialista europea quedó circunscripta a la URSS y fue derrotada en Italia, Hungría y, lo más importante, en Alemania. Posteriormente, el estalinismo ocupa su lugar de primera línea como agente contrarrevolucionario en las filas obreras y a él se deben las derrotas posteriores.

La época revolucionaria se divide, entonces, en tres etapas claramente delimitadas:

- **La primera:** desde 1917 a 1923, en la que triunfa la Revolución de Octubre en Rusia como consecuencia de la existencia de un partido marxista revolucionario, se funda la Tercera Internacional y estalla la revolución europea.
- **La segunda:** desde 1923 a 1943 aproximadamente, que se abre a partir de la derrota de la revolución europea, inaugura veinte años de derrotas ininterrumpidas, lleva al surgimiento y triunfo del estalinismo en el seno de la URSS y de la Tercera Internacional, que ayuda con su política a los triunfos fascistas de Chiang Kai-Shek, Hitler, Franco, y a la segunda guerra imperialista mundial.
- **La tercera:** es esta posguerra, en donde nos encontramos con el más grande ascenso revolucionario conocido, que consigue expropiar a la burguesía en China y en la tercera parte de la humanidad. Pero ahora, debido a que el estalinismo sigue siendo la dirección predominante, relativamente fortalecido por la derrota militar del nazismo, los Estados obreros que surgen son Estados obreros burocratizados y el capitalismo puede recobrase en Europa.

Resumiendo, los dos elementos determinantes de todos los fenómenos contemporáneos, las causas última y primera, las que determinan con sus distintas combinaciones todos los fenómenos, son el *ascenso revolucionario* de las luchas de la clase obrera y de los pueblos atrasados por un lado, y la *crisis de dirección revolucionaria* por el otro. Esto último confirma por sí la validez de la Cuarta Internacional.

A partir de la primera guerra imperialista, al iniciarse la época de crisis definitiva del imperialismo y el capitalismo, la época de la revolución socialista, cambian las relaciones causales de los acontecimientos históricos. En relación con las grandes épocas históricas y el desarrollo normal de las sociedades, el marxismo ha sostenido que el hilo rojo que explica todos los fenómenos son los procesos económicos. Pero en una época revolucionaria y de crisis, esta ley general tiene una refracción particular que invierte las relaciones causales, transformando el más subjetivo de los factores –la dirección revolucionaria– en la causa fundamental de todos los otros fenómenos, incluso los económicos. Hasta la Primera Guerra Mundial el proceso económico tenía un carácter predominante y en cambio no tenían mayor importancia los factores subjetivos. La misma lucha de la clase obrera era reformista porque no atentaba contra el proceso de acumulación capitalista, contra el desarrollo económico capitalista, contra sus leyes, sino a lo sumo significaba una ligera variación al proceso. Por eso fue una época reformista. Pero a partir de la Primera Guerra Mundial ya no es así. Los procesos económicos dejan de ser los determinantes; y el factor subjetivo –la dirección– se convierte en el fundamental. No olvidemos que esto es así porque toda la época está determinada por la lucha revolucionaria de las masas.

La existencia de Marx y Engels en el siglo XIX no fue un factor objetivo en el desenlace de ningún proceso histórico. Su existencia no pudo garantizar el triunfo ni evitar las derrotas de la revolución proletaria en el año 1848 ni en la Comuna de

París. En cambio, la existencia de Lenin y Trotsky y del Partido Bolchevique pudieron garantizar el triunfo de la Revolución de Octubre, mientras que en Alemania la inexistencia de un partido bolchevique y de un Lenin y un Trotsky hizo que no se pudiera garantizar el triunfo de la revolución socialista. De la misma manera, la existencia de direcciones contrarrevolucionarias burocráticas al frente de los grandes partidos socialistas permitió el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Una consecuencia histórica fundamental de esta inversión en la línea causal de los acontecimientos históricos se va a reflejar en la dialéctica de triunfos y derrotas del proletariado mundial.

La izquierda socialdemócrata, confiada en el proceso lineal y evolutivo, al comprobar retrocesos y derrotas de este como consecuencia de la inmadurez del proletariado o de la traición de sus direcciones, formuló una ley marxista, dialéctica, en una bella frase: el camino del proletariado está plagado de derrotas que llevan al triunfo. Señalaban así la dialéctica de derrotas y triunfos, su transformación de unas en otros. Pero la Primera Guerra Mundial, al hacer aparecer con toda crudeza el nuevo factor determinante del proceso histórico –la crisis de dirección revolucionaria del proletariado mundial– estableció una dialéctica invertida de las relaciones entre los triunfos y las derrotas, que vale para toda la época que se abre con la Primera Guerra Mundial, y es más actual que nunca. La podemos formular de la siguiente manera: mientras el proletariado no supere su crisis de dirección revolucionaria no podrá derrotar al impe-

rialismo mundial, y todas sus luchas, como consecuencia de ello, estarán plagadas de triunfos que nos llevarán inevitablemente a derrotas catastróficas. Nada lo demuestra mejor que el *boom* económico de esta posguerra: su verdadera causa es la traición del estalinismo, que llamó a los obreros occidentales a trabajar más que nunca para el imperialismo.

Mientras los aparatos sigan controlando al movimiento de masas, todo triunfo revolucionario se transforma inevitablemente en derrota. Esto se debe a la relación de los aparatos burocráticos con la movilización permanente de los trabajadores.

Toda dirección burocrática saca su fuerza del apoyo directo o indirecto que

tiene de los explotadores, para [frenar] la movilización permanente de los trabajadores. Por otra parte, esta movilización es una amenaza mortal para la propia burocracia. De ahí que toda conquista que la burocracia se ve obligada a encabezar es administrada por esta para frenar la movilización revolucionaria, para detenerla en esa conquista, en ese punto del proceso. Pero en esta época revolucionaria todo avance que no es seguido de otro avance significa un retroceso. De ahí que la burocracia, con su política de freno por un lado, de defensa de sus privilegios frente a las masas, por otro, está obligada a luchar contra la movilización permanente de los trabajadores, a transformar sus triunfos en una derrota de la revolución permanente.

NOTAS PARA UN ESTUDIO DEL TROTSKISMO FRANCÉS (1982-2010)

Un aporte al debate dentro de la LIT

Roberto Herrera Zúñiga - Costa Rica

Estas notas son un estudio de caso, la experiencia del trotskismo francés, y pretendemos hacer un aporte en uno de los aspectos del debate estratégico que desarrolla hoy en día la izquierda política, estalinista y trotskista (ver Recuadro N.º 1), sobre el carácter de la etapa en la que vivimos^[1].

Sobre todo, ayudar a responder dos preguntas: 1) ¿La caída del estalinismo abrió una etapa con mejores condiciones para los revolucionarios o más bien el carácter de nuestra etapa es adversa a los revolucionarios? 2) Si es verdad que esta etapa presenta mejores condiciones para la actividad revolucionaria: ¿por qué las organizaciones trotskistas no han cobrado influencia de masas?

¿Hubo oportunidades para el trotskismo en la cuarta etapa?

En las discusiones sobre el carácter de la etapa en la que vivimos tendemos a encontrar dos grandes campos, que se dividen en varias posiciones: un campo que sostiene que las revoluciones políticas antiestalinistas de 1989 abrieron un

^[1] Seguimos la propuesta de periodización que realiza Nahuel Moreno en el capítulo III de *Revoluciones del Siglo XX* (1984), donde habla de tres grandes épocas: La época de la revolución burguesa. 2) La época de auge del capitalismo. 3) La época de la revolución obrera socialista, y dentro de la época tres grandes etapas revolucionarias: 1) *La etapa de la ofensiva revolucionaria de la clase obrera (1917-1923)*; 2) *La etapa de la contrarrevolución burguesa (1923-1943)*; 3) *La nueva etapa revolucionaria (1943...en adelante)*. El autor de estas notas, siguiendo las elaboraciones de la LIT, considera que desde el año 1989, con las revoluciones políticas que destruyen el aparato estalinista, se abre una cuarta etapa, que ya dura 27 años, y es la que estamos viviendo en la actualidad.

cambio de época, y otro campo que sostiene que lo que hubo fue un cambio de etapa en el marco de la misma época de guerras y revoluciones.

El estalinismo tiende a ver nuestra época como algo “radicalmente distinto” de cuando existía la URSS, nuestra época es una época donde no es posible la revolución socialista^[2].

Los estalinistas tienden a ver que vivimos en una “época reaccionaria”, porque su proyecto político fue desbaratado por el movimiento de masas; en realidad, el estalinismo, como aparato todopoderoso dentro del movimiento obrero, es lo que quedó sepultado en la etapa anterior.

Otra tradición, por ejemplo la de varias corrientes o intelectuales que estuvieron o están referenciados con el trotskismo, sostienen que estamos en otra época, no por las mismas razones que los estalinistas sino con argumentos más sofisticados que se podrían resumir en la idea de que las condiciones actuales del capitalismo son tan duras, la clase obrera está tan fragmentada, la ofensiva ideológica del imperialismo fue tan intensa y las condiciones políticas retrocedieron tanto, que debemos “*refundar la tradición socialista*” casi desde cero.

Si bien estas lecturas hacen un rodeo/justificación por transformaciones estructurales de la economía mundial y del sistema internacional de Estados (globalización, revolución científica, poderío militar estadounidense, etc.), en general la razón del supuesto cambio “épocal” es subjetiva: la conciencia retrocedió, los partidos comunistas o trotskistas reducen su influencia política y/o sindical, las masas no ven o no quieren la revolución.

Esta es la posición, por ejemplo, de Andrés Romero^[3] o de Enio Bucchioni^[4],

^[2] Harnecker habla de una época donde la revolución social “*no se ve como una posibilidad inmediata*” (1999, 3); tendríamos, pues, el “*cierre del ciclo de las revoluciones antiimperialistas, entendiéndolas como enfrentamiento total, militar y económico con el imperialismo*” (1999, 65), la razón principal de ello es que: “*Ya no existe un contrapeso efectivo al predominio de los Estados Unidos y las grandes potencias occidentales en las relaciones internacionales. La izquierda ha perdido su aliado estratégico fundamental*” (1999, 65).

^[3] En un libro ya casi olvidado, *Después del Estalinismo* (1995), dice Andrés Romero: “*Encaramos esta tarea [caracterizar los sucesos del Este de Europa] como parte del desafío histórico que representa la necesidad de reorganizar y en cierto modo “refundar” al movimiento obrero sobre nuevas bases. En gran medida será una vuelta a los originales principios, métodos y objetivos animados por Marx*” (1995, 8).

^[4] Enio Bucchioni, en un par de artículos titulados: “1975 versus 2015: Vietnam, última expropiación sobre la burguesía” y “1975 versus 2015: La conciencia después del fin de los Estados obreros”, señala: “*Por eso, el mundo de estos últimos 30 años nada absolutamente nada tiene de similar a los periodos inmediatamente anterior y posterior a la derrota política y militar del imperialismo en Vietnam en 1975*” (...) “*Es como si el tiempo hubiese andado para atrás y retornado a una época anterior a 1917, cuando la posibilidad de haber países sin burguesía, sin propiedad privada de los medios de producción, fuese apenas una proposición teórica de Marx y Engels*”.

o la de Daniel Bensaïd. Las implicaciones políticas de esta caracterización “época” pueden ser muy variadas, pero en este artículo queremos polemizar contra una implicación política específica.

La idea de que la etapa en que vivimos “no tiene mejores condiciones para el desarrollo de partidos revolucionarios” por una razón: los partidos que nos reclamamos de la Cuarta Internacional, o más específicamente de la LIT-CI, hemos tenido importantes avances constructivos, pero todos son cuantitativos, no cualitativos.

Más en concreto, queremos responder: ¿por qué aún no hay partidos trotskistas con influencia de masas? Pretendemos mostrar en este artículo que la razón principal para que partidos referenciados con el trotskismo no cobraran influencia de masas no tiene que ver con condiciones objetivas de la época sino con lo que en la LIT-CI hemos llamado “el vendaval oportunista”^[5], es decir, con la tendencia de todo un sector del trotskismo a volverse organizaciones directamente reformistas.

Vamos a analizar un caso ilustrativo de lo que intentamos demostrar. Hemos hecho un pequeño estudio del trotskismo francés, y allí intentaremos demostrar que desde el inicio de la cuarta etapa los trotskistas franceses han tenido oportunidades cualitativas de construir un partido con peso político en la amplia vanguardia y en la conciencia de las masas, oportunidades que con una política revolucionaria habrían dado como resultado un importante punto de apoyo para solucionar la crisis de dirección revolucionaria del proletariado, pero que justamente esa oportunidad se perdió por la política oportunista y electoralista que desarrollaron las organizaciones trotskistas francesas, tanto Lucha Obrera [LO], como la Liga Comunista Revolucionaria [LCR].

Las oportunidades en la cuarta etapa y una previsión de Moreno

La cuarta etapa está marcada por las revoluciones democráticas que derrumban a los regímenes estalinistas y que abren objetiva y subjetivamente la posibilidad de construir partidos revolucionarios que inicien el proceso de solución de la crisis de dirección revolucionaria del proletariado.

En el caso francés podemos encontrar local y embrionariamente algunos elementos que las revoluciones contra los regímenes estalinistas desarrollaran y potenciaran a nivel cualitativo y mundial.

^[5] El desarrollo de la conceptualización de “el vendaval oportunista” se encuentra en dos artículos de Martín Hernández publicados en *Marxismo Vivo* n.º 9 (julio, 2004) y n.º 10 (noviembre, 2004).

Por ejemplo, ya en 1982, en las “Tesis de Fundación de la LIT-CI”, Moreno señala que existe:

“la oportunidad de construir en Francia un partido obrero revolucionario con influencia de masas”, que “este partido solo puede construirse desarrollando una lucha implacable contra el PS, el PCF y su gobierno frentepopulista, para así atraer a las corrientes del movimiento obrero y popular que rompen decepcionadas con esos partidos traidores”.

Lo que impide aprovechar esta oportunidad es: “*La adaptación de la OCI y la LCR al gobierno de frente popular*”, su “*servilismo que repugna*”, lo cual Moreno consideraba “*la mayor traición de la historia del movimiento trotskista*”.

1987-2002: oportunidades revolucionarias y cuarta etapa

Estos elementos que analiza Moreno, las grandes posibilidades objetivas de construir un partido obrero revolucionario con influencia de masas producto del ascenso obrero y popular contra el gobierno del frente popular del PS-PC, se vieron rápidamente confirmados.

La caída del estalinismo francés es profunda, la pérdida de influencia del estalinismo francés es notable. Si para el año 1978 el PCF tenía 5.870.402 votos, 86 diputados y 20,55% de los votos emitidos; para 1986 obtenía 2.739.225 votos, tenía 9,78% de los votos emitidos y 35 diputados.

El 22 de febrero de 1987 el diario español *El País*, publica una nota titulada “Trotskistas en Francia”; en esta señala: “*El trotskismo es lo único que queda del izquierdismo pujante en los años sesenta en Francia*”.

Más adelante, señala:

“[el] resurgimiento del trotskismo en Francia no es únicamente un espantajo exhibido por los sectores de la derecha (...) La crisis del partido comunista y el desengaño de los cinco años de gestión socialista han abierto un espacio, según muchos analistas, que puede intentar llenar la extrema izquierda” (subrayado nuestro).

En las elecciones del año 1988, el PS de Mitterrand obtiene 10.381.332 votos, 34,11% de los votos emitidos, el PCF obtiene 2.056.261 votos, 6,76% de los votos emitidos.

Los trotskistas juntos reciben 2,37% de los votos emitidos, 1,99% para Lucha Obrera y 0,38% para el Partido de los Trabajadores, juntos suman 723.075 votos. La LCR no tiene candidatura independiente y apoya a una fracción disidente del estalinismo: el Partido Comunista renovado de Pierre Juquin. Este frente electoral recibe el apoyo del PSU, de la LCR y de los grupos pablistas, en un ba-

lance que los propios mandelistas caracterizan como “decepcionante”; la candidatura de Juquin recibe 2,08% de los votos.

Para el año 1995, ya en la cuarta etapa, las tendencias que hemos señalado: una mayor oportunidad para el trotskismo y una crisis de los estalinistas, que solamente es desperdiciada por la orientación oportunista de los grupos trotskistas franceses, se ve nuevamente confirmada.

Para las elecciones del 23 de abril de 1995, Lucha Obrera se presenta con una candidatura propia y recibe 1.615.563 votos, 5,3% de los votos emitidos; la LCR no presenta ninguna candidatura y llama a votar por el PC, por LO o por lo verdes. El diario *El País* (18/04/1995), en una nota sobre la candidatura de Arlette Laguiler, dice que a sus actos: *“Arrastra gente de todas las edades, que conocen mejor la letra de La Internacional que los asistentes a los mítines del comunista Robert Hue”*.

En noviembre y diciembre de 1995 se suceden masivas huelgas y movilizaciones obreras que derrotan el plan de Juppe y Chirac y son el “banderazo de salida” de un movimiento que llevará al proceso de contestación de la ofensiva neoliberal, el movimiento “antiglobalización” (1999 Seattle, 2000 Génova, etc.) donde sin duda la LCR y los intelectuales del SU serán claves para el “armado” teórico-político de los Foros Sociales Mundiales (Bensaïd, Cassen, Touissant, etc.).

El espacio político para construir una organización trotskista de peso se mantiene en 1999. Allí, en las elecciones para el parlamento europeo, el acuerdo electoral LO-LCR recibe 914.680 votos, es decir, 5,18% de los votos emitidos, consiguiendo 5 parlamentarios.

2002: el tope de la oportunidad y el oportunismo que la hizo retroceder

En el año 2002 llega al clímax la oportunidad política del trotskismo francés de transformarse en una alternativa de masas. Las elecciones francesas se realizan el 21 de abril de 2002.

El ascenso electoral de Lucha Obrera fue un preludeo y una advertencia de las huelgas de noviembre-diciembre de 1995; así, el proceso de lucha obrera y popular se profundiza; en 1999-2000 surge el “movimiento antiglobalización”, y esa radicalización acompaña el impulso electoral de 1999 y vuelve más grande el espacio constructivo de la extrema izquierda.

Más estructuralmente, este ascenso electoral y ascenso en las luchas tiene como trasfondo las crisis crónicas capitalistas que llevarán a la crisis de setiem-

bre de 2008. No olvidemos que en 1997 se produce la crisis del sudeste asiático, en 1998 la crisis rusa, y en 2001 la crisis argentina, pero, sobre todo y fundamentalmente entre 1999 y 2003, se da el estallido de la “burbuja” de las *punto.com*, antecedente inmediato de nuestra actual crisis económica^[6].

En este marco de crisis económica, crisis política de los socialdemócratas y los estalinistas, y radicalización de la juventud y de la clase obrera, es que surge el ascenso electoral del trotskismo francés de 2002.

Candidato	Partido	Votos	%
Arlette Laguiller	Lucha Obrera	1.630.244	5,72%
Olivier Besancenot	Liga Comunista Revolucionaria	1.210.694	4,25%
Robert Hue	Partido Comunista	960.757	3,37%
Daniel Gluckstein	Partido de los Trabajadores	132.072	0,47%

1° vuelta, 21 de abril		
Abstenciones: 28,4%		
Jacques Chirac	5.665.855	19,88%
J.Marine Le Pen	4.804.713	16,86%
Lionel Jospin	4.610.113	16,18%
François Bayrou	1.949.170	6,84%
J-P Chevenement	1.518.528	5,33%
Noel Mamère	1.495.724	5,25%
2° vuelta, 5 de mayo		
Abstenciones: 20,29%		
Jacques Chirac	5.665.855	19,88%
J.Marine Le Pen	4.804.713	16,86%

Conocemos los resultados electorales de este proceso. En una elección que dejó a Chirac con 5.665.855 votos (19,88%) y a Le Pen con 4.804.713 (16,86%) de los votos; los trotskistas, combinados, alcanzaron 10,44% de los votos.

Tanto Lucha Obrera, como la Liga Comunista Revolucionaria superan en votos al PCF, ocupando su espacio político electoral. La LCR sale especialmente fortalecida de la elección; asegura tener 3.000 militantes.

[6] “El actual colapso es en realidad la segunda parte de la crisis de 2000-2002, en la que reventó la burbuja de las empresas *“punto.com”*. Entonces, lograron salir del agujero y aplazar la crisis, pero solo a costa de agrandar los problemas.

(...) En realidad, el problema de fondo en 2000, y ahora, era justamente lo que Stiglitz llama el “exceso de inversión”, es decir una sobreabundancia tal de capital que llevaba al descenso de la tasa de ganancia capitalista por debajo de un punto que frena las inversiones y que debería conducir inevitablemente a la crisis. (...) En 2000-2002 torearon la crisis en base a un endeudamiento masivo y al recurso a un parasitismo financiero exacerbado. Pero la especulación financiera, que cebó la máquina al principio, choca con límites infranqueables. El capital financiero, a diferencia del capital productivo, no crea plusvalía sino que parasita de ella. Por eso cada boom financiero, acompañamiento obligado del ciclo económico, inevitablemente acaba explotando. En 2000 aplazaron la crisis. Hoy, en 2007, nos encontramos de nuevo con ella, con la misma baja tasa de ganancia capitalista y con una montaña aún mayor de deuda y parasitismo” (Felipe Alegría, 2007).

1968 o 2002-2007: ¿cuál fue la oportunidad cualitativa?

Los activistas educados en la tradición estalinista o guerrillerista sostienen con frecuencia que las oportunidades revolucionarias existieron solo en la etapa anterior, previa a la caída del estalinismo, que en nuestra época los revolucionarios y la izquierda no tendríamos oportunidades de conquista del poder político por la vía revolucionaria, a lo sumo podríamos ganar el gobierno en el marco de una coalición electoral pluriclasista. La elección de esta caracterización y esta estrategia es coherente con la tradición estalinista en crisis.

Lo interesante es que esta mirada, con algunos cambios, también se encuentre en el campo del trotskismo, donde también distintas organizaciones y/o intelectuales opinan que es un error afirmar que después de la caída del estalinismo existen mejores condiciones para el desarrollo de partidos revolucionarios y existen incluso mejores condiciones para que organizaciones trotskistas se enfrenten a crisis y oportunidades revolucionarias (ver Recuadro N.º 2).

Con el objetivo de refutar esta interpretación quisiéramos comparar la situación política de los trotskistas en 1969 y en 2002.

Empecemos, por ejemplo, en el campo de las elecciones. Después de Mayo de 1968, con todo el ascenso estudiantil y obrero que implicó^[7], teniendo la LCR a Daniel Bensaïd y Alain Krivine en sus filas (ambos considerados de los dirigentes más importantes de la movida estudiantil), siendo la LCR de los grupos que supo incorporarse y aprovechar el ascenso, presentándose Alain Krivine como candidato presidencial en 1969 y recibiendo el apoyo de Lucha Obrera y de un grupo maoísta (Viva el Comunismo), la LCR sacaba 1,05% de los votos (239.106 votos).

En esas mismas elecciones, el estalinismo francés encabezado por Jacques Duclos sacaba 21,27% de los votos (4.808.285 votos) y obtenía 34 diputados. Es conocido el papel central del estalinismo francés para llevar este movimiento a la vía muerta de los **Acuerdos de Grenelle**^[8].

^[7] Pierre Frank, en el texto "Historia de la Cuarta Internacional" (1973), caracteriza así el Mayo Francés: "*una insurrección de los medios estudiantiles, una huelga general de diez millones de trabajadores arrastró tras de sí a importantes capas de la pequeña burguesía, desafiando, como nunca se vio, a la autoridad del Estado, a la propiedad capitalista, a numerosas instituciones de la sociedad burguesa*".

^[8] Los acuerdos de Grenelle, son los acuerdos firmados por el gobierno y la patronal francesa, por un lado, y las organizaciones sindicales, por otro. Fueron negociados los días 25 y 26 de mayo. Los acuerdos nunca se firmaron y fueron rechazados por la base obrera en huelga. El contenido esencial de estos era un aumento de 35% en el salario mínimo y de 10% de los salarios (*cont. en pág. sig.*)

Nuestra opinión es que las oportunidades de los trotskistas franceses eran cualitativamente superiores en 2002 que en 1969. Martín Hernández (2005) señala la siguiente la situación de la IV Internacional en 1969: “*En Francia teníamos 30 militantes, en España y Portugal ninguno*”. Aprovechando las circunstancias políticas abiertas luego, la LCR crecerá hasta 1.000 militantes. En contraste, el Departamento de Estado yanqui estimó para 1960 que el PCF podía tener 260.000 militantes, 0,9% de la población en edad de trabajar. Como se ve, una diferencia cualitativa y contrastante entre la fortaleza del estalinismo y las posibilidades del trotskismo.

El problema de raíz sobre por qué esta oportunidad fue desperdiciada por el trotskismo francés no podemos encontrarlo en “las características de la época” sino en otras condiciones políticas: la sistemática capitulación a la democracia burguesa de las principales organizaciones de la extrema izquierda francesa, producida en parte por su abandono de la clase obrera como sujeto social y político de la revolución y, por lo tanto, como el lugar social fundamental donde deben construirse nuestras organizaciones políticas. De esta forma, el trotskismo francés empezó a reflejar cada vez más las opiniones políticas electoralistas y democratistas de los sectores más acomodados de los trabajadores y las capas medias francesas.

El fenómeno Besancenot

Dentro de este proceso que hemos analizado, el que más merece ser meditado es el surgimiento de Olivier Besancenot, pues en 2002 y hasta 2007 fue una figura de relieve nacional. Además de su influencia puramente electoral,

(cont. de pág. anterior) ... reales, así como el reconocimiento de los sindicatos por empresa; estas medidas se implementaron, en los hechos, después de solucionada la crisis revolucionaria.

Este acuerdo entre el PC-sindicatos y el gobierno-patronal fue el primer paso firme para solucionar la situación revolucionaria de 1968. Señala Alan Woods (2008) en su artículo “La revolución francesa de mayo de 1968”: “*No fue en absoluto el ejército o la policía (que estaban tan desmoralizados que incluso la rama reaccionaria de la inteligencia, como hemos visto, se negaba a colaborar con el gobierno contra los estudiantes) los que salvaron la situación para el capitalismo francés, sino que fue el comportamiento de los dirigentes sindicales y estalinistas. Esta conclusión no solo es nuestra, sino que encuentra apoyo en la Enciclopedia Británica: “De Gaulle parecía incapaz de controlar la crisis o comprender su naturaleza. Sin embargo, los dirigentes comunistas y sindicales le proporcionaron un respiro, se opusieron a [cualquier] levantamiento más allá; evidentemente temían la pérdida de sus seguidores ante sus rivales más extremistas y anarquistas*”. Esta conclusión política es más categórica aún, puesto que Alan Woods tiende, sistemáticamente, a embellecer las posiciones del estalinismo.

podemos señalar más datos que muestran cómo, efectivamente, la LCR tuvo una oportunidad cualitativa en Francia y la desperdició producto de su orientación electoralista y oportunista.

Por ejemplo, en 2002, Besancenot supera a Jospin (Partido Socialista) y a Le Pen (Frente Nacional) entre los votos de los jóvenes: la LCR obtuvo 13,9% en esta categoría etaria (nacidos entre 1977 y 1982); esta influencia puramente electoral esconde el hecho de que la influencia política es mayor entre los jóvenes, pues miles de jóvenes árabes y africanos no pueden votar y esto no queda registrado.

Para diciembre de 2002 se da una nueva oleada de huelgas obreras y movilizaciones en París, según *Le Monde* (23/11/2002), sin “haber cerrado la lista”, en estas movilizaciones participarían: ferroviarios, Air France, los del servicio urbano de transporte de pasajeros de París, France Telecom, los de los ministerios y los de la salud pública, etc. En ellas, tanto la LCR como LO juegan un papel destacado.

El ascenso y la crisis política se mantiene; luego vendrá la lucha contra la constitución europea en 2005. La LIT definió de la siguiente forma este ascenso:

“El No francés a la Constitución Europea de mayo de 2005 ha sido la mayor victoria política de las masas europeas en mucho tiempo. Cuando la máquina neoliberal parecía imparable, los trabajadores y la juventud franceses, en su nombre y en el de los pueblos del continente, plantaron cara a la burguesía europea y demostraron que se la podía vencer. El No tumbó al gobierno francés, dejó tocada la Presidencia de la República y en situación de descalabro a la Constitución europea. El No, deslegitimando a la UE y a sus gobiernos y parlamentos (¡el 90% de los diputados franceses era favorable al Tratado!) y repudiando los planes neoliberales, abrió una importante brecha en Francia y en Europa.” (Documento europeo, 2008).

La noche que se anuncia la victoria del “NO” en Francia declara Olivier Besancenot que esta victoria es: “la expresión de un hartazgo generalizado” y “la extraordinaria movilización en los barrios populares y entre los jóvenes” (AFE. *France Pres. El Mundo. La Nación*, 30/05/2005). Las declaraciones de Besancenot eran reproducidas por toda la prensa mundial y su nombre y el de la LCR figuraban dentro de los referentes obligados del triunfo político del “NO”.

François Sabado, referente de la LCR, en una entrevista de julio de 2005 (*Viento Sur* 81) señalaba que el voto por el “NO” tiene “Unos contenidos plebeyos, jóvenes, de izquierda”, y que refleja “los diez años de continuidad de luchas sociales”. Para Sabado nos encontrábamos en presencia de un claro fenómeno de clase: “Ha sido un voto de clase: el 80% de los obreros, el 70% de los empleados, más del 60% de la juventud”.

Sabado, en esta entrevista también señala como central la existencia de una poderosa rebelión antiburocrática en la CGT.

“En el plano sindical, lo más importante ha sido la toma de posición a favor del No, de la CGT... contra su dirección y su principal dirigente, Bernard Thibaud. (...) Es de notoriedad pública que una buena parte de la dirección de la CGT ha votado a favor de la Constitución. Pero esta posición ha sido derrotada en la base de la CGT y todo un amplio sector de sus cuadros intermedios han impuesto el No, lo cual ha producido una serie de tensiones en la principal confederación sindical del país”.

Siendo estos los hechos, cabría preguntarse seriamente si esta rebelión antiburocrática que asombró a muchos, empezando por la propia burocracia de la CGT, tiene o no que ver con el debilitamiento cualitativo que sufre el estalinismo en la cuarta etapa, y si ese debilitamiento cualitativo tiene o no que ver con las notables oportunidades con las que ha contado el trotskismo francés (ver Recuadro N.º 3).

Continuemos... en octubre de 2005 se profundiza la crisis social francesa. Después que Sarkozy llama “racaille” [gentuza] a los jóvenes árabes, hay una tumultuosa revuelta en los barrios de la periferia (9.000 coches policiales apedreados y de 20 a 40 vehículos eran incendiados cada noche).

François Sabado, en la entrevista que hemos reseñado, señala cómo la LCR tenía capacidad de realizar en algunos barrios obreros, con mucha presencia de migrantes, elecciones municipales simuladas (es decir, por fuera del aparato electoral estatal): el movimiento de los “sin voz/sin voto”. Esto es un signo inequívoco de que la LCR, con una orientación correcta podría haber enraizado en uno de los sectores más oprimidos del proletariado francés y hubiera sido un importante puntal en la educación de la vanguardia revolucionaria árabe y africana, lo cual hubiera sido de una importancia vital seis años después, cuando estallaron las revoluciones del Norte de África^[9]. Nada de esto sucedió.

Lo que sí sucedió fue la continuidad del ascenso social y el espacio político, que se profundizará con la derrota de la ley del Contrato Primer Empleo (2006). Según *Le Monde* (21/03/2006) en los momentos álgidos de la protesta, cerca de 70% de las universidades y un grupo importante de liceos dejaron de impartir lecciones y se sumaron a las protestas.

^[9] No está demás recordar que en los años '20 y '30 [siglo XX] muchos revolucionarios indochinos hicieron su primera formación teórica y política marxista en Francia. Esas bases fueron luego muy importantes en las luchas independentistas y antimperialistas de los años '40, '50 y '60. Ver “Tạ Thu Thau, líder trotskista vietnamita” (2015).

Para el 12 de diciembre de 2007, *Le Monde* saca un artículo, “La izquierda soy yo”; allí se traza el siguiente retrato de la influencia política de Besancenot.

“Un sondeo de la IFOP para Le Journal du Dimanche, publicado el 2 de noviembre, muestra que el 7% de las personas preguntadas votarían hoy Besancenot. El ascenso es particularmente claro entre los obreros (12%) y los empleados (11%). “El PS aparece sin línea ni líder frente a Sarkozy. En la izquierda, está el cartero como única oposición”, analiza Jérôme Fourquet, director del IFOP. (...) En los cortejos, en las grandes manifestaciones parisinas, es aclamado: “¡Aguanta, Olivier! No hay más que tú”. En los locales sindicales, sus entrevistas están en los tabloneros de anuncios: “Ya era popular, ¡pero ahora ya es la pera! Cuenta su amigo del distrito 18, Pasile Pot, que trabaja en la estación de la Gare de l’Est. “Hay tal confusión en la expresión política del PS que la gente se reconoce en su lenguaje claro”, confirma Annick Coupé, portavoz de Solidaires, la unión sindical que reagrupa al sindicato SUD. “Ha tenido la inteligencia de sentir que había un espacio político desocupado”, reconoce el diputado comunista Patrick Braouezec”.

Es importante señalar que ese retrato lo realiza *Le Monde*, **un diario que era hostil** a la LCR y a Besancenot, pues consideraba que “dividía a la izquierda” (es decir, que le restaba votos al Partido Socialista).

La política oportunista de la LCR

Hemos señalado en extenso cómo el trotskismo francés tuvo una oportunidad cualitativa y la desperdió. Se ha señalado en otros escritos de la LIT el desastre de la orientación del mandelismo, el carácter liquidador de su política^[10].

Podemos contar dentro del stock de capitulaciones su llamado en la segunda vuelta de 2002 a “derrotar a Le Pen en las calles y en las urnas”: una vergonzosa forma de llamar a votar por Chirac.

En febrero y noviembre de 2003, primero en el congreso mundial del SU y luego en la XV conferencia de la LCR, se abandona estatutariamente la lucha por la dictadura del proletariado. François Ollivier explica que este concepto representa “la sustitución de la democracia de los soviets por el poder del partido”,

“la pérdida de sustancia de los consejos y comités”; luego, justifica: *“después de todas las experiencias históricas del siglo XX, la palabra “dictadura”, con o sin calificativo, es aborrecible desde entonces. En primer lugar, por nosotros mismos”* (Rouge 20/11/2003).

[10] Ver especialmente los artículos de Bernardo Cerdeira, *Marxismo Vivo* n.º 17, 2008, y Clara Sousa, *Marxismo Vivo* n.º 22, 2009.

En 2004 y 2005, según toda una fracción de la LCR encabezada por *Catherine Samary*, la mayoría de la dirección de la LCR tuvo “posiciones ambiguas (...) sobre la cuestión del ‘velo’” (*Rouge*, 19/04/05). De las denuncias de esta fracción minoritaria de la antigua LCR se deduce una capitulación a la opinión pública de clase media^[11].

Durante todo 2007 la orientación de la LCR (explicada en una entrevista a Bensaïd) fue la siguiente:

“hacer campaña en torno a un candidato único que no fuera surgido de la LCR, aun cuando yo crea que Olivier Besancenot demostró durante la campaña del referéndum que probablemente era el mejor portavoz. (...) A pesar de todo, la LCR estaba dispuesta a sacrificar estas bazas en beneficio de una dinámica unitaria” (*Rebelión*, 19/04/2007).

La segunda vuelta fue coronada con la oportunista fórmula: “*Votar contra Sarkozy, pero sin apoyar a Ségolène*”.

Como se ve, una adaptación profunda a la democracia burguesa, una capitulación tras otra a la estrategia reformista y electoralista, un abandono de la tradición marxista así como de las reivindicaciones y la ubicación social entre los sectores más concentrados y explotados del proletariado. La dirección de la LCR aplicó a fondo la política de disolver las organizaciones marxistas en “amplios partido anticapitalistas”, y su política fracasó estrepitosamente.

Cuando la actual situación política produce el resurgimiento del neorreformismo de Jean Luc Melechon (que es el equivalente francés de Podemos y Syriza)^[12], los revolucionarios franceses están más desarmados y más debilitados que nunca para enfrentar a los neorreformistas.

Este proceso de aparición y de despilfarro de las oportunidades revolucionarias en pos de los éxitos electorales debería ser objeto de meditación seria para todos aquellos que estamos implicados en la construcción de una dirección revolucionaria.

*

^[11] Ya disuelta la LCR en el NPA, se observa la misma posición ambigua en la cuestión del velo, especialmente clara en la crisis que les produjo la candidatura de Ilham Moussaïd (Ver *El País*, 21/02/2010. “Feminista... y con velo”).

^[12] Para las elecciones de 2012 el Frente de Izquierda sacó 3.984.822 (11,10%) y dentro de este proyecto el estalinismo francés obtuvo 1.792.923 votos (6,91%), remontando parcialmente su crisis de 2002-2007.

Recuadro N.º 1

Estalinistas y trotskistas sobre el balance de la época

El debate, en apariencia abstracto, sobre el carácter de la época en que vivimos, está pronto a cumplir tres décadas. El tiempo, lejos de difuminar los matices, lo ha marcado con más claridad.

Veamos cómo caracterizan la época los estalinistas, con un ejemplo típico: Marta Harnecker. Esta autora es una intelectual, referente de la tradición vinculada al estalinismo, con múltiples lazos con el Partido Comunista de Cuba y el Partido Socialista Unificado de Venezuela, recientemente premiada (2014) por Nicolás Maduro con el Premio Libertador al Pensamiento Crítico. Ella define de la siguiente manera el carácter de la época en que vivimos:

“El mundo en que vivía la izquierda latinoamericana en los sesenta era radicalmente diferente al mundo de la izquierda de fines del siglo XX, no solo por la derrota del socialismo soviético del Este, que ha significado para ella un golpe extremadamente duro, sino por el efecto de una serie de acontecimientos entre los cuales cabría destacar los avances de una nueva revolución científico-técnica y sus efectos en el proceso productivo y en la naturaleza; el papel cada vez más preponderante que han ad-

quirido los medios de comunicación masiva a partir de la creciente globalización de la economía; la imposición del neoliberalismo como sistema hegemónico; y el papel que juega la deuda externa en la subordinación de las economías del Tercer Mundo a los intereses de las grandes potencias” (1999, 83).

Tomemos ahora otro autor, Daniel Bensaid, referente teórico-político de la Cuarta Internacional (mandelistas), para quien después de 1989 estaríamos también en presencia de un cambio “epocal”, marcado por una serie de características: *“una transición global (económica, social, institucional, cultural). Esta reorganización de las fuerzas sociales fundamentales y su representación política pasa por un largo proceso en curso del cual nuevas formas de lucha y de organización se desarrollarán en función de conmociones estructurales (de una amplitud comparable, si se quiere, a las que sacudieron al movimiento obrero al inicio del siglo frente al imperialismo y a la guerra) y de la evolución de las formaciones sociales. Esto implica una renovación de experiencias y de generaciones. (...) Estos problemas son reales y de magnitud: consecuencias de la globalización, reorganización de la división internacional del trabajo, modificación de las relaciones de dominación imperialista, crisis de los Estados nacionales, formación de conjuntos económicos y políticos regionales, desarrollo de instituciones internacionales y definición de nuevas relaciones jurídicas. Guardando toda proporción en el nivel de las comparaciones, el laboratorio que se abre es de una amplitud comparable al de principios de siglo” (1995).*

Pese a las trayectorias históricas diferenciadas, la mirada sobre las características fundamentales de la época en que vivimos tienden a estrecharse en estas dos corrientes políticas.

Contrastan ambas con la lectura que hemos venido proponiendo desde la Liga Internacional de los Trabajadores. Nosotros sosteníamos en los documentos del VIII Congreso Mundial (2005): “Los acontecimientos que estamos viviendo actualmente (resistencia iraquí, Intifada palestina, movilizaciones antiguerra, revoluciones en América Latina) son, en un sentido, continuidad y, en otro, discontinuidad de la etapa abierta en 1943. El ascenso es un rasgo de continuidad. Pero ahora ese ascenso no es dirigido por el estalinismo, ni este tiene la capacidad de desviarlo, contenerlo o masacrarlo y esa es la discontinuidad. Esa gran diferencia con el período anterior nos lleva a decir que, a partir del año 1989, se ha abierto una nueva etapa revolucionaria, la cuarta, que se origina en uno de los más grandes triunfos de la historia de la lucha de clases: la derrota del aparato

contrarrevolucionario stalinista. (...) La cuarta etapa empezó con una ofensiva de las masas, desde el Este europeo hasta Latinoamérica (rosariazo, caracazo, huelga general en Brasil), China, Palestina (primera Intifada). Pero a pesar de que esa fue la característica dominante en los dos primeros años de apertura de la etapa, poco después, en 1990-1991, se desató una gran contraofensiva imperialista que puso a la defensiva a los trabajadores y los pueblos. Definimos ese intervalo como una situación reaccionaria y va a atravesar casi todo el resto de la década de los 90. Fue un período marcado por el auge del neoliberalismo, el genocidio en los Balcanes, la ofensiva recolonizadora que reincorporó países que se habían independizado y a los propios ex estados obreros al mercado mundial, y el auge de las privatizaciones en la ex URSS y otros países. También marcó el abandono del marxismo revolucionario por una amplia mayoría de la izquierda y liquidó una generación entera de activistas para el proyecto revolucionario” (2005, 28-29).

*

Recuadro N.º 2

Sobre las crisis y las oportunidades revolucionarias

En el marco de la campaña que adelanta la Liga Internacional de los Trabajadores sobre el 100 aniversario de la Revolución Rusa, nos parece central recordar que los conceptos de **crisis y oportunidad revolucionaria** están extraordinariamente explicados y delineados en “Carta desde lejos”, de Lenin (escritas entre el 15 y el 26 de marzo de 1917). Justamente en la primera carta, todavía en el exilio suizo, Lenin intenta comprender cómo se produjo la crisis revolucionaria de Febrero y cuáles oportunidades revolucionarias se abren a los bolcheviques y al proletariado revolucionario: “¿Cómo pudo ocurrir el “milagro” de que solo en 8 días (...) se desmoronara un monarquía que se había mantenido durante siglos y que, a pesar de todo, consiguió mantenerse durante los tres años de las tremendas batallas de clases de 1905 a 1907, que abarcaron todo el país?

Los milagros no existen ni en la naturaleza ni en historia, pero todo viraje brusco de la historia, y esto se aplica a toda revolución, ofrece un contenido tan rico, descubre combinaciones tan inesperadas y peculiares de formas de lucha y de alineación de las fuerzas en pugna,

que para la mente lega muchas cosas pueden parecer milagrosas. Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en pocos días, fue necesaria la combinación de varios factores de importancia histórica mundial. (...) Era natural que la crisis revolucionaria estallara en primer lugar en la Rusia zarista, donde la desorganización era en extremo aterradora y el proletariado en extremo revolucionario (no en virtud de las cualidades especiales, sino debido a las tradiciones, aún vivas, de 1905). Esta crisis se precipitó por la serie de durísimas derrotas sufridas por Rusia y sus aliados. Las derrotas sacudieron todo el viejo mecanismo gubernamental y todo el viejo orden de cosas, y despertaron la cólera de todas las clases de la población contra ellos; exasperaron al ejército, liquidaron una gran parte del antiguo comando, compuesto por aristócratas reaccionarios y por elementos burócratas extraordinariamente corrompidos y fueron reemplazados por un elenco joven, fresco, principalmente burgués, plebeyo y pequeñoburgués. Aquellos que se rebajaban ante la burguesía o simplemente no tenían agallas, y que clamaban y vociferaban sobre el “derrotismo”, hoy se enfrentan con el hecho de la vinculación histórica entre la derrota de la más atrasada y bárbara monarquía zarista y el comienzo del incendio revolucionario. (...) Si la revolución triunfó tan rápida y radicalmente –en apariencia, a primera vista–, solo se debe al hecho de que, como resultado de una situación histórica en extremo original, se unieron, en forma asombrosamente “armónica”, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspi-

raciones políticas y sociales absolutamente opuestas. Es decir, la conspiración de los imperialistas anglo-franceses, que empujaron a Miliukov, Guchkov y Cía. a apoderarse del poder para continuar la guerra imperialista con el objeto de conducirla aún con mayor encarnizamiento y tenacidad, con el objeto de asesinar a nuevos millones de obreros y campesinos rusos, para que los Guchkov puedan

adueñarse de Constantinopla, los capitalistas franceses, de Siria, los capitalistas ingleses, de la Mesopotamia, etc. Esto por una parte. Y por la otra, había un profundo movimiento popular proletario y de masas, de carácter revolucionario (un movimiento de todos los sectores más pobres de la población de la ciudad y del campo), por el pan, la paz y la verdadera libertad”.

*

Recuadro N.º 3

El espacio en el movimiento sindical

Sophie Béroud, una intelectual especialista en el movimiento obrero y sindical, colaboradora frecuente de *Viento Sur* y *ContreTemps*, nos da el siguiente cuadro del movimiento sindical francés y la influencia política de los trotskistas en este movimiento.

“El movimiento sindical francés se caracteriza por dos grandes rasgos. Desde el punto de vista de su afiliación es estructuralmente débil: su tasa de afiliación cayó en los años ’80 en torno al 8% de la población activa y posteriormente no ha conocido ningún crecimiento significativo. No obstante, conserva la paradoja de que a pesar de su muy débil implantación en el conjunto del sector privado conserva una gran capacidad de movilización social”.

“la CGT [es] el sindicato más importante en Francia desde el punto de vista de los resultados electorales (pero no en términos de afiliación) (...) la evolución ideológica de esta confederación constituye justamente una cuestión fundamental para el devenir del movimiento obrero en la Francia contemporánea. (...) A comienzos de los años ’90 la CGT emprendió un proceso de distanciamiento del PCF que le condujo a repensar su au-

tonomía con relación a la política y también el proyecto de sociedad a defender. Esta evolución se expresa de forma compleja y a veces ambivalente. Para una parte de sus militantes, la dirección de la CGT –bajo los mandatos de Bernard Thibault y actualmente de Thierry Lepaon– ha abandonado de hecho sus referentes marxistas para adoptar una perspectiva de transformación social mínima que ahora se traduce en la voluntad de ser un agente plenamente reconocido en las relaciones laborales”.

La CGT, además generó una política de “patriotismo industrial”, lo que producía un extraña convivencia Nicolás Sarkozy.

Creemos que es sin duda en este espacio donde el sindicalismo neoestalinista hace valer más su peso político como “lugar teniente en el movimiento obrero” del capitalismo francés.

Es importante señalar que para el año 2013 la CGT reivindicaba tener 700.000 afiliados, y la CFDT sostenía tener 860.000 afiliados. La influencia del NPA se siente especialmente en el sindicato “Solidaires”. Béroud presenta el siguiente cuadro de esta agrupación sindical:

“Solidaires defiende una concepción del sindicalismo basada en la lucha contra las diferentes formas de dominación (de clase, de género, étnica). No duda en situar la cuestión de la ecología o del feminismo en el centro de sus congresos, con resoluciones sobre estos temas, tal como lo hizo en 2008 o lo hará durante el próximo congreso, en junio de 2014. Las dificultades de Solidaires provienen no tanto de una línea que no sería asumida en su interior o que fuera ambigua en determinados aspectos, sino de su re-

lativa debilidad estructural. Esta unión sindical, que cuenta [con] cerca de 100.000 personas afiliadas, continúa creciendo poco a poco. Cuenta con estructuras locales en casi todo el territorio, si bien no todas son igual de activas.

Algunas uniones locales de Solidaires tienen capacidad para organizar a trabajadores de los restaurantes de comida rápida (KFC, Domino's Pizza, etcétera), del comercio o de la limpieza. Pero otras no disponen de los medios militantes necesarios para hacer un seguimiento cotidiano de los trabajadores precarios en lucha y en sus esfuerzos por construir una sección sindical. Muy a menudo las organizaciones de Solidaires llegan a mejorar su relación de fuerzas apareciendo

de forma diferenciada en los medios, por la capacidad inventiva en sus modalidades de acción y haciendo hincapié en la democracia de base (reconociendo todo el poder a las asambleas generales).

Sin embargo, durante las grandes movilizaciones, en la medida [en] que todavía pesa poco en el sector privado (más allá del sector de las telecomunicaciones), sus militantes no se encuentran con capacidad para hacerse oír por encima de la CGT. Es lo que ocurrió durante las movilizaciones de 2010, cuando la dirección de la CGT no osó franquear el umbral para llamar a la huelga general indefinida (a pesar de que una parte de sus propios equipos la exigían) y Solidaires trató de hacer oír esta opción”.

*

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

- ALEGRÍA, F. (2007) “La crisis financiera internacional: se acabó la fiesta”. *Rebelión* 23/09/2007. En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=56501>
- BASSETS, Ll. (1987) “La extrema izquierda francesa. Trotskistas en Francia. Residuos de la izquierda de los años sesenta, su activismo inquieta al Gobierno Chirac”. *El País*. 22/02/1987. En http://elpais.com/diario/1987/02/22/internacional/540946810_850215.html
- BÉROUD, Sophie (2014). “El sindicalismo francés frente a la crisis”. En *Viento Sur* N.º 134. (30/08/2014). En: https://vientosur.info/IMG/pdf/VS134_S_Beroud_Sindicalismo_frances_frente_crisis.pdf
- BENSÁID, D. (1995). “Una nueva época histórica”. Informe presentado por Daniel Bensaïd en el proceso preparatorio del XIV Congreso Mundial de la Cuarta Internacional. En: <http://danielbensaid.org/Una-nueva-epoca-historica?lang=fr>
- Documentos para el IX congreso de la LIT. “Una política revolucionaria para Europa”, n.º 3 (Abril 2008). En: <http://phl.bibliotecaentrotsky.org/archivo/1845.pdf>
- Documentos para el VIII congreso de la LIT. “Tesis sobre la situación mundial”, julio 2005. En: <https://es.scribd.com/document/336816876/VIII-Congreso-Mundial-2005>
- FRANK, P. (1973). “Historia de la IV Internacional”. En: <https://es.scribd.com/document/336787903/Pierre-Frank-La-historia-de-la-Cuarta-Internacional-La-larga-marcha>
- GAUDICHAUD, F. (2007). Entrevista con el filósofo Daniel Bensaïd a pocos días de las elecciones presidenciales francesas: “Nos encontramos ante el desafío de una reconstrucción social y política”. En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=49823>
- HARNECKER, Marta (1999): *La izquierda en el umbral del siglo XXI: haciendo posible lo imposible*. Madrid: Siglo Veintiuno de España. En: <http://www.rebellion.org/docs/95166.pdf>
- HERNÁNDEZ, M. (2009). *El veredicto de la historia*. Ediciones Marxismo Vivo. San Pablo: En: <https://es.scribd.com/document/108641222/El-Veredicto-de-La-Historia>
- _____ . (2015). “1975 versus 2015. Un pasado y un presente para reflexionar”. En: http://elpais.com/diario/2010/02/21/domingo/1266727955_850215.html
<http://litci.org/es/especial/opinion/1975-versus-2015-un-pasado-y-un-presente-para-reflexionar/>
- JIMÉNEZ BARCA, A. (2010). “Feminista y... con velo”. *El País* 22/02/2010. En:
- LCR (2002). Declaración de Olivier Besancenot en la tarde de las elecciones. Declaración del Buró Político de la LCR. 22 de Abril de 2002. En: <http://www.elistas.net/lista/andalucialibre/archivo/indice/87/msg/132/>
- LENIN, V. I. (1916). Cartas desde lejos. En: <http://www.ceip.org.ar/Cartas-desde-lejos>

- LUNA, M. y BERGMANN, A. (2002). “Polarización electoral en Francia. Bancarrota de la socialdemocracia y renacimiento del fascismo”. *El Trabajador Centroamericano* N.º 29. En: <http://www.elsoca.org/pdf/etca/2002/ETC-29.pdf>
- MARTI, O. (1995). “La sucesión de Mitterrand. Arlette Laguiller, la ternura del rojerío. La candidata trotskista aspira a la presidencia”. En: http://elpais.com/diario/1995/04/18/internacional/798156002_850215.html
- MORENO, N. (1982). Tesis de Fundación de la Liga Internacional de los Trabajadores. *Congreso de Fundación 1982*. En: http://phl.bibliotecaentrotsky.org/archivo/congresos%20mundiales/1982_confmundial-fundacion/tesis_fundacao.pdf
- _____ . (1984). *Las Revoluciones del Siglo XX*. En: <https://www.marxists.org/espanol/moreno/rsxx/index.htm>
- NGO VAN XUYET (2015). “Tạ Thu Thau, líder trotskista vietnamita”. En: <http://litci.org/es/teoria/ta-thu-thau-lider-trotskista-vietnamita/>
- OLLIVIER, F. (2003). *Nuevos Estatutos de la LCR: ¿Y la dictadura del proletariado?* En: <http://argentina.indymedia.org/news/2003/12/157798.php>
- ROMERO, A. (1995). *Después del estalinismo: los estados burocráticos y la revolución socialista*. Antídoto.
- SABADO, F. (2005). “La victoria del No: un voto plebeyo”. Entrevista con François Sabado. *Viento Sur* n° 81. En: <http://vientosur.info/spip.php?article1787>
- SAMARY, C.-et. al.- (2005). La LCR debe participar en el Encuentro (Assises) del Anticolonialismo Postcolonial (*Traducción de Claudio Testa*). En: http://socialismo-o-barbarie.org/webanterior/europa/050508_df_lcrdebeparticipar.htm
- VVAA (2005). Francia rechaza Constitución europea; opositores piden renuncia de Chirac tras conocerse resultado del referendo. En: http://www.nacion.com/ln_ee/2005/mayo/29/ultima-sr382644.html
- WOODS, A. (2008). “La revolución francesa de mayo de 1968”. En: <http://centromarx.org/index.php/documentos/historia/europa/francia/100-la-revolucion-francesa-de-mayo-de-1968>
- ZAPPI, S. (2007). Olivier Besancenot: “La izquierda soy yo” (Traducción de Alberto Nadal). En: <http://vocerobolivariano.blogspot.com/2007/12/la-izquierda-soy-yo.html>

¿”... antes que nada, un triunfo del trotskismo...”?

Ramiro Cifuentes G. - Colombia

20 de diciembre de 2016

*“Los procesos del Este, al confirmar categóricamente el programa trotskista, por la negativa y por la positiva, significaron el **mayor triunfo programático y político de la historia del trotskismo**.*

*Por la negativa, porque la derrota que significó la restauración del capitalismo a manos de la burocracia no solo confirmó el pronóstico trotskista sino que mostró que éramos la única corriente, en todo el mundo, que teníamos una política para evitarla: **la revolución política en el marco de la revolución mundial**.*

Y, por la positiva, ya que la destrucción del aparato estalinista por el movimiento de masas, ese triunfo colosal de la revolución mundial, es, antes que nada, un triunfo del trotskismo, la única corriente que comprendió el verdadero carácter contrarrevolucionario del estalinismo y tuvo una política consecuente para derrotarlo.” (Marxismo Vivo, No. 8, pág. 50. Negritas en el original, subrayados mío).

La dirección de la LIT ha llamado a un estudio cuidadoso de la revista *Marxismo Vivo*. El hecho de que edición No. 8 presente elaboraciones ya conocidas por la militancia durante la discusión pre-congreso de la LIT no le resta importancia a este llamado. En algunos casos la presentación pública de esas elaboraciones facilita comprender mejor los conceptos que defienden los distintos autores. Eso sólo hace muy importante el estudio de las “versiones públicas” de las elaboraciones del pasado Congreso.

Lo que siguen son algunos comentarios respecto a los tres párrafos del artículo titulado “*Estalinismo y trotskismo frente a los procesos del Este europeo*” escrito por el c. Martín Hernández, transcritos al inicio. Me circunscribo a esos tres párrafos por la trascendencia que tienen los conceptos que en ellos se pre-

sentan. Los denomino “**concepto-síntesis**” o “**concepto-conclusión**” de toda la argumentación y elaboración del camarada sobre esos procesos.

1. Se han transcrito los tres párrafos para brindar el contexto completo aunque es el tercero –unido a una expresión del primero– el que motiva este comentario.

Se afirma cómo, “*por la positiva*”, el trotskismo tuvo un triunfo (“*político*”, tal como se señala en el primer párrafo). Es un triunfo que sería “*colosal*” ya que esa es la dimensión que se asigna a “*la destrucción del aparato estalinista por el movimiento de masas*” y que ese triunfo es “*antes que nada, un triunfo del trotskismo*”.

Analicemos cuidadosamente qué significan esas afirmaciones.

¿Qué significa y qué consecuencias concretas tendría que haber tenido el que una corriente política mundial (el trotskismo –y nosotros como parte de él) haya obtenido un **triunfo político colosal**, “*el mayor triunfo programático y político de la historia del trotskismo*.”?

En primer lugar, los **triunfos** y las derrotas políticas son el **resultado** de luchas **directas** (a través de múltiples medios) entre las clases y sectores de clase que se enfrentan en un momento determinado. Por eso un triunfo (o una derrota) en cualquier episodio de la lucha de clases es “**antes que nada**” el triunfo (o derrota) de quienes **participan directamente** en los respectivos enfrentamientos.

No conozco documentación (y el artículo de Hernández no la suministra) que **demuestre** en forma **exhaustiva y categórica**, que el trotskismo (alguna de sus expresiones políticas de ese momento) **jugó un papel tan decisivo en los procesos del Este** que permita sustentar que ese “*triunfo*” (“*la destrucción del aparato estalinista por el movimiento de masas*”) es, “*antes que nada un triunfo del trotskismo*”.

La afirmación es insostenible excepto que se reduzca a la fórmula general y siempre válida que indica que todo triunfo de los explotados u oprimidos (a cualquier nivel –económico o político– y en cualquier lugar del planeta) lo consideramos un triunfo nuestro. Aun así sería errada por auto-proclamatoria pues tal como señalamos, “*antes que nada*”, un triunfo es de aquellos que participan en forma **directa** en la lucha; es decir, de quienes “ponen el pellejo” arriesgando triunfar o ser derrotados.

Para sostener la afirmación de que estamos “*antes que nada*” ante un “*colosal*” “*triunfo político del trotskismo*” (afirmación que –con el respeto que nos

merece el autor– bordea en el delirio) se trae como único argumento que el trotskismo fue y ha sido “*la única corriente que comprendió el verdadero carácter contrarrevolucionario del estalinismo y tuvo una política consecuente para derrotarlo*” frase que compartimos.

Sin embargo, esa frase demuestra poco o nada. La comprensión del carácter de un proceso y la formulación de una política consecuente para actuar en él (en este caso el carácter contrarrevolucionario del estalinismo y la política para derrotarlo) son un elemento **necesario (decisivo) pero insuficiente** para triunfar en ese proceso. Es **imprescindible**, a la vez, lograr dar el paso a la **actuación** en el propio proceso, a ser parte **directa** (y en lo posible **decisiva**) del mismo. Quien no integra el factor de la actuación **directa en los procesos políticos** no ha superado una concepción idealista de la lucha política.

En segundo lugar todo triunfo (o derrota) fortalece (o debilita) en forma inmediata y a mediano o largo plazo al triunfador; dándole más capacidad de acción y mejores condiciones para obtener otros triunfos. Esto es tan elemental que no nos detendremos a explicarlo. Extrañamente el camarada Hernández no se detiene ni un segundo a analizar cómo el “*colosal*” “*triunfo del trotskismo*” repercutió (tanto de manera inmediata como en el mediano y largo plazo) en nuestro fortalecimiento.

Se supondría, en una lógica menos arrevesada que la del camarada Hernández, que si tuvimos “*el mayor triunfo programático y político de la historia del trotskismo*” ese triunfo nos hubiese catapultado en muy pocos años a la arena mundial como una opción de dirección revolucionaria, superando nuestra marginalidad histórica. Todos nuestros análisis, 27 años después de los sucesos del Este, muestran que no fue así.

La consecuencia, casi obvia y natural, de que en los procesos del Este el trotskismo hubiese tenido el colosal triunfo que señala el camarada en su texto sería que en esos países nos habríamos convertido en una corriente seguida por miles o decenas de miles, como mínimo. ¿Es esa la realidad del trotskismo en esos países o, por lo menos, en alguno de ellos? Las afirmaciones de Hernández parecen no encajar adecuadamente en la realidad de nuestro desarrollo como corriente política ni en esos países ni a nivel mundial.

2. En el primer párrafo, Hernández afirma de manera categórica que los procesos del Este “*significaron el mayor triunfo programático y político de la historia del trotskismo*” pues, “*por la negativa y por la positiva*” confirmaron “*categoricamente el programa trotskista*”. (subrayado mío)

En el segundo párrafo muestra la que denomina confirmación “*por la negativa*”; “*porque la derrota que significó la restauración no solo confirmó el pronóstico trotskista sino que mostró que éramos la única corriente, en todo el mundo, que teníamos una política para evitarla: **la revolución política en el marco de la revolución mundial.***”

Hasta este punto, con salvedad hecha en el comentario anterior respecto a que estos procesos significaron “*el mayor triunfo*” **no sólo programático sino también “... y político de la historia del trotskismo”** podríamos tener acuerdo.

En el desarrollo de los procesos del Este se confirmaron, en diversas formas y globalmente, tanto los pronósticos como el programa trotskista. En forma sencilla: se confirmó el pronóstico porque éste consistía en señalar que o bien la clase obrera, a través **de una revolución política triunfante**, echaba del poder a la burocracia y **manteniendo la propiedad colectiva de los medios de producción recuperaba el carácter revolucionario del Estado Obrero** o, por la combinación del accionar de la burocracia y el imperialismo, se iría a la restauración capitalista –una verdadera contrarrevolución–, con obvias consecuencias respecto al carácter del Estado, del régimen, del gobierno y de la totalidad de instituciones.

En este punto del análisis es muy importante **resaltar cómo** se confirmó el pronóstico. Coincido con Hernández –y creo que la enorme mayoría de trotskistas podría coincidir– en que el pronóstico se confirmó **por la negativa**, a través de una **derrota**. Enorme derrota, diría yo; pues Hernández –aceptándolo– tiende a minimizarla. Se produjo la restauración y, al final del proceso o como parte del proceso mismo –de ese detalle se puede hacer abstracción para el análisis a este nivel– se conformó una superestructura política (un Estado) que expresa, defiende y garantiza unas relaciones de producción capitalistas.

Tratemos de comprender lo anterior con un ejemplo sencillo, de la vida cotidiana. Más de una vez un médico señala que si al paciente se le aplican tales o cuales medicamentos o si se le realiza tal o cual procedimiento puede sobrevivir y que si no se procede así casi seguro morirá. Al igual, el pronóstico trotskista sobre los estados obreros incluía **dos posibilidades**. Lo cierto de la confirmación de **nuestro pronóstico**, del pronóstico trotskista –tenemos que reconocerlo **a fondo**– es que “**el paciente murió**”. **Estado obrero** no hay más, **propiedad colectiva de los medios de producción** no hay más, **control del comercio exterior** no hay más, etc., etc. Por eso, pero tal vez no sacando **todas las conclusiones que de ello se derivan**, Hernández acepta que el pronóstico se confirmó **por la negativa**.

Es claro, volviendo al ejemplo del médico y el paciente, que –una vez muerto el paciente– si cualquier otro buen médico estudia el caso o hace la autopsia puede señalar que el **programa** de su colega (no sólo su pronóstico) **se confirmó**. Que si el **programa** que ese colega había propuesto (los medicamentos, los procedimientos, etc.) **se hubiesen aplicado** entonces el paciente podría haber sobrevivido. Más o menos similar sucedió en el proceso del Este. El **programa formulado** (la revolución política) no se logró aplicar o se aplicó en “dosis” que no fueron suficientemente fuertes (los intentos que hubo fueron derrotados, por razones que acá no viene al caso analizar). Lo cierto, mírese por donde se mire, es que **el paciente murió**. Y esa “muerte” del paciente (el Estado obrero) tuvo unas consecuencias: el fin del aparato contrarrevolucionario de la burocracia.

Acá la analogía con el pobre paciente, como toda analogía, muestra sus limitaciones. En el caso del paciente, sería tan sencillo, tan elemental, como señalar que muerto el paciente **se acabó el cáncer** que lo estaba matando. En el caso de los procesos del Este existe la complejidad de que la burocracia (un verdadero cáncer) pudo “reencarnar” en burguesía, ganando nueva vida propia, mutando su ADN y abriendo el paso para (en un proceso simultáneo o posterior, tampoco interesa mucho) “controlar” otro cuerpo necesario para su existencia: los nuevos estados y los nuevos regímenes que surgen al caer los anteriores.

Llevados por el afán de afirmar nuestras “verdades” más de una vez no confrontamos las aseveraciones con la dura realidad. Nos satisfacemos y regodeamos con la “solidez interna” de nuestras elaboraciones; haciendo de ellas un verdadero (y a veces hermoso) castillo de naipes. Pero para lograr que esas discusiones y elaboraciones ayuden a la formación de la pequeña (pero valiosísima) camada de militantes revolucionarios agrupados alrededor de la LIT es necesario partir de la realidad, reconociéndola tal cual ella es y no “echándonos cuentos alegres” entre nosotros mismos.

Ojalá, en un futuro no muy lejano, el trotskismo obtenga algún triunfo, así no sea tan colosal como el que, según el camarada Hernández, obtuvimos hace 27 años. Seguro que cualquier triunfo verdaderamente significativo del trotskismo (así sea sólo a una escala nacional) será, **antes que nada**, un triunfo de la clase obrera y nos convertiría, casi de inmediato, en referencia y opción de dirección para amplios sectores de la misma en ese país, en la región o incluso, en perspectiva, a nivel mundial. Por ahora, lo que está a la vista es el duro y gris trabajo del viejo topo.

Dossier

Todo es Historia

APUNTES PARA UNA VISIÓN MARXISTA DE LA COLONIZACIÓN HISPANO-LUSITANA

Ronald León Núñez - Paraguay

La discusión acerca del carácter de la colonización y sobre las relaciones de producción originadas en América tras la llegada de los europeos es tan añeja como escabrosa. ¿Fue feudal, fue capitalista, ninguna de las anteriores? El encono de la polémica, a menudo enmarañada en la propia definición de conceptos y atravesada por el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo en Europa^[1], se explica por el hecho de que no se trata de un debate académico –aunque muchos académicos hayan intervenido–, sino de un asunto que reviste consecuencias políticas, en la medida en que sus conclusiones determinan el curso histórico de nuestras formaciones económico-sociales, al tiempo que definen el carácter de la presente revolución latinoamericana, esto es, sus tareas y el papel de las clases en este proceso.

En las páginas que siguen no nos proponemos desarrollar ninguna cuestión “nueva”, sino hacer una revisión, por cierto sucinta, de las posiciones de los autores marxistas que más avanzaron –en nuestra opinión, por supuesto– en el estudio teórico de las cuestiones que aquí nos interesan. Sistematizaremos y discutiremos –aunque no únicamente–, las elaboraciones de los trotskistas argentinos Nahuel Moreno^[2] y Milcíades Peña^[3], al igual que las del estadouni-

[1] SWEEZY, Paul; DOOB, Maurice, et al. *Do feudalismo ao capitalismo*. Lisboa: Publicações Dom Quixote, 1971.

[2] Nahuel Moreno [1924-1987]: Dirigente y teórico trotskista, fundador de la actual Liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI).

[3] Milcíades Peña [1933-1965]: Historiador trotskista argentino. En 1947 ingresó al Grupo Obrero Marxista (GOM), dirigido por Nahuel Moreno. Abandonó la militancia en el partido entre 1952 y finales de 1955, cuando se reincorporó. Entre 1955 y 1957 escribió lo que hoy se conoce como *Historia del pueblo argentino* [Emecé, 2012]. Entre 1957 y 1958 editó (*Cont. pág. sig.*)

dense George Novack^[4], comparándolas con algunos escritos de Marx y Engels.

I. Los colonizadores

¿Cuál era la estructura económica interna y la ubicación en el naciente mercado mundial del Imperio español cuando conquistó y emprendió la colonización de una parte de América desde el siglo XVI?

Moreno aborda este problema con su preocupación puesta en caracterizar el Imperio español de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX:

El español, igual que el austrohúngaro o el ruso, eran **imperios atrasados que sufrían la influencia del desarrollo capitalista en el occidente europeo**. Justamente por su atraso y por limitar con esos países capitalistas, a diferencia de China o la India, **sus gobiernos absolutistas hacían esfuerzos denodados por provocar un desarrollo de sus países, industrializándolos**. Trataban de perpetuar el feudalismo pero, al mismo tiempo, lograr por todos los medios un desarrollo capitalista impulsado desde arriba, burocráticamente, controlado por sus gobiernos [...] ^[5].

Él ubica este impulso capitalista en el siglo XVIII, durante los reinados de Carlos II y Carlos III. Estos monarcas, según su análisis, contradictoriamente lideraban un “inmenso aparato gubernamental burocrático y feudal que por un lado favorecía las tendencias capitalistas en germen y por el otro perpetuaba los privilegios de los señores de la tierra y el atraso”^[6]. Moreno concluirá que la crisis de la independencia americana no se debió a la “decadencia” de España sino a lo opuesto: a “tendencias centrífugas que produjo el importante desarrollo capitalista que se dio durante fines del siglo XVIII en el imperio español”^[7].

(*cont. de pág. anterior*) junto con Moreno, la revista teórico-marxista *Estrategia*. Su alejamiento definitivo del partido de Moreno, entonces llamado Palabra Obrera, se dio en 1959. En los años de 1960 publicó, de manera independiente, *Fichas de Investigación Económico Social*. Peña se suicidó el 29 de diciembre de 1965, a los 32 años de edad. Para una reseña de su obra, consultar: CAMARERO, Hernán. El período formativo de un intelectual: Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1950. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*. Buenos Aires, n.º 3, 2013, pp. 9-33.

^[4] George Novack [1905-1992]: Intelectual e historiador trotskista, dirigente del antiguo SWP estadounidense.

^[5] MORENO, Nahuel. *Método de interpretación de la historia argentina* [1975]. Disponible en: <http://www.litci.org/es/wp-content/uploads/14_metodo_historia_argentina_1.pdf>, consultado el 17/11/2016. Todos los subrayados son nuestros, salvo indicación contraria.

^[6] Ídem.

^[7] Ídem.

Al mismo tiempo, apunta: “España se encontraba en desventaja con relación a sus competidores [Inglaterra, Francia, Holanda], pues en valores absolutos y relativos iba quedando rezagada”, especialmente en la industria naviera, decisiva para mantener el monopolio del comercio colonial y la centralización misma del imperio. De esta suerte, a comienzos del siglo XIX, existía “un imperio atrasado, semifeudal, que impulsa el desarrollo capitalista, provoca tendencias centrífugas, no centrípetas, que no tienden a consolidar el poder sino a debilitarlo, a destruirlo”^[8].

Por su parte, Milcíades Peña analiza el carácter del antiguo Imperio español partiendo de más atrás. Más tajante, escribe: “El binomio grandeza-decadencia de España es un mito puro [...] en España no hay ninguna decadencia, sino un permanente ‘raquitismo’ de su desarrollo económico”^[9].

Peña continúa:

Ni en España ni en América hubo nada comparable [a las revoluciones burguesas en Francia, EEUU, Alemania]. De allí proviene la esencial identidad entre España y América Latina. En el mundo moderno, la ex metrópoli y las ex colonias se caracterizan por su atraso y dependencia respecto a otras potencias. Ni una ni otras pudieron desarrollarse hasta hoy como naciones capitalistas industriales, vale decir, no han podido realizar lo fundamental de la revolución democrático-burguesa^[10].

Acentúa, además, que en la España imperial no existía economía unificada, requisito básico para el desarrollo del capitalismo industrial, sino una “federación de cinco reinos –Aragón, Castilla, Cataluña, Navarra y Valencia– dotados de parlamentos, constituciones, sistemas monetarios y aranceles aduaneros separados”^[11]. En esta cuestión, Peña acude a Marx:

España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza [...] si bien el gobierno era despótico, no impidió que subsistiesen las provincias con sus diferentes leyes y costumbres, con diferentes monedas, con banderas militares de colores diferentes y con sus respectivos sistemas de contribución^[12].

Peña también afirma que el Imperio español fue siempre dependiente de la

[8] Ídem.

[9] PEÑA, Milcíades. *Historia del pueblo argentino*. Buenos Aires: Emecé, 2012, p. 42.

[10] Íbidem, p. 41.

[11] Íbidem, p. 42.

[12] MARX, K. *La España revolucionaria* [1854]. Disponible en: <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/9-ix-54.htm>>, consultado el 17/11/16.

industria extranjera, pues según la política económica de los Reyes Católicos, su función era ser “abastecedora de lana para la creciente y próspera industria textil en Inglaterra”^[13], estimulando el latifundio y la ganadería en detrimento de la agricultura. Por otra parte, el grueso de las transacciones comerciales –en Sevilla y Cádiz– y las finanzas estaban acaparados por banqueros franceses, italianos y flamencos^[14].

En España –prosigue Peña– nunca existió una política mercantilista, entendida como una política en última instancia industrial: “El mercantilismo no solo buscaba acumular metales: explicaba que para lograrlo había que exportar más de lo que se importaba y, para ello, era preciso vender artículos manufacturados e importar materias primas”^[15]. Al contrario de otras monarquías absolutas, los monarcas españoles se complacieron con una política metalista [acumular el oro por el oro], que acompañó el incentivo al pastoreo^[16], “asignando a España la función de exportador de lana, supeditado crónico al industrialismo foráneo”^[17].

Peña expone, finalmente, la contradicción de que un Imperio “atrasado”, que según su visión sufría de un “raquitismo estructural”, haya descubierto América:

Fue España quien por una combinación de procesos superestructurales descubrió América, lo que no es sino una temprana manifestación de la ley del desarrollo desigual, común a toda la historia y, particularmente, visible en el capitalismo. Pero a la larga, la estructura económica hizo sentir su acción y España perdió bien pronto el monopolio de sus colonias y se transformó en agente intermediario de Inglaterra y Francia, que luego habrían de heredarlas como metrópolis económicas de América Latina^[18].

Existen matices entre las visiones de Moreno y Peña sobre el Imperio español. El primero, si bien caracteriza a España como un Imperio “atrasado” y “semifeudal”, identifica, al menos desde el siglo XVIII, una política –aunque vacilante– proteccionista y de “impulso” a la industrialización. Peña, a su vez, acentúa el atraso y la incapacidad *permanente* de la burguesía hispana para industrializar, asumiendo el papel subordinado de actuar, a lo sumo, como intermediaria de las manufacturas del norte de Europa en sus posesiones coloniales.

[13] PEÑA, Milciades. *Historia del pueblo argentino...*, p. 43.

[14] *Ibidem*, p. 45.

[15] *Ibidem*, p. 48.

[16] *Ídem*.

[17] *Ibidem*, p. 56.

[18] *Ibidem*, p. 59.

La “herencia” de los españoles, según Peña, será: “una función periférica en la platea del capitalismo mundial, un raquitismo insuperable del capitalismo industrial interno. Y, por lo tanto, atraso, dependencia, estancamiento”^[19].

Más allá de estos matices, tanto Moreno como Peña coinciden en lo principal: señalar el atraso del capitalismo español en Europa como el trazo principal de su formación histórica.

A todo esto, ¿qué opinaba Trotsky?

En 1931, si bien Trotsky ubica a España como perteneciente “al grupo de los países más atrasados de Europa”, no deja de reconocerle un “gran pasado histórico”:

España conoció periodos de gran florecimiento, de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio sobre la América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial iba venciendo el aislamiento feudal de las provincias y el particularismo de las regiones nacionales del país^[20].

En cierta medida, Trotsky contradice la unilateralidad de Peña al identificar un periodo de “auge” del Imperio español, aunque este haya sido relativamente corto:

El descubrimiento de América, que en un principio fortaleció y enriqueció a España, se **volvió contra ella**. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda fue Inglaterra la que se elevó por encima de Europa a una gran altura y por largo tiempo. **Y a partir de la segunda mitad del siglo XVI la decadencia de España es evidente. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588) esta decadencia toma, por decirlo así, un carácter oficial.** Es el advenimiento de este estado de la España feudal-burguesa que Marx calificó de “putrefacción lenta e ingloriosa”^[21].

Iniciada la “decadencia”, Trotsky apunta: “El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo”^[22], hecho que explicaría el proceso de disolución de su Imperio en el siglo XIX y las tendencias centrífugas internas.

[19] *Ibíd.*, p. 41.

[20] TROTSKY, León. *La revolución española y la táctica de los comunistas* [1931]. Disponible en: <<http://www.ceip.org.ar/La-revolucion-espanola-y-la-tactica-de-los-comunistas>>, consultado el 17/11/2016.

[21] *Ídem.*

[22] *Ídem.*

II. La esencia de la colonización: ¿feudal o capitalista?

Nahuel Moreno escribió en 1948 el texto “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América”^[23], en el que plantea: “la colonización tiene objetivos capitalistas, obtener ganancias, pero se combina con relaciones de producción no capitalistas”^[24].

La importancia de este trabajo no reside solamente en su contenido, inserto en la polémica teórica del autor con el estalinismo y “la influencia de un pseudo marxismo que había abrevado en las fuentes de los historiadores liberales”, sino en su carácter pionero, que el propio Moreno destaca:

He sido uno de los primeros, si no el primero, que desde el año 1948 vengo luchando en los medios marxistas latinoamericanos contra la teoría de la colonización feudal, que en su momento levantaba el stalinismo como justificación teórica para su política de hacer una revolución antifeudal y constituir frentes populares con la burguesía “antifeudal” y “liberal”^[25].

Esta es la tesis principal de Moreno:

La colonización española, portuguesa, inglesa, francesa y holandesa en América, fue esencialmente capitalista. Sus objetivos fueron capitalistas y no feudales: organizar la producción y los descubrimientos para efectuar ganancias prodigiosas y para colocar mercancías en el mercado mundial. No inauguraron un sistema de producción capitalista porque no había en América un ejército de trabajadores libres en el mercado. Es así como los colonizadores, para poder explotar en forma capitalista a América, **se ven obligados a recurrir a relaciones de producción no capitalistas: la esclavitud o una semiesclavitud de los indígenas.** Producción y descubrimiento por objetivos capitalistas; relaciones esclavas o semiesclavas; formas y terminologías feudales (al igual que el capitalismo mediterráneo), son los tres pilares en que se asentó la colonización de América^[26].

A su vez, la definición que aporta Moreno se basa en un determinado enfoque metodológico: estudiar la historia de un determinado país o región considerando sus particularidades pero, principalmente, “como parte de ese todo que es la economía y la política mundial”^[27], que surge en el siglo XVI.

^[23] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América* [1948]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/moreno/obras/01_nm.htm>, consultado el 18/11/2016.

^[24] Ídem.

^[25] Ídem.

^[26] Ídem.

^[27] MORENO, Nahuel. *Método de interpretación de la historia argentina...*

Peña, que comenzó a escribir sus ensayos sobre historia argentina en 1955, no cita a Moreno pero llega a la misma conclusión: “El objetivo de la colonización y conquista fue **eminente y capitalista**: producir en gran escala para vender en el mercado y obtener una ganancia”^[28].

Y agrega: “Hay, por lo tanto, una neta diferenciación con los procesos de colonización realizados en el seno del feudalismo europeo, tales como el desplazamiento de los germanos hacia el este, cuyo único propósito era obtener tierra para subsistir”^[29].

Peña, polemizando con Rodolfo Puiggrós^[30] y otros teóricos de la “colonización feudal”, planteó: “El régimen feudal supone la pequeña propiedad de la tierra. De ahí sale la pequeña escala de la producción disponible para el mercado y el reducido volumen de intercambio”^[31]. En tal sentido, insiste en que el régimen de producción instaurado por los españoles en América fue lo opuesto a ese esquema: producción en gran escala –minas, plantaciones, obrajes...– para el naciente mercado mundial^[32].

En sus escritos, Peña cita frecuentemente la obra de Sergio Bagú^[33], que en 1949 escribió: “El régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo. **Es capitalismo colonial.** [...]”^[34]. Años después, Moreno reconocerá el mérito del trabajo hecho por Bagú, aunque insistirá: “fuimos los primeros en caracterizarla [a la colonización de América Latina] como capitalista. Sergio Bagú, entre otros, confirmó luego con erudición y brillantez nuestra tesis”^[35].

En rigor, tanto Moreno como Peña y otros autores que se opusieron a la “tesis feudal” del liberalismo y el estalinismo –aceptada incluso por Liborio Justo, intelectual proveniente del trotskismo pero que defendía la tesis del “feu-

[28] PEÑA, Milcíades. *Historia del pueblo argentino...*, p. 65.

[29] Ídem.

[30] Rodolfo Puiggrós [1906-1980]: Historiador, periodista y profesor universitario. Militó en el Partido Comunista argentino entre 1933-1946, cuando fue expulsado. Adhirió luego al peronismo “de izquierda”.

[31] PEÑA, Milcíades. *Historia del pueblo argentino...*, p. 65.

[32] Ídem.

[33] Sergio Bagú [1911-2002]: Abogado y periodista argentino. En 1949 publicó *Economía de la sociedad colonial...*, su obra más conocida y discutida.

[34] BAGÚ, Sergio. *Economía de la sociedad colonial*. Ensayo de Historia comparada de América Latina. Buenos Aires: El Ateneo, 1949, pp. 142-143.

[35] MORENO, Nahuel. *Método de interpretación de la historia argentina...*

dalismo colonial”^[36] –, no estaban sino siguiendo las elaboraciones de Marx y Engels sobre los objetivos y el *sentido* de la empresa colonizadora.

En primer lugar, para Marx y Engels, el marco histórico del descubrimiento y la colonización de América no se inscribía en un “proceso de expansión del feudalismo” sino todo lo contrario: se asentaba en la creación del mercado mundial capitalista, que atizaba “el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición”^[37] y abría paso –asumiendo la forma de “cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen”^[38]– a la victoria final del modo de producción capitalista en Europa.

La manufactura y en general el movimiento de la producción recibieron un enorme impulso gracias a la expansión del comercio, ocasionada por el descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias Orientales. Los nuevos productos, importados de esas regiones y, en particular, las grandes cantidades de oro y plata que entraron a la circulación, modificaron totalmente la posición recíproca de las clases y **asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra** [...] la colonización y ante todo la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, ahora posible y en vías de realización día tras día, **inauguraron una nueva fase del desarrollo histórico** [...] ^[39].

Y agregan:

No cabe duda alguna [de que] la súbita expansión del mercado mundial, la multiplicación de las mercancías circulantes, la emulación entre las naciones europeas, afanasas por apoderarse de los productos asiáticos y de los tesoros de América, **el sistema colonial**, coadyuvaron esencialmente a derribar las barreras feudales que obstaculizaban la producción^[40].

^[36] Liborio Justo [1902-2003] polemizó con Bagú argumentando que hablar de “capitalismo colonial” sería atribuir a América Latina un grado de desarrollo de fuerzas productivas inexistente. Sobre el debate entre Justo y otros marxistas latinoamericanos, consultar: BOSCH ALESSIO, Constanza. *El debate marxista sobre los modos de producción coloniales latinoamericanos en el seno de la intelectualidad argentina (1890-1973)*. Disponible en: <<http://www.academica.org/constanza.bosch/27>>, consultado el 23/11/2016.

^[37] MARX, K.; ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista* [1848]. Disponible en: <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>>, consultado el 18/11/2016.

^[38] MARX, K. *El Capital*. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1956, p. 601.

^[39] MARX, K.; ENGELS, F. *La ideología alemana* [1846]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América*. Córdoba: Cuadernos Pasado y Presente, 1972, p. 39.

^[40] MARX, K. *El Capital*. Tomo III. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América...*, p. 45.

En 1884, Engels es categórico al definir los objetivos de la colonización europea en América. Sentencia que la época “del joven al que encandilaban las riquezas de las Indias, las minas de oro y plata de México y Potosí” fue “la época de la caballería andante de la burguesía [pero] **sobre una base burguesa y con fines en último término burgueses**”^[41].

Hasta qué punto –reflexiona Engels– el feudalismo, a fines del siglo xv, estaba ya socavado y carcomido en sus entrañas por el dinero, se pone patentemente manifiesto en la sed de oro que por esa época se enseñorea de Europa. Oro era lo que buscaban los portugueses en las costas africanas, en la India, en todo el Lejano Oriente; oro era la palabra mágica que impulsaba a los españoles a cruzar el Atlántico rumbo a América; oro era lo primero por lo que preguntaba el blanco cuando hollaba una playa recién descubierta. Pero ese afán de salir hacia lo lejos en busca de aventuras para buscar oro, **por más que en sus principios se realizara bajo formas feudales y semif feudales, en sustancia era ya incompatible con el feudalismo**, que se fundaba en la agricultura y cuyas expediciones de conquista apuntaban esencialmente a la adquisición de tierras. Fuera de ello, la navegación era un quehacer decididamente burgués, que ha impreso su carácter antifeudal también a todas las flotas de guerra modernas^[42].

Es nítido cómo los fundadores del socialismo científico abordan la cuestión en su totalidad y dinámica sin perderse en los laberintos de las “formas”. Definen una primera y determinante ubicación del problema: el descubrimiento y colonización de América fue parte fundamental del proceso de acumulación originaria de capital y cumplió un papel disolvente del feudalismo en Europa. Este planteamiento es opuesto a la propuesta del estalinismo. En la visión de Marx y Engels, la conformación del mercado mundial y la colonización americana no solo fue “incompatible con el feudalismo” sino que aceleró el advenimiento del capitalismo. Engels, a su vez, es enfático al señalar que, a pesar de las “formas feudales”, la empresa colonizadora tuvo un carácter y un sentido “decididamente burgués”.

Esto queda más claro en este corto pasaje, escrito en 1858, donde Marx expone su criterio sobre la relación mercado mundial-modos de producción:

La esclavitud reaparece igualmente en las colonias en el **periodo de la acumulación primitiva**, y aún después del triunfo del modo de producción capitalista, sin que por ello se pueda concluir que existió un modo de producción esclavista en los siglos xviii

^[41] ENGELS, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* [1884]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América...*, pp. 45-46.

^[42] *Ibidem*, p. 46.

y XIX [...] El que a los dueños de las plantaciones en América no solo los llamemos ahora capitalistas, sino que lo *sean*, se basa en el hecho de que ellos existen **como una anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre**^[43].

Notemos que para definir las plantaciones esclavistas el criterio decisivo era su inserción en el mercado mundial, no la “forma” como se producía en ellas; de ahí que Marx denomina *capitalistas* a los plantadores aunque produzcan mediante el trabajo esclavo y no a partir del trabajo “libre” asalariado.

III. La *forma* de la colonización: el debate sobre las relaciones de producción

La inserción de la colonización americana en el proceso de expansión del mercado mundial no agota la discusión sobre las relaciones de producción en los espacios coloniales: ¿cómo se producían esas mercancías destinadas al mercado mundial capitalista?

Es un error confundir la producción para el naciente mercado mundial, o bien el proceso de acumulación originaria de *capital*, con *capitalismo*, entendido como un determinado modo de producción.

Esto es importante, pues la mera producción de valores de cambio y su circulación, si bien fue premisa para el modo de producción capitalista, no necesariamente significa que el *modo* de producir esas mercancías sea *capitalista*. La “producción para el mercado” y el capital mercantil existen desde tiempos remotos y coexisten con distintos modos de producción anteriores al capitalismo, como el esclavismo y el feudalismo.

Lo que define al capitalismo es la expropiación total de la clase trabajadora de los medios de producción y la transformación de la propia fuerza de trabajo en mercancía. *Capitalismo* presupone un mercado de trabajo “libre”. Según Marx:

[...] el proceso que *engendra* el capitalismo solo puede ser uno: *el proceso de disociación entre el obrero y la propiedad de las condiciones de su trabajo*, proceso que, de una parte, *convierte en capital* los medios sociales de vida y de producción, mientras, de otra parte, *convierte a los productores directos en obreros asalariados*. La llamada *acumulación originaria* no es, pues, más que el *proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción*^[44].

[43] MARX, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Grundrisse [1857-1858]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América...*, p. 164.

[44] MARX, K. *El Capital*. Tomo I..., p. 574. Subrayado en el original.

Es decir, debe existir la proletarización y la *liberación jurídica* de los productores directos. Lenin confirmará esta definición:

El capitalismo es la fase de desarrollo de la producción mercantil en la que también la fuerza de trabajo se transforma en mercancía. La tendencia fundamental del capitalismo consiste en que toda la fuerza de trabajo de la economía nacional se aplica a la producción únicamente después de haber sido negociada su venta y compra por los patronos^[45].

Por este motivo, Moreno acierta cuando, al mismo tiempo en que define correctamente que el *carácter, esencia, sentido, signo* de la colonización europea en América Latina fue capitalista, precisa que las relaciones de producción con las cuales se extraía el *excedente social* de las clases explotadas eran precapitalistas, “la esclavitud o una semiesclavitud de los indígenas [...]”^[46].

Milcíades Peña, en este sentido, es menos categórico, pues, siguiendo a Bagú, plantea la existencia de un tipo de *capitalismo*, aunque distinto del “capitalismo industrial”:

No se trata de un capitalismo industrial. Es un **capitalismo de factoría, ‘capitalismo colonial’** [...que produce] en gran escala para el mercado [...] estas son características decisivamente capitalistas, aunque no del capitalismo industrial, que se caracteriza por el salario libre^[47].

Enfatiza, además, las “concentraciones de mano de obra semiasalariada”^[48], lo cual, si bien estas existían, no se puede esconder el hecho de que el trabajo “libre” era marginal. Por lo tanto, la definición de “capitalismo”, aunque difiera de este del “industrial”, resulta imprecisa.

Sin embargo, en otro pasaje Peña reconoce los “rasgos feudales” y precapitalistas expresados en las distintas formas de coerción extraeconómica y en la propia legislación colonial, aunque “sin modificar empero su estructura capitalista”^[49] de conjunto, dando a entender que existía una combinación de relaciones de producción:

La España feudal levantó en América una **sociedad básicamente capitalista**, un **capitalismo colonial**, bien entendido, del mismo modo que, a la inversa, en la época del imperialismo, el capital financiero edifica en sus colonias estructuras capitalistas recubiertas

[45] LENIN, V. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. El proceso de la formación del mercado interior para la gran industria [1899]. Moscú: Editorial Progreso, 1974.

[46] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América...*

[47] PEÑA, Milcíades. *Historia del pueblo argentino...*, p. 67.

[48] *Ibidem*, p. 69.

[49] *Ibidem*, p. 68.

de reminiscencias feudales y esclavistas. Este es precisamente el **carácter combinado del desarrollo histórico**^[50].

Hasta aquí, hemos visto los esfuerzos de Moreno, Peña y otros estudiosos para combatir desde el marxismo el análisis de la tesis de la “colonización feudal” con la que el estalinismo desarrollaba su visión etapista de la historia. Cuestionar ese esquema era necesario, dadas sus consecuencias políticas.

Sin embargo, frente a ese problema, poco o nada ayudaba sostener, como hicieron André Gunder Frank [1929-2005] y otros intelectuales, que la colonización de América Latina fue directamente capitalista desde el comienzo: “el capitalismo comienza a penetrar, a formar, a caracterizar por completo a Latinoamérica y a la sociedad chilena ya en el siglo XVI”^[51]. Moreno apuntó, correctamente, que ese esquema era políticamente “tan peligroso como el anterior [la tesis feudal]”^[52].

Es verdad que Marx afirma en *El Capital* que “la biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI con el comercio y el mercado mundiales”^[53], pero nunca dijo, pues no sería verdadero, que eso generó mecánicamente un modo de producción capitalista en el continente americano. Así como en América, en África y Asia, los europeos se depararon con modos de producción preexistentes, que no eran ni podían ser capitalistas, aunque se hayan servido de ellos para “acumular” capital que, solo después, redundaría en la victoria final del capitalismo.

En ese sentido, en *Las formaciones híbridas y la revolución permanente en Latinoamérica*^[54], George Novack, critica los errores metodológicos y la definición de Gunder Frank. Transcribimos algunos de sus alegatos:

- 1) “En el siglo XVI el capitalismo recién comenzaba a tomar forma en Europa occidental. La revolución industrial, que estableció el modo específicamente capitalista de producción, no despegó hasta el siglo XIX. ¿Cómo podía entonces la atrasada Latinoamérica haberse convertido en ‘completamente’ capitalista tan pronto?”;
- 2) “La principal potencia colonial, España [...] era todavía tan feudal como burgués [...] Se apoyaba en una economía decadente cuyas relaciones con

[50] *Ibidem*, p. 65.

[51] GUNDER FRANK, André. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Disponible en: <<http://www.eumed.net/cursecon/textos/Frank/index.htm>>, consultado el 19/11/2016.

[52] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América...*

[53] MARX, K. *El Capital*. Tomo I..., p. 121.

[54] NOVACK, George. *Para comprender la historia*. Buenos Aires: Pluma, 1975; NOVACK, George. *O desenvolvimento desigual e combinado na história*. São Paulo: Editora Sundermann, 2008.

el Nuevo Mundo servían mucho más para enriquecer a las potencias más avanzadas del otro lado de los Pirineos que para revolucionar su propia estructura social”;

- 3) “Los comerciantes españoles servían como agentes intermediarios de los productores franceses, ingleses y holandeses y las potencias. ¿Cómo podían los españoles y los portugueses haber instituido formas de organización económica en Latinoamérica superiores a la suya propia entre los siglos XVI y XIX?”^[55].

En cuanto a la estructura económica colonial, que entrelazaba distintas formas de trabajo, Novack afirma:

España y Portugal crearon en el Nuevo Mundo formas económicas que tenían un **carácter combinado**. Unían las relaciones precapitalistas a las relaciones de intercambio, subordinándolas por lo tanto a las exigencias y a los movimientos del capital mercantil^[56].

Moreno reivindicó esta formulación, reconociéndole incluso más precisión que la suya: “a los ‘objetivos capitalistas’ de mi análisis les pone un nombre más preciso, capital mercantil, pero insiste en lo mismo que en mi tesis, el carácter no capitalista de las relaciones de producción”^[57]. Y añade: “Sin emplear la expresión de combinación de distintas formas y basándome en Marx, que definió la colonización esclavista de Estados Unidos como ‘capitalismo feudal’, mi interpretación ha sido esencialmente la de Novack, que a su vez es la de Marx, aunque sin citarlo”^[58].

Así, el teórico estadounidense explicará el peso de las formas precapitalistas en el terreno de la producción:

Durante el período colonial, fueron más predominantes diversas formas de trabajo forzado que el trabajo libre en las principales áreas de producción tales como las empresas mineras, ganaderas y agrícolas. La población nativa sojuzgada trabajaba duramente bajo la servidumbre (mita), la esclavitud lisa y llana, el *peonazgo* o la servidumbre por deudas, y la aparcería. **El trabajo asalariado surgía aquí y allá pero era una excepción, marginal y débil**^[59].

Desde el punto de vista metodológico, la crítica de Novack a Gunder Frank puede ser resumida de esta forma:

[55] NOVACK, George. *O desenvolvimento desigual e combinado na história...*, pp. 89-90.

[56] *Ibidem*, p. 90.

[57] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América...*

[58] *Ídem*.

[59] NOVACK, George. *O desenvolvimento desigual e combinado na história...*, p. 90.

No comprende el rol de las **formaciones combinadas en el período de transición de una economía precapitalista a una economía capitalista** [ni entiende] la explotación en condiciones precapitalistas de producción por parte de las potencias coloniales para beneficio del sistema capitalista naciente^[60].

Esto se debería a que Gunder Frank “ignora la ley dialéctica de la unidad o la interpenetración de los opuestos que, en términos socio-históricos, presupone la posibilidad de coexistencia, al menos durante un cierto tiempo, de relaciones feudales y capitalistas en la evolución de las sociedades de clase”^[61], principalmente por aplicar un razonamiento ajeno a la ley del desarrollo desigual y combinado.

De hecho, la cuestión de la *coexistencia* de objetivos capitalistas y relaciones de producción no capitalistas en una determinada formación económico-social –algo imposible de comprender si se sigue la lógica estalinista unilineal de “los cinco estadios” (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo), que supone una sucesión infranqueable de modos de producción aplicada de manera mecanicista a la historia de todos los pueblos– solo puede ser entendida a través de la óptica de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Novack explica que la instauración del capitalismo no fue, ni podía ser, lineal. En su avance para conformar el mercado mundial, el capital mercantil se deparó con todo tipo de modos de producción y relaciones sociales precapitalistas, en las cuales penetró. Si bien es correcto que su objetivo último era disolverlas, eso no significa que no haya utilizado –y hasta estimulado– instituciones y relaciones de producción precapitalistas mientras esto le fue provechoso. Basta analizar el caso de la esclavitud:

Los elementos mercantiles fueron tan lejos que recrearon en las colonias modos anticuados de producción que ellos ya habían descartado en su patria. El caso más notorio fue la implantación de la esclavitud a gran escala en el Nuevo Mundo [...] Sin embargo –explica Novack– la esclavitud introducida en las Américas no fue una mera réplica de la esclavitud clásica. Aunque tenía la misma forma económica, adquirió características y funciones muy distintas [...] Desde sus orígenes, fue una **esclavitud comercializada y aburguesada**. La trata de esclavos fue en sí misma una de las formas principales de empresa comercial^[62].

Sobre la base de este análisis e interpretación teórica, común a la de Novack,

^[60] *Ibidem*, pp. 91-92.

^[61] *Ibidem*, p. 93.

^[62] *Ibidem*, pp. 86-87.

Moreno estableció su conclusión programática y política del estudio de la colonización europea:

Las tesis de la revolución permanente no son las tesis de la mera revolución socialista, sino de la **combinación de las dos revoluciones, democrático burguesa y socialista**. La necesidad de esa combinación surge inexorablemente de las estructuras económico-sociales de nuestros países atrasados, que **combinan distintos segmentos, formas, relaciones de producción y de clase**. Si la colonización fue desde un principio capitalista no cabe más que la revolución socialista en Latinoamérica y no una combinación y superedificación de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista^[63].

IV. Las diferencias entre el norte y el sur

Tanto Moreno como Peña cuestionaron el “mito” de la “superioridad” de la colonización inglesa, asentada en teorías racistas o de “herencia social”, según las cuales el actual territorio ocupado por los EEUU progresó porque recibió la “herencia” burguesa –“hábitos de trabajo”, “técnicas avanzadas”, etc.– de los ingleses, mientras que el resto del continente quedó sumido en el atraso por causa de la “herencia feudal” de la colonización ibérica.

Peña señala, correctamente, que la diferencia fundamental entre los distintos desarrollos históricos reside en los diferentes procesos de colonización. La principal diferencia no fue racial sino de “clima, terreno, disponibilidad de mano de obra”^[64].

En el norte de los EEUU las tierras eran áridas y solo podían explotarse en pequeña escala, no existía abundante mano de obra indígena disponible, de tal manera que los colonos ingleses –que llegaron buscando tierras para subsistir–debieron sobrevivir de su trabajo como agricultores. Debido al tipo de terreno y a la escasez de mano de obra se hizo imposible desarrollar una economía de plantación como sí fue posible en sur^[65].

En oposición, en el sur de EEUU, el clima y el influjo del tabaco determinó que la tierra no fuera cultivada por pequeños agricultores sino en grandes extensiones trabajadas por la mano de obra esclava y servil^[66].

Peña advierte que, en todos los casos, los colonos europeos buscaron metales preciosos o materias primas demandadas por el mercado mundial. La diferencia

[63] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América...*

[64] PEÑA, Milciades. *Historia del pueblo argentino...*, p. 73.

[65] Ídem.

[66] Ídem.

objetiva fue que en el norte de EEUU no existían metales preciosos, solo una inmensa tierra virgen y pueblos indígenas indomables.

En América Latina, los españoles –igual que los ingleses en el sur de Estados Unidos– encontraron productos fáciles de exportar en gran escala para colocarlos en el mercado mundial. Pero, a diferencia de los colonizadores del sur norteamericano, no tuvieron que depender exclusivamente de la carne africana, porque encontraron enormes masas de mano de obra indígena fácilmente explotable [...] En el norte de Estados Unidos, en cambio, proliferó una clase de pequeños granjeros que empleaban principalmente el trabajo familiar, acompañados por el inevitable ladero de la pequeña agricultura, es decir, de la industria artesanal. Esta clase vendía en el mercado mundial, pero también intercambiaba entre sí y con artesanos, y a partir de ella fue entretejiéndose un extenso y sólido mercado interno^[67].

Abordando el mismo problema, Nahuel Moreno señala:

Si hay un lugar de América cuya colonización **no es capitalista** es el noreste de Estados Unidos, justamente lo contrario de lo que cree Puiggrós. A esta región fueron, o se quedaron, los europeos que querían tierras, clima y producción como las de Europa, pero que no pensaban comerciar con sus países natales, ya que estos se abastecían por sí mismos de sus productos agrarios. **Por eso fue una colonización cuyo objetivo era la tierra para implantar una pequeña producción y para abastecerse a sí mismos.** Esa inmigración dio origen a un pequeño campesinado que se abastecía a sí mismo y que colocaba en el mercado el ligero sobrante que le quedaba [...] Pero en Norteamérica hubo una diferencia que resultaría fundamental: el exceso de tierras impidió el crecimiento de una clase terrateniente feudal, aunque hubo intentos de ello. Si nos gustaran las paradojas podríamos decir, contra Puiggrós, que **el sur de Estados Unidos y Latinoamérica fueron colonizados en forma capitalista pero sin dar origen a relaciones capitalistas y que el norte de Estados Unidos fue colonizado en forma feudal (campesinos que buscaban tierras y nada más que tierras para autoabastecerse) pero sin relaciones feudales**^[68].

Sostiene esta última afirmación apelando a una cita de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, de Marx:

Aquí hay que distinguir dos clases de colonias. En el primer caso, se trata de verdaderas colonias, como las de los Estados Unidos, Australia, etc. En estas, la masa de los colonos dedicados a la agricultura, aunque hayan aportado de la metrópoli un capital más o menos grande, no constituye una clase capitalista y menos todavía es su producción una producción capitalista. **Son, en mayor o menor extensión, campesinos que trabajan para sí y cuya preocupación primordial y fundamental es procurarse sustento, producir sus pro-**

^[67] *Ibidem*, p. 75.

^[68] MORENO, Nahuel. *Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa en América...*

pios medios de vida, por cuya razón su producto fundamental no tiene carácter de mercancía, pues no se destina al comercio. El sobrante de sus productos, después de cubrir su propio consumo, lo venden o lo cambian por artículos manufacturados de importación, etc. Otra parte de los colonos, más reducida, establecida en la costa, en las riberas de los ríos navegables, etc., crea ciudades comerciales. Pero tampoco sus actividades pueden calificarse, en modo alguno, de producción capitalista.

En la segunda clase de colonias –las plantaciones, que fueron, desde el momento mismo de crearse, especulaciones comerciales, centros de producción para el mercado mundial– **existe un régimen de producción capitalista, aunque solo de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado, que es la base sobre la que descansa la producción capitalista.** Son, sin embargo, capitalistas los que manejan el negocio de la trata de esclavos. El sistema de producción introducido por ellos no proviene de la esclavitud, sino que se injerta en ella. En este caso, el capitalista y el terrateniente son una sola persona^[69].

V. Para concluir

1. El punto de partida para determinar el *carácter* de la colonización europea en América Latina es la relación metrópoli-colonia. La esencia de esta empresa está determinada por la división internacional del trabajo que impuso el proceso de conformación del mercado *capitalista* mundial a los espacios coloniales: proveedores de metales preciosos, materias primas, y fuerza de trabajo esclavizada para un mercado que se expandía de manera agresiva; consumidores de las manufacturas producidas por las naciones más adelantadas del norte de Europa, de las cuales los reinos de España y Portugal pasaron a actuar como intermediarios.

Las colonias americanas no fueron unidades económicas naturales, de estricta subsistencia. Fueron productoras de valores de cambio en gran escala, orientadas al mercado mundial, o, como mínimo, regional. Ese fue el *motor* de la colonización. La producción para el mercado interno y otros fenómenos *endógenos* surgirán subordinados a la dinámica del comercio externo, pautada por la demanda del mercado europeo y la fluctuación de los precios internacionales de los productos tropicales. Ese es el elemento esencial que marcará a fuego tanto la sociedad colonial como la contemporánea. En palabras de Luis Vitale: “de esa época arranca el carácter deformado de nuestra economía monoprodutora [...] Durante la Colonia se origina la propiedad

[69] MARX, K. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 331-333.

privada de los medios de producción y el fenómeno de concentración de la tierra [...] De aquella época, en fin, data esa burguesía criolla que por su carácter dependiente será incapaz de realizar las tareas democrático-burguesas durante los siglos XIX y XX^[70]. Por lo tanto, las razones del “atraso” económico latinoamericano no hay que buscarlas en el supuesto “pasado feudal” o “esclavista colonial” sino en la incorporación, desde el inicio dependiente y deformada por la explotación metropolitana, al proceso de génesis del capitalismo mundial.

2. La relación colonial –parte integrante del proceso de conformación del mercado mundial ya capitalista– es el *hecho decisivo* para determinar que la *esencia* y el *sentido* de esa empresa fue *capitalista*, y no tal o cual modo de producción nativo. Para el capitalismo naciente, lo fundamental era la producción de mercaderías en gran escala; el cómo producirlas era secundario.
3. Es la relación colonial –y el grado de desarrollo de las fuerzas productivas de la metrópoli, que en el caso de la Península Ibérica estaban en transición entre el feudalismo decadente y el capitalismo ascendente–, la que se impondrá sobre un espacio particular –con determinadas condiciones climáticas, geográficas, fuerza de trabajo más o menos disponible, modos de producción preexistentes, cultura y costumbres propias, etc.–, haciendo que las formas de producción originadas en ese espacio colonial adquieran las características más diversas, híbridas y combinadas, aunque insertas, en el caso que estudiamos, en el proceso general de la acumulación “originaria” de capital en Europa.
4. De acuerdo con Marx: “La circulación de mercancías es el punto donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el *comercio*, forman las *condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales^[71]. Es decir, la expansión del comercio mundial, en la cual se inserta la colonización americana, fue fundamental para la acumulación originaria, “una acumulación –según Marx– que no es *fruto* del régimen capitalista de producción sino *punto de partida* de él^[72]”.

[70] VITALE, Luis. *Interpretación marxista de la historia de Chile*. La Colonia y la Revolución por la independencia [1540-1810]. Tomo II. Disponible en: <http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0005.pdf>, consultado el 06/01/2017.

[71] MARX, K. *El Capital*. Tomo I..., p. 121. Subrayado en el original.

[72] Ídem, p. 573. Subrayado en el original.

5. Esto significa que el capital comercial –así como el capital usurario–, que es previo al capital industrial y al propio modo de producción capitalista, *coexiste* y explota los más diversos modos de producción y sus combinaciones. Marx llama al capital comercial y al capital usurario “formas derivadas” del capital. Se trata de “manifestaciones vulgares y antediluvianas, por así decirlo”^[73] del capital, que son *históricamente anteriores* a su “forma básica” moderna, o sea, al capital productivo o industrial. Marx es categórico: “El capital industrial es la única modalidad del capital en la que el capital tiene como función no solo la apropiación de plusvalía o de producto excedente sino también su creación. Es, por tanto, el capital industrial el que condiciona el carácter capitalista de la producción”^[74].
6. En ese sentido, el capital comercial llegó a América sediento de trabajo excedente. Su papel fue vehiculizar el excedente generado por los productores directos valiéndose, para ello, de distintas relaciones de producción no capitalistas: la esclavitud de los negros y de los indígenas *originarios* –yanacónazgo–; la *mita* potosina y asunceña –similar a una relación más “servil”–; hasta la posterior *papeleta de conchabo* de los gauchos, etc.
7. En el espacio colonial americano, el capital comercial, a través de los plantadores esclavistas, encomenderos, comerciantes, etc. –que eran esencialmente *capitalistas*, participando no solo del proceso de *circulación* de mercancías sino también invirtiendo en una producción regulada por las necesidades del mercado externo–, dominará a los productores directos –indígenas, mestizos, negros esclavizados–, de los cuales extraerá excedente social por medio de todo tipo de coerciones extraeconómicas, esto es, usando la violencia sin tapujos. Esto se debió a que, como apunta Moreno, no existía en América colonial un mercado de trabajadores libres. Preexistían sociedades con un grado de desarrollo de las fuerzas productivas muy atrasado, que en general no producían valores de cambio sino de uso. Por ese motivo, la única manera de hacer con que produjeran excedente social era por medio de coerción y la represión más brutal.
8. En otras palabras, el capital comercial en América penetró y actuó como disolvente de las viejas formas productivas, pero no llegó a elevarse, durante la época colonial, al modo de producción capitalista –ni podría haberlo hecho, pues en la misma Europa existía una transición entre el modo feudal y el ca-

[73] *Ibidem*, pp. 134-135.

[74] MARX, K. *El Capital*. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1956, p. 47.

pitalista propiamente dicho-. Aún operaba lo que Marx llamó *subordinación formal del trabajo al capital*, en la cual el capital se apropia del sobreproducto del trabajo sin modificar sustancialmente los modos de producción preexistentes, aunque sienta las premisas para la proletarianización total de los productores directos. Solo después, bien entrado el siglo XIX, preponderó el mercado de trabajo “libre” sobre la coerción extraeconómica.

9. La disyuntiva, planteada en un sentido extremo y “puro”, entre colonización “feudal” –liberalismo y estalinismo– o directamente “capitalista” –G. Frank– es imprecisa. La mejor definición continúa siendo la que ofreció Nahuel Moreno en 1948: colonización *esencialmente* capitalista sobre la base de relaciones de producción precapitalistas. Esta formulación, que es esencialmente la de Marx y Engels, fue luego incorporada por Peña y precisada por George Novack.
10. En cuanto a interpretación histórica y al programa revolucionario para América Latina, son dos las principales consecuencias que se desprenden de lo anterior: a) Las revoluciones de independencia latinoamericanas de inicios del siglo XIX no fueron revoluciones *sociales* –burguesas “antifeudales”–, sino *políticas* –burguesas anticoloniales–, en las cuales la naciente y aún embrionaria burguesía nativa enfrentó a la metrópoli europea pretendiendo *realizar* la extracción de excedente social en el mercado internacional sin las trabas coloniales; b) El carácter de la revolución actual en América Latina es socialista. Por lo tanto, el programa a ser defendido debe ser un programa de transición al socialismo, que combine las tareas anticapitalistas con todas las tareas postergadas o inconclusas de la revolución democrático-burguesa –fundamentalmente la liberación nacional del imperialismo y el problema de la tierra –, que las burguesías latinoamericanas se demostraron incapaces de realizar. Estas tareas, en la época imperialista, han pasado a manos del proletariado industrial como caudillo del campesinado pobre y de todos los demás sectores explotados y oprimidos.

CAIO PRADO JÚNIOR: SU OBRA, SUS CRÍTICOS, SUS LÍMITES

R. L. N.

Las posiciones historiográficas del intelectual brasileño Caio Prado Júnior^[1] ciertamente han tenido un impacto importante y son reivindicadas por un amplio abanico que abarca desde el medio académico hasta una gama de intelectuales y militantes que se reclaman “de izquierda”. No obstante, cabe señalar algunas cuestiones: ¿Cuál fue su principal aporte y mérito? ¿Hasta qué punto “rompió” con la línea teórico-política del Partido Comunista Brasileño (PCB), esto es, con la concepción estalinista de la historia? ¿Qué proponía, programáticamente, Caio Prado? ¿Qué argumentaron sus principales críticos? En suma, ¿cómo comprender su obra de conjunto?

I. El “sentido de la colonización”

En 1942, Caio Prado publicó su obra *Formação do Brasil contemporâneo*, en la que planteó su polémica idea acerca del “sentido de la colonización tropical”:

^[1] Caio Prado Júnior [1907-1990]. Intelectual brasileño, miembro del Partido Comunista Brasileño [PCB] desde 1931 hasta su muerte. Hijo de una de las familias más ricas y tradicionales de San Pablo, fue electo diputado nacional en 1945 y diputado constituyente en 1948. Su mandato, no obstante, fue cancelado en virtud de la ilegalización del PCB. Fue admirador de la URSS, que visitó en dos ocasiones, la primera en 1933. A su regreso escribió su primer ensayo historiográfico: *Evolução Política do Brasil - Ensaio de Interpretação Materialista do Brasil*. En 1934 escribió otro texto: *URSS, um novo mundo*. Elogió los regímenes de Polonia, la ex Checoslovaquia, China y Cuba, donde fue recibido por Fidel Castro. En su papel de empresario, fundó en 1943 la Editora Brasiliense y en 1955 la Revista Brasiliense, esta última clausurada por la dictadura militar en 1964. En el terreno historiográfico, criticó la teoría del PCB sobre el “pasado feudal” del Brasil. Entre sus principales obras se encuentran: *Formação do Brasil contemporâneo* (1942) y *A Revolução Brasileira* (1966), estudios históricos orientados al debate político de su tiempo.

En su conjunto, y vista en el plano mundial e internacional, la colonización de los trópicos adquiere el aspecto de una vasta empresa comercial [...] **destinada a explotar los recursos naturales de un territorio virgen en provecho del comercio europeo.** Este es el verdadero sentido de la colonización tropical, de la que el Brasil es una de sus resultantes [...] **Si vamos a la esencia de nuestra formación, veremos que en realidad nos constituimos para proveer azúcar, tabaco, algunos otros géneros; más tarde oro y diamantes; después algodón, y seguidamente café, para el comercio europeo.** Nada más que esto [...] **Todo se dispondrá en aquel sentido: la estructura, así como las actividades del país** [...] Con tales elementos, articulados en una organización puramente productora, industrial, se constituirá la colonia brasileña².

El autor propone, entonces, que la estructura económica y social de la colonia brasileña –con sus pilares de “grandes plantaciones, monocultivo y el trabajo esclavo”– estuvo indisolublemente ligada y al servicio del mercado europeo. Así, la producción para el mercado mundial –capitalista, agregamos nosotros– será el motor de la colonización portuguesa en América, que para ello recurrirá a la “mano de obra que necesita: indígenas o negros importados”. Ese carácter colonial, a su vez, no terminaría con la independencia política en 1822 sino que se prolongaría en el tiempo: “él explicará los elementos fundamentales, tanto en lo económico como en lo social, de la formación y evolución históricas de los trópicos americanos”^[3].

Caio Prado no solo acertó en esa definición general sino que presentó una tesis que colisionaba con la visión estalinista, tanto en Brasil como en el resto de América Latina, según la cual los europeos habrían “trasplantado” y reproducido el “feudalismo” en estas tierras^[4]. Ese era el análisis-justificación del programa etapista que el estalinismo promovía en los países semicoloniales:

^[2] PRADO Jr., Caio. *Formação do Brasil contemporâneo*. 12ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1972, pp. 31-32. Todos los destaques, así como las traducciones del portugués son nuestros, salvo indicación contraria.

^[3] Ídem.

^[4] La cuestión del *pasado feudal* en América Latina se incorporó formalmente en 1928, durante el VI Congreso de la III Internacional Comunista, ya controlada por el estalinismo. En esa línea, entre 1929 y 1931, la burocracia de la ex URSS decidió eliminar el concepto marxista de **modo de producción asiático** –sin propiedad privada, pero con explotación de los campesinos aldeanos por una casta dirigente y administradora de los trabajos públicos y los canales de irrigación–, debido a que esa categoría podía contribuir a elucidar el carácter del propio régimen burocrático estalinista. En 1938, Stalin sanciona la teoría de los cinco modos de producción: “La historia conoce cinco tipos *fundamentales* de relaciones de producción: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo”, plasmada en su libro *Materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, disponible en: <[http://www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Stalin\(SP\)/DHM38s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Stalin(SP)/DHM38s.html)>. Estos cinco estadios, sucedidos linealmente, eran considerados “etapas” comunes al desarrollo histórico de todos los pueblos. Desde esta perspectiva, por ejemplo, Stalin caracterizaba como **esclavistas** las sociedades incas, mayas y aztecas.

primero la revolución “democrática” y “antifeudal”, concebida como “etapa” infranqueable en la que el proletariado debería subordinarse a la burguesía “progresista”, y sin la cual se hacía imposible abrir las compuertas al capitalismo industrial; solo después podría ser planteado el programa socialista.

La resolución del VI Congreso Mundial de la Internacional Comunista estableció las distintas “graduaciones de madurez en los distintos países”, que imponían “etapas intermediarias para llegar a la dictadura del proletariado”^[5]:

Los países coloniales y semicoloniales (China, India, etc.) y los países dependientes (Argentina, Brasil, etc.) con gérmenes de industria y, a veces, con un desarrollo industrial considerable, insuficiente, sin embargo, para la edificación socialista independiente; con predominio de las relaciones feudal-medioevales o relaciones de “modo asiático de producción” [...En estos países...] la transición a la dictadura del proletariado es aquí posible, como regla general, solamente a través de una serie de etapas preparatorias, como resultado de todo un periodo de transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista^[6].

La traducción de esta tesis al caso brasileño puede leerse en la resolución política del V Congreso del PCB en 1960:

El Partido Comunista del Brasil, partido de la clase obrera, tiene como objetivo supremo el establecimiento de la sociedad socialista [...] En las condiciones actuales, no obstante, Brasil tiene su desarrollo entrabado por la explotación del capital imperialista internacional y por el monopolio de la propiedad de la tierra en manos de la clase de los latifundistas. Las tareas fundamentales que se plantean hoy delante del pueblo brasileño son la conquista de la emancipación del País del dominio imperialista y la eliminación de la estructura agraria atrasada, así como el establecimiento de amplias libertades democráticas y la mejora de las condiciones de vida de las masas populares. Los comunistas se empeñan en la realización de estas transformaciones, **al lado de todas las fuerzas patrióticas y progresistas**, ciertos de que ellas constituyen **una etapa previa y necesaria** en el camino para el socialismo^[7].

Caio Prado tuvo la osadía intelectual de calificar esa tesis como “obsoleta” para el Brasil, aunque la consideró acertada para los países asiáticos. Ya en 1933, refiriéndose al carácter de propiedad jurídica de la tierra en los primeros años

^[5] *Programa y estatutos de la Internacional Comunista*. Adoptados por el VI Congreso Mundial en Moscú el 1 de septiembre de 1928. Bruselas: Ediciones Adelante, s/f, p. 52.

^[6] *Ibidem*, p. 54. Subrayado en el original.

^[7] *Resolución política del V Congreso del PCB* [1960]. Disponible en: <https://pcb.org.br/fdr/index.php?option=com_content&view=article&id=149:resolucao-politica-do-v-congresso-do-pcb&catid=1:historia-do-pcb>, consultado el 2/12/2016.

de la colonización brasileña, Caio Prado refutó la cuestión del pasado feudal: “No manifiesta, sin embargo, ninguna relación de carácter feudal, vasallaje u otra. Las tierras eran alienables por libre disposición de los propietarios y no creaban lazo alguno de dependencia personal”^[8].

En su interpretación histórica, Caio Prado opuso el concepto de “economía colonial” al de “economía nacional”, entendida esta última como un modelo enfocado en atender las necesidades de la población de su país en detrimento de los “negocios” foráneos. Sintetizó esa visión teórica de esta manera: “En una palabra, no completamos aún hoy nuestra evolución de la economía colonial a la nacional”^[9].

II. Las críticas al “modelo” de Prado: el “esclavismo colonial”

Entre las principales críticas teóricas al planteamiento de Caio Prado sobre el “sentido de la colonización” se destaca la tesis del *modo de producción esclavista colonial*. Posiblemente, la obra más conocida sobre el tema sea *O escravismo colonial*, escrita por Jacob Gorender^[10] y publicada en 1978, aunque ese concepto fue previamente propuesto por el intelectual Ciro F. Cardoso^[11].

Ambos autores enfocan su análisis en la discusión sobre *modos de producción*, especialmente en Brasil, impugnando el enfoque de Caio Prado, que enfatiza la relación colonial con el mercado europeo, como *circulacionista*.

[8] PRADO Jr., Caio. *Evolução política do Brasil* [1933]. 15ª ed. São Paulo: Brasiliense, 1986, p. 15.

[9] PRADO Jr., Caio. *Formação do Brasil contemporâneo...*, p. 7.

[10] Jacob Gorender [1923-2013]. Intelectual brasileño y dirigente del PCB. Ingresó al PCB en 1942, llegando a componer su CC en 1960. Se destacó en la redacción del órgano central del partido, *Classe Operária*, al igual que en la tarea de formación de militantes en los llamados *Cursos Stalin*. Estudió en la Escuela Superior del PC de la URSS, entre 1955 y 1957. A su regreso, fue parte de la redacción de la “*Declaración de marzo de 1958*”, que cambió la orientación “izquierdista” del PCB para adoptar una línea más adaptada a la legalidad democrática. Tras la instauración de la dictadura militar en 1964, surgieron diferencias internas sobre cómo enfrentar ese régimen y Gorender rompió con el PCB para fundar, en 1967, el *Partido Comunista Brasileiro Revolucionário* (PCBR), que proponía una lucha abierta, incluso armada, al régimen militar. Entre 1970 y 1972 fue preso y torturado por la dictadura brasileña. Su principal obra, *O escravismo colonial*, fue escrita en 1978. Por muchos años se alejó de la militancia partidaria, hasta que en la década de 1990 ingresó al PT brasileño.

[11] Ciro Flamarion Cardoso [1942-2013]. Intelectual brasileño. Escribió sobre historia y metodología, pero sus principales estudios se centraron en los modos de producción coloniales, a los que atribuía carácter *específico*. Fue pionero en el concepto del modo de producción esclavista colonial. Posteriormente, se transformó en egiptólogo.

Gorender planteará que la esclavitud es la categoría central, el “punto de partida” para comprender el Brasil colonial:

Tal diferencia consiste en que [Fernando] Novais y [João Manuel] Cardoso de Mello parten del sistema colonial mundial como totalidad que determina el contenido de la formación social en el Brasil, al paso que yo inicio mi análisis con el modo de producción esclavista colonial, **a cuya dinámica propia atribuyo una determinación fundamental**^[12].

Según esta interpretación, la estructura económica interna habría alcanzado tal autonomía que engendró un modo de producción original, distinto a los que surgieron antes:

Se impone, por consiguiente, la conclusión de que el modo de producción esclavista colonial es inexplicable como síntesis de modos de producción preexistentes, en el caso del Brasil [...] El esclavismo colonial emergió como un modo de producción de características *nuevas*, antes desconocidas en la historia humana^[13].

En oposición a la propuesta de Prado Jr., sus críticos sostuvieron que la colonia tenía un “sentido” propio. Gorender propuso, entonces, que “las relaciones de producción de la economía colonial necesitan ser estudiadas de dentro para fuera”^[14]. Ciro F. Cardoso, a su turno, criticó el modelo interpretativo de Prado achacándole una “obsesión plantacionista”, que consideró simplificadora^[15].

Debe destacarse que estos autores no dejaron de criticar el dogma estalinista de los “cinco estadios”. Argumentaron, correctamente, que tanto el desarrollo de las fuerzas productivas como los modos de producción en América no seguían –ni podían seguir– el “esquema” europeo. En el afán por negar la dicotomía “pasado feudal–pasado capitalista”, se adentraron en la senda de elaborar una “teoría general”^[16] sobre la complejidad de la particularidad del caso americano. Así, haciendo un llamado a “renunciar a la importación de esquemas interpretativos elaborados a partir de otros procesos de evolución”, Ciro F. Cardoso exhortó:

[12] GORENDER, Jacob. *A burguesia brasileira* [1981]. 2^{da}. reimpr. da 3^a. ed. de 1990. São Paulo: Brasiliense, 2004, p. 7.

[13] GORENDER, Jacob. *O escravismo colonial*. 3^a. ed. São Paulo: Ática, 1980, p. 54. Subrayado en el original.

[14] *Ibidem*, p. 21.

[15] CARDOSO, Ciro F. *O trabalho na colônia*. In: LINHARES, M. Y. (Org.). *História geral do Brasil*. 5^a ed. Rio de Janeiro: Campus, 1990, p. 69.

[16] GORENDER, Jacob. *O escravismo colonial...*, p. 22.

[Hay que reconocer] la especificidad de los modos de producción coloniales de América. Pero especificidad en serio, en el sentido fuerte de la palabra: **ellos existieron como estructuras dependientes (es decir, la dependencia constituye un elemento esencial de su definición y de su modelo), pero irreductibles a los esquemas eurocéntricos [...]** Desde 1968, he defendido la necesidad de reconocer el **carácter específico e irreductible de los modos de producción coloniales**^[17].

Para demostrar la especificidad del “esclavismo colonial”, la contribución de Cardoso sistematizó las diferencias entre el esclavismo de la Antigüedad y su versión moderna^[18]. Son evidentes las diferencias entre los “tipos” de esclavismo, fundamentalmente porque el esclavismo antiguo y el moderno se asentaron sobre distintos grados de desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo, tomados en su conjunto, ambas formas de trabajo forzado mantuvieron una característica fundamental, común a *toda* sociedad esclavista: el esclavo era al mismo tiempo capital fijo y mercancía; el mercado de trabajo era abastecido por robos que “constituyen pura y simplemente actos de apropiación de la fuerza de trabajo por medio de la violencia física descarada”^[19].

Desde esta perspectiva, la esclavitud moderna no deja de ser una forma de producción precapitalista; siendo falso presentar el “esclavismo colonial” como un modo de producción completamente *nuevo*.

No se trata de discutir si existían o no diferencias entre el esclavismo moderno y el antiguo, o con el feudalismo y el capitalismo. Eso es así. También es un hecho que en América, el capital comercial en expansión se sirvió de las más diversas relaciones de producción precapitalistas, que se combinaron entre sí y dieron origen a formaciones económico-sociales “híbridas”, aunque siempre con hegemonía de una u otra forma de producción en un determinado periodo. Así, es cierto que en esa combinación de formas de producción, la *predominante* en Brasil, Antillas, las Guayanas, el sur de EEUU, etc. fue la esclavista.

La polémica estriba en cuál era el objetivo –para qué se organizaba– esa producción; si el esclavismo en la América colonial estaba subordinado, o no, al

[17] CARDOSO, Ciro F. *Severo Martínez Peláez y carácter del régimen colonial*. In: ASSADOURIAN, Carlos, et al. *Modos de producción en América Latina*. Córdoba: Cuadernos Pasado y Presente, 1974, p. 102.

[18] CARDOSO, Ciro F. *El modo de producción esclavista colonial en América*. In: ASSADOURIAN, Carlos, et al. *Modos de producción en América Latina...*, p. 224.

[19] MARX, K. *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Estudio, 1970, p. 210.

proceso de acumulación originaria de capital por la vía de la producción en gran escala para el mercado mundial, que *ya era capitalista*.

En nuestra opinión, durante el periodo de desarrollo del capitalismo americano –que abarca el periodo colonial y hasta bien entrado el siglo XIX–, existió una combinación de relaciones de producción precapitalistas –que *coexistían* incluso con formas marginales de trabajo “libre”–, con una *predominancia*, en el caso brasileño y otros, de la forma de producción esclavista.

Las contribuciones de Cardoso y Gorender acertaron al cuestionar la deformación estalinista de los “cinco estadios”, pero ese acierto termina diluyéndose en la equivocación de crear una categoría en cierta medida “autónoma” del proceso de conformación del capitalismo americano y mundial, un pretendido modo de producción esencialmente “desconocido” por la historia.

Marx, refiriéndose al sur esclavista de los EEUU, definió claramente el carácter de las relaciones de producción en el marco del proceso de acumulación originaria de capital, esto es, durante el periodo que comprende a la esclavitud en las colonias modernas:

La esclavitud reaparece igualmente en las colonias, en el **periodo de la acumulación primitiva**, y aún después del triunfo del modo de producción capitalista, **sin que por ello se pueda concluir que existió un modo de producción esclavista en los siglos XVIII y XIX [...]** El que a los dueños de las plantaciones en América no solo los llamemos ahora capitalistas, sino que lo *sean*, se basa en el hecho de que ellos existen **como una anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre**^[20].

El criterio principal de Marx para sentenciar que los plantadores esclavistas de EEUU eran *capitalistas* partía de entender ese fenómeno –el esclavismo– como *parte* de esa totalidad llamada mercado mundial *capitalista*. Su razonamiento, opuesto al de Gorender, no considera la *forma* como eran producidas las mercancías como “determinación fundamental”. La preocupación de Marx es advertir que no se puede “concluir que existió un modo de producción esclavista en los siglos XVIII y XIX” simplemente por el hecho de que el trabajo “libre” no era predominante, y que el esclavismo era una “anomalía” en ese mundo en plena transición al modo de producción capitalista.

Marx insiste sobre este problema en otro pasaje:

^[20] MARX, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Grundrisse [1857-1858]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América*. Córdoba: Cuadernos Pasado y Presente, 1972, p. 164.

En la segunda clase de colonias –las plantaciones, que fueron desde el momento mismo de crearse especulaciones comerciales, centros de producción para el mercado mundial– **existe un régimen de producción capitalista, aunque sólo de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado, que es la base sobre que descansa la producción capitalista.** Son, sin embargo, capitalistas los que manejan el negocio de la trata de esclavos. El sistema de producción introducido por ellos no proviene de la esclavitud, sino que se injerta en ella. En este caso, el capitalista y el terrateniente son una sola persona.^[21]

En términos concretos: aunque de manera “formal”, esto es, sin aún ser “hegemónicas”, las relaciones de producción capitalistas –a través de los “capitalistas” que “manejan el negocio de la trata de esclavos” y de la orientación de la producción para un mercado mundial comandado por el capital comercial–, iban “inertándose” en el esclavismo existente en el sur de los EEUU, el Brasil, etc. Utilizando una formulación más específica, existía un proceso en que predominaba la *“subordinación formal del trabajo al capital”*. El esclavismo era, por lo tanto, una de tantas formas de producción precapitalistas que el capital comercial y usurario “explotaba” para extraer excedente social de las colonias, pero siempre en aras de la acumulación originaria.

En el terreno metodológico, el error de Cardoso y de Gorender radica en sobredimensionar el *fenómeno*, perdiendo de vista la *totalidad* y universalizando la *particularidad*.

La esclavitud, así como la encomienda *mitaria* o *yanacona*, y otras formas de trabajo que en la América colonial se asentaban en la *coerción extraeconómica*, eran particularidades insertas en una totalidad: el capital comercial avanzando, con distintos ritmos, sobre formas de producción preexistentes, sin detrimento de haberlas utilizado durante siglos en provecho propio. El esclavismo en las colonias se desarrolló, entonces, como una *particularidad* dentro de la *universalidad* del proceso de acumulación originaria de capital.

Si bien los autores que mencionamos señalan que el “esclavismo colonial” era “dependiente” debido a la relación colonial, ese elemento es luego abstraído de sus conclusiones. Terminan menospreciando la relación metrópoli-colonia y la ligazón con el mercado mundial capitalista. Pierden de vista que el grueso de la producción extraída de las colonias americanas, con todas sus particularidades, no era mayormente *realizada* en las colonias sino fuera de ellas, dado

[21] MARX, K. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 332-333.

que estaban vinculadas a las metrópolis y, por esa vía, al desarrollo desigual del capitalismo europeo.

En medio de este proceso general, el esclavismo – con su odiosa brutalidad – fue una *necesidad* económica –altamente lucrativa– derivada tanto del interés por ampliar la producción para un mercado que había dejado de ser solo “europeo”, como de la escasez de mano de obra en América. Fue un proceso similar a la “segunda servidumbre europea” de la que habló Engels^[22]. El trabajo forzado se transformó en algo imperioso en el proceso de acumulación originaria de capital.

Marx señala este papel *económico* de la esclavitud moderna: “En general, la esclavitud disfrazada de los trabajadores asalariados en Europa exigía, a modo de *pedestal*, la esclavitud ‘sans phrase’^[23] en el Nuevo Mundo”^[24]. En otras palabras, para garantizar el desarrollo capitalista europeo, las colonias debían producir en gran escala, incluso con relaciones de producción que las propias metrópolis habían superado.

Apunta Marx sobre el “sentido” capitalista de la moderna esclavitud:

La esclavitud es una categoría económica como cualquier otra. Por ende tiene también sus dos lados. Dejemos el lado malo de la esclavitud y hablemos del lado bueno: quede claro que hablamos tan solo de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en Brasil, en las comarcas meridionales de Norteamérica. **La esclavitud directa es el fundamento de la industria burguesa, al igual que las máquinas, el crédito, etc.** Sin esclavitud, no tendríamos el algodón; sin el algodón, no tendríamos la industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias; son las colonias las que han creado el comercio universal; es el comercio universal lo que constituye la condición de la gran industria. La esclavitud, pues, es una categoría económica de enorme importancia [...] Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud en su propio país, y la han impuesto sin disfraz en el Nuevo Mundo^[25].

^[22] Engels explicó que en el siglo XVI hubo un “rebrote” feudal en gran parte de Europa Oriental, con el objetivo de producir lana y otras materias primas para el desarrollo manufacturero de Europa Occidental. Así, el siervo vio reforzada su sujeción a la tierra por la fuerza, para producir en gran escala para el mercado occidental. Ese proceso sería un preanuncio de lo que ocurriría, de manera ampliada, en el Nuevo Mundo. Consultar: MAZZEO, Antônio. O escravismo colonial: modo de produção ou formação social? *Revista Brasileira de História*. São Paulo: V. 6. Nº 12, 1986, p. 211.

^[23] Desembozada.

^[24] MARX, K. *El Capital*. Tomo I. [1867]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América...*, p. 166. Subrayado en el original.

^[25] MARX, K. *Miseria de la Filosofía* [1847]. In: MARX, K.; ENGELS, F. *Materiales para la historia de América...*, p. 153.

No se puede explicar la “estructura interna” de las economías coloniales americanas por fuera de este proceso de expansión del sistema capitalista.

Puesto así, en la tendencia a absolutizar el “esclavismo colonial” –por lo menos en la visión de Gorender–, es posible percibir la concepción de una especie de *etapa* –no “feudal” sino “esclavista”–, cuyos resquicios debían ser superados para franquear el paso del capitalismo industrial y, después, del socialismo.

Gorender afirmó que “la *revolución burguesa* es una categoría inaplicable a la historia brasileña”^[26]. Sin embargo, reconoció que existía “una burguesía *brasileña*, esto es, una burguesía cuyo centro de intereses se sitúa en la economía nacional”^[27]. En otras palabras, se trataría de una clase dominante, aunque a veces inconsecuente, *nacionalista*.

Su fijación en el “esclavismo colonial” como “determinación fundamental” condujo a Gorender a acariciar políticamente la idea de un papel “progresivo” de la burguesía *abolicionista* brasileña. En 1981 afirmó que: “*la Abolición fue la única revolución social jamás ocurrida en la Historia de nuestro País*”^[28].

Si consideramos que, para el mismo Gorender, no fue la lucha de los esclavos el elemento determinante que operó semejante transformación, cabe cuestionar ¿cuál habría sido, entonces, el *sujeto* de esa *revolución social*? ¿Acaso la burguesía industrial liberal? ¿Fueron los plantadores cafeteros del oeste paulista?

Gorender responde que, si bien no existía un “estudio monográfico” sobre la actuación de la burguesía en tamaña transformación, sí existían “referencias ocasionales a la militancia abolicionista de comerciantes e industriales”^[29]; sí existió una “burguesía brasileña [que] no se comportó como espectadora pasiva de los acontecimientos históricos”^[30], pasando así la idea de un supuesto papel *revolucionario* de ese sector de la clase dominante.

En síntesis: aunque Gorender haya cuestionado la tesis del “pasado feudal”, su elaboración sobre el “esclavismo colonial” y su visión programática, como un todo, no pasó de ser una variante del etapismo estalinista.

///

[26] GORENDER, Jacob. *A burguesia brasileira...*, p. 112. Subrayado en el original.

[27] *Ibidem*, p. 111. Subrayado en el original.

[28] *Ibidem*, p. 21. Subrayado en el original.

[29] *Ibidem*, p. 22.

[30] *Ibidem*, p. 112.

III. Caio Prado, el “político”: una ruptura parcial y un programa etapista

Habíamos apuntado que, de su análisis –esencialmente correcto– sobre el “sentido” de la colonización lusitana en el Brasil, Prado Jr. estableció una *contradicción principal*: la oposición entre economía “colonial” y economía “nacional”.

Algunos autores identifican a Caio Prado, debido a su militancia en el PCB, como una referencia intelectual “marxista” y “comunista”. Nos permitimos discordar. A pesar del mérito enorme que reviste su análisis sobre el periodo colonial, Prado Jr. nunca rompió completamente con la concepción etapista del estalinismo. Y no es lícito confundir marxismo con estalinismo.

En 1954 apuntó que el problema central para el desarrollo económico brasileño sería la atrofia de la producción –capitalista– para el mercado interno: “el vicio que corroe la economía de buena parte del Brasil no es un nivel técnico bajo, y sí la **insignificancia de los mercados**; es ahí que se sitúa el punto neurálgico del círculo vicioso que se trata de romper con el fin de revitalizar la economía del país”^[31].

Si bien Caio Prado no descartaba el socialismo “a largo plazo”, lo consideraba prematuro para las condiciones históricas *concretas* del Brasil. Todavía en 1954, afirmó que los cambios económicos que proponía no implicaban la ruptura con el capitalismo nacional sino todo lo contrario, consistían en un plan de reformas para fortalecerlo:

[...] **es dentro de las relaciones capitalistas de producción que se propone la política preconizada**, pues esa política precisamente y esencialmente consiste en desarrollar los factores económicos que constituyen los principales estímulos del mecanismo capitalista, a saber, el mercado. Si reformas se proponen, es justamente porque esos estímulos o son insuficientes, o actúan de manera inconveniente para el desarrollo adecuado, **dentro de los cuadros del capitalismo, de nuestras fuerzas productivas**^[32].

En un artículo publicado en 1947 en el periódico del PCB, Caio Prado ya había afirmado que el capital privado –aunque “regulado” por el Estado y sus “órganos representativos de los intereses de la colectividad”–, podía cumplir un papel progresivo para desarrollar el Brasil:

^[31] PRADO Jr., Caio. *Diretrizes para uma política econômica brasileira*. São Paulo: Gráfica Urupês, 1954, p. 115.

^[32] *Ibidem*, pp. 227-228.

[...] Pero no una iniciativa privada dejada a su arbitrio y libre. Y sí estrictamente regulada y encaminada para aquellos sectores de la actividad donde la necesidad de ella se haga sentir más frente a los intereses generales del país. Y completamente substituida siempre que convenga y por la acción directa del Estado o de sus órganos representativos de los intereses de la colectividad. **En suma, se trata de aprovechar el capitalismo en aquello que él aún puede ofrecer de positivo en las condiciones actuales del Brasil; y contenerlo, e incluso suprimirlo en lo que pueda oponerse a las reformas que el país necesita.** Y al mismo tiempo, ir preparando los elementos necesarios para la futura construcción del socialismo brasileño^[33].

Dadas estas premisas, expuso la tarea principal:

Se trata de **liberar a las fuerzas anticolonialistas** ya presentes en el interior de la actual estructura económica del país [...]. **Esas fuerzas no son aún o no son sobre todo, las del socialismo**, que comienzan apenas a esbozarse entre nosotros y aún necesitarán aguardar, para madurar, **un largo progreso de las fuerzas productivas que no será posible sin la preliminar destrucción del sistema colonial. Las fuerzas que realizarán esa destrucción aún son las del capitalismo** [...]^[34].

En 1957 insistió en el carácter precoz de los países semicoloniales para el socialismo de manera más clara: **“La socialización de los medios de producción, premisa de esa transformación, es ciertamente prematura en los países subdesarrollados** con su bajo nivel industrial y la larga fragmentación y dispersión de las actividades económicas”^[35].

En 1966, Caio Prado publicó su libro *A revolução brasileira*, en el que reafirmó su concepción general de que, en el Brasil, la “línea central y esencial del desarrollo histórico brasileño”^[36] no apuntaba al socialismo sino a la: “[...] integración nacional de la economía brasileña”^[37].

Según esa visión, el socialismo era una “previsión histórica” que no debía interferir en la formulación de la política cotidiana:

Está claro que, para un marxista, es en el socialismo que desembocará la revolución brasileña [...] Esto, sin embargo, representa una previsión histórica, sin fecha marcada ni ritmo de realización preestablecido. Y podemos incluso acrecentar, **sin programa pre-**

^[33] PRADO Jr., Caio. Fundamentos econômicos da revolução brasileira. *A Classe Operária*, 1947, p. 6.

^[34] PRADO Jr., Caio. *Diretrizes...*, p. 236.

^[35] PRADO Jr., Caio. *Esboço dos fundamentos da teoria econômica*. 3ª. ed. São Paulo: Brasiliense, 1961, p. 222.

^[36] PRADO Jr. Caio. *A revolução brasileira*. 3ª. ed. São Paulo: Brasiliense, 1968, p. 145.

^[37] *Ibidem*, p. 132.

determinado. Ella no interfiere, así, directamente, o no debe interferir en el análisis e interpretación de los hechos corrientes, y mucho menos en la solución a ser dada a los problemas pendientes o en la determinación de la línea política a ser seguida en la emergencia de situaciones inmediatas^[38].

Más tajantemente:

La eliminación de la iniciativa privada solamente es posible con la implantación del socialismo, lo que en la situación presente **es desde luego irrealizable en el Brasil** por faltar, si no hubiese otros motivos, las condiciones mínimas de consistencia y estructuración económica, social, política e incluso simplemente administrativa^[39].

Siguiendo con la defensa, sin medias tintas, de la “iniciativa privada” para el “mercado interno” –capitalismo nacional–, escribió: “[...] es perfectamente posible y creemos incluso **indispensable** para el funcionamiento regular de la vida económica brasileña, asegurar en ella la participación de la **iniciativa privada**”^[40].

En ese mismo trabajo profundizó su visión programática y expuso que esa “revolución”, en realidad, se trataba de un “programa de reformas”^[41]:

Se tratará, dentro de la planificación y dirección generales de las actividades económicas, **en que se combinarán las iniciativas y emprendimientos públicos con la iniciativa privada**, debidamente controlada y orientada, de atender siempre, y en primer y principal lugar, la elevación de los padrones materiales y culturales de la masa de la población, y la satisfacción de sus necesidades [...]^[42].

Sobre la burguesía nacional, escribió:

La ‘burguesía nacional’, tal como es ordinariamente conceptuada, esto es, como fuerza esencialmente antiimperialista y por eso progresista, no corresponde a la realidad en el Brasil [...] El antiimperialismo en el Brasil tiene otro contenido y otras bases que los intereses específicos de la burguesía o de cualquiera de sus sectores^[43].

Sin duda esto es correcto, y hay quien esgrime ese pasaje para argumentar que Prado Jr. tenía una estrategia “anticapitalista” y “socialista”. Pero esta afirmación no desmiente los alegatos –que encontramos en sus trabajos de 1947,

^[38] *Ibidem*, pp. 9-10.

^[39] *Ibidem*, p. 250.

^[40] *Ídem*.

^[41] *Ibidem*, p. 251.

^[42] *Ibidem*, p. 253

^[43] *Ibidem*, pp. 179-180.

1954 y aún en 1966–, que plantean que el agente de las transformaciones serían las “fuerzas del capitalismo” y la “iniciativa privada debidamente controlada”, que se combinarían con lo que llamó “la masa rural”^[44], “masa de la población brasileña”^[45], etc.

Prado Jr. también cedió al eclecticismo al evitar definir nada menos que el carácter de la revolución brasileña:

Es en esos términos que se propone la cuestión, poco importando la caracterización y las definiciones teóricas, desde luego, de la revolución brasileña, en función de situaciones históricas que no son nuestras y que de ellas se diferencian profundamente. Esto es, saber si es “socialista”, “democrático burguesa”, “popular” o cualquier otra^[46].

La visión general de la historia brasileña que elaboró Caio Prado, ciertamente tiene sus méritos. Sin embargo, en el terreno político –en el que sus estudios historiográficos cumplieron un papel coadyuvante– esa visión estuvo al servicio de negar que el socialismo estuviera planteado *objetivamente* para el Brasil y los países semicoloniales, en los cuales aún faltaba “un largo progreso de las fuerzas productivas”. De esta manera, por otra vía y a pesar de sus importantes críticas, su elaboración paró en la misma “estación” que la dirección del PCB, que argumentaba:

La contradicción antagónica entre el proletariado y la burguesía, inherente al capitalismo, es también una contradicción fundamental de la sociedad brasileña. Pero esta contradicción **no exige solución radical y completa en la actual etapa de la revolución, una vez que, en la presente situación del País, no hay condiciones para transformaciones socialistas inmediatas** [...] ^[47].

La lucidez de su análisis sobre el sentido de la colonización no puede nublar, mucho menos negar, que en la propuesta política de Caio Prado existe una etapa previa sin la cual el socialismo es “irrealizable”: la eliminación de los trazos coloniales de la economía brasileña y el paso hacia una economía –capitalista “regulada”– nacional, que él denominó “organización económica nacional, a saber, estructurada en función y para el fin precipuo del atendimiento de las necesidades del propio país”^[48], que tendría como sujeto un abanico policlasista de “fuerzas anticoloniales”:

[44] *Ibíd.*, p. 255.

[45] *Ibíd.*, p. 258.

[46] *Ibíd.*, p. 252.

[47] *Resolución política del V Congreso del PCB* [1960]. Disponible en: <https://pcb.org.br/fdr/index.php?option=com_content&view=article&id=149:resolucao-politica-do-v-congresso-do-pcb&catid=1:historia-do-pcb>, consultado el 2/12/2016.

[48] PRADO Jr. Caio. *A revolução brasileira...*, p. 144.

[La evolución brasileña está marcada por el] proceso general que va del **Brasil colonial de ayer al Brasil nación de mañana**, y que se trata hoy de llevar a cabo. Esa tarea constituye precisamente **la esencia de la revolución brasileña** de nuestros días^[49].

Así, Caio Prado terminó proponiendo una concepción y un programa etapistas, circunscritos a los límites del “campo democrático-popular”. Un horizonte político puesto en la consecución de un capitalismo “nacional”, enfocado en el mercado interno y estrictamente “regulado”, como condición para alcanzar la soberanía nacional y satisfacer las necesidades de la mayoría de la población de su país. Dicho de otra forma, una “independencia nacional” sin romper con la burguesía nacional asociada al imperialismo.

^[49] *Ibidem*, p. 118.

Bartira Gráfica e Editora Eireli
Estrada Samuel Aizemberg, 1.140
Cooperativa - São Bernardo do Campo -
09851-550 - SP

Febrero de 2017